
REBECCA BAKER
Amor
Helado

Amor Helado

Deseo Glacial

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 1

Chelsey

—Estoy tan contenta. —Daba saltitos sobre la acera, nerviosa.

Mi amiga Beryl se rio de mi entusiasmo. —Ten cuidado, Chelsey, no te vayas a caer de la emoción.

Miré la acera. —¿Pero si han limpiado la nieve y echado sal? —El invierno neoyorquino acababa de empezar, pero, a diferencia de los años anteriores, esta vez los servicios de limpieza parecían estar bien preparados. Tras la primera nevada de anteanoche, habían despejado rápidamente las calles y las aceras, y el caos circulatorio se había mantenido a raya.

—Siempre queda alguna placa de hielo —advirtió Beryl.

—Vale, vale. —Volví a mi paso normal. Encogí los hombros, tiritando. Los saltitos me habían mantenido en calor—. No me puedo creer que haya empezado a hacer tanto frío tan de repente.

Beryl volvió a reír. —Pronto entrarás en calor. —Me dio un codazo amistoso y señaló un cartel blanco con una inscripción rosa de trazo curvo—. Ya estamos llegando.

—¡Llevaba todo el invierno pasado queriendo ir al spa y nunca lo conseguí! Por eso me alegro aún más de que lo hagamos juntas ahora. —Me uní a la risa de Beryl.

—Y esto es solo el principio —añadió Beryl—. Este invierno iremos más de una vez, seguro. Si no podemos permitirnos unas lujosas vacaciones de esquí, al menos podemos regalarnos un buen día en un spa de día. El invierno pasado no tuve mucho tiempo, ¡pero este invierno será diferente, te lo garantizo! ¡No voy a dedicarme solo a trabajar!

—Para eso justo estás buscando un nuevo trabajo. Y eso también lleva bastante tiempo —le recordé a mi amiga. Le di un codazo y dije, mitad en broma, mitad en serio—: En las últimas semanas has tenido menos tiempo que yo. Y eso que tengo una cafetería y, por lo tanto, también trabajo los fines de semana.

—Es verdad, he tenido menos tiempo que tú —admitió Beryl—. Pero eso va a cambiar, te lo prometo. Y ahora, disfrutemos del día de hoy.

—Sí —repliqué con alegría. Mi aliento se condensaba en el aire. Hoy era el día más frío del invierno hasta el momento. Me había abrigado bien y caminaba junto a Beryl con un abrigo de invierno, guantes, bufanda y gorro.

—Ya hemos llegado. —Beryl señaló la puerta que teníamos delante. Puso la mano en el tirador antiguo y tiró de él.

Nada.

La puerta no se abrió.

—Deja que pruebe yo. —Me puse al lado de Beryl y tiré con fuerza de la puerta.

Nada.

—Dios mío, vaya si está atascada —maldije en voz baja—. Esta puerta es peor que la de mi cafetería. Esa también se atasca constantemente, pero al final siempre consigo abrirla. Una acaba desarrollando sus trucos. —Sacudí el tirador con fuerza. Pero nada —. Ayúdame —le pedí a Beryl.

Pero ella no se movió. —Mira —dijo entonces, señalando un papel pegado en el interior de la puerta.

Dejé de sacudirla y miré el papel. El esfuerzo físico había hecho que entrara un poco en calor.

¡Cerrado por excursión de empresa!

Volví a leer el papel.

¡Cerrado por excursión de empresa!

—¡Menuda mierda! —exclamé en voz alta—. ¿Cómo se le ocurre al spa hacer una excursión de empresa en pleno invierno? ¿No pueden hacerla en verano, cuando la gente prefiere refrescarse en la piscina? —Me quedé mirando el cartel, enfadada. Tenía tantas ganas de pasar la tarde de hoy con Beryl.

¡Y ahora esto!

—No te enfades —me consoló mi amiga, rodeándome con el brazo —. Ya lo recuperaremos en otro momento. Ahora vamos a buscar un bar bonito, nos tomamos algo, charlamos y luego nos vamos a casa.

Una ráfaga de viento frío recorrió la calle. Me estremecí. —Con este frío no me apetece ponerme a buscar un bar. Al final no me he puesto el jersey más gordo. Venía preparada para una estancia en el spa, no para un paseo invernal.

—Ahí delante hay un bar. —Beryl señaló un cartel que colgaba en la esquina de la manzana—. ¿Probamos suerte allí?

—Por mí, vale —asentí. Nos pusimos en marcha. Al caminar, enseguida volví a entrar un poco en calor.

—El invierno también tiene su encanto —reflexionó Beryl, contemplando los montones de nieve que había al borde de la carretera. O, mejor dicho, los montones de aguanieve grisácea.

Me eché a reír. —El invierno en Nueva York también tiene sus cosas buenas, es verdad. Pero deberías ver cómo es en casa de mis padres. ALLÍ sí que nieva de verdad y es precioso, con las montañas, colinas y bosques cubiertos de nieve.

—¿Y no te hacía demasiado frío allí? —me vaciló Beryl, riendo.

Me uní a su risa. —No. No huí a Nueva York por el frío. Simplemente quería ver algo diferente. Aunque me crie en el campo, no soy una chica de campo. Aquí, en la gran ciudad, me siento mucho más a gusto.

Habíamos llegado al bar y entramos en el interior a través de las dos puertas acristaladas. Un calor agradable nos recibió. Parpadeé.

¿Dónde nos habíamos metido? El bar estaba a rebosar, aunque no era especialmente tarde y el interior no parecía muy atractivo. Tenía unos paneles de madera oscura muy antiguos. Unos taburetes a juego y una barra pesada le daban al lugar una atmósfera lúgubre. Negué con la cabeza. Aquel no era, desde luego, un lugar donde las chicas guais de Nueva York brindaban por el fin de semana con un benjamín después del trabajo mientras observaban a los hombres presentes.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlas? —Un hombre alto y delgado salió de detrás de la barra para saludarnos.

—Nos gustaría tomar algo —dijo Beryl. Hizo un gesto con la cabeza hacia el interior—. Parece que está bastante lleno. Nos quedamos en la barra hasta que se libere una mesa.

—¿Tienen entrada? —quiso saber el camarero.

—¿Una entrada? —repetí, sin entender. ¿Desde cuándo se necesitaba una entrada para ir a tomar algo a un bar? Aunque en Nueva York había algunas cosas raras, nunca había oído algo así.

—Hoy tenemos una cata de whisky —explicó el camarero—. Un evento privado. Solo tienen acceso quienes tengan entrada.

Por supuesto, no teníamos entrada. —No, hemos venido de improviso. En realidad, íbamos al spa de al lado, pero hoy está cerrado y hemos pensado que podíamos tomar algo aquí. ¿Sería posible? —Miré al camarero suplicante.

Él negó con la cabeza. —Lo siento, señoritas. Estamos completos. Y como queremos ofrecer un servicio adecuado a los asistentes al evento, no podemos atender a nadie más. Así que tengo que

pedirles que nos honren con su visita en otra ocasión. —El camarero hizo un gesto hacia la puerta.

—Pero… —empezó Beryl.

—Lo siento. —El camarero no dejó que Beryl terminara. Se dirigió a la puerta y nos la abrió—. Tengo que ponerme a trabajar, señoritas.

Beryl и yo nos miramos. Me encogí de hombros. «No hay nada que hacer», quería decir eso. Salimos lentamente. Tras el agradable calor del bar, nos recibió el ya conocido frío glacial del invierno. Volví a estremecerme. Me pareció que hacía aún más frío que antes.

—¿Quieres venir a mi casa? —invité a Beryl con voz temblorosa—. No puedo seguir buscando un bar. Necesito entrar en calor urgentemente.

Beryl miró a su alrededor. —Por esta zona no hay nada más. Solo edificios de oficinas y gimnasios.

—Ahí delante está la estación del metro. —Señalé al final de la manzana y empecé a moverme lentamente. Beryl me siguió—. Si quieres, nos tomamos una taza de té en mi casa. Por desgracia, no tengo whisky para una cata. —Con una pequeña broma intenté levantarnos un poco el ánimo. El día no podría haber ido peor, la verdad.

—Déjalo —dijo Beryl, restándole importancia con un gesto—. Mejor lo dejamos para otro momento. Yo me voy a casa y trabajo un poco en mis solicitudes de empleo. Todavía no las tengo del todo actualizadas.

—Sabía que tenías cosas que hacer —dije, decepcionada.

—No es por eso —confesó Beryl—. Pero la última vez que estuve en tu casa, tu compañero de piso se comportó de una forma tan asquerosa que me juré que ese no me vuelve a ver el pelo. —Beryl negó con la cabeza—. No entiendo cómo soportas ver a ese tío todos los días.

—Geoffrey. —Suspiré—. Bueno, intento verlo lo menos posible. Ese es mi secreto. —Solté una risita, pero enseguida me puse seria de nuevo—. Te entiendo perfectamente, es cualquier cosa menos un tipo agradable. Por suerte, cuando estoy sola, normalmente me deja en paz. Pero en cuanto tengo visita, aparece y espanta a todo el mundo con sus comentarios mezquinos. O se pone a cocinar algo que huele especialmente mal.

—Si siempre se comporta así, al menos no es por mi culpa. —Beryl también suspiró—. Aun así, deberías buscarte otro piso. Esa situación no puede durar para siempre.

—En cuanto la cafetería me dé un poco más de beneficios, me pondré a buscar otra cosa —repliqué.

Para entonces, habíamos llegado a la estación del metro. —Yo sigo un poco más y cojo el autobús de ahí delante. Me sale más a cuenta. Lo del spa lo recuperamos en cuanto podamos. O hacemos otra cosa chula. —Beryl me abrazó con fuerza.

La abracé. —De todas formas, me ha alegrado verte.

Nos separamos rápidamente y pasé del frío glacial al calor de la estación de metro.

Media hora más tarde, metí la llave en la cerradura de la puerta del piso, con los hombros encogidos. La situación con Geoffrey era

mucho peor de lo que le había admitido a Beryl. No quería que mi amiga se preocupara innecesariamente. En este momento, no podía permitirme otro piso. Hacía solo unos meses había hecho realidad mi sueño y había abierto una pequeña cafetería en Manhattan. Para ello, había tenido que pedir un crédito considerable. Había renovado el local con mucho cariño, había comprado el mobiliario y otro equipamiento, lo había decorado todo de forma acogedora y había preparado una pequeña carta para los clientes que querían algo más que un café. Todo tenía un aspecto fantástico y todo iba viento en popa. Pero desde la inauguración no podía permitirme grandes lujos y, mucho menos, permitirme una mudanza o un alquiler más alto que este.

Geoffrey era un capullo y la habitación un cuchitril inmundo. Pero de momento no podía cambiar nada de esa situación.

El próximo invierno, Chelsey. Si todo sigue así, podrás mudarte el próximo invierno. A una habitación bonita y luminosa con compañeros de piso agradables.

Seguramente tampoco podría permitirme un piso para mí sola. Pero era mi elección. La cafetería era un sueño que tenía desde hacía mucho tiempo y, para cumplirlo, había decidido renunciar a otras cosas.

Entré en el piso y cerré la puerta tras de mí.

—¡Ya estás aquí por fin, vaca descerebrada! ¡Me he pasado toda la tarde limpiando tu mierda! —bramó Geoffrey.

Retrocedí de un salto.

¿Qué?

¿Vaca descerebrada? Hasta ahora, Geoffrey nunca me había insultado de forma tan grave.

¿Y de qué mierda hablaba?

Debía de ser un error.

—He recogido todo en la cocina, yo… —me defendí mientras me desabrochaba el abrigo.

—¿Quién habla de la cocina? —Geoffrey vino por el pasillo. Con la cara roja como un tomate, se plantó delante de mí y gritó a pleno pulmón—. ¡El baño, pedazo de idiota!

Encogí la cabeza. Lo que más me hubiera gustado era abrir la puerta y marcharme sin más. Pero la experiencia me había enseñado que no servía de nada. Si evitaba una de las rabietas de Geoffrey, luego tenía que pagarlo. En cuanto volvía a entrar en el piso —cosa que tenía que hacer tarde o temprano, al fin y al cabo vivía allí—, la frustración acumulada de Geoffrey se descargaba sobre mí por partida doble o triple. Lo mejor era acabar con todo de una vez.

Por mucho que quisiera huir.

—¿Qué pasa en el baño? —pregunté, y de repente sentí un cansancio de plomo en el cuerpo. La idea de acurrucarme en mi cama me pareció de pronto muy tentadora. Las discusiones con Geoffrey me robaban siempre una cantidad increíble de energía.

Luego, Chelsey. En cuanto Geoffrey se calme.

—¿Aún lo preguntas, tonta del bote? ¡De verdad que tienes la memoria de un pez! —Geoffrey se acercó y me miró amenazador.

Involuntariamente, di un paso atrás.

—¡Has dejado que se desbordara la bañera! ¡Había agua por todas partes! Un desastre increíble, gigantesco. Frank y yo nos hemos pasado horas limpiando y fregando. ¡Sí, para eso servís las mujeres! ¡Para limpiar vuestra mierda! —Geoffrey soltó una risa burlona.

—¿La bañera? Pero si hoy no me he bañado. Iba al spa. Y, además, nunca me baño. Prefiero ducharme —me defendí. Intenté recordar febrilmente la mañana. ¿Qué había hecho?

Entonces negué con la cabeza. —No he sido yo, te lo aseguro, Geoffrey.

—¿Y quién ha sido entonces? —Geoffrey se acercó un paso más—. ¡Frank! ¿Has oído lo que dice? ¡Dice que he sido yo!

—No he dicho eso —me defendí.

—Que se calle la boca de una vez —llegó la voz quejumbrosa de Frank, el mejor amigo de Geoffrey, desde la cocina.

Lo que me faltaba. Geoffrey ya era casi insoportable por sí solo. Pero en cuanto Frank estaba cerca, se convertía en un ser aún más asqueroso de lo que ya era. Entonces le sacaba punta a todo y a todos, me insultaba gravemente y hacía un comentario despectivo tras otro. Era como si tuviera que demostrarle algo a Frank.

Y Frank le seguía el juego.

—¡Pues claro que NO he sido yo! —bramó Geoffrey tan alto que me tapé los oídos del susto—. ¡Estúpida vaca! Se acabó. Te he

aguantado aquí durante meses. ¡Ya basta! ¡No haces más que una estupidez tras otra!

Eso no podía permitirlo. Aparté las manos de los oídos. —Pero…

No pude seguir.

—Siempre te dejas las ventanas abiertas y la calefacción puesta. Y eso en pleno invierno. Por tu culpa me estoy arruinando. Este año los gastos de comunidad van a ser más altos que nunca. ¿Y a quién tengo que darle las gracias? ¡A ti! —Geoffrey gritaba tan alto que probablemente hasta los vecinos del piso de arriba podían oírlo.

—Solo fue una vez y no por mucho tiempo —me defendí—. Solo estaba en la cocina y se me olvidó en el salón…

—¿Y qué haces tú en el salón? —siguió bramando Geoffrey sin parar —. ¡Te dije que, aparte de tu habitación, solo podías entrar en la cocina y en el baño! ¡Este es MI piso!

—Pero es que venía un mal olor de ahí y quería ventilar un momento y… —intenté explicar.

—¿Mal olor? A tu nariz le pasa algo. Deberías hacértela mirar urgentemente. Con la pinta que tiene, una operación no te vendría nada mal de todas formas. —Geoffrey se rio con malicia. Frank apareció detrás de él y se unió a la risa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeé rápidamente y me mordí el labio inferior, que me temblaba. Era lo que me faltaba, ponerme a llorar delante de este idiota.

—Y encima me has roto la taza de mi abuela. ¡La taza de la abuela! —Ahora Geoffrey parecía sinceramente dolido.

—Lo siento, sé lo mucho que significaba para ti. —Ya me había disculpado varias veces por esa torpeza, pero una vez más no haría daño. Con suerte, Geoffrey se calmaría pronto.

—¡Estoy hasta los cojones de ti, estúpida vaca! —gritó Geoffrey—. ¡Hasta los mismísimos! ¡Lárgate y no vuelvas a aparecer por aquí! ¿Has entendido? —Dio otro paso hacia mí.

Volví a retroceder. —Pero si yo vivo aquí —protesté con voz tímida.

Demasiado tímida, Chelsey.

—VIVÍAS aquí. Se acabó a partir de ahora. Este es MI piso y no quiero volver a verte por aquí. Nunca más. ¿Está claro? —resopló Geoffrey.

—Pero no puedes hacer eso. —Poco a poco me fui dando cuenta de lo que Geoffrey estaba haciendo.

Me estaba echando.

De mi casa.

—Claro que puedo, zorra estúpida. Aquí mando yo. No eres más que una puta subarrendada y puedo ponerte de patitas en la calle cuando me dé la gana. Y es lo que voy a hacer ahora. ¡Fuera! —Geoffrey señaló la puerta del piso, a mi espalda.

—¡Eso es! ¡Dáselo bien! —lo animó Frank desde atrás—. Que no te vacile.

—Pero mis cosas… —Intenté dar un paso hacia Geoffrey—. Y la fianza…

—¿La fianza? —Geoffrey estalló en una carcajada—. ¿Has oído eso, Frank? La niñita va provocando un destrozo tras otro y todavía tiene el descaro de pedir la fianza. —Geoffrey me miró amenazador—. Te voy a decir una cosa, pequeña. Puedes dar gracias de que a Frank y a mí nos parezcas tan poco atractiva. Si no, podrías pagar por el destrozo de otras maneras. —Geoffrey hizo un gesto obsceno y sonrió de forma repugnante—. Así que solo me quedaré con la fianza. Y con algunas de tus cosas. Las venderé. —Geoffrey me puso una bolsa de plástico en la mano—. Toma, he metido tus braguitas monas y un par de cosas más. Para que al menos tengas una muda y no apestes tanto cuando vayas al albergue para indigentes. Aunque allí tampoco se notaría.

Geoffrey me agarró del brazo y pasó por mi lado. Abrió la puerta y me empujó al rellano. —Y ahora, lárgate de una vez, zorra estúpida.

Di dos pasos vacilantes. Luego me detuve. Apenas podía creer lo que acababa de pasar. Hacía menos de dos horas estaba ilusionada con una visita al spa con mi amiga y ahora estaba en la calle con solo un par de cosas y sin tener a dónde ir.

—¿Te vas a mover ya? ¿O también quieres apestar el pasillo? —bramó Geoffrey.

Me sobresalté.

Entonces corrí hacia las escaleras.

Cuanto más lejos de aquí, mejor.

Apenas unos minutos después, el frío aire invernal me golpeó en la cara. Me giré a la derecha con inseguridad y casi resbalo en la acera.

¿Qué iba a hacer?

Esto era peor que cualquier cosa que me hubiera pasado jamás.

Superaba mis peores pesadillas. Ni mis pesadillas habían sido tan horribles como este momento.

Estaba en la calle, con nada más que una bolsa de plástico y un bolso.

Estaba sin hogar, en el sentido más literal de la palabra.

Capítulo 2

Landon

Contemplaba desde las alturas el mar de edificios de Nueva York, del que destacaba la superficie de Central Park cubierta por un manto blanco. Por fin había llegado el invierno. La primera nevada rara vez duraba mucho, pero seguro que no tardarían en llegar más. Sonreí para mis adentros, lleno de expectación. Evitaba Central Park en invierno tanto como podía, porque no soportaba a los turistas gritones, a los niños llorones y a los adolescentes que actuaban como si nunca hubieran visto la nieve en su vida.

Prefería la tranquilidad y el aislamiento de las montañas. La AUTÉNTICA tranquilidad, la que encontraba cuando me llevaban en helicóptero a las montañas y tenía la naturaleza para mí solo sobre los esquís.

El invierno pasado lo había hecho con demasiada poca frecuencia. ¡Pero este invierno eso iba a cambiar! Hasta ahora, me había dedicado sobre todo a la expansión de mi imperio empresarial. *Goleman Resorts* era la mayor cadena de estaciones de esquí de todo Estados Unidos. Toda familia, toda pareja, todo grupo de amigos que hubiera ido de vacaciones a esquiar alguna vez conocía

Goleman Resorts. Lo ofrecíamos todo: clases de esquí para niños y adultos, animación por la noche, masajes relajantes, zonas de sauna y una pista de esquí exclusiva solo para nuestros huéspedes. Cualquier deseo que pudiera tener un veraneante, mi equipo y yo ya lo habíamos previsto y nos habíamos encargado de hacerlo realidad.

Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro.

Lo había conseguido.

Mi nombre era de sobra conocido. No solo me pertenecían las estaciones de esquí. También el edificio en cuya última planta se encontraba mi despacho era mío, junto con muchos otros edificios de oficinas en Nueva York. Aparté la vista de Central Park y la dejé vagar por el horizonte de Nueva York. Las siluetas de los rascacielos se recortaban hoy con especial nitidez sobre el cielo azul claro del invierno.

Mi ciudad.

En el sentido más literal de la palabra.

Había trabajado duro y durante mucho tiempo para poder pronunciar esas palabras.

—Mi ciudad —dije en voz alta para mí mismo, y apreté el puño.

Toma ya.

Con aire victorioso, lancé el puño hacia el techo.

—¿Qué se supone que es eso? ¿Aspiras al puesto de Estatua de la Libertad? —La voz irónica a mi espalda me hizo darme la vuelta y bajé el puño.

Miré furioso la cara sonriente de mi antiguo socio, Gideon. —¿Qué haces aquí? —le espeté—. Ya no pintas nada aquí.

Gideon se encogió de hombros. Luego levantó la mano derecha, de la que colgaba una pequeña tarjeta de plástico. —No quería perderme el placer de devolverte yo mismo mi tarjeta de empleado. —Su sonrisa se ensanchó aún más.

Di tres pasos hacia él. —Dámela. —Agarré la tarjeta y se la arranqué de la mano de Gideon. ¿Por qué seguía teniéndola? ¿Acaso nadie se había encargado de quitársela después de que presentara su dimisión? Apreté los dientes y me prometí a mí mismo someter a revisión urgente los procesos de mi empresa.

—Deberías hablar con el departamento de personal. Allí parece que a nadie le importa si los antiguos empleados siguen teniendo acceso al edificio —echó Gideon sal en la herida con sorna.

—Eso no es asunto tuyo —gruñí con los dientes apretados—. Ya no trabajas aquí, así que preocúpate de tus cosas.

—Oh, ¿todavía dolido porque me atrevo a ocuparme de mis propios planes y sueños? —continuó pinchando Gideon—. ¿Es que el gran maestro no ha superado que un empleado se atreva a dar la espalda a la empresa?

—Como si fueras una gran pérdida —le devolví el golpe. Una sombra cruzó el rostro de Gideon. Sonreí satisfecho. Así que había conseguido darle donde le dolía. Se lo tenía más que merecido.

Podría haberme devuelto la tarjeta sin tanto alboroto y simplemente seguir su camino.

—Sabes perfectamente que soy una gran pérdida —gruñó Gideon entonces—. Simplemente no quieres admitir lo que has perdido conmigo. Un empleado insustituible que estaba disponible día y noche, que siempre lo daba todo y que no le hacía ascos a nada. ¿Y qué he recibido a cambio? ¡Nada! —Gideon abrió los brazos.

—No finjas ahora que no te gustaba —arqueé una ceja—. Eso es exactamente lo que querías. Querías ser insustituible y el mejor en todo. Y todo lo que has hecho por *Goleman Resorts* te ha dado esa sensación.

—¡Me has explotado sin miramientos! —Gideon levantaba cada vez más la voz—. Me he partido el lomo y no he recibido nada a cambio. ¡Nada!

—No ganabas precisamente poco —repliqué, ahora ligeramente divertido. Hacía unos segundos quería echar a Gideon de la oficina lo antes posible, pero ahora empezaba a disfrutar de la discusión. Gideon parecía un insecto indefenso debatiéndose en una telaraña. Una telaraña que él mismo había tejido.

Gideon soltó un bufido de rabia. —No ganaba precisamente poco —siseó.

—Por no decir que bastante bien —puntualicé. Estaba orgulloso de que *Goleman Resorts* fuera una de las empresas que pagaban a sus empleados por encima de la media. A mi gente le gustaba trabajar para mí y no quería que al final del día tuvieran que preocuparse por cómo llegar a fin de mes o que no pudieran permitirse unas merecidas vacaciones con la familia.

—Bien no significa suficiente —siseó Gideon.

Puse los ojos en blanco. —¿Qué quieres, Gideon? ¿Un aumento de sueldo retroactivo? ¿Por eso has dimitido? —Negué con la cabeza para mostrar lo ridículo que era.

—Habría sido lo apropiado —siseó Gideon.

Se me escapó una risa breve. Gideon no podía estar hablando en serio, ¿verdad? —Quien quiere un aumento de sueldo, negocia. No dimite. ¿Has oído hablar de eso alguna vez? —arqueé una ceja.

Gideon ignoró mis palabras. —En todos estos años nunca me has ascendido —se quejó.

—¿Ascendido? —Tuve que reír de nuevo—. ¿A qué puesto? Eras el segundo al mando en la empresa, Gideon. Justo después de mí. ¿Qué ascenso debería haberte dado? ¿Debería haberte traspasado *Goleman Resorts* y haberte nombrado jefe? —Esta discusión se estaba volviendo cada vez más ridícula.

—Habría sido lo apropiado. —Los ojos de Gideon se entrecerraron—. Pero no quisiste saber nada del tema, absolutamente nada.

Ya era suficiente. Esta discusión había dejado de ser divertida para recordarme a las numerosas e infructuosas peleas con mi exmujer. A ella nunca había podido complacerla. Constantemente encontraba algo que criticarme y constantemente encontraba cosas nuevas que quería. Nada le había sido suficiente y había tenido que controlarlo todo. Al final, solicité el divorcio y desde hacía un año era un hombre libre. Sonreí. La sensación no tenía precio y no la cambiaría por nada del mundo. Cometo errores, pero bajo ningún concepto cometo el mismo error dos veces. ¿Para qué iba a casarse nadie hoy en día?

Diversión y un poco de compañía las encontraba en cada esquina, y como hombre sin ataduras tenía la libertad de probar todo lo que quisiera. Nueva York y el mundo estaban llenos de mujeres atractivas y casi ninguna decía que no a una noche con un rico hombre de negocios.

Y yo me aprovechaba de ello con demasiado gusto.

—Pareces una vieja, Gideon. Como alguien que ha sido tratado de forma especialmente injusta por el mundo y quiere ir a llorarle a su mamá agarrado a sus faldas —dije ahora con brutalidad—. No tengo tiempo para este tipo de riñas y lloriqueos. Has decidido irte, así que sé un hombre y asúmelo. —Con un amplio gesto hacia la puerta, invité a Gideon a abandonar mi despacho.

Pero Gideon dio un paso adelante. Y otro más. Sus ojos se entrecerraron igual que antes. Su mirada estaba llena de odio. —¿Te crees que eres mejor solo porque te llamas Landon Goleman y te pertenecen los *Goleman Resorts* y unos cuantos edificios de mala muerte en Nueva York? —Gideon soltó una carcajada—. No te equivoques.

Negué con la cabeza con lástima.

—Solo espera y verás. Ahora que ya no tengo que partirme el lomo por ti, le demostraré al mundo de lo que soy capaz. —Gideon sonrió, dejando al descubierto sus dientes ligeramente amarillentos.

Arrugué la nariz con asco.

Antes de que pudiera responder, Gideon continuó: —He comprado un complejo turístico. No muy lejos de *Goleman Colorado*. —Volvió a sonreír—. Ahora por fin puedo poner en práctica todas mis ideas, y

cuando tus huéspedes poco a poco dejen de venir, ya verás de qué te sirvió no haber apreciado nunca lo suficiente ni a mí ni mi trabajo.

¿Gideon había comprado un complejo? ¿No muy lejos de *Goleman Colorado*? Solo podía ser esa cosa ruinosa que llevaba años en venta y que nadie había querido nunca. Por una buena razón. La reforma costaría una fortuna.

—Si de verdad quieres cargarte con esa ruina, ¿por qué no? —Me encogí de hombros—. El alcalde lleva años esperando a alguien lo bastante tonto como para comprar esa cosa.

—Me ha asegurado su total apoyo. Las obras de renovación han terminado y pronto celebraremos la inauguración. —Gideon me sonrió triunfante.

—¿Pronto? —repetí, mirando fijamente a mi antiguo socio. Entonces el trato debía de haberse cerrado hacía tiempo. En un momento en que Gideon todavía trabajaba aquí y yo le pagaba para que velara por el bien de mi empresa. Solté una risa burlona—. Te presentas aquí como un pobre empleado desfavorecido y en realidad has estado haciendo tus propios planes a mis espaldas durante mucho tiempo. Predicas una cosa y haces otra. Lo que nos faltaba.

—¿Tienes miedo? —Gideon enseñó los dientes de nuevo.

—De ti, seguro que no —repliqué. Y era verdad. Gideon había sido un buen y leal empleado. Alguien en quien había confiado y que siempre había hecho lo que yo le había encargado. Pero nada más. No había tenido ideas creativas y nunca había tomado la iniciativa para hacer algo fuera de lo común. Sencilla y llanamente, no era un número uno. Un buen número dos, pero no daba para más.

Ahora, al parecer, le habían entrado delirios de grandeza y necesitaba demostrar su valía. ¿Sería una especie de crisis de la mediana edad prematura?

Bueno, eso no era asunto mío.

Me daba igual.

Gideon fracasaría con su proyecto tarde o temprano, de eso estaba seguro.

—De todos modos, tus precios son demasiado altos —me reprochó Gideon—. Simplemente no trabajas de forma rentable. Pagas a las camareras de piso sueldos imposibles y los huéspedes tienen que pagar el pato.

—Estoy seguro de que aprecian tener sus habitaciones limpias —respondí, y me maldije en el mismo instante por ello. ¿Por qué me metía en una discusión con un antiguo empleado? Agarré mi corbata para enderezarla—. Gideon, es…

En ese momento, el nudo de mi corbata se deshizo y me quedé con dos tiras de tela sueltas en la mano.

Gideon se echó a reír. —¿El gran maestro sigue sin saber hacerse el nudo de la corbata? —Se rio tanto que se sujetó los costados—. Como esto se sepa… no solo saldrás en las revistas de economía como uno de los neoyorquinos más influyentes del año, sino también en las revistas satíricas como uno de los pocos hombres de negocios que no sabe anudarse la corbata. Y, sinceramente, si no puedes ni hacer algo así, ¿quién va a querer confiar en ti en los negocios? —Gideon siguió riendo.

Apreté los puños y la mandíbula. Me habría encantado estamparle el puño derecho directamente en la cara a Gideon y acabar así con esa risa de hiena. Pero me contuve. No quería darle a ese idiota ni un solo flanco por el que atacar.

—¡Desaparece de una vez! —le espeté a Gideon—. Me estás haciendo perder el tiempo. Haz lo que quieras con esa ruina en Colorado. Dentro de un año veremos quién tiene más éxito: tú o yo. —No dudaba de que sería yo. Aparte de un gran ego, Gideon no aportaba nada. Lo acababa de demostrar con creces.

Gideon sonrió. —Así que sí tienes miedo.

Me acerqué a Gideon y le miré a los ojos. Durante unos segundos estudié su expresión. Vigilante.

Traicionera.

—Nadie quiere pagar tus precios desorbitados. Ni aquí en Nueva York ni en ningún otro sitio. —Gideon sonrió entonces. Con aire de victoria—. He trabajado aquí el tiempo suficiente para conocer todos los puntos débiles de tu modelo. Y me refiero a todos. Y voy a aprovecharme de ello.

No dije nada.

—La gente huirá de ti. Y al final te presentarás llorando en mi puerta suplicando piedad. —La sonrisa de Gideon se ensanchó.

—¿No nos estarás confundiendo? —arqueé una ceja—. TÚ serás quien suplique piedad en cuanto tu proyecto fracase. Y ese día llegará. Sin ninguna duda.

Gideon sonrió de nuevo. —Quien ríe el último, ríe mejor. ¿Y de quién se puede reír uno más que de un miserable fracasado que ni siquiera sabe anudarse la corbata? —Gideon me echó el aliento a la cara.

Ya era suficiente.

Agarré a Gideon por el cuello de la camisa y tiré de él hacia la puerta. —Fuera de aquí. Y no vuelvas a aparecer por aquí nunca más. He perdido ya demasiado tiempo contigo. —Con estas palabras, empujé a Gideon a través de la puerta abierta hacia la antesala vacía. Mi secretaria, Fanny Mae, estaba de vacaciones, así que durante las próximas semanas recibiría yo mismo a las visitas. Me había faltado tiempo para buscar una sustituta.

—Nos volveremos a ver —amenazó Gideon—. En otras circunstancias.

Resoplé.

Gideon salió de la antesala y desapareció de mi vista.

Regresé a mi despacho y me detuve, pensativo, ante el gran ventanal panorámico. Mi mirada volvió a recorrer el horizonte de Nueva York y se detuvo en el Central Park cubierto de nieve.

Tenía que cortar de raíz los esfuerzos de Gideon por crear una empresa competidora y utilizar todas mis relaciones para ello.

¿Quería perjudicarme?

¡Pues yo iba a perjudicarle a él!

A mí, Landon Goleman, nadie me tomaba el pelo así como así. Nadie se metía conmigo impunemente. Faltaría más.

¿Acaso no había pensado antes en tomarme unas vacaciones y pasar un tiempo tranquilo en las montañas?

Esa sería la oportunidad perfecta para ir a Colorado a ver qué pasaba y averiguar qué estaba ocurriendo realmente allí. Al fin y al cabo, Gideon podía afirmar cualquier cosa.

Si decía la verdad o no, esa era otra cuestión muy distinta.

Capítulo 3

Chelsey

Confusa, abrí los ojos y parpadeé ante la luz pálida y tenue. ¿Qué hora era? ¿Y dónde estaba? La luz aquí era muy diferente a la de mi apartamento. Los ruidos eran muy diferentes. Y, por si fuera poco, mi postura era muy diferente. ¿Esta no era mi cama, verdad?

Me estiré y choqué con el brazo derecho contra un respaldo.

¿Un respaldo?

En ese instante, lo recordé todo. Recordé cómo ayer había estado en la calle, desesperada, sin saber adónde ir. ¿Dónde iba a pasar la noche? De un momento a otro, me había quedado sin hogar. Ni en mis peores pesadillas me habría imaginado algo así. Cuando abrí la cafetería, me habían atormentado muchos miedos sobre el futuro y el fracaso, y me había costado un gran esfuerzo dar el paso y, sobre todo, disfrutarlo. Me había imaginado que no vendrían clientes, que habría quejas por los precios y problemas con los proveedores. Pero una catástrofe personal como esta… superaba incluso mi imaginación.

Lo que más me apetecía era volver a cerrar los ojos, darme la vuelta y dejar que el día pasara de largo. Y el día siguiente también. Y el de después. Lo que más me apetecía era ignorar sin más todos los problemas de mi vida.

Con eso no van a desaparecer, Chelsey. ¿Y a qué te refieres con todos los problemas? Tienes UN problema. Vale, uno gordo. ¿Pero serás capaz de superarlo, no? ¡Al fin y al cabo, tienes amigos que te ayudarán!

Una amiga. Recordé con gratitud cómo Beryl me había recogido ayer de la calle y me había alojado en su casa.

—Se lo explicaremos a Donald mañana por la mañana —me había susurrado—. Es terriblemente estricto con las visitas que se quedan a dormir y, en realidad, acordamos no traer a nadie sin avisar antes. Pero cuando se entere de tu situación, seguro que no hay problema. —Donald era el compañero de piso de Beryl y ahora yo dormía en el sofá del salón de su piso compartido.

—¿Qué demonios pasa aquí? —Una voz fuerte y retumbante me sacó de mis pensamientos. Abrí los ojos—. ¿Y tú quién eres y qué haces en MI sofá?

Me incorporé. Frente a mí había un hombre bajito y muy tatuado que me miraba acusadoramente, señalándome con el dedo índice. —Yo… bueno, puedo explicarlo —balbuceé, pasándome ambas manos por mi larga melena rubia.

—¡BERYL! —bramó el hombrecillo—. ¿Qué mierda es esta? Dejamos bien claro que preguntarías antes de traer a una amiga a la que su rollo ha dejado por otra.

—Pero si no es así… —intenté hacerme oír, desesperada.

Pero a Donald no le interesaba escucharme. —Como esto vuelva a pasar UNA VEZ MÁS, acabarás tú también en la calle —gritó en dirección a Beryl.

Me encogí. No, eso también no. Beryl, a quien conocía desde que llegué a Nueva York y que me había ayudado de forma tan desinteresada, no podía meterse en problemas por mi culpa. Bajo ningún concepto podía correr la misma suerte que yo.

—Pero Donald, si no es así. —Beryl apareció detrás de Donald. El hombrecillo se dio la vuelta.

—¡Teníamos un acuerdo muy claro y no lo has cumplido! —La ira en la voz de Donald era evidente—. Los compañeros de piso de fiar son otra cosa.

—Ha sido una emergencia, Donald. —Beryl no se rendía tan fácilmente.

—¡Emergencia! —Donald golpeó con rabia el marco de la puerta. Me sobresalté. Aunque Donald no era especialmente alto, parecía rebosar energía belicosa. Preferiría no encontrármelo a oscuras, ni en la calle ni aquí en el piso.

Mi decisión estaba tomada.

No me quedaría aquí.

—Si no se ha ido en diez minutos, llamo a la policía. ¡Allanamiento de morada! —Donald soltó un bufido de rabia—. AQUÍ el que manda soy yo y aquí no se queda nadie sin mi permiso.

—Íbamos a pedirte permiso hoy. —Admiré la intrepidez con la que Beryl plantaba cara a su compañero de piso.

¿Debería haber hecho yo lo mismo ayer?

Tonterías, Chelsey. No tuviste ninguna oportunidad.

—El permiso no se pide después de haber puesto a todo el mundo ante hechos consumados —nos aleccionó Donald—. ¡Adónde iríamos a parar! —Negó con la cabeza. Luego se giró a medias hacia mí y me señaló con el dedo—. Como siga aquí esta noche, llamo a la policía. Que se reconcilie con su rollo. Seguro que la acepta de vuelta si abre un poco más las piernas y se disculpa por lo que le ha hecho. —Donald meneó la cabeza con desprecio—. ¡Las mujeres! ¡Nunca tenéis bastante con nadie!

Entonces se volvió completamente hacia mí. —¡Lárgate de aquí! —Agitó el dedo índice en el aire de forma amenazante, bufó una última vez, pasó rozando a Beryl y desapareció. Poco después, una puerta se cerró de un portazo.

—Lo siento —dijo Beryl, avergonzada—. Normalmente no es tan terrible. Pero su novia le puso los cuernos hace poco y luego lo dejó. Debe de haberle afectado más de lo que admite. Quizá si hablamos con él otra vez esta noche… —No terminó la frase.

—No parecía que estuviera dispuesto a razonar —le hice ver—. No quiero meterte en ningún lío, de verdad.

—¿Pero qué vas a hacer? Tienes que dormir en algún sitio. —Beryl me miró desesperada—. ¡Los hombres! —murmuró en voz baja—. Mejor no vivir con ellos.

A pesar de mi desdichada situación, tuve que reír. —Ay, Beryl. —Mi amiga se unió a mi risa. Me levanté del sofá y empecé a doblar las mantas que Beryl me había dado—. Voy a prepararme y luego iré a la cafetería. Después de cerrar, me compraré una esterilla de acampada y un saco de dormir. Con eso aguantaré unas cuantas noches en la cafetería hasta que encuentre algo nuevo. Nueva York es grande, cada día alguien se muda o se va. En caso de necesidad, dormiré unas semanas en la cafetería y ya está. —Asentí con determinación. Cuanto más pensaba en mi idea, más me gustaba.

—¿Y dónde piensas ducharte? —quiso saber Beryl.

Sonreí. —Una razón para ir al spa más a menudo por fin. ¿No te parece?

Beryl se rio. —Chelsey, eres incorregible.

En realidad, no.

Pero en mi situación no me quedaba otra. Montarle una escena a Beryl y ponerme a llorar no mejoraría nada al final. No tenía guardado en la manga a ningún príncipe azul en un caballo blanco para rescatarme. Tenía que rescatarme a mí misma.

Una hora y media más tarde, caminaba despacio desde la estación de metro hacia mi cafetería. Durante la noche había vuelto a nevar. El aire era gélido y las calles seguían muy resbaladizas en algunos tramos. Puse un pie delante del otro con cuidado. Una caída era lo último que me faltaba.

Inhalé lentamente, intentando que la menor cantidad de aire frío posible llegara a mis pulmones. Esta noche haría frío. Tenía que asegurarme de que el saco de dormir fuera lo suficientemente

grueso para mantenerme caliente en la tumbona de la cafetería. Por supuesto, allí tenía calefacción, pero si la dejaba encendida toda la noche, pronto tendría que pedir otro crédito para cubrir los gastos de energía. No, prefería invertir un poco más en un saco de dormir. Seguro que pronto me saldría a cuenta.

Un corredor vino hacia mí. ¿Cómo podía correr por las calles con ese aire gélido y con lo resbaladizo que estaba todo? Negué con la cabeza. Cuando estuvo a mi altura, se desvió de repente en mi dirección.

Involuntariamente, di un paso a un lado, pero mi pie izquierdo no encontró apoyo. Empecé a trastabillar.

—¡Pare! —grité, impotente, la primera palabra que me vino a la mente. Pero el corredor ya se había alejado. De repente, los milisegundos parecieron estirarse en minutos interminables mientras mi cuerpo caía lentamente hacia el suelo. Ya no podía evitar la caída, pues había perdido el equilibrio. Así que me preparé para un duro impacto.

—¡Cuidado! —Un grito fuerte. Y de repente, dos brazos fuertes me rodearon. Un aroma áspero, ligeramente amaderado y con una nota de canela me envolvió. Justo a juego con el invierno. A pesar del frío que me rodeaba, sentí calor.

—¿Le ha pasado algo? —La voz junto a mi oído estaba tan cerca que pude sentir un aliento cálido. El aliento cálido del hombre en cuyos brazos yacía. Sentí aún más calor. Mi piel parecía arder. Con cuidado, una mano acarició mi mejilla y dio unos golpecitos suaves sobre mi piel caliente. El hombre parecía pensar que estaba inconsciente.

Abrí los ojos.

Y vi su rostro.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Los ojos más oscuros que había visto en mi vida me examinaban. Un rostro atractivo con una nariz ligeramente torcida. ¿Habría boxeado alguna vez el desconocido y se habría roto la nariz? ¿O la lesión provenía de otro sitio? Fuera como fuese, esa pequeña irregularidad solo hacía su rostro más atractivo. Deslicé la mirada por sus labios y su marcada mandíbula.

Y entonces me di cuenta de que estaba apoyada directamente sobre su pecho. Sobre un pecho firme y atlético. En dos brazos fuertes.

No quería que ese hombre me soltara nunca.

—¿Está bien? —preguntó de nuevo.

Solo pude asentir.

Di algo, Chelsey, para que no te tome por una completa idiota.

Pero mis labios no querían obedecerme. Permanecí en silencio. El hombre puso su mano en mi espalda y me ayudó a incorporarme. A duras penas aparté la vista de su rostro y me puse en pie.

—Lo siento, pero tengo que seguir, así que si no necesita nada… —El hombre hizo un gesto de disculpa.

Me limité a negar con la cabeza.

El hombre se llevó dos dedos a la sien. Un educado saludo de despedida. —Que tenga un buen día. —Se alejó. Me quedé allí, petrificada, mirándolo marchar.

—¡Gracias! —grité finalmente. Pero ya no se giró. Probablemente ni siquiera me había oído.

Genial, Chelsey, de verdad, genial.

Me encogí de hombros. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Detenerlo? ¿Con qué derecho? A él no le interesaba en absoluto. Alguien como él o estaba con una supermodelo o podía tener a cualquier mujer que quisiera.

¡Chelsey! Tienes un problema enorme. No tienes un maldito apartamento. No malgastes tus pensamientos en un hombre con el que te has cruzado fugazmente. Ya no eres una adolescente que se pasa las noches soñando con alguien inalcanzable.

Suspirando, me di la vuelta y seguí caminando. Esta vez, respiré hondo varias veces. El aire gélido me ayudaría a olvidar al hombre rápidamente. Expulsaría de mi cuerpo ese calor que rozaba sospechosamente la excitación.

Doblé la esquina. Desde allí ya podía ver mi cafetería. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Al menos UNA cosa que salía como estaba previsto. De hecho, salía mejor de lo previsto. Los clientes abarrotaban el local y estaban locos por mi café, por las quiches, los bagels y los muffins que ofrecía. Había superado mis objetivos de ventas todos los meses hasta ahora y tenía todos los motivos para estar orgullosa.

Alcé la vista y miré el edificio en el que *CC – Chelsey's Coffee* había encontrado su hogar.

Me quedé sin aliento.

Frente a mi cafetería había varios camiones de bomberos. Unas mangueras se dirigían hacia mi puerta. No podía ver más desde donde estaba.

Entonces eché a correr. Mis piernas volaban sobre la nieve y parecían esquivar cada placa de hielo.

¿Qué estaba pasando?

—¿Qué pasa aquí? —solté sin aliento unos segundos después, al llegar a la cinta amarilla con la inscripción en negro que impedía a los no autorizados entrar en la cafetería. Se me hizo un nudo en el estómago y se me formó otro en la garganta al contemplar la fachada ennegrecida con el cristal reventado. Había habido un incendio. Intenté mirar dentro, pero todo lo que pude ver fue una negrura profunda y oscura.

Mi cafetería estaba destrozada.

—Un incendio —respondió el bombero lacónicamente.

—Esta… esta es mi cafetería. —Las palabras apenas salían de mis labios. Me sentía como si fuera una marioneta.

O una visitante de otro planeta.

¿Esto no me estaba pasando a MÍ, verdad?

Seguro que… seguro que todavía estaba en los brazos del atractivo desconocido, que probablemente me sacudiría ligeramente y me despertaría de esta pesadilla.

—¿La cafetería es suya? —El bombero me miró fijamente. Luego gritó en voz alta—: ¡Andy! Ven aquí un momento. —Otro bombero, que estaba hablando por una radio, se giró hacia nosotros—. Esta es la dueña. —Andy asintió, terminó su conversación y se dirigió hacia nosotros.

—Buenos días. Su cafetería está completamente destrozada. —Me saludó con un gesto de cabeza mientras me daba la noticia en un tono neutro. Probablemente lo hacía a menudo.

Es su trabajo, Chelsey.

Mi interior era un caos.

Era simplemente demasiado.

—Lo mejor es que se ponga en contacto con su seguro de inmediato —me aconsejó Andy—. Aunque no estoy seguro de que en este caso vaya a pagar. —Andy me miró con severidad—. Tenía bombonas de gas almacenadas en la trastienda, ¿verdad?

Incluso antes de que pudiera responder, Andy continuó en tono de amonestación: —Eso está terminantemente prohibido por las normas de protección contra incendios. Terminantemente. Con infracciones así, el seguro no pagará. Y puede prepararse para una buena multa por nuestra parte.

Miré a Andy, atónita.

Todo esto no podía ser verdad.

Todo esto no podía estar pasando.

Todo esto tenía que ser un malentendido. —Yo no tenía bombonas de gas en el almacén —logré decir—. Ni siquiera uso gas.

Andy se encogió de hombros. —Nosotros hemos visto otra cosa allí.

Negué con la cabeza.

—Suele pasar que se olviden esas cosas. La mayoría de las veces sale bien. —Andy asintió—. Pero no siempre. Ahora espere a que terminen todas las investigaciones. Y, a pesar de todo, hable con su seguro.

¿El seguro? No necesitaba hablar con ningún seguro porque no tenía ninguno. Cuando abrí la cafetería, había invertido todos mis ahorros y, además, había pedido un crédito elevado. Había comprado lo esencial sin escatimar en gastos, porque daba mucha importancia a la calidad tanto en la decoración como en la comida. Pero todo lo que no necesitaba urgentemente lo había pospuesto para más adelante.

Los seguros estaban en esa categoría.

Mi seguro no pagaría, desde luego. Porque no tenía ninguno.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Los cerré rápidamente. No quería que nadie me viera llorar.

—Lo mejor es que se vaya a casa ahora —dijo Andy. Volví a abrir los ojos. Me ardían y estaban salados, pero logré contener las lágrimas —. De todas formas, aquí no puede hacer nada, al menos no hoy. Mientras nuestros hombres estén dentro, nadie puede entrar en el edificio. —Andy señaló la cinta de rayas negras y amarillas que se extendía entre él y yo.

—Sé que una noticia así siempre es un shock. —Andy se las arregló para decir unas palabras compasivas—. Ahora tómese primero un baño caliente y después verá las cosas de otra manera. —Andy me asintió con la cabeza y se dio la vuelta.

Me quedé mirando la espalda de su uniforme.

Váyase a casa.

Tómese un baño caliente.

Tragué saliva, desesperada, para reprimir las lágrimas que querían brotar.

No tenía casa.

No tenía nada.

Estaba arruinada. Sin piso, sin cafetería. Sin trabajo, sin dinero. En cambio, tenía un montón de deudas y excompañeros de piso que me atormentaban.

Y, sobre todo, no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Capítulo 4

Landon

Me quedé mirando el rostro de la mujer a la que acababa de salvar de una caída. Una parte de mí quería salir corriendo detrás del idiota desconsiderado que la había empujado sin más y había seguido su camino sin siquiera mirar atrás. Un neoyorquino de manual, vaya. Pero la mayor parte de mí quería quedarse aquí. Estaba fascinado.

Fascinado por la desconocida cuyo cuerpo sostenía en mis brazos. Me habría encantado quedarme así un rato.

Landon. Venga ya, contrólate. ¡No eres un adolescente que toca a una mujer por primera vez!

Me incliné un poco hacia ella y le pregunté: —¿Le ha pasado algo? —. Tenía los labios tan cerca de la piel de la atractiva desconocida que un movimiento minúsculo habría bastado para rozarle la oreja y acariciarle la mejilla. Me envolvió un ligero aroma a rosas.

La desconocida abrió los ojos. Unos ojos castaños y cálidos que me examinaron con sorpresa. Era la primera vez que veía a aquella

mujer y, sin embargo, su mirada me resultó tan familiar como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo.

¿Era posible que ya la hubiera visto antes?

No.

Me acordaría de esa cara.

Me acordaría de ese cuerpo.

Incluso a través de varias capas de ropa, sentía lo firme y suave a la vez que era el cuerpo que sostenía en mis brazos. La desconocida era como debe ser una mujer: con piernas largas, una cintura estrecha y pechos generosos que se me ofrecerían tentadores durante el sexo.

La excitación se apoderó de mí.

¡Landon!

No quería que la mujer notara bajo ningún concepto lo que me estaba pasando. —¿Todo bien? —pregunté, por tanto.

La mujer aún no había dicho una palabra. ¿Cómo sonaría su voz? ¿Melodiosa? ¿Acogedora?

Entonces, la mujer asintió. Sus labios seguían sin moverse. Y probablemente era mejor así. De lo contrario, quizá no habría podido resistir la tentación de estampar mi boca contra la suya.

¡Landon! Es verdad que te ha examinado, pero no ha dado a entender ni con una palabra ni con un solo gesto que te encuentre atractivo. Y aunque así fuera: no tienes tiempo para estas cosas. Tienes una cita que no puedes perderte.

Había prometido acompañar a mi abuela al médico. Normalmente esa tarea la asumía mi madre, pero mis padres habían volado a Miami por unos días y mi abuela había insistido en que yo la sustituyera. Le hacía el favor con gusto, porque quería a mi abuela, aunque a su manera pudiera ser un auténtico dragón. O, mejor dicho: una enérgica anciana.

Una sonrisa fugaz asomó a mis labios.

La desconocida en mis brazos seguía sin moverse. La ayudé a incorporarse y por un momento lamenté la pérdida del estrecho contacto físico. También desapareció el ligero aroma a rosas.

¡Landon! Esta misma noche puedes encontrar a otra mujer y divertirte con ella a placer.

La idea normalmente me habría excitado, pero ahora me sentía casi indiferente. Otra no sería como la mujer que había tenido en mis brazos hasta hacía un momento. No tendría esos cálidos ojos castaños.

—Lamentablemente, tengo que irme, así que si no necesita nada… —le dije a la desconocida con cierto pesar.

Ella se limitó a negar con la cabeza.

¿Acaso quería librarse de mí? ¿O por qué se empeñaba en no decir ni una palabra?

No tienes tiempo para pensar en eso, Landon.

Me toqué la sien con dos dedos. —Que tenga un buen día —. Luego me di la vuelta y fui hacia mi coche. El Bugatti rojo estaba aparcado un poco más adelante en la calle. Acababa de entregar un contrato importante a mi abogado y después había querido coger un café para llevar. Pero la cafetería que me había indicado Google Maps estaba calcinada. Los bomberos entraban y salían, y una cinta de cordón policial negra y amarilla ondeaba al viento.

Ahora volvía a mi coche, aparcado frente al rascacielos donde mi abogado tenía su bufete.

En mis pensamientos, seguía con la desconocida de los cálidos ojos castaños. Y en mi interior, aún sentía una leve excitación.

—¡Por fin estás aquí! —media hora más tarde, mi abuela Vera me miró con severidad. Acababa de aparcar el Bugatti frente a la puerta de su casa y me estaba bajando—. Ya pensaba que no vendrías — añadió mi abuela.

Con un leve suspiro, eché un vistazo disimulado a mi caro reloj Breguet. Llegaba exactamente un minuto tarde. Un minuto. Nada, si se tiene en cuenta el tráfico de Manhattan. Pero mi abuela siempre había sido así: daba la máxima importancia a las tradiciones, y eso incluía para ella la puntualidad absoluta, una vestimenta adecuada y buenos modales.

—¿Llevas al menos la corbata bien anudada? —preguntó mi abuela de inmediato, examinándome con rayos X. Pero ni siquiera ella consiguió ver a través de mi abrigo de invierno.

No respondí, sino que me acerqué a mi abuela, me incliné y le di un beso en la mejilla. —Hola, abuela Vera. Por favor, disculpa el retraso. ¿Lo tienes todo? Podemos irnos ya —. A pesar de toda su severidad, quería a mi abuela y asociaba muchos buenos recuerdos de la infancia con ella. Me recogía todos los domingos y me llevaba al zoo o al parque y luego me mimaba con tarta y chocolate caliente. Había insistido en que cumpliera mi sueño profesional y fundara mi propia empresa.

Aunque también había insistido en que me casara con mi ex.

Suspiré.

No hay luz sin sombra. Todo tenía su lado bueno y su lado malo. Cada cosa y cada persona, incluso la abuela Vera. Pero a partir de ahora, simplemente la mantendría al margen de mi vida privada. Si me preguntaba por una mujer, afirmaría rotundamente que aún no había encontrado a la adecuada y le dejaría claro que hoy en día ya no era tan fácil como en los tiempos en que la abuela Vera era joven y conoció a mi abuelo.

No, ya no era tan fácil.

Con este pensamiento, de repente volvió a mi mente la imagen de la desconocida que acababa de tener en mis brazos.

¿Por qué pensaba en ella precisamente ahora?

La abuela Vera carraspeó y miró a su alrededor con inquietud. De golpe, mis pensamientos volvieron al presente. ¿Se le había olvidado algo a mi abuela?

—¿Lo tienes todo? —repetí—. Podemos irnos ya, así seguro que llegamos puntuales al médico —. Aún teníamos tiempo de sobra para el trayecto, pero quería tranquilizar a mi abuela para que llegara al médico lo más relajada posible. Se trataba de un simple chequeo rutinario, pero uno también podía ponerse nervioso por eso.

—Yo… —empezó la abuela Vera.

—Hoooooooola —una voz chillona interrumpió a mi abuela. Una voz que conocía muy bien y que me producía un escalofrío. Me di la vuelta y vi a mi ex entrando por la verja desde la calle—. He aparcado más adelante en la calle, espero que no moleste a nadie — siguió chillando.

—Libby —dije con lentitud, sin esforzarme lo más mínimo en ocultar mi aversión—. ¿Qué haces aquí?

—Quería visitar a la abuela Vera. Hace mucho que no nos veíamos —. Libby le sonrió a mi abuela como una niña pequeña que acaba de ver a Papá Noel. Me quedé mirando a Libby. ¿Mi ex visitaba a mi abuela? Era la primera noticia que tenía.

Y no me gustó.

No me gustó en absoluto.

Libby y yo habíamos roto y, por lo tanto, no tenía nada que hacer en mi vida. Ya no tenía nada que ver con mi familia. No quería que anduviera fisgoneando, sacándole información sobre mí a mi abuela para luego, probablemente, meterse en mi vida.

—Ahora mismo nos viene fatal. Vamos de camino al médico —dije cortante y lo más fríamente posible. Cogí a mi abuela del brazo y la guié bajando los escalones desde la puerta principal hasta mi coche.

—Pero si la abuela Vera me ha invitado —. Libby abrió los ojos como platos y puso cara de estar a punto de romper a llorar. Ahora parecía una niña pequeña a la que Papá Noel acababa de anunciar que no recibiría regalos.

Torcí la boca con asco.

¿Qué demonios había encontrado atractivo en esta mujer?

—Te he invitado para mañana, hija —dijo entonces la abuela Vera. Respiré aliviado. Ahora nos libraríamos de Libby enseguida.

Libby frunció la boca. Luego se dirigió a mi Bugatti y abrió de un tirón la puerta trasera. —No hay problema. Pues me voy con vosotros. Seguro que es mejor que te acompañe una mujer al médico, abuela Vera.

—Nos las apañamos bien sin ti —. Mi voz sonó dura y fría.

Libby se metió en el coche, impasible. —No tienes ni idea de médicos, Landon. Siempre ha sido así. Deberías haber llamado y pedirme que acompañara a la abuela Vera.

—Tú y yo ya no tenemos nada que ver. No eres de la familia —. Mi voz se volvió aún más fría que antes. Observé mi aliento condensarse en el frío aire invernal. La pequeña nube que se formó ante mi boca me calmó. Libby me estaba volviendo loco.

—Qué amable por tu parte, Libby —dijo entonces la abuela Vera, soltándose de mi brazo y subiendo al asiento del copiloto del Bugatti —. Si me acompañáis los dos, tú y Landon, me sentiré mucho mejor —. La abuela Vera me lanzó una mirada de apremio—. Venga, vámonos.

Di un paso atrás. —Me las pagarás —le siseé a Libby, antes de cerrar de un portazo la puerta del copiloto, rodear el Bugatti y subir. Furioso, me dejé caer en el elegante asiento de cuero y pulsé el botón de arranque azul del volante.

—Me alegro de que vengas, Libby —. La abuela Vera asintió—. Es muy amable por parte de Libby acompañarnos y sacrificar su tiempo, ¿verdad, Landon? —mi abuela me dio un codazo en las costillas mientras yo echaba un último vistazo a su casa y luego arrancaba. Mi abuela vivía en una casa antigua y elegante que hoy en día valía una fortuna. Esas casas ya casi no salían al mercado. Apreciaba mucho mi ático, pero tenía que admitir que el hogar de la abuela Vera tenía su encanto.

—Muy amable —gruñí entre dientes después de que la abuela Vera me diera un segundo codazo en las costillas—. Pero completamente innecesario. No necesitamos a Libby.

—Ay, Landon. No seas tan malo —se quejó Libby—. Solo quiero haceros un favor a los dos, a ti y a tu abuela. Pero siempre has sido así. Cuando quería hacer algo por ti, me rechazabas.

—¿Hacer algo por mí? ¡Te metías en todo y me tratabas como a un niño pequeño! ¡No podía tomar ni una sola decisión por mi cuenta! —resoplé enfadado al recordar lo insoportable que había sido la convivencia con Libby al final.

—Lo entendiste todo mal, Landon —. Vi por el retrovisor cómo Libby negaba con la cabeza—. Yo siempre quise lo mejor para ti.

—¿LO MEJOR PARA MÍ? —solté una breve carcajada—. Querrás decir LO MEJOR PARA TI, Libby. LO MEJOR PARA TI. En mí no pensaste nunca. Nunca. Ni entonces ni ahora. No hace falta que vengas aquí haciéndote la buena samaritana. Mejor dime qué quieres —. Mi voz sonó brusca. Conocía a mi ex lo suficiente. Seguro que no aparecía por casa de mi abuela sin segundas intenciones. Algo tramaba Libby.

—Venga, no seas tan malo, Landon —me regañó la abuela Vera, negando con su cabeza de cabellos plateados. Volvió a clavarme el dedo índice entre las costillas—. Hablé con Libby por teléfono hace unos días y estaba muy preocupada por ti. Sobre todo cuando le dije que sigues viviendo solo.

Lancé un gemido.

La abuela Vera continuó, impasible. —Libby también sigue sola. Y ya sabes cuánto deseo que seas feliz con una mujer encantadora a tu lado, Landon. Que tengas hijos y por fin me des un bisnieto.

Miré rápidamente a un lado y torcí el gesto. —Sabes, abuela Vera… —empecé con lentitud, hice una breve pausa y continué—: No todo el mundo tiene la suerte de tener hijos. No todas las personas están hechas para ello. Y algunas personas simplemente nunca encuentran a la pareja adecuada.

Y algunas personas simplemente no querían todo eso. Algunas personas solo querían divertirse un poco. Yo, por ejemplo.

De nuevo, la imagen de la desconocida que había sostenido en mis brazos hacía un rato cruzó mi mente.

—Eres tan malo, Landon —sollozó Libby desde el asiento trasero—. Vengo hasta aquí, hago todo por ti, me preocupo por tu abuela… y tú simplemente afirmas que no soy la mujer adecuada para ti.

Me arrimé al borde derecho de la calzada y me detuve. —Y no lo eres, Libby. No te he pedido nada. Todo esto lo haces voluntariamente y, si te haces ilusiones, no es mi problema. YO, desde luego, no he hecho nada que te diera pie a albergarlas —. Con estas palabras, me bajé y rodeé el Bugatti. Abrí la puerta trasera derecha y miré a Libby a la cara—. Y ahora hazme un favor y déjame en paz. Bájate y déjanos en paz —. Hice un amplio gesto con el brazo.

Libby se me quedó mirando. Era imposible saber qué le pasaba por la cabeza.

Tras una pequeña eternidad, se desabrochó el cinturón de seguridad. —Antes ya eras así, Landon. Pero te perdono. Hablaremos en otro momento, cuando estés un poco más tranquilo —. Libby se bajó y pasó rozándome.

—No hay nada que hablar, a ver si lo entiendes de una vez —le siseé.

Libby no respondió, simplemente se marchó.

Supongo que nunca lo entendería.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte, Landon —me regañó la abuela Vera cuando volví a subir al Bugatti—. Espero que te lo

pienses todo otra vez con calma. Libby tiene un gran corazón de verdad.

Guardé silencio.

Cuatro horas más tarde, estaba en mi despacho en mi ático, mirando por el ventanal panorámico el Nueva York nevado.

—Tengo que largarme de aquí, Buddy. Las tías me están volviendo loco —. Sostuve el móvil a cierta distancia de mi oreja y resoplé indignado.

—Eso mismo decías cuando estabas con Libby —se rio mi amigo Clancy.

—Ella es una de las tías que me vuelven loco —expliqué—. Apenas me he librado de ella y ya se está colando por la puerta de atrás.

—Es que eres un buen partido, Buddy —. Casi podía ver la sonrisa de Clancy.

—Puedo prescindir de eso —gruñí, y luego fui al grano—. ¿Tienes tiempo esta noche para un viaje improvisado?

—¿Colorado? —preguntó Clancy. Compartía mi afición por el heliesquí.

—Ya va siendo hora de que inauguremos la temporada, ¿no? —repliqué—. Allá arriba en las montañas las condiciones deben de ser inmejorables. El pronóstico del tiempo es óptimo. Además, tengo algo pendiente que hacer en Colorado. Gideon está planeando algo por allí. Quiero echarle un vistazo más de cerca.

—Cuenta conmigo, Buddy. Mándame un mensaje cuando salgamos —. En Clancy se podía confiar. Todo lo contrario que en mi ex.

Y de repente, volvió a aparecer la imagen de la desconocida de los ojos castaños.

Negué con la cabeza.

Realmente ya era hora de hacer un viaje a Colorado. Allí me olvidaría rápidamente de todas las mujeres, sin importar el color de sus ojos.

Capítulo 5

Chelsey

Caminaba lentamente por la calle. No sabía adónde ir, pero de ninguna manera quería quedarme allí parada mirando mi cafetería calcinada. La estampa era demasiado dolorosa. Todos mis sueños habían quedado reducidos a cenizas de un plumazo.

¿Qué iba a hacer ahora?

¿Adónde podía ir?

No podía pasar otra noche en casa de Beryl. Eso estaba claro. Tampoco podía volver a mi piso. Eso también estaba claro. Y mucho menos podía pasar la noche en mi cafetería. Más claro todavía.

No tenía nada.

Nada ni a nadie.

Desesperada, cerré los ojos un momento. ¿De verdad no habían pasado ni veinticuatro horas desde que mi mayor problema era que

el spa estuviera cerrado? Negué con la cabeza.

Todo esto tenía que ser una pesadilla. Seguro que pronto me despertaría y…

Algo pitó.

¿Mi despertador?

Abrí los ojos de golpe. Por supuesto, no estaba en mi cama, sino de pie en una acera de Nueva York. Hacía un frío que pelaba y no tenía casa. Me estremecí y, de repente, todo el cuerpo empezó a temblarme. Nunca había tenido tanto frío. Un frío que no solo venía de fuera, sino de lo más profundo de mi ser, de una forma que no sabría describir con exactitud. Era casi como si me hubiera quedado congelada.

Volvió a sonar un pitido.

Mi móvil.

Me moví con cuidado, rebusqué en el bolso y saqué el móvil.

Un recordatorio de cita.

Reunión con Coral a las 12h.

Me di una palmada en la frente.

¡Claro!

Había quedado con mi prima a las doce. Había contratado a una empleada temporal a propósito para hoy para poder tomarme la hora del almuerzo libre. Rápidamente, le escribí un mensaje a la chica para decirle que al final no hacía falta que viniera hoy, que mis planes habían cambiado. No tenía fuerzas para más. Ya le diría más tarde que se había quedado sin trabajo y que no se hiciera ilusiones para el futuro.

Luego me puse en camino hacia el pequeño restaurante en el que iba a encontrarme con Coral. Aunque me sobraba tiempo hasta las doce. Pero bueno, esperaría allí. ¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía adónde ir.

Una hora más tarde, estaba sentada en un acogedor restaurante con un ponche de huevo delante. Esa bebida tradicional con huevo, azúcar, leche y alcohol era justo lo que necesitaba ahora. Normalmente no bebía alcohol. Y mucho menos tan temprano. Pero supongo que hoy podía hacer una excepción. El alcohol me templó el cuerpo y fue disipando poco a poco la sensación de estar congelada por dentro.

Miré a mi alrededor. El restaurante estaba decorado con buen gusto. Sin embargo, las sillas no hacían juego entre sí, sino que parecían de distintas colecciones. No obstante, de alguna manera indefinida, eso era precisamente lo que contribuía al encanto del restaurante. Todo parecía un poco espontáneo, improvisado. Era como estar en casa de una amiga. Sobre las mesas ardían unas velitas. Junto a ellas, había pequeñas flores de Pascua rojas rociadas con purpurina. Yo también podría hacer algo así.

Ya no tienes que hacer nada de eso, Chelsey. Ya no tienes cafetería. No tienes casa. Mejor ponte a mirar anuncios de pisos y a buscar algo adecuado.

Tomé otro gran sorbo de ponche para tragarme el nudo que empezaba a subírseme por la garganta. La flor de Pascua que había sobre la mesa se volvió borrosa ante mis ojos y parpadeé con fuerza.

Ahora no te pongas a llorar.

Podría haber sido peor, ¿no?

¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Qué más podría haber pasado?

Tomé otro sorbo de ponche y vacié la taza.

—Vaya, hoy empiezas pronto con la bebida —dijo mi prima Coral dejándose caer en la silla frente a mí y sonriéndome—. Hola, Chelsey. Qué bien que al final hayamos podido vernos. Y qué sorpresa que ya estés aquí. Pensaba que, como dueña de una cafetería tan ajetreada, seguro que llegarías tarde y solo tendrías quince minutos.

Dueña de una cafetería tan ajetreada.

Rompí a llorar.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Coral asustada. Se levantó de un salto y me abrazó por detrás. Me meció y me susurró—: Seguro que no es para tanto. Ya verás como todo se arregla.

Mis sollozos violentos fueron amainando lentamente y sorbí por la nariz. Coral me soltó, se sentó en su silla, sacó un paquete de Kleenex del bolso y me lo deslizó. —Seguro que el tío no se merece que llores por él de esa manera.

Saqué un Kleenex del paquete y me soné la nariz. Con los ojos llorosos, miré a Coral. —¿El tío?

—¿Quién te ha roto el corazón? ¿Tanto como para que tengas que beber alcohol antes del mediodía? —Coral señaló mi ponche con la cabeza.

Negué con la cabeza. —No ha sido un hombre. —Y le conté a Coral lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas.

—Joder. —Coral se pasó una mano por su pelo corto y oscuro. Nunca se había andado con rodeos—. Sí que estás metida en un buen lío. —Sacudió la cabeza—. Hay que ver qué mala suerte se puede tener…

Asentí. El apoyo de Coral me sentó bien. Aunque no había avanzado ni un paso en la solución de mis problemas, ya no me sentía tan mal como antes. —No sé qué voy a hacer ahora —admití—. Necesito un piso o al menos una habitación, pero sin trabajo ningún casero me aceptará. También tengo que ganar dinero, pero sin una dirección fija ninguna empresa querrá contratarme. ¿Quién va a contratar a una indigente?

Coral chasqueó los dedos.

—¿Desean algo más, señoras? —En un abrir y cerrar de ojos, una camarera menuda de rasgos asiáticos apareció junto a nuestra mesa.

—Oh, perdone, no he chasqueado los dedos por usted —se disculpó Coral—. Pero póngame un ponche de huevo, por favor.

—Otro para mí también —me sumé. La menuda camarera asintió y desapareció. Miré a Coral—. ¿Tú también bebes alcohol antes del mediodía?

Coral sonrió de oreja a oreja. —Puedo permitírmelo. Esta noche sale mi vuelo, cariño. Mi sueño se hace realidad. —Mi prima sonrió aún más y levantó la mano. Las numerosas pulseras que llevaba tintinearon—. Dos copas de champán. El mejor que tengan —gritó en dirección a la camarera. Luego se volvió de nuevo hacia mí—. Esta noche vuelo al Caribe. Para medio año. El invierno bajo las palmeras, sin trabajar, en su lugar un poco de reggae, ron… A disfrutar de la vida.

Recordé que Coral ya me había hablado de esos planes en nuestro último encuentro hacía unos meses. No nos veíamos muy a menudo, ya que yo trabajaba los fines de semana y Coral siempre estaba ocupada. Mi pizpireta prima no podía estarse quieta ni un momento y siempre estaba en un concierto, un pícnic o algún espectáculo. Donde había jaleo, allí estaba Coral.

—Qué bien por ti —repliqué con tristeza. Me habría encantado alegrarme por Coral de todo corazón. Pero hoy, sencillamente, no podía.

En ese momento se me ocurrió una idea. —¿Qué vas a hacer con tu piso mientras estés fuera? —pregunté a Coral con esperanza.

Ella hizo un gesto con la mano. —Está subalquilado desde ayer a un becario que trabaja aquí en Nueva York unos meses.

Asentí.

Habría sido demasiado bonito para ser verdad. Que Coral se fuera y yo me quedara con su piso.

No hay soluciones fáciles, Chelsey. Ya deberías tenerlo claro. Si algo puede salir mal, te pasará a ti.

Apareció la camarera menuda y dejó sobre la mesa dos ponches de huevo y dos copas con un líquido burbujeante. Me apresuré a coger la taza con el ponche.

—¡Mierda! —grité dando un brinco. Había volcado la copa de champán. El líquido se derramó por la mesa y goteó sobre mi zapato —. ¡Maldita sea! —Las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos.

—Chelsey. No pasa nada. —Coral sacó unas cuantas servilletas del servilletero que había en la mesa y limpió el champán—. Pedimos otra copa y ya está.

Me dejé caer de nuevo en la silla. —No te enfades, Coral. Pero es que hoy no tengo nada por lo que brindar. Y, además, tengo que ocuparme urgentemente de algunas cosas. Ni siquiera sé dónde voy a dormir esta noche. —Abrí los brazos, impotente.

—A ver, escúchame bien. —Coral me miró con severidad—. Te acabo de decir que no voy a estar aquí los próximos meses.

—¿Y qué? ¡Tu piso ya está alquilado, lo has dicho tú misma! —Era evidente que Coral no tenía ni idea de cómo me sentía. Saqué otro Kleenex del paquete y me soné. Luego cogí una servilleta y limpié el alcohol de mi zapato.

Ella negó con la cabeza. —Como si esa fuera la única solución.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mirándola con los ojos como platos.

—Ahora mismo estoy durmiendo en la habitación de invitados de mi jefe. —Coral me miró de forma significativa.

Me eché a reír. —¿Y va a querer acogerme a mí? ¡Seguro que no!

Coral volvió a negar con la cabeza. —Pero bueno, escúchame primero, Chelsey. —Mi prima me puso una mano en el brazo—. La persona que me iba a sustituir se rompió la pierna ayer y mi jefe se ha quedado colgado.

Asentí.

—¿Quieres el trabajo? —preguntó Coral.

Me quedé mirando a mi prima con incredulidad. —¿Qué?

—¿Que si quieres el trabajo? —repitió Coral.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —tartamudeé. La pregunta me desbordaba por completo. ¿Qué trabajo tenía Coral? Me di cuenta de lo poco que sabía de la vida de mi prima.

—Pues que si quieres el trabajo. —Coral abrió los brazos—. ¿Qué voy a querer decir? Mi jefe necesita a alguien que le lleve la casa. Lo que hago yo. Es el típico neoyorquino rico, gana un montón de dinero con su empresa y no tiene tiempo para lavarse las camisas ni para cocinarse. Ni siquiera sabe hacerse el nudo de la corbata él solo. —Coral soltó una risita—. Necesita a alguien que lo cuide.

—Una mujer. —Las palabras se me escaparon antes de pensar.

Coral negó con la cabeza. —Está divorciado y, por lo que sé, no quiere volver a casarse bajo ningún concepto. No necesita una mujer. Necesita una empleada del hogar. En realidad, había contratado a una sustituta, pero se rompió la pierna. ¡Perfecto para ti! —Coral me sonrió con aire triunfante—. Estoy segura de que puedes conseguir el puesto. Y la habitación de invitados también, al menos hasta que encuentres algo nuevo. ¿Por qué le iba a molestar que vivas allí? Yo también he dormido allí anoche.

Coral parecía muy segura de sí misma.

Lo pensé un momento.

Luego negué con la cabeza. —No puedo hacer eso, Coral.

—¿Qué? —Mi prima se me quedó mirando—. ¿Por qué no? Es la solución perfecta para ti. Ganas dinero y de momento tienes un techo sobre la cabeza. Tus problemas más urgentes están resueltos. Además, Landon Goleman trabaja bastante y no necesita ayuda todo el tiempo. Así que tendrías tiempo de sobra para ocuparte de todo lo demás: tu cafetería, todo el papeleo y lo que sea que te venga.

Ahora fue Coral la que negó con la cabeza. Era evidente que no podía entender por qué rechazaba una oferta así.

—No soy una empleada del hogar —expliqué—. Sí, se me da bien cocinar, pero por lo demás… no sabría decirte cuántos jerséis se me han encogido en la lavadora. Le destrozaría el armario entero a tu jefe. Seguramente se preguntará qué idiota le has llevado.

Coral dio un puñetazo en la mesa que hizo tintinear las tazas. Mi copa de champán volvió a volcarse. La agarré apresuradamente para que no rodara por la mesa.

—¡Joder, Chelsey! —Coral parecía enfadada—. ¿Qué quieres decir con que no puedes? ¡Claro que puedes! ¡Llevas una cafetería! ¡Eres una empresaria! ¡Tienes tu propia empresa! Pues con más razón podrás sacar adelante las tareas de una casa. Lo que no sepas, lo buscas en Google. De verdad que no es para tanto. —Mi prima me miró airada.

—No sé… —dije con vacilación. ¿Y si hacía el ridículo más espantoso? ¿Y si Coral incluso perdía su trabajo por mi culpa, por hacerlo todo mal? No podía arriesgarme a eso bajo ningún concepto.

—¡Pues yo sí lo sé! —Coral volvió a golpear la mesa—. ¡Maldita sea, Chelsey! Ya eras así de niña. No te atrevías a nada. Lo rechazabas todo. ¿Un chico estupendo quería salir contigo? Mejor no, podría darse cuenta de que en realidad no eres tan estupenda. ¿Un profesor te daba un premio? Seguro que era solo un error.

Avergonzada, bajé la cabeza.

—¡Pues atrévete de una vez! Aprovecha las oportunidades que te da la vida. Si no, siempre serás la última y tendrás que conformarte con lo que dejen los demás. O no te quedará nada. —Coral resopló indignada—. Si no aceptas el trabajo tú, lo aceptará otra. Y te aseguro que no lo hará mejor que tú. Sabes cocinar, has llevado un negocio. ¡Ocuparse de una casa es pan comido en comparación!

Levanté la cabeza. —De acuerdo. Lo haré. —Sentí un nudo un tanto desagradable en el estómago al decirlo. Pero Coral tenía razón.

Y, además, no tenía otra opción.

Coral sonrió y se recostó satisfecha en su silla. —Genial. Puedes venirte conmigo ahora mismo. Te presento a Landon Goleman y seguro que te puedes quedar ya. Yo me voy esta noche, así que mi habitación se queda libre. Y también puedo prestarte algo de ropa de invierno. Tenemos más o menos la misma talla y seguro que no la voy a necesitar en el Caribe.

Coral hizo un gesto a la camarera.

Landon Goleman.

Mi futuro jefe, en cuya casa iba a vivir.

¿Cómo sería?

Capítulo 6

Landon

Estaba de pie en la habitación vacía y miré a mi alrededor. Esta había sido la habitación de Libby. O mejor dicho, una de sus habitaciones. Había ocupado una cantidad increíble de habitaciones y espacio en este ático. Resoplé al recordarlo. Un despacho…, pero no recordaba que Libby hubiera trabajado allí nunca ni que hubiera archivado ni un solo recibo. Una sala de música…, pero Libby nunca había tocado ni practicado en el piano que había allí. Una sala de lectura…, pero Libby, como mucho, leía los horóscopos de las revistas del corazón. Y un cuarto de costura.

Era en este último donde me encontraba ahora, mirando a mi alrededor.

Después de que Libby se mudara, vendí los muebles que no se había llevado. Ya era hora de que recuperara el espacio de mi ático. Pero las habitaciones de Libby llevaban ya un tiempo vacías.

Hacía poco había decidido convertir el antiguo cuarto de costura en un gimnasio. Ya tenía algunas máquinas de gimnasio en la habitación de invitados que no usaba. Ahora las había vendido

también y había pedido lo último de lo último: una cinta de correr con pantalla de televisión, una elíptica, una estación de entrenamiento completa para todos los grupos musculares y, como capricho especial, un par de mancuernas chapadas en oro.

Simplemente, porque podía permitírmelo.

Y quizá porque por fin podía comprar todo lo que quería sin que Libby se quejara. Aunque siempre había hecho oídos sordos a sus refunfuños, al fin y al cabo, era yo quien ganaba el dinero y tenía de sobra. Pero sus lloriqueos me sacaban de quicio igualmente.

Se suponía que las máquinas tenían que llegar hoy a las doce del mediodía. Había trabajado desde casa a propósito y le había indicado a Clancy que no volaríamos a Colorado hasta bien entrada la noche. Antes tenía una cita en mi banco.

Miré el reloj.

Las tres de la tarde.

Las máquinas deberían haber llegado hacía más de tres horas.

Molesto, miré a mi alrededor en la habitación vacía. ¿Es que hoy en día ya no se podía confiar en nadie? Que el repartidor de turno llegara tarde, vale, eso todavía podía entenderlo. Pero esta era una entrega exclusiva de productos exclusivos de una empresa exclusiva. ¡Esto era algo completamente diferente! ¡Esperaba un trato preferente!

Malhumorado, di una vuelta por la habitación vacía y miré por el gran ventanal panorámico. Entrenaría con vistas al Empire State

Building, al edificio Chrysler y al río Hudson. Un gimnasio personal sobre los tejados de Nueva York. ¿Quién podía presumir de algo así?

Seguramente nadie más que yo.

Una sonrisa de satisfacción asomó brevemente a mi cara.

Entonces me di la vuelta y volví a mirar la habitación vacía.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de mi proveedor.

Sonó.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Cuatro veces.

Cinco veces.

Apreté las mandíbulas. ¿Es que esa gente no podía ni coger el teléfono?

Seguía sonando.

Inspiré bruscamente por la nariz.

—*Exclusive Fitness Equipment*, ¿en qué puedo ayudarle? —por el tono de voz, me saludó un hombre joven que, al parecer, ni siquiera consideró necesario decir su nombre.

—Landon Goleman. Mi pedido debería haber llegado hace más de tres horas. No he recibido ninguna notificación de su parte. ¿Por qué está tardando tanto? ¡Si tienen un almacén a las afueras de Nueva York! —me quejé.

—Un momento, señor. Así no puedo darle información. Déjeme mirar primero en el sistema —le oí teclear al otro lado de la línea.

¿Qué era aquello? ¿Hacía un pedido enorme y ni siquiera sabían quién era? Las mancuernas chapadas en oro eran un encargo especial, algo que ni siquiera *Exclusive Fitness Equipment* entregaba todos los días. El tipo al teléfono seguramente se acordaría de eso.

—Lo siento, pero no encuentro ningún pedido a su nombre —dijo el joven con pesar—. Debe de haber algún error. ¿Está seguro de que nos hizo el pedido a nosotros?

—¡Sí, joder! —estallé—. Por supuesto que se lo he pedido a ustedes. Una cinta de correr con televisión. Una elíptica. Una estación de entrenamiento. Y el encargo especial. Mancuernas chapadas en oro.

—Ah, ya veo —el joven parecía desconcertado—. ¿Quizá el pedido se ha perdido? —sugirió, sin ser de mucha ayuda.

—¿Perdido? —apenas podía creer lo que oía.

—Un problema informático de esos, ya sabe. Usted hace clic en «pedir» y aquí no llega nada —el jovenzuelo me hablaba como si

nunca hubiera usado un ordenador. Apreté el puño. Su aire de sabelotodo me estaba poniendo furioso.

—Claro que el pedido llegó —le espeté. Apreté el móvil con más fuerza contra mi mejilla—. ¿Cómo demonios, si no, me habrían podido enviar una confirmación de envío?

—Ah, ya… —el joven sopló en la línea. Aparté el móvil de la oreja—. ¿Cuál era su nombre, perdón? —preguntó entonces.

—Landon Goleman —ladré al móvil—. ¡Si lo acaba de teclear! —¿es que el tipo, para colmo, tenía memoria de pez?

El joven no respondió. ¿Lo habría interrumpido mientras hacía otra cosa? Probablemente estaba chateando con su novia. Era imposible que *Exclusive Fitness Equipment* recibiera tantas llamadas al día. Era una empresa con pocos clientes. No todo el mundo compraba aquí. Precisamente por eso la había elegido. No quería ser cliente de una empresa que ofrecía de todo para todos y, junto a aparatos exclusivos, vendía también trastos baratos de China. No quería algo así en mi ático. ¡No quería que me relacionaran con algo así ni de lejos!

—Goleman… ¿Me lo puede deletrear, por favor? —el joven sonaba perdido.

—¡Quiero hablar con su supervisor! ¡Ahora mismo! —ya había tenido bastante.

—Un momento —el joven tecleó algo. Entonces, una música irritante sonó en la línea. Suspiré. Qué alivio haberme librado de ese tipo.

—*Exclusive Fitness Equipment*, le atiende Miguel, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió una voz algo más enérgica.

—Landon Goleman. Mi pedido debería haber llegado hace más de tres horas y no he recibido ninguna notificación sobre qué pasa con él. Tengo que ir a una cita enseguida, mi asistenta está de vacaciones… No puedo quedarme aquí esperando eternamente —empecé a pasearme de un lado a otro de la habitación vacía, impaciente.

—Oh, señor Goleman, lo lamento —Miguel parecía bastante más competente que el joven de antes—. Miro ahora mismo qué ha pasado —Miguel tecleó en su teclado.

Me quedé mirando por la ventana. ¿Por qué Coral tenía que librar precisamente a partir de hoy? ¿Por qué le había dado tantos días libres? Ya no recordaba ni cómo me había planteado su petición. Debía de haber perdido el juicio para aceptar así sin más. ¿Y qué sacaba de ello? Coral no estaba cuando la necesitaba. Y ahora, encima, su sustituta había cancelado.

Resoplé.

—Mmm… Por lo que veo, ha habido un problema —me interrumpió Miguel—. Según nuestro sistema, su pedido todavía no se ha enviado, señor Goleman. Lo siento.

—¿Cómo? —no daba crédito a lo que oía.

—El envío aún no se ha realizado —repitió Miguel.

—Eso lo he entendido —repliqué bruscamente—. ¿Puede explicarme entonces por qué he recibido una confirmación de envío? ¿Y un

mensaje diciendo que las máquinas llegarían hoy? —negué con la cabeza.

—Me temo que no. Debe de haber sido un error del sistema. De verdad que lo siento —se disculpó Miguel de nuevo—. La buena noticia es que en la producción todo ha ido según lo previsto. Las mancuernas personalizadas también están listas. Solo tenemos que llevarle las cosas a casa, señor Goleman. Tardará unos días, pero, en general, no es gran cosa.

—Para usted, quizá —gruñí. No iba a dejar que Miguel me aplacara tan fácilmente.

—Como le digo, siento las molestias. Es la primera vez que ocurre algo así —Miguel seguía sonando tranquilo.

—¡Eso a mí no me sirve de nada! ¡Espero que a partir de ahora me mantenga informado sobre la entrega y sobre todos los retrasos!

—No habrá más retrasos —prometió Miguel.

—Eso me lo creeré cuando vea las máquinas con mis propios ojos —negué con la cabeza.

—En dos o tres días recibirá sus cosas —esa era ya la segunda promesa de Miguel en menos de un minuto.

—Aquí esperaré —repliqué secamente y terminé la conversación.

Furioso, miré a mi alrededor en la habitación vacía.

En ese instante, la puerta principal se cerró de un portazo.

—¿Señor Goleman? —la voz de mi asistenta. ¿Qué hacía todavía aquí? ¿No estaba ya en un avión rumbo al Caribe? Ya nos habíamos despedido efusivamente y le había deseado todo lo mejor para su proyecto.

—Sí. En el gimnasio —o en lo que algún día sería mi gimnasio. Resoplé. Mi enfado por la entrega fallida aún no se había disipado del todo.

—Solo vengo a por mis cosas. He traído a una sustituta que podría empezar de inmediato. He pensado en presentársela brevemente para que pueda decidir si le encaja —dijo Coral.

¿Una sustituta?

—¿Dónde la has encontrado tan rápido? —le pregunté con desconfianza. Si la sustituta podía empezar de la noche a la mañana, debía ser porque no tenía trabajo. Y solo la gente que no vale para nada no tiene trabajo.

—Es mi prima. Ha tenido… una emergencia y necesita un trabajo y un alojamiento con urgencia —la voz de Coral se acercó. En el pasillo resonaron los pasos de dos personas.

¿Un trabajo y un alojamiento?

Esto iba de mal en peor. ¿A qué vagabunda estaba trayendo Coral? Negué con la cabeza. De ninguna manera. Le había permitido a Coral pasar una noche en mi habitación de invitados porque ya había alquilado su piso.

Una noche.

Como excepción.

Este era mi ático y valoraba mi privacidad por encima de todo. Aunque podía permitirme un servicio completo, quería tranquilidad por las noches. Libby ya me había dado bastante la lata, ahora disfrutaba de mi libertad.

—Ya estamos aquí —Coral empujó a una mujer a la habitación.

Me la quedé mirando.

Ella.

Era ella.

La mujer desconocida que había aterrizado en mis brazos esa mañana después de que un corredor desconsiderado la arrollara.

La mujer en la que había pensado varias veces desde entonces.

Porque me había excitado como ninguna otra, con solo una mirada fugaz y un breve contacto.

La mujer que había lamentado tener que soltar.

La mujer que no había dicho ni una palabra.

Cuando me miró, sus ojos marrones relampaguearon.

Ella también me había reconocido.

No dejé que se me notara nada. —Encantado. ¿Y usted es…? —miré a la prima. La mujer cuyo nombre no sabía.

—Chelsey Hamilton —una voz melodiosa y dulce. Más suave de lo que me había imaginado. Una voz a cuyo sonido una leve excitación se hizo notar en mi interior.

—¿Y dice que quiere empezar a trabajar aquí? —pregunté con severidad, echando una mirada disimulada a mi reloj Breguet. No me quedaba mucho tiempo hasta mi cita en el banco.

—Sí, busco un trabajo urgentemente. Hasta ahora he trabajado en una cafetería, preparando y sirviendo platos sencillos —Chelsey Hamilton me miró directamente. Parecía decir la verdad.

—Una base ideal para trabajar como asistenta del hogar —intervino Coral. Como si no me hubiera dado cuenta yo solo.

—¿Y necesita alojamiento? —quise saber.

—Solo temporalmente, hasta que encuentre otra cosa —Chelsey Hamilton parecía ahora un poco insegura—. Mi compañero de piso…

—Necesitaba la habitación para él. Para su hermana —Coral no dejó que Chelsey terminara.

Chelsey asintió enérgicamente.

La miré. Necesitaba una asistenta, de eso no había duda.

—¿Y qué hay de las otras tareas? ¿Lavar, planchar? —escruté a Chelsey con la mirada. Luego señalé mi cuello—. ¿Sabe hacer un

nudo de corbata?

Chelsey bajó la vista. Me había puesto la corbata al cuello sin anudarla. En caso de necesidad, habría prescindido de ella para mi visita al banco. Pero ahora se presentaba la ocasión ideal para poner a prueba a Chelsey.

—Claro —Chelsey asintió con entusiasmo.

—Pues demuéstremelo —volví a señalar mi cuello—. Ahora.

Chelsey se acercó a mí. Sus dedos largos y delgados cogieron la corbata azul. Me miró brevemente a los ojos. Luego se concentró por completo en su tarea. Observé sus párpados con sus largas pestañas mientras enrollaba varias veces el extremo ancho de la corbata alrededor del estrecho y luego lo pasaba hacia arriba, hacia el cuello. Al hacerlo, su mano rozó suavemente mi piel.

Me habría encantado poner mi mano sobre la suya.

Me habría encantado dar un paso adelante. O medio paso. Un cuarto de paso. Solo faltaba eso para que nuestros cuerpos volvieran a estar tan cerca como esa mañana en la calle.

¡Landon! ¿Pero qué demonios estás haciendo? ¡Es tu asistenta! Nada más y nada menos. No te liarás con una empleada.

Técnicamente, todavía no era mi empleada.

Chelsey pasó un extremo de la corbata por una especie de lazo y lo apretó. Luego enderezó el nudo y dio un paso atrás. Contempló su obra.

—Perfecto —su voz sonaba un poco diferente a la de antes. Un poco más grave. Un poco… ¿excitada?

¿La cercanía conmigo la había excitado a ella también?

Me quedé mirando fijamente los ojos marrones de Chelsey.

Ella me devolvió la mirada.

Deslicé la mirada más abajo. Chelsey no se había quitado el abrigo. Pero lo llevaba abierto. Bajo el jersey, dos pechos llenos se curvaban de forma atractiva. Exactamente como me lo había imaginado esa mañana. Pechos que me encantaría sostener en mis manos. Pechos que esperaban ser amasados.

Dejé que mi mirada descendiera más. Hacia las largas piernas. Me imaginé cómo se enroscaban a mi alrededor mientras yo, ante el cuerpo desnudo de Chelsey…

—Puede quedarse con el trabajo. Una semana de prueba para empezar. Luego ya veremos —asentí hacia Chelsey—. Puede quedarse en la habitación de invitados. Pero no por mucho tiempo.

Chelsey me miró incrédula.

—Ahora tengo que ir a una cita. Hoy ya no volveré a casa. Cuando regrese, hablaremos con más detalle —asentí de nuevo.

—Coral te lo enseñará todo —ahora tuteaba a Chelsey.

Pero me daba igual.

De todos modos, no iba a hablar más con ella hoy.

Pasé a su lado rozándola y salí. Un ligero aroma a rosas flotó hacia mí, intensificando mi erección.

Sí, estaba excitado.

Más excitado que en mucho tiempo.

Y precisamente por eso tenía que irme ahora.

Primero a mi banco y luego con Clancy a Colorado.

Y a mi regreso, ya vería.

Sin decir una palabra más, salí de mi ático.

Capítulo 7

Chelsey

Abrí los ojos.

¿Dónde estaba?

Me incorporé y me froté los ojos. Por segunda vez consecutiva me despertaba en un entorno completamente desconocido. Ayer, en el sofá de Beryl. Y hoy, en una cama cálida y mullida en una habitación de invitados que era, por lo menos, el doble de grande que mi cuarto en casa de Geoffrey. Me dejé caer de nuevo sobre las almohadas.

Una locura.

Lo que había pasado en los últimos dos días era simplemente una locura.

Si anteayer alguien me hubiera dicho que hoy me despertaría en un ático de lujo, simplemente lo habría tomado por loco y le habría dicho que desvariaba. Pero aquí estaba.

En el ático de Landon. Cuando volví a ver a Landon ayer, sentí un calor que me recorría. El jefe de Coral, MI nuevo jefe, era el hombre en cuyos brazos había aterrizado unas horas antes y al que no había podido olvidar desde entonces. Lo había mirado a los ojos y la excitación se había extendido por todo mi cuerpo. La piel me hormigueó y sentí un ardor en mi centro. Incluso ahora, al recordarlo, sentía cómo el rubor me subía a las mejillas.

¿También me había sonrojado ayer?

¿Y se habría dado cuenta Landon?

Le había anudado la corbata y al hacerlo casi había estado tan cerca de él como por la mañana en la calle. En ese momento, podría haber jurado que Landon se sentía atraído por mí. Entre nosotros había reinado una energía muy especial. Pero entonces, de golpe y porrazo, Landon salió de la habitación e inmediatamente después, del ático. Se había comportado como si yo no existiera. Como si solo fuera un ama de llaves a la que se pudiera sustituir en cualquier momento.

Eso es exactamente lo que eres, Chelsey. Exactamente eso. Un ama de llaves. Y por eso más te vale que te pongas a trabajar, o pronto perderás también este empleo y te verás en la calle por tercera vez en tres días.

Me incorporé de nuevo. Coral me había dejado algunas instrucciones ayer. Pero, para ser sincera, me parecía que no había mucho que hacer aquí cuando Landon no estaba. Esto no era una cafetería en la que había que atender a clientes constantemente. Landon era el único cliente. Si es que estaba en casa. En este momento se encontraba en Colorado, si lo había entendido bien todo.

Coral me había dado una lista de cosas que se hacían con regularidad, incluso cuando Landon estaba fuera. Limpiar el baño, limpiar la cocina, pasar la aspiradora, limpiar las ventanas, etcétera. Lo típico que se hace en un hogar normal. Coral era muy concienzuda y en su último día de trabajo lo había dejado todo reluciente. Solo que no había limpiado las ventanas.

Miré hacia la ventana de mi habitación. Desde aquí solo se veía el pálido cielo invernal de Nueva York. Hoy no nevaría. Quizás más tarde incluso saldría el sol. Parpadeé. ¿Cuándo había sido la última vez que había visto el cielo despejado desde mi ventana? Aquí en Nueva York, nunca. Tanto en casa de Geoffrey como en la de Beryl, desde todas las ventanas se veían edificios y calles. Como mucho, se podía ver el cielo si abrías la ventana y sacabas la cabeza. Pero en realidad, ni siquiera entonces. Mi habitación en casa de Geoffrey daba a un pequeño patio trasero.

La última vez que había visto tanto cielo despejado desde una ventana fue cuando visité a mis padres. En el campo, en el estado de Nueva York, no había edificios altos. En cambio, había espacio de sobra.

Me levanté y caminé lentamente hacia la ventana.

¡Dios santo!

El Empire State parecía alzarse justo delante de mí.

Abrí los ojos como platos.

No seas ridícula, Chelsey. El Empire State no está justo delante de ti. Está bastante lejos.

Pero aun así. Veía el Empire State directamente desde mi ventana. Daba igual lo lejos que estuviera, era…

Era simplemente increíble.

Me reí y me pellizqué suavemente el brazo.

El Empire State seguía ahí.

Landon tenía que ser indescriptiblemente rico para poder permitirse un ático desde el que tenía semejantes vistas.

Me acerqué un poco más a la ventana, hasta que estuve justo detrás del cristal. De repente, el Empire State se volvió borroso ante mis ojos. Los cerré rápidamente.

No, ahora no, por favor.

Desde mi infancia sufría de vértigo y por eso siempre había procurado no vivir a demasiada altura. En el campo no había sido un problema, pero en Nueva York no era tan fácil. Tampoco había visitado nunca el Empire State. Ni ninguno de los otros edificios famosos de Nueva York. ¿Para qué iba a gastar dinero si solo iba a tener miedo y al final se me nublaría la vista?

Cuando vine aquí ayer con Coral, casi había olvidado mi vértigo con toda la emoción.

Pero ahora, puntos negros danzaban ante mis ojos y se me secó la garganta. Me aferré al alféizar.

Chelsey, tienes que intentarlo. ¿Cómo si no vas a sobrevivir los próximos días aquí? ¿O incluso las próximas semanas? Por ahora, esta es tu casa. ¡Y sobre todo, es tu lugar de trabajo! ¡Tú trabajas aquí!

Volví a abrir los ojos.

Los puntos negros seguían danzando ante mi cara.

¿Y si me caía?

¿A qué altura estábamos?

No tenía ni idea. Ni siquiera sabía qué altura tenía el Empire State. Y para ser sincera, tampoco quería saberlo. ¿Para qué? Esa información no me ayudaba en nada. Doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos metros. Para mí no había ninguna diferencia. Porque una cosa estaba clara: era demasiado alto. Si me caía, se acabaría todo para mí.

No te vas a caer, Chelsey. ¿Cómo va a ser eso posible? La ventana está cerrada. Hasta ahora, nadie se ha caído por una ventana cerrada.

Avancé con cuidado de nuevo.

Tenía la garganta completamente seca.

Rápidamente, solté el alféizar, retrocedí tres pasos y respiré hondo. Mi respiración se calmó y mi cuerpo se fue relajando poco a poco. Los puntos negros ante mi cara desaparecieron.

Así era imposible que limpiara las ventanas.

Tenía que pensar en otra cosa.

Pero ahora, primero necesitaba algo de comer y luego tomar el aire. Necesitaba tierra firme bajo mis pies. Necesitaba estar de pie directamente sobre la tierra, no a una altura vertiginosa.

Dos horas más tarde estaba delante de *CC – Chelsey's Coffee*.

Ayer no me había preocupado más por lo que pasaría con mi cafetería. Pero ahora era el momento, y ya que necesitaba aire fresco y tierra firme bajo los pies, bien podía venir aquí.

El frío me había sentado bien y me había reanimado. Inspiré profundamente el aire una vez más. Mis pulmones ardían un poco. Hoy parecía hacer aún más frío que ayer y el aire olía a limpio y fresco. Seguro que esta noche nevaría. Normalmente, esta perspectiva me habría llenado de alegría. Nieve. Eso significaba que más gente querría un café para calentarse. Más gente entraría en la cafetería para sentarse y entonces no solo tomarían un café, sino que también comerían un muffin o un bagel. Nieve significaba para mí más ingresos.

Habría significado.

Mi cafetería ya no existía.

Observé la calle, que me resultaba tan familiar porque la había visto cada mañana. Los camiones de bomberos, que ayer habían bloqueado la mitad de la calle, ya no estaban. El tráfico habitual pasaba a mi lado en varios carriles. Los transeúntes me adelantaban y venían hacia mí. Todo parecía completamente normal.

Todo excepto *CC – Chelsey's Coffee*.

La zona sobre las ventanas y la puerta estaba ennegrecida por el hollín. Un cristal de la ventana estaba reventado y frente a la entrada ondeaba una cinta de precinto negra y amarilla.

Prohibido el paso.

Me acerqué a mi cafetería con vacilación.

—No puede entrar aquí, señora. —Un hombre con casco me miró desde la ventana reventada—. Circule, por favor. Aquí no hay nada que ver y demasiada gente curiosa solo atrae a más gente curiosa. No nos conviene.

—Yo… —empecé a decir.

—Siga circulando —repitió el hombre. Ahora vi que llevaba una pequeña placa con su nombre. Era del cuerpo de bomberos, pero no llevaba el uniforme de intervención como sus compañeros de ayer.

—Esta es mi cafetería —dije ahora, asomándome por encima del hombro del hombre para ver el interior del local de ventas. Se me volvió a secar la garganta. Las mesas y las sillas todavía se reconocían en parte, pero estaban negras y muy dañadas. Nada de eso volvería a ser utilizable. El cristal del mostrador estaba reventado, igual que el de la ventana por la que estaba mirando al interior de la cafetería. De la decoración no quedaba nada. Prefería no saber cómo estaba la cocina de atrás.

Esconder la cabeza como un avestruz tampoco sirve de nada, Chelsey.

—¿Su cafetería? —dijo el bombero, arrastrando las palabras.

Asentí. —Soy Chelsey Hamilton. A mí me pertenece la cafetería. Bueno, quiero decir, por supuesto que no me pertenece el edificio, solo soy la inquilina. Pero soy la dueña de la cafetería.

—Soy Callum —se presentó el bombero—. Estoy investigando la causa del incendio. Empezamos ayer, después de que todo estuviera extinguido y asegurado. Mis compañeros me ayudaron. Hoy he venido para echar un último vistazo.

Callum miró detrás de mí e hizo un gesto amplio con el brazo. —¡Sigan circulando! ¡Aquí no hay nada que ver!

Me di la vuelta. Detrás de mí había cinco transeúntes espiando con curiosidad a través del cristal roto. Negué con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un hombre corpulento.

—Ha habido un incendio —replicó Callum secamente—. ¡Sigan circulando, por favor!

El pequeño grupo se disolvió de mala gana.

—Ya se lo he dicho. Mirones hay a montones. —Callum me asintió.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

Callum negó con la cabeza. —Mientras la causa no esté completamente esclarecida, no podemos dejar entrar a nadie. Ni siquiera a usted. —Callum me fijó con sus ojos grises y arrugó la nariz.

Involuntariamente, hice lo mismo. Todavía flotaba un ligero olor a quemado en el aire. El fuego debió de ser bastante intenso.

—Su… su compañero habló ayer por la mañana de las bombonas de gas —dije vacilante, recordando con congoja las palabras de Andy.

—Había bombonas almacenadas —confirmó Callum—. Puede considerarse muy afortunada de que no pasara nada más grave. Algo así puede hacer volar por los aires toda la casa. Podría haber costado vidas humanas.

Vidas humanas.

Volví a marearme, y eso que estaba en tierra firme.

Vidas humanas.

—La normativa de protección contra incendios debe cumplirse a rajatabla. —Callum sonaba severo. Y frío.

—Yo… yo no almacenaba bombonas de gas. Ni siquiera uso gas. —Las palabras salieron débiles de mi boca.

—El almacenamiento de bombonas de gas va en contra de la normativa de protección contra incendios. —Callum no me escuchaba—. Su casero seguramente no se hará cargo de estos daños. —Callum señaló con un gesto de la mano el interior destrozado de la cafetería.

Negué con la cabeza.

Seguramente no.

—Si es listo, incluso le exigirá una indemnización por los daños en el edificio. —Callum se rascó la cabeza.

¿Indemnización por daños?

—Pero si yo no he hecho nada malo. —Negué con la cabeza, incrédula. Miré a Callum con desesperación.

Indemnización por daños.

Eso significaba que no solo tendría que reunir la suma para la reconstrucción de la cafetería, sino además…

Mucho más.

Por algo que yo ni siquiera había hecho.

Pero, ¿cómo podría demostrarlo?

Alguien tuvo que haber dejado las bombonas en mi cocina sin que yo lo supiera.

Las náuseas subieron por mi garganta.

Ya tenía grandes deudas con el banco. Jamás conseguiría un crédito para reparar todos estos daños. ¿Y no había dicho Andy ayer que los bomberos también podrían exigirme dinero?

Callum se encogió de hombros. —Todavía no podemos decir nada con certeza.

—Quizás alguien más dejó las bombonas ahí. Alguien del edificio. —Apenas me atreví a pronunciar las palabras.

Callum se encogió de hombros. —Sea como sea. Es su cafetería. Su responsabilidad.

Mi responsabilidad.

Empecé a sentirme mal.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Claro, tenía un trabajo que de algún modo me ayudaría a pasar el invierno.

¿Pero después?

¿Cómo iba a continuar mi vida?

El rostro de Landon apareció ante mí.

Cuánto me habría gustado pedirle consejo.

¡Chelsey! ¡No lo conoces! Todo esto no es asunto suyo. Solo te ha dado un trabajo.

Era solo un trabajo.

Y aun así, ahora deseaba que Landon estuviera a mi lado. Él sabría qué hacer. Él arreglaría este asunto.

Pero me era imposible pedirle ayuda.

Si se enterara de que no había cuidado bien de mi cafetería, a lo mejor también perdería mi trabajo con él.

Capítulo 8

Landon

—¿Cómo que no se ha enterado todavía, Bobby? —Miré furioso a mi director—. Usted es el jefe de *Goleman Colorado*. Mi hombre de confianza aquí. Un competidor compra un resort enorme delante de nuestras narices y ¿me pretende hacer creer que no se había enterado de nada? —Mi voz fue subiendo de volumen. No podía creer lo que estaba oyendo. Claro, no hacía mucho que Gideon había dejado su puesto conmigo. Pero si todo lo que había afirmado era cierto, entonces había comprado el resort aquí en Colorado hacía ya varios meses. Y Bobby debería haberse enterado. Era su trabajo vigilarlo todo sobre el terreno e informar de los asuntos importantes a la sede principal de nuestro grupo.

—Se lo juro, Landon. —Bobby levantó las manos en un gesto apaciguador—. Me enteré de todo ayer. Por supuesto que lo habría llamado de inmediato, pero como sabía que venían, me lo he ahorrado. Su avión no vuela más rápido solo porque haya malas noticias, ¿verdad?

Observé a mi director con desconfianza. Bobby era bajo, regordete y calvo. Todo en él transmitía una sensación de placidez. No era en

absoluto el prototipo de director. Sin embargo, a pesar de su aspecto, en el pasado me había sorprendido con su garra y su energía. Que se le pasara algo por alto no encajaba para nada con él.

Estábamos en el despacho de Bobby, en la última planta del *Goleman Colorado*. Desde aquí no se veía el Empire State Building, pero la vista de las cumbres nevadas de las Montañas Rocosas era igualmente impresionante. Hoy hacía un tiempo espléndido. Un cielo de un azul intenso se abovedaba sobre las montañas. El sol entraba radiante por la ventana y la nieve brillaba por todas partes. Clancy ya estaba fuera, en una de las pistas, disfrutando del tiempo. Yo aún tenía que trabajar. Pero más tarde subiríamos juntos en helicóptero y esquiaríamos donde no había nadie más.

—Más rápido no habríamos llegado. —Asentí hacia Bobby—. Sin embargo, no lo calificaría precisamente de medida que fomente la confianza el hecho de que no me dé de inmediato una información tan importante. —Observé a mi director—. ¿Y cómo se ha enterado de todo este asunto?

Bobby fue a su escritorio, abrió el cajón superior de la cajonera con ruedas y sacó un folleto que me entregó.

¿Siempre las mismas pistas aburridas?

¿Siempre los mismos cantantes aburridos por la noche?

¿Siempre la misma comida pésima?

¿Y encima a precios totalmente desorbitados?

¡Entonces deje atrás Goleman Colorado de una vez por todas!

Nueva apertura justo al lado: Gideon Ski & Fun.

Lo esperamos.

En el folleto aparecía nuestro resort tachado con una gran cruz roja. Al lado, una imagen del resort de Gideon, con una gran marca de verificación verde debajo.

—Qué cutre. —Miré el folleto con asco—. De verdad, cualquier estudiante de instituto lo habría hecho mejor.

Bobby se encogió de hombros.

—¿Y dónde ha encontrado el folleto? —quise saber.

—Aquí, en el mostrador de recepción del vestíbulo. Y había algunos también en la mesita con revistas que está justo detrás de las puertas de cristal. Y en el expositor con las recomendaciones de excursiones. —Bobby se rascó la cabeza.

Me lo quedé mirando. —¿Gideon ha repartido estas cosas AQUÍ dentro? —Cómo podía Bobby mantener la calma si el enemigo estaba invadiendo nuestro propio terreno.

Bobby volvió a encogerse de hombros sin más.

Apreté los dientes. No sabría decir qué me enfurecía más: la traición de Gideon o la indiferencia de Bobby. —¡Esto es una práctica comercial desleal! ¡Lo voy a demandar!

Bobby se limitó a asentir. —Eso me he imaginado.

—¿Lo han registrado todo? —le espeté a Bobby. Era evidente que tenía que ponerle las pilas a mi director. Si se comportaba de forma tan pasiva en todos los asuntos, Gideon lo iba a tener fácil aquí y acabaría por echarnos.

Me propuse venir de visita más a menudo en el futuro próximo y vigilar más de cerca todo lo que hacía Bobby. Como de todas formas pensaba venir más a menudo este invierno para hacer heliesquí, podía combinarlo perfectamente. Mi jet privado estaba siempre listo para despegar en Nueva York, por lo que una visita sorpresa tampoco era un problema. Si aparecía de vez en cuando sin avisar, seguro que eso sería lo más peligroso para Bobby.

—Bueno, hemos mirado en los sitios más importantes —dijo él, rascándose de nuevo la calva.

—¿En los sitios más importantes? —Negué con la cabeza—. Venga, baje y asegúrese de que lo registran todo.

Bobby asintió y desapareció por la puerta a paso lento. Hoy sí que hacía honor a su figura y a su aspecto. ¿Sería que me había equivocado con él hasta ahora?

Ya pensaría en eso más tarde.

Ahora tenía asuntos más urgentes que atender.

Saqué el móvil del bolsillo de mi traje y marqué un número de la agenda.

Sonó al otro lado de la línea.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Cuatro tonos.

Cinco tonos.

El número marcado no está disponible en este momento. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde.

Entonces la operadora finalizó la llamada.

Furioso, aparté el móvil de mi oreja y me quedé mirando la pantalla. —¡Maldito cabrón, si ya no das la cara y eres demasiado cobarde para coger el teléfono, al menos podrías haber activado tu buzón de voz!

Aunque lo que más me habría gustado era cantarle las cuarenta a Gideon en su propia cara. ¡Aquel cobarde idiota ya tenía el folleto listo para imprimir cuando se despidió de mí en mi despacho de Nueva York!

¡El folleto era claramente una práctica comercial desleal! Si Gideon no cesaba este tipo de «publicidad», lo demandaría. Y ganaría. ¡Más le valía a Gideon andarse con cuidado!

Marqué el siguiente número de mi móvil. Si Gideon había comprado el resort, solo podía haber sido con el consentimiento del alcalde. Este era un pueblo pequeño que vivía principalmente del turismo en los meses de invierno. El alcalde estaba al tanto de todo lo que era importante en ese sentido. Era, en el sentido más literal de la palabra, una cuestión de supervivencia para él y para sus votantes.

Si Gideon había adquirido el resort hacía meses, entonces el alcalde había estado informado.

Seguro.

Y con la misma seguridad me lo había ocultado. Hacía solo unas semanas que había estado con él para hablar de la apertura de una pista de esquí adicional y exclusiva para mis huéspedes. Hasta ahora, existía esa única pista, gestionada exclusivamente por mí y a la que solo tenían acceso los huéspedes de mi resort. Todas las demás pistas de esquí eran públicas y también podían ser utilizadas por los turistas de un día. Para ofrecer a mis huéspedes una experiencia aún mejor, quería ampliar mi pista exclusiva y crear una segunda. El alcalde tenía que aprobar mi petición y por eso había ido a verlo.

Aún no se había tomado una decisión.

Ya era hora de que me informara sobre el estado del asunto.

Y de que le preguntara al alcalde qué se le había pasado por la cabeza al ocultarme la compra de Gideon. ¡Yo era el mayor contribuyente del pueblo y, por tanto, al alcalde le interesaba por todos los medios no enfadarme!

Sonó.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Cuatro tonos.

Cinco tonos.

El número marcado no está disponible en este momento. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde.

—¡Maldita sea! —Me guardé el móvil de nuevo en el bolsillo de la chaqueta y añoré los tiempos en los que aún existían los buenos y anticuados teléfonos con auricular. Al menos ese podías azotarlo con fuerza contra la horquilla y así desahogar tu rabia. Un móvil, sin embargo, no sobreviviría a un trato así. Simplemente no te quedaba más remedio que guardarlo.

Resoplé.

Luego me acerqué a la pared y le di un puñetazo.

Una vez.

Dos veces.

Me sentí mejor al instante.

A mis espaldas se abrió la puerta. Bobby entró sigilosamente en el despacho.

—¿Y? —quise saber.

—Hemos encontrado más en la tienda de revistas y en las mesas altas al lado de la cafetería. Carlos está revisándolo todo de nuevo ahora mismo. —Bobby se dejó caer en su silla.

—¿Y por qué no lo hace usted mismo? —pregunté. Carlos era mi subdirector y un hombre excelente. Pero esta era claramente tarea de Bobby.

Bobby se encogió de hombros. —¿Debería?

La pasividad de Bobby hizo que se me disparara la tensión. ¿Acaso ese tipo solo movía el culo de la silla si se lo ordenaba?

Resoplé. Ya estaba harto. Tenía que irme de aquel despacho cuanto antes. No podía ver más a Bobby. Sí, no podía soportarlo ni un minuto más. Además, necesitaba aire fresco urgentemente.

—Llame al alcalde y pídale una cita —le ordené a Bobby—. Necesito hablar con él urgentemente. Infórmeme cuando lo haya localizado. —Luego me di la vuelta y salí.

Caminé furioso por el pasillo. Ya era hora de que me distrajera un poco. Por suerte, el helicóptero esperaba listo para despegar en el helipuerto, no muy lejos de allí. Volví a sacar el móvil del bolsillo y le envié un mensaje a Clancy.

Última bajada. Nos vemos ahora en el helipuerto.

Justo cuando iba a guardar el móvil en el bolsillo, sonó.

—Landon Goleman. —Descolgué la llamada sin mirar. Solo podían ser Gideon o el alcalde.

—Landon. Qué bien que te localizo. —La voz de mi abuela Vera me sacó de mis pensamientos—. Quería darte las gracias de nuevo por llevarme ayer al médico.

—Lo hice con mucho gusto —repliqué. Era la verdad. Mi abuela podía ser un auténtico incordio. Sus comentarios sobre los bisnietos y sus intentos de volver a emparejarme con Libby me habían llevado ayer al borde de la locura. Pero quería a mi abuela por encima de todo y le perdonaba cualquier trastada. En secreto, me alegraba de que estuviera tan bien de salud y todavía pudiera ocurrírsele todo aquello. Pero me guardaría mucho de decírselo. De lo contrario, sería capaz de concertar una fecha de boda para Libby y para mí. Y una cita en la maternidad de paso. Por mucho que quisiera a mi abuela, tenía muy pocas ganas de que una de sus ideas se hiciera realidad.

—La semana que viene es mi ochenta y cinco cumpleaños —anunció mi abuela.

—Lo sé. —Esta vez había mentido. Sabía que la abuela Vera cumpliría pronto ochenta y cinco. Pero ¿ya la semana que viene? Me rasqué la cabeza.

—Bueno, más bien dentro de dos semanas —rectificó la abuela Vera.

Respiré aliviado. Entonces todavía tenía algo de tiempo para comprarle un regalo. —¿Cómo quieres celebrarlo? —me interesé, mientras seguía caminando hacia la salida.

—Por eso precisamente te llamo, Landon. —Mi abuela sonaba seria —. Puede que sea mi último cumpleaños, ya sabes.

—¿Tu último cumpleaños? —Me detuve en seco, alarmado—. ¿Te ha dicho algo el médico? ¿No te encuentras bien? —le disparé una retahíla de preguntas a la abuela Vera, preocupado.

La abuela Vera se rio. —Todo en orden. Pero a mi edad, cualquier día puede ser el último. Así es la vida, Landon.

Prefería no pensar en ello.

—Y por eso tengo un deseo muy especial para mi cumpleaños —anunció la abuela Vera. Respiré aliviado. Mi abuela zanjaba el incómodo tema. Y además tenía un deseo, que seguro que podría cumplirle fácilmente.

—Vendrás a mi fiesta de cumpleaños, ¿verdad? —dijo la abuela Vera.

—Por supuesto. —Asentí y seguí caminando. Nada me impediría ir a esa fiesta. Ni Gideon ni el alcalde.

—También he invitado a Libby —anunció mi abuela.

—¿Qué? —solté. Volví a detenerme. No podía ser que la abuela Vera lo dijera en serio. Seguro que había oído mal.

—Que también he invitado a Libby —repitió la abuela Vera, tan alto como si yo también tuviera ochenta y cinco años y estuviera sordo —. Es la oportunidad ideal para que os acerquéis de nuevo y os reconciliéis. Ya sabes que no deseo nada con más ansia que tener bisnietos, Landon.

Reprimí un fuerte gemido. ASÍ que ese era el deseo de cumpleaños de la abuela Vera.

No podía permitirlo bajo ningún concepto.

No podía cumplirle ese deseo.

Bajo ninguna circunstancia.

Respiré hondo. —Abuela Vera, en realidad quería decírtelo en tu cumpleaños. Se suponía que era una sorpresa. Pero ahora… ahora creo que debo decírtelo ya. Si no, habrá demasiados líos. Yo… he conocido a alguien. Es maravillosa y quiero traerla a tu cumpleaños para que la conozcas también. —Listo. De ninguna manera iba a sentarme toda una tarde al lado de Libby. Si traía a otra mujer, mi abuela tendría que retirar la invitación a Libby, quisiera o no.

—¿Estás prometido? —Mi abuela parecía encantadísima—. No me habías dicho nada.

—Bueno… —No terminé la frase. Prometido. Demonios. Yo no había dicho eso, para nada. Mi abuela lo había interpretado a su manera.

—Me alegro muchísimo por ti, Landon. Voy a llamar ahora mismo a tu madre y…

—Por favor, no —la interrumpí—. Eres la primera en saberlo. No se lo he dicho a nadie todavía. Ya hablaré con mamá más tarde.

¿En qué lío me acababa de meter?

—Tengo que colgar ya —anuncié, antes de que la abuela Vera pudiera seguir interrogándome. De lo contrario, sería capaz de fijar una fecha de boda en ese mismo instante—. Tengo una reunión.

—Hasta pronto, Landon, me alegro mucho. —Mi abuela colgó.

Me quedé mirando mi smartphone.

Maldita sea.

Media hora más tarde, estaba de pie junto a Clancy en una ladera debajo de la cumbre de una montaña. Nuestro helicóptero acababa de despegar de nuevo. El vuelo hasta aquí, a través del majestuoso paisaje montañoso, había sido impresionante. Picos escarpados y rocosos, laderas cubiertas de nieve, bosques oscuros y, por encima de todo, un sol radiante: hoy era realmente un día de postal. Un día que era mejor no pasar en un despacho oscuro.

Probé la nieve con un esquí.

Polvo finísimo.

Sonreí satisfecho bajo mis gafas de esquí. La amplia extensión blanca que teníamos delante estaba completamente intacta. Nadie había esquiado aquí hoy. Y aparte de Clancy y de mí, no se veía un alma. El paisaje era enteramente nuestro. Le hice una señal a Clancy y levanté mi pulgar. Clancy me devolvió el gesto.

Con un fuerte grito de júbilo, me impulsé. —¡Yuhuuuuu!

—¡Yuhuuuuu! —respondió Clancy, siguiéndome.

Bajamos la ladera de la montaña cada vez más rápido. Mi sonrisa se ensanchó. Esta sensación no tenía precio.

Era libre.

Completamente libre.

Capítulo 9

Chelsey

Hoy iba a ser un día mejor, sin duda.

No solo sin duda.

Con toda seguridad.

Landon estaba en Colorado desde anteanoche. Me había escrito que volvería esta noche y que, por favor, estuviera en casa; también me decía que no pasaba nada si me tomaba el día libre.

Me parecía un poco raro no hacer nada en mi segundo día de trabajo. Pero si el jefe lo quería así, mal podría oponerme. ¿O sí? Así que había concertado a toda prisa algunas citas para ver pisos. Landon aún no se había pronunciado sobre cuánto tiempo podría quedarme en su habitación de invitados, pero era evidente que no sería para siempre.

De modo que prefería tomar la iniciativa antes de que me pusiera de patitas en la calle.

Eché un vistazo a la habitación de invitados. Una cama con dosel, con cuatro postes oscuros y una gran tela blanca, dominaba el cuarto. Hacía juego con un armario de grandes puertas correderas que probablemente seguiría medio vacío incluso si guardara en él todas mis pertenencias. Dos estanterías estaban llenas de artículos de decoración y algunos libros de fotografía. Cogí uno con curiosidad.

Colorado.

Landon parecía tener predilección por el estado montañoso del oeste. Devolví el libro a su sitio y cogí el siguiente álbum de fotos.

Nueva York.

Parecía que a Landon le gustaba tanto la ciudad como las montañas.

¿Sería de Nueva York? ¿O su hogar era Colorado?

¡Chelsey! ¿Pero a qué vienen todas esas preguntas sobre él? No es asunto tuyo. No es asunto tuyo en absoluto. No sabes nada de él, y debería seguir siendo así. Un hombre como él puede tener a diez mujeres comiendo de la palma de su mano. ¡Y seguro que las tiene! No es para ti, por mucho que sus miradas despierten cosas en ti.

Al pensar en ello, un cálido escalofrío me recorrió el cuerpo y se me erizó la piel.

Genial. Ahora ya ni siquiera hace falta una mirada. Basta con solo pensar en una. Tienes que controlarte de verdad, Chelsey. Distráete.

Seguí mirando por la habitación y observé el reloj de pared que colgaba junto a las estanterías. Nunca había visto un diseño así. En

el centro estaba el reloj. A derecha e izquierda había dos pequeños cuadros que se unían al reloj para formar un todo armonioso, mostrando un paisaje montañoso nevado en el que un esquiador solitario descendía levantando nieve a su paso.

¿Sería Landon?

Tonterías, Chelsey, ¿por qué iba a ser él? Seguro que ha comprado el cuadro en alguna parte.

Aparté la vista. No podía ni mirar la hora sin pensar en mi jefe. Ya era hora de que me distrajera. Quitar el polvo de las estanterías o hacer algo parecido.

Sonó mi móvil. Corrí hacia la mesita de noche.

—Beryl —saludé a mi amiga—. Qué alegría oírte.

—Hola, Chelsey. Espero no molestarte —dijo Beryl con un tono algo preocupado.

—No, qué va. La verdad es que ahora mismo no sé qué hacer. Landon no vuelve hasta esta noche y me ha escrito que me tome el día libre. Tengo dos visitas para ver pisos, pero todavía falta un montón.

—¿Visitas para ver pisos? ¿Tan pronto? Pero si de momento estás bien alojada, ¿no? —me acribilló Beryl a preguntas.

—Claro, la habitación de invitados de aquí es fantástica. Tenías que verla. La cama con dosel es un sueño —dije entusiasmada.

—Tienes que mandarme una foto, ¡sin falta! —dijo Beryl.

—Claro. —asentí, aunque Beryl no podía verme. Luego suspiré—. Lo que no sé es cuánto tiempo podré quedarme aquí. Coral tampoco vivió aquí permanentemente. Landon ha dicho que quiere hablar conmigo esta noche. Seguro que querrá saber cuánto tiempo voy a vivir aquí, y será bueno que ya tenga un plan. O quizás incluso una habitación. —Miré por la ventana con esperanza. Había nevado durante la noche, pero las nubes ya se habían disipado y el sol de invierno brillaba sobre Nueva York.

—Eso suena bien —constató Beryl—. Pareces tenerlo todo bajo control.

—En absoluto. Para nada. —Suspiré—. Solo me estoy ocupando del piso para no tener que ocuparme de la maldita cafetería. Lo que más me gustaría es hacer como si nunca hubiera existido.

—Necesitas una distracción. —La voz de Beryl sonó firme—. Hoy libro. Nos vemos en una hora. En el spa. Allí nos relajaremos y luego te acompañaré a las visitas. Me parece bien que quieras buscarte una habitación. Pero no pienso permitir que te instales en el primer tugurio que encuentres solo porque estás desesperada y quieres hacer algo.

Me quedé callada. Beryl no andaba del todo desencaminada. —No puedo permitirme el spa —dije finalmente, aunque en el fondo anhelaba sumergirme en agua tibia y suave, cerrar los ojos y, simplemente, no pensar en nada.

Cerré los ojos.

Ante mí apareció la imagen de Landon.

—No admito un no por respuesta —ordenó Beryl. Volví a abrir los ojos. Mi amiga continuó—: Invito yo. Puedes darte un capricho a mi costa. Y ni se te ocurra decir: «No puedo aceptarlo». Nos vemos en una hora en el spa.

Antes de que pudiera responder, Beryl ya había colgado.

—En una hora en el spa —murmuré.

Bueno.

¿Por qué no?

Antes que seguir aquí de brazos cruzados, esforzándome por no pensar en Landon, bien podía ir al spa con Beryl. Al fin y al cabo, llevábamos mucho tiempo queriendo hacerlo.

Una hora más tarde, doblaba a paso rápido la esquina de la manzana donde se encontraba el *day spa* al que Beryl y yo queríamos ir. En los últimos dos días había refrescado aún más. Los montones de nieve junto a la acera habían crecido un poco, pero el blanco grisáceo seguía recordando más al aguanieve que a la nieve que conocía de mi tierra.

—¡Chelsey! —Beryl estaba de pie frente a la puerta del *day spa*, justo debajo del letrero blanco con la inscripción rosa. Se balanceaba de una pierna a otra mientras me esperaba.

—¡Beryl! —le sonreí a mi amiga.

—Lo siento muchísimo, pero... —empezó Beryl.

—¿Han vuelto a cerrar? —dirigí la mirada a la puerta del spa.

—No. Pero acabo de recibir una llamada. De esa gran empresa a la que eché el currículum hace dos meses. Puedo ir a una entrevista de trabajo. En dos horas. —La voz de Beryl sonaba emocionada.

—¿Qué? —La decepción se apoderó de mí. Me había hecho ilusión ir al spa—. ¿Tardan dos meses en leer tu solicitud y luego quieren que estés allí en dos horas? —Apenas había pronunciado esas palabras cuando ya me habría gustado retirarlas. Beryl llevaba mucho tiempo buscando un trabajo mejor y yo sabía lo que esa invitación a una entrevista debía significar para ella. Además, yo misma estaba trabajando de ama de llaves para un hombre al que solo había visto fugazmente una vez... no, dos veces. Realmente, era la última persona que podía echarle algo en cara a Beryl.

—Lo siento. —Abracé a mi amiga y la estrujé—. Ya lo recuperaremos en otro momento. Y entonces invito yo.

Beryl me devolvió el abrazo. —Gracias. Sí, ya lo recuperaremos. —Beryl se separó de mi abrazo y me miró fijamente a los ojos—. Y cuando vayas luego a ver los pisos, recuerda mis palabras: ¡no te metas en un tugurio! ¡Prométemelo! —Beryl levantó un dedo a modo de advertencia.

—¡Prometido! —asentí.

Tugurio.

Los pisos no estarían tan mal, ¿o sí?

—Por fin está usted aquí —dijo un hombre corpulento de unos cincuenta y tantos años, horas más tarde, al abrir la puerta del piso.

Había matado el tiempo con un largo paseo por Central Park y luego decidí llegar un poco antes de lo acordado a la primera visita del piso.

—¿Por fin? —repetí.

—No me gusta que los interesados lleguen tarde —refunfuñó el hombre—. No tengo todo el día para estar aquí sentado.

Estudié al hombre. Llevaba una camiseta interior blanca de canalé, como las que debieron de estar de moda hacía décadas. Y un pantalón de chándal dado de sí de un color marrón indefinido. ¿O era un tono verde oscuro? Con la escasa iluminación no podía distinguirlo. Levanté la vista hacia el techo. Desde allí, una única bombilla iluminaba el pasillo.

—Se fundió la bombilla. Anteayer. Tengo que comprar una nueva —masculló el hombre, abriendo un poco más la puerta—. Venga, entre ya, no quiero perder más tiempo.

Me cuidé de no decirle al hombre que había llegado antes de la hora. En lugar de eso, eché un último vistazo a la bombilla, de la que colgaban varios hilos de polvo. Era seguro que la bombilla no se había fundido el día anterior.

Pensé en las palabras de Beryl.

¡No te metas en un tugurio!

Pero tal vez el piso no estuviera tan mal. Al fin y al cabo, una primera impresión es solo una primera impresión.

—Ahí delante está la cocina. —El hombre corpulento caminó delante de mí por el pasillo. Solo entonces me di cuenta de que no se había presentado. ¿Debía preguntarle su nombre? ¿Acaso importaba?

Seguí al hombre. En el aire flotaba un olor a moho y a cerrado.

¿Cuándo se había ventilado aquí por última vez?

—¿Cuándo se mudó el anterior inquilino? —pregunté cuando el hombre abrió una puerta a su derecha.

—¿Anterior inquilino? —gruñó el hombre. Se dio la vuelta y negó con la cabeza—. Aquí no hay de eso. Llevo años viviendo aquí y he pensado que ya era hora de alquilar una habitación. Un poco más de dinero nunca viene mal.

Asentí. Entonces entramos en la cocina. Es decir, el hombre entró en la cocina. Yo retrocedí ante la visión que se me ofreció y me quedé parada en el umbral. En el fregadero y en la encimera se amontonaban platos, tazas, ollas y sartenes que rebosaban suciedad. El olor a moho era tan fuerte que casi me dejó sin aliento.

—Hace tiempo que no ordeno —dijo el hombre, señalando con un gesto el caos que tenía delante—. Pero estará listo en nada.

Me limité a asentir, esforzándome por no respirar por la nariz. Si seguía expuesta a ese olor asqueroso, podría vomitar allí mismo, en la cocina. Aparté la vista del desastre. En la pared se veían pequeños puntos de color negro parduzco. De arriba abajo.

¿Moho?

Una parte de mí quería acercarse para examinarlo mejor. Pero la mayor parte de mí solo quería largarse de allí.

¡No te metas en un tugurio!

Desde luego que no.

—Yo... tengo que irme. No creo que este piso sea para mí —solté y salí huyendo tan rápido como pude.

—Este es el dormitorio. —Una hora más tarde, estaba en el siguiente piso. Este estaba limpio. Y amueblado, lo que era una gran ventaja, ya que no tenía muebles propios. Aquí no solo tendría una habitación, sino un piso entero para mí. En realidad no podía permitírmelo. Pero si Landon me anunciaba esa noche que tenía que mudarme de inmediato, tendría que tener un as en la manga. Entonces no me quedaría más remedio que coger este piso carísimo.

—¿Qué le parece? —El casero me miró.

¿Cómo se llamaba?

Winston.

Eso es.

Como Winston Churchill, con quien, por cierto, no guardaba ningún parecido.

—El piso me gusta —dije, con sinceridad—. Sin embargo, es un poco caro para mí. —Me encogí de hombros con pesar.

—¿Un poco caro? —Winston soltó una risa de chivo—. Bueno, si solo es eso... Quizás podamos hacer algo al respecto.

—¿Qué quiere decir? —miré a Winston, asombrada. Estábamos en Nueva York. La demanda de vivienda era inmensa. Cualquier casero podía prácticamente elegir a quién alquilar un piso o una habitación y a qué precio.

Winston cruzó el dormitorio y señaló la cama. —Siéntese. Y entonces le explicaré lo que quiero decir.

Obedecí y me senté en la cama. Tenía mucha curiosidad por oír esa explicación.

Winston se sentó a mi lado. Tan cerca, que nuestros brazos se rozaron. —Este piso se lo he alquilado sobre todo a mis novias. Primero vivió aquí Leanna. Por desgracia, se mudó y se lió con un tipo rico. Luego mi hermana estuvo aquí una temporada. Y después vino Charlene. —Winston asintió. Acercó su cara a la mía tanto que pude sentir su aliento.

Asco. Retrocedí.

—Vamos, no se ponga así. Las mujeres de hoy en día ya no sois tan remilgadas, lo sé de sobra. También os acostáis con tíos que apenas conocéis. Así que, si ahora propongo que... digamos... probemos la cama y que eso se refleje en el precio del alquiler, es un buen negocio, ¿no? —Winston volvió a echarme el aliento en la cara. Entonces sus labios se acercaron a los míos.

Me levanté de un salto. —¡Ni en sueños! —le espeté a Winston—. ¿Pero quién se ha creído que es usted? —Miré al hombre, indignada.

Luego, por segunda vez en el día, di media vuelta y salí corriendo.

Jadeando, me detuve en la calle unos minutos después, sujetándome el costado. Había corrido tan rápido como había podido para alejarme del asqueroso de Winston.

Si Landon me comunicaba esa noche que necesitaba la habitación de invitados y su ático para él, no me quedaría más remedio que pedirle que me dejara quedarme un tiempo más.

A diferencia de la oferta de Winston, esa idea no me resultaba desagradable en absoluto.

Capítulo 10

Landon

Dejé que la puerta se cerrara de un portazo detrás de mí, dejé la maleta y empecé a quitarme el abrigo.

—Buenas noches. —La melodiosa voz me sacó de mis pensamientos. Miré a la izquierda. Ante mí estaba la despampanante Chelsey, sonriéndome. Su larga melena rubia brillaba y sus ojos marrones refulgían seductores. Negué con la cabeza. ¿Se daría cuenta del efecto que causaba en los hombres? ¿Del efecto que causaba en mí?

Claro que se da cuenta, Landon. Ninguna mujer se hace adulta sin percatarse de que vuelve locos a los hombres. De que le basta una sola mirada para enloquecer a los demás. De que puede camelárselos a todos y conseguir lo que le dé la gana.

—Buenas noches —repliqué con fingida indiferencia. Chelsey no debía creer que podía impresionarme tan fácilmente como lo había logrado con otros hombres. Volví a centrar mi atención en el abrigo.

—Déjeme la maleta. Así podré ocuparme de su ropa —anunció Chelsey, acercándose a mí. Un suave aroma a rosas la envolvía. ¿Qué perfume usaría? No resultaba ni cargante ni dulzón. Era simplemente seductor. Igual que la propia Chelsey.

Me cogió la maleta y se acercó tanto que habría bastado un mínimo movimiento por mi parte para que nuestros cuerpos se rozaran. Igual que en nuestro primer encuentro. Al pensarlo, sentí la excitación en mis pantalones.

¡Landon!

—¿Desea comer algo? —se interesó Chelsey con entusiasmo—. Le habría preparado un aperitivo, pero por desgracia no sabía su hora de llegada.

La miré. En sus ojos marrones había un cálido brillo. —Hasta hace un rato, ni yo mismo sabía a qué hora llegaría. Por lo general, despego cuando me apetece. Si la nieve es buena, esquío un poco más. Si tengo citas urgentes, llego antes. —Me encogí de hombros —. Una de las ventajas de tener un jet privado y no depender de los vuelos regulares.

Los labios de Chelsey formaron una «o». Una «o» perfectamente redondeada.

Me habría encantado besar esos labios condenadamente perfectos.

De verdad que ya va siendo hora de que te diviertas un poco, Landon. Así no se te ocurrirán semejantes tonterías. Esta es tu empleada. La prima de Coral. Deberías mantenerte alejado de ella, por muy guapa que sea.

—Espero que no haya sido un problema para usted quedarse hasta tarde esta noche. —Fijé la mirada en Chelsey. Si no podía apartar los ojos de sus ojos marrones y su dulce rostro, al menos que no se diera cuenta y pensara que simplemente la miraba como un jefe a su empleada.

—No, no ha sido ningún problema. Estoy tan contenta de poder pasar la noche aquí, en la habitación de invitados. —Chelsey se quedó parada con mi maleta en la mano. Entonces, desvió la mirada con un aire de culpabilidad—. Espero que no le importe. Me dijo que debía buscar un piso rápido. Hoy he visitado dos, pero lamentablemente no eran una opción. En uno había moho y el otro… —Chelsey se interrumpió y, tras una breve pausa, continuó—: El otro no era una opción por otros motivos.

Seguí con la mirada fija en Chelsey, aunque solo podía verle la coronilla.

—No pasa nada —gruñí—. De momento no espero visitas. —La presencia de Chelsey me resultaba más agradable de lo que pensaba. La forma en que me había recibido… podría acostumbrarme a eso.

Coral solía estar limpiando o lavando algo en alguna habitación y no aparecía hasta que yo necesitaba algo. Y Libby solía recibirme con una retahíla de reproches. Que si llegaba demasiado tarde, que si no había hecho esto o lo otro y que, en general, todo estaba mal. Se aburría sin mí, pero cuando yo estaba, también se aburría.

Negué con la cabeza.

¿Cómo había podido aguantar tanto tiempo con esa mujer?

—¿Qué huele a quemado? —pregunté de repente, olisqueando el aire.

Con un gritito, Chelsey dejó caer mi maleta al suelo y corrió por el pasillo. Cogí la maleta y la seguí.

¿Se le habría quemado la comida? ¿Sería que al final no sabía cocinar y se había colado aquí con una excusa?

Entrecerré los ojos. A diferencia de la mayoría de la gente, yo no era muy exigente, pero la comida quemada… Negué con la cabeza y seguí a Chelsey hasta la cocina.

Pero la gran estancia, con la mesa de madera maciza y sus sillas a juego, con la barra donde me gustaba desayunar, con la isla de cocina, el gran frigorífico y los armarios, estaba vacía. Chelsey no estaba allí. Y sobre los fogones no había ni olla ni sartén.

Allí no se había quemado nada.

¿Dónde estaba Chelsey?

Volví al pasillo y seguí el olor a quemado hasta el fondo. La habitación junto a la de invitados era la que Coral siempre había llamado «el cuarto de la plancha». Libby nunca había entrado en esa habitación, y, sinceramente, yo tampoco sabía cuándo había sido la última vez que había estado allí. Coral guardaba allí productos de limpieza y otras cosas.

Chelsey estaba delante de mí, inclinada sobre una tabla de planchar.

—Maldita sea, maldita sea —murmuraba una y otra vez mientras observaba la camisa que tenía delante.

Mi camisa azul.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

Chelsey se dio la vuelta. —Yo… no estaba prestando atención y he quemado un agujero en esta camisa al plancharla. —Chelsey señaló la tabla de planchar con la mano.

Me acerqué a su lado.

En efecto. En el pecho de la camisa destacaba un agujero con el borde marrón.

—Lo siento —dijo Chelsey con voz lastimera.

Me quedé mirando la camisa. A Coral nunca le había pasado algo así. ¿Y antes? Recordé la época en que Libby acababa de mudarse. Durante un tiempo no habíamos tenido asistenta, porque era difícil encontrar personal adecuado en Nueva York que llegara puntual al trabajo, no tuviera exigencias salariales desorbitadas y, aun así, hablara suficiente inglés. Y una y otra vez desaparecían prendas de ropa de forma misteriosa. Libby incluso me había acusado una vez de haber perdido su blusa. Poco después, la había pillado con esa misma blusa en la mano. Libby había murmurado algo sobre una mancha. Yo solo había visto una marca marrón antes de que Libby volviera a esconder la prenda.

Fruncí el ceño.

¿Acaso mi ex había estado arruinando nuestra ropa y luego me había echado la culpa a mí?

¡Sería muy propio de ella!

Apreté la mandíbula.

—Espero que no fuera su camisa favorita. —La voz temerosa de Chelsey me devolvió al presente.

—¿Qué? —Miré a Chelsey. Luego le resté importancia con un gesto —. Por Dios, no, tengo un montón de camisas. Una más o una menos no importa. —Pero, tras pensarlo un momento, añadí con severidad—: Pero de verdad que esto no debería volver a pasar. ¿Creía que estaba cualificada en tareas del hogar? ¿Qué formación tiene exactamente?

Quería hablar con Chelsey sobre eso esa misma noche, de todos modos.

Chelsey abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada, sonó el timbre de la puerta.

Ain't No Mountain High Enough de Diana Ross.

Hacía que cambiaran el tono de llamada cada mes y, justo ahora, al principio del invierno, no había nada mejor que esa canción, que me recordaba a las montañas.

Chelsey me miró confundida. —El timbre —le expliqué.

Chelsey asintió con entusiasmo. —Voy a abrir. —Con estas palabras, pasó rápidamente a mi lado. Una ligera fragancia a rosas flotó en el aire. La seguí. ¿Quién demonios venía a mi casa sin avisar a estas horas?

¿Clancy?

El conserje también debía de conocer al visitante y lo habría dejado pasar.

Así que solo podía ser Clancy. Todos los demás visitantes tenían que esperar abajo hasta que yo le diera permiso al conserje para que los hiciera subir. Oí cómo Chelsey abría la puerta.

—¿Y usted quién es? —Incluso desde lejos percibí la voz desagradable y chillona que tan bien conocía.

Libby.

Gimoteé por dentro. Claro. Ella conocía al conserje y había podido colarse sin más.

—Soy Chelsey. ¿Y usted? —El contraste entre la melodiosa voz de Chelsey y los sonidos que emitía mi ex no podría haber sido mayor.

—¿No te lo ha dicho? —resopló Libby indignada.

—Lo siento, todavía no ha habido tiempo… —empezó a explicar Chelsey.

Me coloqué detrás de Chelsey. —Hola, Libby.

—Landon, ahí estás. Menos mal que vienes. ¡Estoy aquí como una extraña delante de la puerta y no puedo entrar! —Libby me miró indignada.

Sus palabras me pasaron de largo. Chelsey estaba de nuevo tan cerca de mí que habría bastado un pequeño paso hacia delante para tocarla. Solo faltaban unos milímetros para que volviera a estar en

mis brazos, como en nuestro primer encuentro, cuando resbaló en la nieve. Aspiré hondo. Un delicado aroma a rosas me envolvió y pensé en el cuerpo cálido y firme que había sentido antes y que hoy por fin había podido examinar mejor. Pechos llenos y firmes que me encantaría sostener en mis manos. Piernas largas y una cintura estrecha. Un rostro atractivo con labios carnosos, una nariz recta y ojos expresivos, enmarcados por un pelo suave.

—¡Landon! ¿Vas a dejarme entrar de una vez? ¿Y quién es ELLA? —Al decir esta palabra, Libby señaló a Chelsey—. No me puedo creer que tengas a una mujer en tu casa sin que yo lo sepa. —Mi ex dio una patada en el suelo.

Chelsey retrocedió un paso instintivamente.

Nuestros cuerpos se rozaron.

Mi polla me hizo saber con claridad cuánto disfrutaba con aquello. Me habría encantado rodear a Chelsey con el brazo y atraerla hacia mí. Pero en lugar de eso, pasé con cuidado a su lado y miré a Libby con el ceño fruncido. —¿Por qué debería dejarte entrar? ¿Qué quieres aquí, para empezar? —Me crucé de brazos para dejarle claro a mi ex que no tenía la más mínima intención de hablar con ella, y mucho menos de dejarla entrar en mi ático.

Iba a defender mi libertad.

—Quiero hablar contigo de nuestra última conversación. Esto no puede seguir así, Landon. Queremos…

Interrumpí a Libby: —¿NOSOTROS? Nosotros no queremos nada. TÚ quieres algo, pero te aseguro que no es lo mismo que quiero yo.

Nunca lo ha sido. Por eso nos separamos. ¿Te acuerdas? —Resoplé y miré a Libby enfadado.

—Siempre tienes que ser tan malo. —Libby negó con la cabeza y se acercó a mí—. Landon… —Me pasó una mano por el brazo—. Piensa en lo que dijo tu abuela. No desea nada más que un bisnieto. De nosotros dos. —Libby alzó su rostro hacia mí y se me pegó aún más —. Quiero cumplirle ese deseo, porque la quiero al menos tanto como tú. —Libby me miró de forma elocuente. Luego, me agarró el brazo—. Landon, yo…

—Déjame en paz. —Aparté bruscamente el brazo. Libby había intentado apoyarse en mí y ahora casi tropezaba hacia el pasillo. La empujé hacia atrás—. Estamos divorciados, Libby. Entiéndelo de una vez.

—Pero… —El chillido de Libby había alcanzado cotas insospechadas —. ¿Qué voy a hacer sin ti, Landon? Eres el único que…

—¡Basta! —interrumpí a Libby.

¿El único que qué?

Probablemente, el único que fue tan tonto como para liarse con Libby.

—Lo nuestro se ha acabado, Libby. Entiéndelo de una vez. Tengo a otra persona y soy feliz. —Miré a Libby con severidad—. Estoy prometido, ¿entiendes?, ¡prometido!

—¿Con quién? —chilló Libby—. ¡Solo lo dices para hacerme daño! ¡Te conozco! En realidad no estás prometido y sí, si has tenido

alguna aventura, pues qué se le va a hacer. Pero te perdono, Landon.

Me aparté de Libby.

Chelsey estaba detrás de mí. Sus ojos marrones brillaban de un modo especial a la luz del pasillo. Me miró y…

… e hice lo que había querido hacer desde nuestro primer encuentro. Rodeé a Chelsey con un brazo y la atraje hacia mí. Al hacerlo, me giré a medias, para que Libby pudiera vernos bien. Chelsey levantó la cabeza y me miró. Sus labios carnosos brillaban seductores. Deslicé un dedo por el cuello de Chelsey hasta llegar debajo de su barbilla y luego le levanté más la cabeza. Entonces, me incliné hacia ella. Los ojos de Chelsey se abrieron como platos. Pero no me esquivó. Al contrario, su cuerpo se apretó un poco más contra el mío y entreabrió ligeramente los labios. Creí entrever la punta de su lengua antes de posar mis labios sobre los de Chelsey.

Por fin.

Era lo único en lo que podía pensar.

Chelsey sabía mejor que ninguna mujer que hubiera probado jamás. Dejé que mis labios se demoraran sobre los suyos y los exploré a conciencia. Lentamente, pasé la lengua primero por el labio inferior de Chelsey y luego por el superior. Acaricié el arco de Cupido en el centro de su labio superior. Y entonces pedí permiso para entrar.

Chelsey abrió la boca un poco más. Mientras nuestras lenguas se encontraban, atraje a Chelsey aún más hacia mí. Entre nuestros cuerpos no habría cabido ni una hoja de papel. Pero incluso eso no me bastaba. Di un paso hacia delante y apreté a Chelsey contra la

pared. Ella me rodeó los hombros con ambos brazos. Bajé una mano y le acaricié la cadera mientras hundía mi lengua más y más en su boca. Chelsey tenía un sabor ligeramente dulce. Y, sobre todo, a más.

Apreté mis labios contra los suyos con más pasión. Chelsey siguió mis movimientos y gimió suavemente.

—¡LANDON! —Un grito me devolvió al presente.

Libby.

Había olvidado que estaba en la puerta. Había olvidado que existía. Lo había olvidado todo a mi alrededor. El beso con Chelsey había sido tan intenso que no había pensado en nada más.

Ahora la solté, con la respiración agitada, y miré a mi ex con rabia.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —se quejó Libby—. Esto… —Libby no siguió hablando y se retorció las manos, horrorizada.

—¿Hacerte? Estamos separados desde hace mucho. Acabo de enamorarme de nuevo. Y luego me he prometido. —Me encogí de hombros y añadí—: La abuela Vera ya lo sabe y está encantada. Así que ni se te ocurran más tonterías. —Miré a Libby amenazadoramente. Esa mujer ya me había sacado de quicio durante demasiado tiempo.

—Pero… —Libby no se rindió.

Le cerré la puerta en las narices e hice lo que mi polla me ordenaba.

Volví a besar a Chelsey.

Capítulo 11

Chelsey

La puerta se cerró con un chasquido. Landon me miró. Habría jurado que en sus ojos oscuros había un deseo profundo e insaciable. Pero no podía ser. Si solo era… ¿yo? ¿Su nueva ama de llaves? La antevíspera, cuando le había anudado la corbata, había visto la misma expresión en sus ojos. También entonces lo había confundido con deseo. Sin embargo, Landon había pasado a mi lado sin decir una palabra y había salido del ático. Debía de haberme equivocado.

Y seguro que ahora también me equivocaba.

Landon había soltado cualquier cosa y me había besado para deshacerse de esa mujer, no porque yo le importara de verdad.

Pero ahora seguía mirándome fijamente a los ojos. Me aparté un poco de la pared para indicar que la situación había terminado. Landon no retrocedió. Nuestros cuerpos volvieron a acercarse. Olí el conocido aroma áspero, ligeramente amaderado, con un toque de canela, que me hacía querer cerrar los ojos sin poder evitarlo y simplemente inspirarlo. Sentí un hormigueo por todo el cuerpo.

Chelsey. Mantén los ojos abiertos. Y tu piel puede sentir todo el hormigueo que quiera. Para él solo has sido una buena oportunidad. Si en ese momento hubiera habido otra mujer a su lado, la habría besado a ella. No se trata de ti.

¿No se trataba de mí? ¿Estaba segura de eso?

En ese momento, Landon se inclinó hacia delante y volvió a posar sus labios sobre los míos. Y yo volví a cerrar los ojos y me entregué por completo al beso.

Como antes.

Si había creído que acababa de recibir el mejor beso de mi vida, ahora me sacaba de mi error. ESTE era el mejor beso de mi vida. Los labios de Landon rozaron suavemente los míos. Una vez. Dos veces. Me estremecí de placer. El hormigueo en mi piel se intensificó y, sin querer, me estiré hacia Landon. Pasó la lengua por mis labios, haciéndome cosquillas leves. Eso ya me había vuelto loca antes. Ahora sentí cómo se me erizaban los pezones y cómo mi centro empezaba a arder ligeramente.

Solo es un beso, Chelsey.

¡Pero qué beso!

Gemí en voz baja. Era un beso que me hacía desear más. Un beso del que nunca tendría suficiente. Un beso al que me entregaba de muy buena gana. Un beso que me hacía olvidar todo a mi alrededor, incluido el futuro. ¿Qué me importaba ahora si más tarde tendría problemas por estar besando a mi jefe?

O mejor dicho, porque él me estaba besando a mí.

Landon me sujetó la cabeza y apretó sus labios con más fuerza sobre los míos. Su lengua me hizo cosquillas muy leves hasta que abrí la boca. Landon deslizó su lengua en mi boca. Volví a apoyarme en la pared. Todo a mi alrededor parecía desvanecerse. Sonidos, luces, colores, olores. Ya no percibía nada de verdad. Para mí solo existían ese beso y la danza salvaje en la que nuestras lenguas se enredaban. Puse mis brazos alrededor de los hombros de Landon y clavé los dedos en su camisa.

Lo que más me habría gustado era tenerlo sin camisa delante de mí.

Apreté mi cuerpo aún más contra el suyo.

En ese momento, Landon me soltó. —Bueno, esto sí que es una agradable variedad.

Me quedé mirándolo. No podía decirlo en serio. Me besaba como si no hubiera un mañana, me excitaba, me ponía, me sentía deseada… ¿y para él no era más que una agradable variedad?

—¿Siempre haces lo mismo? —mi voz sonó más dura y sarcástica de lo que pretendía—. ¿Besas a cualquier mujer que esté a tu lado cuando una ex te da problemas y no sabes cómo quitártela de encima? ¿Y luego lo consideras una agradable variedad? —mientras hablaba, sentía cómo la decepción y la rabia crecían en mi interior. Recibir el mejor beso de tu vida y oír que no significabas nada para el otro no era precisamente… maravilloso.

—No lo decía en ese sentido —Landon levantó las manos en un gesto de disculpa.

—¿No? —no era tan fácil calmarme—. Antes has dicho que estábamos prometidos. ¡PROMETIDOS! No puedes disponer de mí

así como así. O sea… —apenas encontraba las palabras para expresar lo que quería decir.

—No he dispuesto de ti —contradijo Landon—. Solo era… —se encogió de hombros. Estaba más atractivo que nunca—. Tenía que quitármela de encima de una vez. Llevamos mucho tiempo separados, pero ella no quiere aceptarlo. Sigue queriendo que yo cambie y que volvamos a ser pareja. Vive en una realidad completamente diferente —Landon me miró y, de repente, una sonrisa pícara se dibujó en sus labios. Dios, qué sexi estaba—. ¿No hacéis eso a menudo las mujeres? ¿No queréis siempre reeducar a los hombres? ¿O me equivoco?

Me quedé con la boca abierta de la indignación. ¿Pero qué se creía ese tipo? ¿Me besaba, me excitaba, me hacía pasar por su prometida, me besaba de nuevo sin motivo alguno y encima me echaba en cara que fuera una mujer?

Landon siguió sonriendo. Luego me cogió del brazo. —Ven, vamos al salón. Creo que después de este susto te has ganado una copa con creces. Libby puede ser bastante… bueno, bastante absorbente.

¿Susto?

¿Landon se refería al beso como un susto?

¿O hablaba de otra cosa?

—YO, desde luego, necesito un whisky ahora —Landon me arrastró tras de sí hacia el salón—. ¿Qué te apetece a ti? ¿Un vodka spritz? ¿O qué bebéis las mujeres?

—¿Acaso no tienes mucha experiencia con eso? —repliqué con cierta acidez. Una parte de mí no deseaba otra cosa que sentarme junto a Landon, tomarme un cóctel y charlar de cosas sin importancia mientras él me miraba. Pero otra parte de mí no quería de ningún modo que él creyera que era tan fácil. Que lo perdonaba tan fácilmente. Por mucho que hubiera disfrutado de la situación, al final me había utilizado para conseguir lo que quería. Había logrado su objetivo. La ex se había ido.

Lo que yo quería no parecía interesarle.

—Cada mujer es diferente —Landon volvió a encogerse de hombros y me soltó el brazo. Habíamos llegado al salón, donde abrió un mueble y sacó una botella grande—. Entonces, ¿qué te apetece? No supongo que también quieras un whisky. ¿O sí? —Landon se dio la vuelta y volvió a sonreírme con esa picardía. Le quedaba de maravilla. Hacía juego con su nariz ligeramente torcida. Menos mal que no se la había operado. Eso le habría quitado personalidad.

—Un vodka spritz está bien —respondí, mientras pensaba en cuál era mi cóctel favorito. Salía tan poco y tenía tan poco dinero que no sabía decirlo con exactitud. La mayoría de las veces bebía lo más barato de la carta.

—Entonces vamos a la cocina, allí hay cubitos de hielo y limas —replicó Landon mientras se servía un whisky.

—Vaya tela —dijo media hora después, mirándome fijamente a los ojos. Estábamos sentados juntos en la gran barra de la cocina. Ya tenía delante mi segundo vodka spritz. Mi vaso estaba casi vacío, porque aquello estaba endemoniadamente bueno.

Ten cuidado de no beber demasiado, Chelsey. Este sigue siendo tu jefe y quiere que mañana estés lista para trabajar. Además, tienes

que ocuparte de un nuevo apartamento y de la cafetería. No puedes permitirte despertarte con resaca.

Miré mi vaso. No podía. Pero un poco de diversión estaría permitida, ¿no? Lo había pasado bastante mal los últimos días y al final nada había salido como estaba planeado. Beryl y yo ni siquiera habíamos podido disfrutar de nuestro día de spa.

—¿Así que la cafetería se quemó? —preguntó Landon de nuevo—. ¿El mismo día que empezaste a trabajar aquí? ¿Anteayer?

—Sí —asentí y di un gran sorbo de mi vaso. Prefería no pensar en el interior completamente carbonizado de mi cafetería. En el sueño que, literalmente, se había hecho humo. En la montaña de deudas en la que estaba sentada. Y en el futuro, del que no sabía qué me depararía. Di otro gran sorbo.

—Te preparo otro —dijo Landon. Me sonrió—. Qué pena que las mujeres no bebáis whisky. Con esa historia, yo necesitaría una copa bien cargada —cogió un vaso limpio—. Te lo haré un poco más fuerte. Seguro que te viene bien.

No me opuse. La perspectiva de olvidarlo todo por un momento y simplemente pasar una noche agradable era demasiado tentadora. ¿Quién habría dicho que no a una oferta así? Ya me enfrentaría a la realidad mañana. Sería lo bastante pronto.

—¿Y qué ofrecías en tu cafetería? ¿Era como un Starbucks? —quiso saber Landon.

—Era más personal —respondí con nostalgia—. Lo preparaba todo yo misma. No había nada prefabricado. Para mí era importante que los clientes se sintieran a gusto. Debía ser un lugar donde las amigas

se reunieran para hablar de sus desamores, donde uno pudiera descansar después de un agotador día de compras y donde simplemente pudieras pasar de improviso y llevarte un muffin, ya fuera de camino a casa o al trabajo. Quería crear un lugar donde se pudiera hacer una pequeña pausa en medio del ajetreo de Nueva York.

—Suena bien —Landon me deslizó un vaso lleno por la barra—. El concepto es maravilloso. Claro, ahora se ha quemado todo. Pero simplemente continúa donde lo dejaste. No puedes dejar que algo así te desvíe de tu camino.

Me reí. Algo así solo podía decirlo alguien como Landon. Alguien para quien el dinero no era un problema. —Me temo que no será tan fácil. Mis deudas con el banco ya son muy altas. Para reabrir la cafetería, tendría que pedir un nuevo crédito. Pero nadie me lo dará —cogí el vaso y di un gran sorbo. Prefería no hablar de las reclamaciones de los bomberos y de mi casero que se me venían encima.

Maldita sea, qué fuerte estaba esta copa. Landon no había escatimado con el alcohol.

—En cualquier caso, me alegro de poder trabajar aquí mientras Coral no está —dije, mirando a Landon.

Él me escrutó con la mirada. En sus ojos había exactamente esa expresión que yo había confundido con un deseo insaciable. Pero ¿acaso era posible? Estábamos sentados en la barra de su cocina intercambiando historias. Mañana volveríamos a ser jefe y empleada y el beso… lo olvidaríamos.

Sentí un hormigueo en la piel.

TIENES que olvidar el beso, Chelsey.

Di otro sorbo a mi copa. La cabeza me daba vueltas. —Necesito urgentemente unas galletas saladas —anuncié con la voz ligeramente tomada, y me deslicé del taburete.

—Hay un cuenco en el salón —Landon asintió en mi dirección.

Me di la vuelta y di un paso hacia la puerta de la cocina. Pero mi pie se enganchó.

Es el taburete, Chelsey.

Fue todo lo que pude pensar antes de sentir que mi rodilla cedía y caía hacia el suelo. Rápida y lentamente al mismo tiempo.

Oh, maldita sea. Estaba tan borracha que iba a estrellarme contra las duras baldosas de la cocina delante de mi jefe.

Más vergonzoso, imposible.

En ese instante, dos brazos fuertes me rodearon. —¿Te caes a menudo? —me susurró Landon al oído.

—Yo… —empecé a decir—. Solo contigo —musité, mirando sus ojos oscuros. El aroma amaderado y áspero con un toque de canela me envolvió de nuevo.

—Mientras yo esté cerca, no hay problema —murmuró Landon. Entonces me besó por tercera vez esa noche. Nuestros labios se encontraron. Esta vez abrí la boca de inmediato y el beso se volvió apasionado al instante. Mi cuerpo reaccionó: mi piel no solo

hormigueaba, sino que ardía de deseo. No quería que ese momento terminara nunca. Quería que Landon no me soltara jamás.

En ese instante, separó su boca de la mía y recorrió mi mandíbula con sus labios en dirección a mi oreja. Cubrió mi piel con pequeños besos y luego mordisqueó el lóbulo de mi oreja.

—Me vuelves loco —gruñó. Jadeé suavemente. Luego apreté mi pelvis contra la suya y sentí su polla dura. Landon frotó sus caderas contra las mías. Volví a jadear.

Entonces sentí cómo sacaba mi blusa de la falda y deslizaba su mano bajo la tela. La mano de Landon acarició suavemente la delicada piel de mi vientre. Luego la subió hacia mis pechos.

—Un momento —me quité la blusa apresuradamente y me quedé en sujetador frente a Landon. Él me miró fijamente. Codicioso. Lujurioso. Luego dio un paso adelante y me desabrochó el sujetador. Cogió mi pecho izquierdo y lo amasó con suavidad.

—Mmmmmm —hice. Landon se inclinó y lamió mi pezón con su lengua. Tan suave y delicadamente como antes había lamido mis labios. Luego rodeó mi pezón y lo encerró entre sus labios para succionarlo. Gemí y me arqueé hacia Landon. Oh, Dios. ¿Cuándo fue la última vez que algo me había sentado tan bien? Sujeté la cabeza de Landon con ambas manos. Mordió suavemente.

Grité suavemente de placer.

Landon levantó la cabeza y me pellizcó ligeramente el pezón con una mano. Deslicé mis manos hacia abajo y acaricié su polla a través del pantalón, que se ponía cada vez más dura bajo mis roces.

—Desnúdate del todo —la voz de Landon sonaba ronca. No dudé ni un segundo. Mientras me quitaba la falda, Landon se quitó la camisa por la cabeza y luego se desabrochó el pantalón. Cuando se deshizo de sus bóxers, miré con curiosidad su erección. Su polla era grande y dura. Si hasta ahora había estado húmeda, al verlo me empapé.

—Ven aquí —susurró Landon y me cogió del brazo. Luego me llevó a la mesa de la cocina y me abrazó por detrás. Su mano se deslizó por mi vientre hacia abajo, entre mis piernas, y encontró mi clítoris. Con habilidad, masajeó y acarició mi punto más sensible. Me incliné hacia atrás y sentí la erección de Landon en mi trasero mientras me dejaba llevar por el placer. ¿Cuándo me habían mimado así? ¿Cuándo se había sentido mi cuerpo tan agradablemente?

Todo se contrajo en mi centro.

Gemí en voz alta. —¡Landon!

Landon retiró la mano y me empujó hacia adelante. Dócilmente, me incliné sobre la mesa y separé un poco más las piernas.

Y entonces, Landon finalmente estuvo dentro de mí. Su polla me llenó de una manera que nunca antes había conocido. Gemí en voz alta. Landon metía su polla una y otra vez dentro de mí, tocando exactamente el punto correcto en mi interior. De nuevo, el placer se concentró en mi centro.

—¡Oh, sí, sigue! —mi voz sonaba excitada y suplicante al mismo tiempo. No quería de ninguna manera que Landon parara ahora. Esto no debía terminar nunca. Debía durar para siempre. Moví mis caderas y me adapté al ritmo de Landon. Me follaba cada vez más rápido. El placer en mí crecía más y más.

Y entonces se extendió en todas direcciones.

Literalmente, exploté.

—¡Landon! —con un fuerte grito, me corrí. Todo mi cuerpo tembló de placer y sentí el orgasmo hasta en los dedos de los pies.

Landon siguió metiendo su polla en mí. —No pares, nena —jadeó en voz alta. Moví mis caderas. Landon estaba más profundo en mí que nunca.

—¡Oh, sí! —gimió él en voz alta cuando también encontró su alivio dentro de mí.

Capítulo 12

Landon

Estaba de pie junto a la cama, contemplando a Chelsey mientras dormía.

Vaya noche. Vaya velada. Después de que el deseo me hubiera arrollado en la cocina hasta el punto de follarme a Chelsey allí mismo, habíamos continuado en mi cama. La noche había sido corta. O larga, según se mirase. Sonreí para mis adentros.

Chelsey se movió y giró desde el costado hasta quedar boca arriba. Al hacerlo, el edredón se deslizó ligeramente a un lado y dejó su cuerpo a la vista. Disfruté del momento. Y mi polla también lo disfrutó. Por lo visto, ni siquiera después de una larga noche de amor se había hartado de Chelsey. Sus pechos eran tan firmes como me los había imaginado. Sus largas piernas me habían rodeado con tanta lujuria como en las fantasías a las que me había entregado los días anteriores. Sus palabras de deseo susurradas y sus fuertes gemidos habían intensificado aún más mi excitación. Su piel había provocado en mí las sensaciones más indescriptibles cuando la había acariciado. Y sus caricias me habían vuelto loco de una forma que nunca antes había experimentado.

Acababa de tener la mejor y más apasionada noche de amor de mi vida.

Con mi ama de llaves.

Y todo en mí gritaba por repetir.

Sobre todo mi polla, que me mostraba claramente lo que deseaba.

¡Landon! No seas tan estúpido. Es tu ama de llaves. Has tenido una noche maravillosa con ella. ¿Por qué ibas a destruir ese recuerdo repitiendo la jugada? Sabes perfectamente lo que pasará entonces. Se volverá pegajosa, querrá más de ti, se enfadará cuando no estés ahí para ella, querrá cambiarte.

Pensé en Libby.

Chelsey era refrescantemente distinta a mi ex. Sin complicaciones. Pero las mujeres siempre eran así al principio. Lo sabía de sobra. Al principio todo iba siempre sobre ruedas. Pero en cuanto las cosas se ponían un poco más serias, las mujeres de repente mostraban su verdadera cara. Empezaban a exigir cosas y a criticar asuntos que antes habían aceptado sin quejarse.

Y encima, también querían formar una familia.

Me estremecí al pensarlo.

Chelsey suspiró suavemente. De nuevo, dejé que mi mirada recorriera su cuerpo, el que mis manos, mis labios y mi lengua habían explorado durante la noche.

Hay otras mujeres, Landon. No dejaste a Libby para volver a atarte a otra. Quieres disfrutar de tu libertad, así que hazlo. Esta noche forma parte de ello. Simplemente has disfrutado un rato con tu ama de llaves. Ni más ni menos. Ya os las apañaréis de alguna manera las próximas semanas y, a más tardar, cuando Coral vuelva de sus vacaciones, Chelsey seguirá su propio camino y no volveréis a veros nunca más.

Chelsey gimió levemente y se puso boca abajo. Lamenté no poder seguir viendo sus pechos. Pero su espalda también era extremadamente seductora, como ya me había dado cuenta ayer, cuando la había follado por detrás sobre la mesa de la cocina. Mi polla se puso aún más dura al recordarlo.

Salí sigilosamente de la habitación.

Media hora más tarde, estaba vestido, sentado frente a mi ordenador, leyendo mis mensajes y correos.

Estimado Sr. Goleman:

Lamentablemente, por motivos logísticos, nos hemos visto obligados a posponer unos días la entrega prevista para hoy. Todos los aparatos que usted solicitó ya han salido de la fábrica y están en camino. Nos complace que haya decidido ser cliente de Exclusive Fitness Equipment y estaremos encantados de recibir su próximo pedido.

Me quedé mirando el correo con incredulidad. ¿Es que esta empresa quería tomarme el pelo? ¡No eran capaces de entregar mi pedido a tiempo por segunda vez! ¿Y al mismo tiempo me animaban a pedir más?

No podía ser verdad.

Apreté los puños. Lo que más me apetecía era cancelar el pedido. Pero no había ninguna otra empresa en las cercanías que fabricara las mancuernas chapadas en oro. Lo había investigado a fondo. Si hacía el pedido a otro proveedor, este encargaría mis mancuernas a *Exclusive Fitness Equipment* y luego me las revendería. Por eso había decidido hacer el pedido directamente a *Exclusive Fitness Equipment*. Sin embargo, no había contado con que esta empresa fuera incapaz de organizar una entrega y, además, ofreciera un servicio de atención al cliente pésimo. Lo mínimo habría sido llamarme en lugar de enviarme este correo tan impersonal. Y, en realidad, también me correspondía una compensación. Pero no, en vez de eso, me animaban a pedir más.

Resoplé con desdén. Luego me puse de pie de un salto y empecé a pasearme de un lado a otro frente al gran ventanal panorámico. Esa mañana, copos de nieve caían del cielo, cubriendo Nueva York con una fina capa de azúcar glas. Las siluetas del Empire State y los demás rascacielos se veían incluso a través de la nieve. Pero ya no podía distinguir el río Hudson. El invierno se abría paso en Nueva York cada día más.

Detrás de mí, sonó mi móvil.

Miré la pantalla. Un mensaje de la abuela Vera. A sus ochenta y cinco años, mi abuela siempre se había interesado con entusiasmo por las últimas tecnologías y llevaba ya unos años manteniendo a toda la familia en vilo con sus mensajes de WhatsApp.

Landon.

El móvil volvió a sonar. Por mucho que a la abuela Vera le entusiasmaran las nuevas tecnologías, todavía no había entendido

que se podían juntar varias frases en un solo mensaje. Escribía una palabra o una frase y le daba al botón de enviar. Luego escribía la siguiente palabra o la siguiente frase y volvía a pulsar el botón. Como receptor, yo recibía una verdadera cascada de mensajes y a menudo me sentía como si estuviera leyendo una novela por entregas. Había intentado explicarle a la abuela Vera el mecanismo de los mensajes. Ella había asegurado haberme entendido, pero se negaba rotundamente a hacer nada de otra manera. Y así, cuando recibía un mensaje de la abuela Vera, me quedaba como hipnotizado frente a la pantalla, esperando los siguientes mensajes.

Me hace mucha ilusión verte.

Y a tu prometida.

Es mi mejor regalo de cumpleaños.

Suspiré.

Esto también. Con todo el enfado con Gideon, el esquí y la noche con Chelsey, casi había olvidado que le había anunciado a la abuela Vera que iría a su cumpleaños con mi prometida.

Tenía que arreglar este asunto cuanto antes.

Empecé a teclear.

Abuela, tengo que decirte algo urgentemente.

Mi dedo flotaba sobre el botón de enviar. Pero entonces borré el mensaje de nuevo. Seguro que era mejor si le comunicaba esto a la abuela Vera en persona.

En ese momento, mi móvil volvió a sonar.

La abuela Vera envió tres corazones.

Otro pitido.

Os espero con ilusión.

Hoy ya estoy mucho mejor que ayer.

Es gracias a tu prometida.

Me quedé mirando la pantalla. Luego, dejé el móvil a un lado. Era imposible que le dijera a la abuela Vera que le había mentido. No soportaría algo así. ¿Y si su estado de salud empeoraba por ello? No quería ser responsable de eso, de verdad. No podía permitirlo.

Pero, ¿de qué otra forma podía salir de este embrollo?

El ochenta y cinco cumpleaños no estaba lejos. Y, por supuesto, no tenía prometida. Claro, podría inventarme una excusa y decir que la prometida estaba enferma justo ese día y se había quedado en la cama con un malestar estomacal. Pero conocía a la abuela Vera. No me dejaría escapar tan fácilmente. Organizaría otra celebración para conocer a mi prometida. O se presentaría aquí sin avisar. No se detendría ante nada. Cuando se trataba del bienestar de la familia, o de lo que ella consideraba como tal, la abuela Vera era implacable.

Y, en su imaginación, mi prometida era fundamental para el bienestar de la familia.

—Buenos días —una voz interrumpió mis pensamientos. Una voz melódica y dulce, que podía transformarse rápidamente en un gemido de placer.

La voz de Chelsey.

Me di la vuelta. Chelsey estaba en la puerta de mi despacho, envuelta en mi albornoz, y se pasaba una mano por el pelo con timidez. —Espero no haberme quedado dormida —dijo. Luego se señaló a sí misma—. He cogido tu albornoz porque... —No continuó. Yo sabía igualmente lo que quería decir. Porque su ropa todavía estaba en la cocina. Donde habíamos tenido sexo por primera vez la noche anterior.

—No pasa nada —repliqué, pensando en el cuerpo que se ocultaba bajo mi albornoz. El cuerpo del que todavía no me había hartado.

Y de repente, se me cayó la venda de los ojos.

Claro.

Frente a mí estaba la solución a todos mis problemas. Más que eso: podía matar dos pájaros de un tiro.

—Siéntate un momento —señalé la silla tapizada de cuero negro que estaba frente a mi escritorio. Chelsey me miró insegura, pero obedeció.

Me llevé el índice a la nariz y miré fijamente a Chelsey. —Si te entendí bien ayer, necesitas una gran suma de dinero para poder reabrir tu cafetería —dije, mirándola interrogante.

Ella asintió. Todavía parecía insegura.

Hice una breve pausa. Luego, me coloqué detrás de Chelsey, me incliné y le susurré por detrás en la oreja: —Me divirtió mucho presentarte ayer como mi prometida. Y lo que pasó después me divirtió aún más. Estoy casi agradecido a Libby por haber aparecido por aquí —le lamí suavemente el lóbulo de la oreja. Se estremeció levemente de excitación y no se apartó.

Bien.

Muy bien.

Me incorporé de nuevo, rodeé la silla y apoyé las manos en ambos reposabrazos. Luego miré a Chelsey directamente a los ojos. Ella me devolvió la mirada, pero no pude adivinar qué pensaba en ese momento.

—Tengo una oferta para ti. Necesito a alguien que interprete el papel de mi prometida en el ochenta y cinco cumpleaños de mi abuela. Que lo interprete, que quede claro. —Levanté un dedo índice y miré a Chelsey con aire de advertencia. Lo último que quería era que se hiciera ilusiones de desempeñar ese papel también en la vida real, así que más valía que fuera muy claro en esto. Con las mujeres nunca se sabe. Continué—: Ayer ya interpretaste el papel de forma excelente.

Me acerqué un poco más a Chelsey y susurré: —Y esta noche también. —De repente, un débil aroma a rosas me envolvió de nuevo. Mi polla reaccionó, pero la ignoré. En este asunto solo podía decidir mi cabeza. Al fin y al cabo, no era una mujer que se dejara guiar por los sentimientos. Me erguí de nuevo y miré a Chelsey con severidad—. Te ofrezco doscientos mil dólares si me acompañas al cumpleaños de mi abuela y actúas de forma creíble como mi prometida. A pagar después del cumpleaños.

Bajo ningún concepto le daría a Chelsey un adelanto ni nada parecido. Al final, cogería el dinero y me dejaría tirado.

Eso también era algo que a las mujeres les gustaba hacer de vez en cuando.

Negué con la cabeza.

Conmigo no.

Nunca he sido tan tonto y nunca lo seré.

—Por supuesto, puedes quedarte a vivir aquí hasta el cumpleaños. Sería poco creíble que te mudaras a tu propio piso justo ahora. Y… —me incliné de nuevo hacia adelante—, podemos conocernos un poco mejor y así pareceremos aún más creíbles bajo la mirada de la abuela Vera.

Ahí estaba. No solo le ofrecía a Chelsey doscientos mil dólares, sino también alojamiento para la próxima temporada. ¿No me había contado ayer mismo que todas sus visitas a pisos habían sido desastrosas y me había pedido quedarse aquí un tiempo más? Le concedía ese deseo con mucho gusto.

De esta manera, lo tenía todo bajo control.

Chelsey y yo pasaríamos alguna que otra noche más juntos. Nos divertiríamos un poco. Follaría con esta mujer hasta que dejara de pensar en ella constantemente y hasta que mi polla dejara de interponerse en mi raciocinio. Chelsey sacaría provecho, interpretaría el papel de mi prometida de paso y, con la recompensa, podría reconstruir su cafetería.

Era la oferta perfecta.

Lo había considerado todo y tenía todos los factores en cuenta.

Cualquiera tenía que aceptar esta oferta.

No podría haber encajado mejor las piezas.

Chelsey me miraba fijamente. La expresión de sus ojos marrones era indefinible. Brillaban con calidez, pero al mismo tiempo había algo más en ellos. Algo que hasta ahora no había visto en ninguna mujer.

¿Qué?

Maldita sea, ¿por qué esta mujer me despertaba tanta curiosidad?

Di un paso atrás, porque no quería presionar a Chelsey. La aceptaría de todos modos.

—Me lo pensaré. —Chelsey se levantó.

—¿Qué? —me la quedé mirando. ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué tenía que pensar? ¡No había nada que pensar en esta oferta! ¡Era perfecta! ¡Todas las partes salían ganando y al final estarían mejor que ahora!

¡Y de todos modos Chelsey no tenía alternativas! ¿O me estaba ocultando algo?

—Ahora tengo una cita con mi antiguo casero porque quiero recoger mis cosas de allí. —Chelsey asintió—. Cuando vuelva, te aviso. —Con estas palabras, se dio la vuelta y salió de mi despacho.

La seguí con la mirada y apreté los puños.

¡Que se lo tenía que pensar!

¡Cómo se atrevía!

¡Cómo se atrevía a hacerme esperar!

De nuevo me vino a la mente la pregunta de antes: ¿me estaba ocultando algo? Y si era así, ¿qué? ¿Tenía planes y alternativas de los que yo no sabía nada?

¿Quién era la mujer con la que había pasado la última noche?

¿Y por qué quería saberlo siquiera?

Capítulo 13

Chelsey

Salí del rascacielos donde se encontraba el ático de Landon. Cuando llegué a la calle, el aire gélido me golpeó como un puñetazo. Me subí la bufanda por encima de la boca e inspiré y espiré con cuidado. ¿Eran solo imaginaciones mías o es que cada día hacía más frío? No había mirado la previsión del tiempo en los últimos días, pero era evidente que aquel invierno en Nueva York estaba siendo especialmente crudo. Ni siquiera en mi pueblo, en el campo, el aire era tan gélido como lo era ahora aquí.

Me puse en marcha y caminé despacio, doblando la esquina y bajando por la siguiente manzana. Sin rumbo. ¿Adónde iba a ir ahora?

Le había dicho la verdad a Landon cuando le anuncié que hoy mismo quería pasar por casa de Geoffrey a recoger mis cosas. Pero hasta entonces, todavía me quedaba bastante tiempo.

Landon.

Al pensar en él, el aire helado a mi alrededor me pareció mucho menos frío. Sacudí la cabeza, me detuve, me apoyé en la pared del edificio junto al que acababa de pasar y cerré los ojos.

Solo por un momento.

¿Cómo había podido pasar esto? Landon me había besado la noche anterior y me había presentado como su prometida. Aunque después había protestado y le había cantado las cuarenta, en el fondo, la cosa había sido muy distinta. Desde que acabé en sus brazos en la acera, no había podido olvidar su contacto. Había anhelado más durante días y, cada vez que Landon y yo habíamos estado cerca, había esperado que volviera a cogerme en brazos.

Y entonces me había besado. Y habíamos acabado juntos en la cama. Al recordar la noche anterior, me entró tanto calor que me quité la bufanda de la boca y respiré el gélido aire invernal. La piel me hormigueó y mi corazón empezó a latir un poco más deprisa.

Nunca había vivido una noche así. Había sido embriagador. Jamás me había sentido tan deseada. Landon parecía saber por instinto cómo darme el mayor de los placeres sin que yo tuviera que decir una sola palabra. Había sido mágico.

Y ahora… Ahora quería convertirlo en un negocio.

Un trato.

No podía interpretar su oferta de otra manera.

Volví a cerrar los ojos.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Necesitaba hablar con alguien urgentemente. Y, en realidad, solo se me ocurría una persona. Saqué el móvil del bolsillo.

—Chelsey. —La voz de Beryl al otro lado sonó contenta de oírme, incluso a primera hora de la mañana.

—Beryl. Yo… tengo que hablar contigo urgentemente. ¿Podemos vernos? —solté.

—Suenas rara —se extrañó Beryl. Lo pensó un momento y luego dijo —: Luego tengo que ir a trabajar, pero podríamos tomar un café juntas. En *Dayton's Delights*. ¿Qué te parece?

—Genial. —Habría aceptado aunque Beryl me hubiera propuesto quedar delante de los baños públicos de Central Park. Lo importante era que me escuchara y me ayudara a poner orden en el caos que tenía en la cabeza.

—Entonces, ¿en media hora en el local de Columbus Circle? —Beryl parecía intuir que era ella quien tenía que hacer propuestas concretas. Yo hoy no estaba en condiciones.

—Sí. Hasta ahora.

Apenas había colgado cuando me di una palmada en la frente. No le había preguntado a Beryl qué tal le había ido la entrevista de ayer. ¿Qué clase de amiga era? Una que solo pensaba en sí misma.

Me propuse ser yo quien preguntara primero a Beryl qué tal le había ido. Solo después le contaría todo lo que me pesaba en el alma.

Unos veinticinco minutos más tarde, abrí la puerta del local de *Dayton's Delights* en Columbus Circle. El cálido aroma a café y un

acogedor olor a bollería me envolvieron. Todo neoyorquino conocía *Dayton's Delights*. Los *cupcakes* que ofrecían aquí eran de culto. Y no era para menos: estaban entre los mejores de la ciudad. Mi sueño de tener mi propia cafetería había nacido aquí. La primera vez que entré en un local de *Dayton's Delights*, lo tuve claro al instante: yo también quería crear un lugar así y hacer felices a los clientes.

Pero ahora mi sueño se había hecho polvo y cenizas, en el sentido más literal. Y Landon me ofrecía ayuda para resucitarlo.

Paseé la mirada por los clientes presentes. Beryl aún no estaba. Claro, yo había llegado pronto.

Entonces me detuve.

¿Podía ser?

¿Era ella?

¿Allí, en el rincón?

Movió la cabeza y miró hacia la puerta. Me retiré apresuradamente. Con suerte, no me habría visto.

La ex de Landon.

¿Cómo se llamaba?

¿Libby?

Libby estaba sentada en una mesa, medio oculta por una palmera, hablando con una amiga. ¿Me habría visto? No quería encontrármela

bajo ningún concepto, ni ahora ni más tarde.

—Chelsey. ¿Qué haces aquí fuera, con el frío que hace? ¿Por qué no estás dentro esperándome? —La voz de Beryl me sacó de mis pensamientos. Miré a la izquierda y vi a mi amiga a mi lado, bien abrigada. A Beryl le recorrió un escalofrío—. Hoy hace un frío que pela, de verdad. Mucho peor que hace tres días. —Me dio un tirón de la manga—. Venga, vamos adentro. Necesito un café ya y uno de esos deliciosos *cupcakes* de invierno.

Sujeté a Beryl. —No, espera. Está ahí dentro sentada en una mesa. No quiero encontrármela ni en pintura después de la escena que montó ayer. Es capaz de gritarme aquí delante de todo el mundo. Y entonces no sabré qué decir.

Beryl me miró con los ojos muy abiertos. —¿Quién es «ella»? ¿De qué escena hablas? —Beryl tosió brevemente—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué tienes que hablar conmigo tan urgentemente a primera hora de la mañana?

En ese momento, se me pasó por la cabeza que todavía no le había preguntado a Beryl cómo le había ido la entrevista de ayer. Con un poco de remordimiento, me dije que ya lo haría más tarde. Ahora le debía una explicación a Beryl.

—Ahí dentro está sentada la ex de Landon. La ex de mi jefe —siseé en voz tan baja como si Libby pudiera oírnos dentro. Con cuidado, cogí a Beryl de la manga y la llevé a la vuelta de la esquina. Aquí estábamos a salvo de miradas y, si Libby miraba casualmente por la ventana, no podría vernos de ninguna manera.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? ¿Por qué tenemos que estar aquí fuera pasando frío por eso? —El aliento de Beryl se condensaba en el aire frío, igual que el mío.

—Apareció anoche en casa de Landon —le expliqué en un susurro—. Quiere volver con él, pero Landon… —Me encogí de hombros—. Él ya no quiere saber nada de ella.

Beryl se rio brevemente. —Supongo que eso pasa a menudo. Y ahora está celosa de ti, porque tú puedes plancharle las camisas y cocinarle la comida. ¿O qué? —Beryl volvió a reír.

—Me besó —se me escapó—. Libby no quería aceptar su respuesta y entonces él me besó y dijo que yo era su prometida.

—¡¿QUÉ?! —exclamó Beryl. Sus ojos se abrieron como platos.

—Chisss —hice, agitando la mano para indicarle que bajara la voz.

Beryl hizo un gesto de desdén. —No puede oírnos desde ahí dentro.

En ese momento, dos mujeres pasaron a nuestro lado. —Es ella —susurré, moviendo la cabeza en dirección a la mujer de la izquierda —. Libby. —Me giré rápidamente hacia la pared para que Libby no me reconociera si, por casualidad, se daba la vuelta justo en ese instante.

—Entonces ya podemos entrar —dijo Beryl con naturalidad—. No sé tú, pero yo no tengo ninguna necesidad de seguir aquí pasando frío. Un café me vendría de perlas ahora mismo. —Beryl me agarró del brazo y me arrastró hacia el cálido interior del local de *Dayton's Delights*.

Diez minutos después, cada una tenía un café delante. Y un *cupcake*. En realidad, no quería comer nada, porque no podía permitirme extras. Pero los *cupcakes* de espéculos tenían un aspecto

demasiado tentador. Beryl había elegido un muffin de pera y castaña, y ahora le daba un bocado con deleite.

—Perdona, Chelsey, pero tengo tanta hambre que no puedo esperar más —murmuró con la boca llena y cogió la servilleta para limpiarse unas migas.

—No pasa nada —respondí, mirando fijamente mi plato. El apetito se me había vuelto a ir de repente.

—Bueno, ¿qué ha sido eso del beso? ¿Querías hablarme por eso? ¿Te da vergüenza tener que seguir trabajando para él ahora? —Beryl me disparó una verdadera cascada de preguntas. Me miró expectante y volvió a morder su muffin.

—No ha sido solo un beso —murmuré, apoyando los codos en la mesa. Me llevé la cabeza a las manos—. Hemos pasado la noche juntos. —Cerré los ojos—. Nos hemos acostado.

Beryl se atragantó con su *cupcake* y tosió con fuerza. —Vaya tela —graznó con dificultad y bebió un gran sorbo de café. Levanté la vista. La cara de Beryl estaba roja como un tomate—. No me extraña que no quisieras encontrarte con esa ex. Entiendo. —Beryl asintió pensativa—. Vaya aprieto en el que estás metida. Acostarte con el jefe. —Mi amiga dio otro sorbo de café.

Respiré hondo. Beryl creía que estaba en un aprieto. Y eso que no sabía ni la mitad de lo que había pasado. —Esta mañana me ha hecho una oferta. Si hago de su prometida en el ochenta y cinco cumpleaños de su abuela, me paga doscientos mil dólares.

Beryl soltó un bufido, cogió rápidamente la servilleta y se limpió un poco de café. Agitó ambas manos, como indicando que no podía con

más noticias por el momento. No se lo podía reprochar. Esperé pacientemente.

—¿Doscientos mil dólares? —graznó cuando pudo volver a hablar.

Asentí.

—¿Y por eso tienes que fingir que eres su prometida en el cumpleaños de su abuela? —se aseguró mi amiga.

Volví a asentir.

—Increíble. Pensaba que esas ofertas solo existían en las películas. —Beryl se reclinó en su silla y negó con la cabeza—. Pero parece que me equivocaba. —Me miró inquisitivamente—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

Suspiré. —El dinero, por supuesto, me vendría muy bien, porque la reconstrucción de la cafetería no va a ser precisamente barata. Aún no he buscado presupuestos y tampoco he conseguido hablar con el casero. Bueno, solo lo he intentado una vez, pero tampoco me ha devuelto la llamada. —Me encogí de hombros.

—La oferta, Chelsey —me recordó Beryl.

Miré a mi amiga con desesperación. —No puedo hacerlo, Beryl. O sea… si necesita una acompañante con urgencia, puede contratar a una escort o algo así. Hay agencias enteras especializadas en eso. Seguro que ahí encuentra a la mujer adecuada. Una que lo haga mucho mejor que yo.

—Evidentemente, te quiere a ti —observó Beryl con naturalidad—. Si no, no te habría hecho la oferta.

Cerré los ojos por un momento y respiré hondo. Luego miré a Beryl. —Él va a… bueno… esta mañana se me ha acercado mucho y ahí… —No sabía cómo expresar que Landon seguía sintiéndose atraído por mí—. No puedo dejar que me pague por sexo —solté de sopetón.

Beryl negó con la cabeza. —Por supuesto que no. —Tosió brevemente—. ¿Tan malo fue? —preguntó entonces.

—¿Malo? —Me eché a reír—. Fue… maravilloso. Y me quedo corta. Ha sido la noche de mi vida.

—Entonces, ¿sería bastante agradable que acabarais otra vez en la cama juntos? —Beryl me guiñó un ojo.

Me sonrojé.

Beryl se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la mía. —Te paga por hacer de su prometida, Chelsey. No por sexo. ¿O es que tu sueldo como ama de llaves también es un pago por el sexo de anoche?

—Claro que no —dije, indignada—. Son dos cosas completamente distintas.

—Exacto. —Beryl asintió—. Una cosa es por lo que te pagan. Y la otra es… diversión. —Me sonrió—. No puedes tomártelo tan a pecho. Si te diviertes, deberías disfrutarlo sin más. Al fin y al cabo, hace mucho que no te pasa algo así, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Y doscientos mil dólares… Tía, Chelsey, tienes que pensar en tu futuro. ¿Cómo puedes NI SIQUIERA querer aceptar una oferta así? Con eso puedes reconstruir la cafetería. Vivir tu sueño. —Beryl me dio unas palmaditas en la mano—. Con esta oferta te ha tocado la lotería. Otras darían lo que fuera por tener una oportunidad así.

Tal como lo decía Beryl, todo sonaba muy lógico. Suspiré. —Bueno, sí. Pero… cuando esto termine… Quiero decir, no está realmente interesado en mí. Solo necesita una prometida para ese cumpleaños, por las razones que sean.

—Chelsey. —Beryl me apretó la mano y me miró con decisión. Su voz sonaba enérgica—. No te he dicho que te enamores de él. Al contrario. Ten cuidado con tu corazón. Puede que esté bien para divertirse un poco. Todo lo demás… mejor mantente alejada de eso. —Beryl levantó la mano y agitó un dedo admonitoriamente delante de mi cara—. Te consolaré si tienes mal de amores, ya lo sabes. Pero ni por asomo pienso que debas enamorarte de él. —Beryl dio un golpecito con el dedo en la mesa—. Acepta la oferta y no te enamores. Ese es mi consejo.

Asentí. —Tienes razón —dije.

No enamorarme de Landon.

En ese momento, volví a ver su rostro ante mí. Los ojos oscuros. La nariz ligeramente torcida. La mandíbula enérgica.

Mi corazón latía como un loco y me entró calor.

¿Era posible no enamorarse de alguien?

¿Podía controlarlo?

¿O es que acaso ya había perdido el control?

Capítulo 14

Chelsey

Estaba abajo, delante de la puerta del rascacielos donde se encontraba el apartamento de Geoffrey. El apartamento de Geoffrey, que hasta hacía pocos días había sido mi hogar. Ahora mi hogar estaba con Landon. Sacudí la cabeza y me pellizqué en el brazo. Aunque el recuerdo de la noche anterior era demasiado real y acababa de hablarlo todo detalladamente con Beryl, seguía sintiendo como si estuviera soñando. Seguro que en cualquier momento abriría los ojos y me regañaría por haber creído, aunque solo fuera un instante, que ese sueño era real. Entonces me levantaría y me prepararía para otro día en la cafetería.

Tonterías, Chelsey. La cafetería se ha quemado, Geoffrey te ha echado y ahora tu hogar está con Landon.

Mi hogar estaba con Landon. Ese pensamiento volvió a reconfortarme, aunque seguía de pie en el aire gélido del invierno, sin decidirme a entrar en el edificio. Mi último encuentro con Geoffrey había sido simplemente demasiado desagradable y, si por mí fuera, no volvería a verlo. Pero necesitaba urgentemente toda la ropa que todavía estaba en el apartamento. Coral me había prestado

mucha, es verdad, pero yo quería tener mis propias cosas. Era algo completamente distinto. Además, quería llevarme mis joyas y los pocos libros que tenía. Y, por supuesto, el portátil.

Con una mano, busqué la llave en mi bolso. Cuando Geoffrey me echó, se olvidó de pedírmela.

Suerte para mí.

A esas horas, Geoffrey estaría en el trabajo, así que podría colarme dentro sin ser molestada y recoger mis cosas. Luego dejaría la llave sobre el aparador desgastado y cerraría la puerta tras de mí.

Y no volver a entrar nunca más en ese apartamento.

Ahora mi hogar estaba con Landon.

Mi corazón dio un vuelco y sentí un nudo en el estómago. No podía sentirme en casa en un lugar al que en realidad no pertenecía. Simplemente, no estaba bien. No me daba ninguna seguridad.

Quizá no debería aceptar la oferta de Landon después de todo. Quizá debería ser solo su ama de llaves hasta que volviera Coral. Para entonces, seguro que habría encontrado otra cosa.

¿Y la habitación de invitados, Chelsey? ¿Dónde vas a dormir esta noche si NO aceptas su oferta?

En ese instante, se me ocurrió otro pensamiento: ¿dónde dormiría si aceptaba la oferta? ¿Seguiría en la habitación de invitados? ¿O me despertaría cada mañana junto a Landon?

Mi corazón dio otro vuelco.

Quería despertarme cada mañana junto a Landon. Con mucho gusto.

Demasiado.

¿Cómo podía aceptar la oferta en esas circunstancias?

Deja ya de darle vueltas a esas cosas, Chelsey. Concéntrate en lo que tienes delante. Si no subes ya y recoges tus cosas, puede que Geoffrey vuelva antes de que te vayas. Y a ÉL no te lo quieres encontrar, ¿verdad?

Inhalé el aire frío, erguí los hombros, introduje el código de la puerta y entré en el rascacielos donde se encontraba el apartamento al que hasta hacía poco había llamado hogar.

Mientras subía lentamente en el ascensor, un torbellino de pensamientos me daba vueltas en la cabeza. Cuando estaba sentada frente a Beryl en *Dayton's Delights*, todo me había parecido tan claro y correcto. Me apoyé en la pared de la cabina y cerré los ojos. De nuevo, el rostro de Landon apareció ante mí.

¿Cómo no iba a entregarle mi corazón?

Era mejor que rechazara su oferta. No por él. Por mí. Simplemente, no podía estar segura de no enamorarme de él. Ya encontraría otra solución para mi futuro.

¿O no…?

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas a mis pensamientos, sonó un fuerte *cling*.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Salí al rellano y miré a mi alrededor con cautela.

Tonterías, Chelsey. ¿Por qué iba a estar Geoffrey aquí? No está en casa, lo sabes perfectamente.

Sin embargo, contuve la respiración mientras metía la llave con cuidado en la cerradura y abría la puerta. Estaba cerrada con llave. Así que Geoffrey no estaba en casa. Entré lentamente en el apartamento. No se movía nada. Me quedé parada justo detrás de la puerta. Si Geoffrey aparecía ahora, podría huir al instante.

—¿Hola?— llamé en voz baja hacia el pasillo.

Ninguna respuesta.

—¿Hola?— llamé un poco más alto.

Seguía sin haber respuesta.

Solté el aire que había contenido, di un paso adelante y cerré la puerta del apartamento tras de mí. Era evidente que Geoffrey no estaba en casa y podría recoger mis cosas tranquilamente. Tal y como lo había imaginado. Por primera vez en los últimos días, parecía que algo salía según lo planeado.

Era una señal.

Mi vida iba a mejorar a partir de ahora.

A partir de ahora, tomaría las decisiones correctas.

Media hora después, dejé mi llave en el cuenco vacío sobre el aparador. Geoffrey la encontraría allí cuando volviera. Entonces se daría cuenta de que había estado allí y había recogido mis cosas. Y de que no volvería nunca más.

Me encogí de hombros.

Probablemente no lo lamentaría.

Al fin y al cabo, había sido él quien me había echado.

En ese momento, alguien metió una llave en la cerradura. Desde fuera.

Me quedé helada.

¡Oh, maldita sea!

¿Qué era eso?

¿Qué va a ser, Chelsey? ¿QUIÉN va a ser? Es Geoffrey. Claro que es Geoffrey.

¿Por qué volvía ya a casa? Cierto, me había entretenido un poco delante del edificio pensando en Landon y en mi decisión. Y quizá me había quedado con Beryl en *Dayton's Delights* un poco más de lo planeado. Pero Geoffrey NUNCA volvía a casa antes del mediodía. Así que aún tenía tiempo de sobra.

Se suponía que aún tenía tiempo de sobra.

Con la respiración contenida, observé cómo la puerta se abría lentamente. Lo que más me apetecía era salir corriendo y esconderme en alguna parte. En mi antigua habitación. En la cocina. En el baño. Donde fuera. Pero no serviría de nada. Tarde o temprano tendría que salir del apartamento y entonces Geoffrey me oiría y…

Y entonces todo sería mucho peor que ahora.

El encuentro no sería agradable. Pero era mejor afrontarlo ahora mismo que seguir aplazándolo.

Erguí los hombros.

Geoffrey entró en el apartamento. Su mirada se posó en mí. Se quedó paralizado. Pero no por mucho tiempo. —¿Qué haces aquí, tú… tú…? —Los insultos que normalmente me lanzaba a la cara parecieron habérsele olvidado de repente. Sin embargo, su mirada era aún más amenazante. Su voz sonaba dura y furiosa.

Levanté la mano en la que sostenía la bolsa con mis cosas. —He venido a recoger el resto de mis cosas. Mi… mi mudanza fue un poco precipitada y por eso no pude llevarme todo. Lo estoy recogiendo ahora. —Tragué saliva. Había elegido mis palabras con cuidado, porque bajo ningún concepto quería enfadar aún más a Geoffrey.

—¡Ladrona! —Geoffrey escupió la palabra hacia el suelo.

—No soy una ladrona —me defendí—. Son solo las cosas que ya me pertenecen. El resto de mi ropa. Mi portátil. Mis joyas. Unos cuantos libros. —Di un paso adelante—. Eso es todo lo que necesito. Iba a dejarte la llave aquí e irme. Así te librarás de mí y no tendrás que volver a verme nunca más.

Geoffrey soltó una risa burlona. —Ni en sueños, embustera. —Geoffrey también dio un paso adelante y me empujó bruscamente—. Colarte aquí a mis espaldas y llevarte cosas. ¡Lo que me faltaba!

Retrocedí y me encogí todo lo que pude. —Si quieres, puedes echar un vistazo a la bolsa para ver lo que hay dentro —ofrecí—. No tengo ningún problema. —Mi voz sonó chillona e insegura hasta para mis propios oídos. Me odié por ello. ¿Por qué no podía simplemente plantarle cara a Geoffrey? ¿Por qué no me iba sin más?

Porque es más grande y más fuerte que tú, Chelsey.

Geoffrey emitió un gruñido de rabia. —No necesito echar ningún vistazo a la bolsa. Vas a dejar la bolsa aquí. Así de simple.

Se me encogió el estómago. —Pero necesito mis cosas. Es invierno y…

—Me importa una mierda —me interrumpió Geoffrey. Dio un puñetazo en la pared—. Deja la bolsa. Ahora mismo.

Dejé caer la bolsa.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Geoffrey agarró la bolsa y la lanzó detrás de él, sin mirar dónde caería. Mi bolsa rebotó en la puerta y cayó al suelo. Hice una mueca. Con suerte, el portátil sobreviviría a ese trato tan brusco.

—Oye, Geoffrey, entiendo que estés enfadado —intenté apaciguar a mi antiguo casero—. Pero yo…

—Cállate la boca —me espetó Geoffrey. Luego cogió una carta del aparador y me la puso en la mano—. Sabía que volverías a traer tu culo mentiroso por aquí. Solo estaba esperando a que lo hicieras. —Geoffrey señaló la carta—. Lee esto.

Obedientemente, bajé la cabeza. Intenté comprender lo que estaba leyendo, pero las palabras se volvían borrosas ante mis ojos y no podía concentrarme. ¿Cómo iba a salir de esta?

Solo quería irme.

Con Landon.

A casa.

En ese momento, sentí un calor recorrer mi cuerpo y fue como si de repente me creciera un trozo de columna vertebral. Mi hogar estaba ahora con Landon. ¿Cómo había podido siquiera pensar en no aceptar la oferta?

—¿Qué pasa? ¿No sabes leer, analfabeta? —Las palabras burlonas de Geoffrey me devolvieron al presente.

—Yo… —tartamudeé, avergonzada.

—Te voy a denunciar. Eso es lo que pone ahí. —Geoffrey señaló el escrito—. Tuvieron que venir obreros a reparar los daños por agua. Exprés. Eso ha costado un dineral que YO he tenido que adelantar. He tenido que pagar porque a ti se te antojó meter tu culo vago en la bañera y luego, con tu memoria de pez, ni siquiera te acordabas de que habías abierto el grifo. —Geoffrey gruñó amenazadoramente —. Pero fue culpa tuya y TÚ vas a pagar por los daños. Y por todas las molestias que he tenido por tu culpa.

Examiné la carta más de cerca. Una cifra me saltó a la vista.

10.000 dólares.

Oh, maldita sea. Nunca en mi vida había visto tanto dinero.

Si aceptas la oferta de Landon, esa suma es una miseria, Chelsey.

No seguí leyendo y respiré hondo. —Yo… —volví a dudar. ¿Qué debía decirle a Geoffrey? Hice un nuevo intento—. Déjame irme ya, Geoffrey. Sobre esto —dije mientras agitaba la carta—, podemos hablar en otro momento.

Geoffrey resopló. —¿Crees que no sé que no volveré a verte si te dejo ir ahora? —Sacudió la cabeza—. Me vas a firmar esto ahora mismo. Y luego iremos al banco. No te librarás de mí hasta que me hayas dado 10.000 dólares.

—Pero…

No pude continuar.

Llamaron al timbre.

Geoffrey resopló. —¿Quién es? —Luego se rascó la cabeza—. Frank dijo que pasaría.

Cerré los ojos. No, esto también no. No el asqueroso amigo de Geoffrey. Por favor, no.

Geoffrey apartó mi bolsa con un pie y abrió la puerta. —Hola, Geoffrey. —Respiré aliviada. Conocía esa voz. Era el señor

Woodward, el vecino de abajo—. Hay otro problema. Desde esta noche, me gotea agua del techo y…

El señor Woodward no pudo continuar. Geoffrey se giró y me miró furioso. —Maldita traidora. Te cuelas aquí a mis espaldas y vuelves a abrir el grifo. ¿Qué coño te pasa? —Geoffrey volvió a golpear la pared con el puño—. ¿Hace mucho que nadie te folla como es debido para enseñarte cómo van las cosas?

El señor Woodward carraspeó. —He visto llegar a Chelsey, Geoffrey. Hace una media hora. Pero el agua gotea desde hace al menos siete horas. Así que no ha podido ser ella. Pero antes de seguir hablando aquí, ¿puedes mirar por favor en tu baño si todo está en orden? Me gustaría evitar que los costes de la reparación sean aún más altos que la última vez.

Geoffrey me lanzó una mirada llena de odio y luego pasó corriendo a mi lado hacia el baño.

No podía dejar pasar esta oportunidad. Rápidamente, di dos pasos hacia delante, agarré mi bolsa y me escurrí por la puerta, pasando junto al señor Woodward.

—Muchas gracias —susurré—. Me ha salvado. —Entonces corrí escaleras abajo tan rápido como pude.

Todavía estaba sin aliento cuando, unos cuarenta minutos después, llegué al ático de Landon.

Respiré hondo.

En ese instante, la puerta se abrió y Landon salió. —Ya has vuelto. —Su voz sonaba neutra. No supe decir si se alegraba de mi regreso

o no. Me miró de arriba abajo. Su mirada se detuvo brevemente en mi bolsa. Luego volvió a mirarme a los ojos. Seguía sin poder descifrar lo que pensaba.

No importa, Chelsey. No aceptas la oferta por ningún sentimiento. Simplemente la aceptas. Díselo. Ahora. Y así zanjas el asunto.

Volví a respirar hondo. —Acepto tu oferta.

Landon me miró con atención.

Por un momento, mi corazón se detuvo. ¿No iría a retirar la oferta?

Pero Landon asintió. —Bien —dijo sin más—. Entonces, hasta esta noche. —Sin decir una palabra más, pasó a mi lado y entró en el ascensor.

Entré en el ático.

Ya no estaba sin aliento, pero mi corazón latía aún más fuerte que antes.

Capítulo 15

Chelsey

Me acerqué con cuidado a la ventana del dormitorio de Landon. Después de todo lo que ya había conseguido hoy, ¡también podría limpiar las malditas ventanas! ¿O no? No iba a dejar que mi vértigo me desviara de mis planes. Ni que me hiciera perder el trabajo.

Di otro paso hacia la ventana. Dios mío, qué alto estaba. Pocas veces había estado tan cerca de una ventana a tanta altura. Y con razón. Empecé a marearme y una ligera náusea me subió por la garganta.

Quédate quieta, Chelsey. Ya se pasará. Tú puedes con esto. Puedes hacerlo. Hoy ya has vencido a Geoffrey. Lo has dejado plantado con su estúpida carta. Tendrá que buscarse otra compañera de piso que sea tan tonta como para pagar por daños que no ha causado. TÚ, desde luego, no lo harás. Tú te ocupas de tu propia vida. De este trabajo y de tu cafetería. De tu futuro.

Respiré hondo y agarré el tirador de la ventana. Con ese apoyo, me acerqué un paso más a la pared.

Dios mío.

Dios mío.

Rápidamente, di un paso atrás. Era demasiado. Era muchísimo. No podía. Todo me daba vueltas. Sentí que iba a desmayarme en cualquier momento. Tragué saliva apresuradamente y moví un poco los hombros para reactivar la circulación.

Ring.

Ring.

Me pitaban los oídos. Hacía mucho tiempo que el vértigo no me afectaba con tanta fuerza.

¿Y dónde iba a afectarte, Chelsey? Has evitado cualquier situación en la que pudiera aparecer el miedo. Ni siquiera te has subido a una silla o a una mesa.

Inspiré y espiré profundamente.

Ring.

Ring.

El pitido seguía ahí. ¿Acaso no provenía de mis oídos? Agucé el oído.

Mi móvil.

Era mi móvil. Estaba en la mesita junto a la puerta. Aliviada, me alejé unos pasos más de la ventana. La pantalla mostraba un

número desconocido.

—Chelsey Hamilton —respondí con cautela. Esperaba que no fuera Geoffrey.

—Buenos días, señora Hamilton. Soy Andy Thomas, del cuerpo de bomberos de Nueva York. Hemos concluido la investigación sobre la causa del incendio de su cafetería —dijo una voz masculina y grave que me resultaba vagamente familiar. ¿Sería el mismo bombero con el que hablé el día del incendio? No podía ser. Aunque tampoco importaba. Contuve el aliento, esperando lo que el señor Thomas tuviera que decirme.

—¿Sigue ahí? —preguntó el señor Thomas.

Solté el aire. —Sí. Sí, sigo aquí. Disculpe, es que estoy muy nerviosa. El incendio y todo lo demás… —No terminé la frase.

—Lo comprendo perfectamente —dijo el señor Thomas en un tono tranquilizador. Seguramente, tenía a menudo este tipo de conversaciones y disponía de un guion que seguir en estos casos. ¿Cómo dar una mala noticia? ¿Cómo calmar a la gente alterada? ¿Cómo tratar con personas enfadadas?

—Sin embargo, le traigo noticias bastante buenas, señora Hamilton. No tiene por qué preocuparse demasiado —trató de animarme el señor Thomas.

—¿De verdad? —Apenas podía creer lo que oía. ¿Qué buenas noticias podía haber en esta situación? Mi cafetería estaba completamente destrozada.

—El incendio fue provocado por un cortocircuito en la primera planta. Allí también había almacenadas algunas bombonas de gas. Su casero, el señor Hatten, ya ha admitido que las bombonas son suyas. Por lo tanto, no tiene que temer ninguna otra reclamación por daños y perjuicios. Y el seguro de su casero debería cubrir sus desperfectos. Lo mejor es que hable directamente con él —Andy Thomas se aclaró la garganta—. Si me da su dirección… le enviaremos un informe por escrito de todo esto.

Aturdida, le di a Andy Thomas los datos que me pidió y me despedí de él.

No había sido culpa mía.

No había sido culpa mía en absoluto.

Y mi casero, el señor Hatten, tenía que asumir los costes.

Llámalo ahora mismo, Chelsey. Hoy es tu día. Primero Geoffrey, ahora la cafetería.

Con los dedos temblorosos, marqué el número del señor Hatten. No podía creer lo que estaba pasando. ¿Era posible que hoy la suerte hubiera cambiado a mi favor?

—Hatten —contestó una voz brusca al cuarto tono.

—Señor Hatten, soy Chelsey Hamilton. Lo llamo por el incendio —dije, y contuve la respiración esperando su respuesta.

—Sí. ¿Y? —El señor Hatten no dio a entender con ninguna palabra que los bomberos ya habían hablado con él y que, por tanto, debía de saber que era el responsable del inicio del fuego.

Tragué saliva. —Al parecer, hubo un cortocircuito en su oficina, cerca de unas bombonas de gas, y el fuego se propagó hacia abajo, hasta mi cafetería.

—Así parece —dijo el señor Hatten, sin mostrarse ni un ápice más cooperativo.

—Además, se encontraron bombonas de gas en mi cocina, pero yo nunca las he puesto ahí —dije, sin saber muy bien por qué se lo contaba.

—Sí, las guardé yo ahí. Lo tenía todo lleno —respondió el señor Hatten con desinterés.

—¿Qué? —Apenas podía creer lo que oía—. ¿Sin preguntarme?

—Soy el casero —zanjó el señor Hatten cualquier discusión—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Cerré los ojos. En lo referente a las bombonas de gas, no iba a llegar a ninguna parte. Pero seguramente eso no era tan importante, porque, al final, el incendio había empezado donde el señor Hatten. Me aclaré la garganta. —Los daños en mi cafetería son enormes y su seguro tendría que… —empecé a decir.

—¿Seguro? —me interrumpió el señor Hatten con una breve carcajada—. Niña, tengo tan poco seguro como tú. ¿Para qué iba a querer esa chorrada? Si arde, arde, y entonces sálvese quien pueda. Así que lo haremos como siempre: yo renuevo lo mío, tú lo tuyo. A cambio, no te subiré el alquiler en los próximos años y me dejarás en paz —resopló el señor Hatten.

¿Qué?

¿El señor Hatten tampoco tenía seguro?

¿Y no quería hacerse cargo de mi parte de los daños? ¿Tenía que pagarlo todo yo?

Eso parece, Chelsey. Si no pagas tus propias cosas, tendrás que demandar al señor Hatten. ¿De verdad quieres eso? Te pondrá de patitas en la calle.

Mi futuro, que hacía un momento parecía más prometedor que en cualquier otro minuto de los últimos días, volvió a teñirse de negro de repente.

—¡Y ni se te ocurra demandarme! —me amenazó el señor Hatten en ese instante—. Conozco a las de vuestra calaña. Sois tan avariciosas que queréis timar a cualquier hombre decente en cuanto se os presenta la oportunidad —gruñó ruidosamente—. Si lo haces, de todos modos perderás tu cafetería —rio con sorna—. Y para nada, porque a mí no hay nada que sacarme, niña.

Odiaba que el señor Hatten me llamara niña, pero en ese momento no me atreví a pararle los pies.

—Y, además, en ese caso me aseguraré de que no encuentres un nuevo local para tu cafetería tan fácilmente. Tengo amigos, y los caseros nos conocemos entre nosotros —añadió, subiendo la apuesta.

Ningún local nuevo.

Con eso, mi sueño se haría añicos definitivamente.

Y entonces, los doscientos mil dólares que había recibido de Landon no me servirían de nada. Porque, para eso, necesitaba al menos un local.

—Conseguiré el dinero para las obras de renovación por otro lado, señor Hatten —dije. Solo quería terminar ya esa conversación.

—Entonces, estamos de acuerdo —gruñó el señor Hatten, satisfecho. Sin decir una palabra más, colgó.

Me quedé mirando el móvil en mi mano, que emitía el tono de línea ocupada.

No te ocupes de eso ahora, Chelsey. Mejor concéntrate en otra cosa. Ahora mismo, tus pensamientos solo darán vueltas en círculo y no sabrás qué hacer. Distráete.

Limpiando ventanas, por ejemplo.

Eso no podía ser peor que la conversación con el señor Hatten, ¿verdad? Ese pensamiento me dio valor y me acerqué a la ventana a paso rápido y abrí la parte de arriba. El aire helado del invierno entró de golpe.

Dios mío.

Dios mío, qué alto estaba.

Mi corazón empezó a latir tan deprisa que creí que se me iba a salir del pecho y sentí cómo rompía a sudar. Me entró calor.

Aléjate de aquí ahora mismo, Chelsey.

Solté el tirador de la ventana y retrocedí dos pasos tambaleándome. Mi respiración se calmó un poco. Ahora estaba a una distancia prudencial, mirando fijamente la ventana abierta.

Si ya no puedes limpiar la ventana, al menos tienes que cerrarla, Chelsey. Si no, todo el ático se va a enfriar.

Pero estaba como paralizada.

Solo un paso adelante. Y luego otro. Entonces agarras el tirador, cierras la ventana y te alejas. Tú puedes.

—¿Qué haces aquí? ¿Te gusta mirar por la ventana abierta?

Me di la vuelta de un salto. Detrás de mí estaba Landon, mirándome con el ceño fruncido. Me sonrojé y balbuceé: —No te he oído llegar.

Landon se encogió de hombros. —He entrado de forma normal —apretó la mandíbula y luego dijo—: A ver, ¿qué pasa aquí? No exijo que trabajes día y noche como una esclava. Pero aun así deberías cumplir con tus tareas. Y si necesitas aire fresco, por favor, ve a la azotea en vez de dejar que las habitaciones se enfríen con estas temperaturas —resopló un poco—. ¿Puedes cerrar la ventana, por favor? —me instó.

Cerrar la ventana.

Son solo dos pasos, Chelsey. Tú puedes.

Volví a romper a sudar.

No iba a conseguirlo.

—Tengo vértigo —admití finalmente, odiándome por lo lastimera que sonaba mi voz—. Quería limpiar las ventanas, pero no he sido capaz.

Landon se me quedó mirando. La expresión de su rostro era indefinible. No tenía ni idea de lo que estaba pensando. Pasó a mi lado a paso rápido y cerró la ventana. Debía de pensar que era una completa inútil.

Gobernanta en un ático. Y con vértigo.

Pero un segundo después, solo percibí un intenso aroma áspero y amaderado con un toque de canela que me envolvió. En el mismo instante, los brazos de Landon me rodearon. Me atrajo hacia su musculoso pecho. Sentí su respiración tranquila. Inmediatamente, yo también empecé a respirar con más calma.

—No pasa nada —murmuró Landon en mi oído. Luego me besó el lóbulo de la oreja. Primero me rozaron sus labios. Luego sentí cómo su lengua jugaba con mi oreja. Agradable. Más que agradable. Rodeé a Landon con mis brazos y me acerqué aún más a él.

Landon me acarició la oreja y el cuello. Mi respiración se hizo cada vez más pesada y mi piel empezó a hormiguear.

Dios mío.

¿Cómo había podido creer que podría resistirme a este hombre ni por un segundo?

Era cera en sus manos.

Y lo disfrutaba.

Landon levantó la mano y me acarició el cuello. Levanté el rostro hacia él. Sus ojos estaban oscuros de deseo y su mirada tenía un ardor que nunca había visto. Se inclinó y apretó sus labios contra los míos. Me acerqué aún más a él y, en el mismo momento en que su lengua cosquilleó mis labios, sentí la erección de Landon.

Aún no nos habíamos ni besado y Landon estaba duro.

Muy duro.

Ante ese pensamiento, mi centro se contrajo. La parte inferior de mi cuerpo hormigueó con una intensidad nunca antes conocida y sentí cómo me humedecía entre las piernas. Abrí la boca para Landon y nuestras lenguas se encontraron. Mientras Landon exploraba mi boca, apreté mi pelvis contra la suya y me froté contra él. Incluso a través de la ropa, pude sentir cómo el miembro de Landon se ponía aún más erecto.

—Ven —Landon me cogió de la mano y me arrastró un paso más hacia su cama. Me agarró el jersey y me lo quitó por la cabeza. Poco después, mi sujetador cayó al suelo. Landon me atrajo hacia él dándome la espalda. Me apoyé en su musculoso pecho. Su miembro rozaba ligeramente mi trasero. Landon me rodeó por detrás y me acarició los pechos. Los amasó, los palmeó y los acarició. Luego, con sus dedos, agarró mis pezones y los rozó con tal delicadeza que apenas percibí el contacto.

Gemí. Oh, maldita sea. No sabía que un roce tan ligero pudiera ser tan excitante.

Landon rodeó mis pezones ahora con un poco más de presión. Luego los cogió entre sus dedos y tiró de ellos suavemente.

—¡Dios mío! —se me escapó un gemido.

Landon me rodeó la cintura y se apartó un poco de mí. Luego sentí su mano en mi falda. Me abrió la cremallera. La falda y las bragas fueron arrastradas hacia el suelo.

—Desnúdate del todo —la voz de Landon sonó oscura. Tan oscura como en nuestra primera noche. Obedecí a Landon y me quité la falda y las bragas. Luego me di la vuelta y le desabroché la camisa. Mis dedos se deslizaron por su pecho y acariciaron su piel. Levanté la rodilla y la presioné contra la entrepierna de Landon.

Landon gimió. Sus manos se deslizaron hacia abajo y se desabrochó el cinturón.

—Túmbate —ordenó, mientras se deshacía de sus pantalones y sus bóxeres.

Obedecí.

Segundos después, Landon también estaba conmigo en la cama. Me besó suavemente el vientre. Primero alrededor del ombligo. Luego fue bajando lentamente. Sensaciones indescriptibles se apoderaron de mí. Automáticamente, separé las piernas para darle a Landon un mejor acceso. Me acarició los labios vaginales y luego me cosquilleó suavemente en mi punto más sensible. Y de repente, su lengua estaba en mi perla. La humedad y el suave contacto eran casi más de lo que podía soportar.

Casi.

Landon parecía saber exactamente dónde estaban mis límites y disfrutaba visiblemente llevándome justo hasta allí y más allá.

Su lengua acarició mi perla primero en círculos lentos. Luego se fue haciendo cada vez más rápido. Los círculos se hicieron más pequeños y se acercaron al centro de mi placer. Todo se contrajo en mi centro. Eché la cabeza hacia atrás contra las sábanas y gemí más fuerte que nunca.

—Por favor, no pares —supliqué, justo cuando el placer se volvió insoportable.

Landon siguió lamiéndome una y otra vez.

Y entonces me corrí.

Literalmente, exploté de placer.

—¡SÍ! —grité y clavé los dedos en las sábanas. Con la mirada velada, miré a Landon. Levantó la cabeza y, con un rápido movimiento, lamió todo mi cuerpo hasta llegar a mi boca. Me besó.

Y entonces se colocó sobre mí y penetró en mi interior. Levanté la pelvis para recibirlo.

Por fin.

Por fin, el miembro de Landon volvía a llenarme por completo.

Landon movía su cuerpo rítmicamente arriba y abajo y yo me adapté a su ritmo. Luego entrelacé mis piernas alrededor de sus caderas para estar aún más cerca de él. Sentí cómo el miembro de Landon se ponía cada vez más duro dentro de mí y frotaba mi punto más sensible. Gimiendo, me arqueé hacia Landon.

De nuevo, todo se contrajo dentro de mí.

—Oh, por favor, no pares —rogué por segunda vez.

Landon siguió clavando su miembro en mí.

Y entonces me corrí por segunda vez ese día.

—Sí —gemí en voz alta.

Y en ese momento, Landon se derramó dentro de mí.

Capítulo 16

Landon

—¡Creo que debería venir de inmediato, señor Goleman! —La voz de Carlos, mi subdirector, sonaba apremiante—. Ha pasado algo.

—¿Qué pasa? —gruñí con fastidio. Estaba en mi despacho, bien caldeado, mirando por la ventana panorámica el perfil de Nueva York, que brillaba ligeramente nevado bajo un cielo azul claro, como en una postal. Un invierno de ensueño. Y, sin embargo, en ese momento no me apetecía nada volar a Colorado.

¿Qué me pasaba?

En realidad, me había propuesto firmemente aprovechar cualquier oportunidad para hacer heliesquí este año. Pero ahora mis ganas no eran para tanto. En vez de eso, ansiaba otra cosa. Mi polla quería a Chelsey. Esta mañana, al levantarme, me había dejado bien claro que nuestra última noche tampoco había sido suficiente.

Negué con la cabeza.

¿Qué tenía de especial esa mujer?

Me encogí de hombros.

No tenía ni idea, pero tampoco necesitaba saber la respuesta. Chelsey había aceptado mi oferta, así que podría pasar algunos momentos más a solas con ella antes de que nuestros caminos se separaran. En ese instante me sentí un poco raro, pero seguro que era solo porque con esa oferta estaba traicionando mi propósito de no liarme con ninguna mujer más de una noche.

No obstante, eso no debía impedirme disfrutar a fondo de las noches con Chelsey. Sonreí al pensar en lo que seguramente me esperaba esa noche.

—¿Sigue ahí? —La voz de Carlos al otro lado de la línea me sacó de mis pensamientos.

—Sí, claro —repliqué—. ¿Qué ha pasado? —repetí mi pregunta. Si Carlos ya me lo había contado todo, tendría que volver a contármelo.

—Han cerrado nuestra pista. —Carlos respiró hondo—. La pista que es solo para nuestros huéspedes. Los primeros ya se están marchando y, además, exigen una indemnización porque se les ha privado de su diversión y los servicios no se han prestado como se describía en el folleto. —Carlos parecía desesperado.

—¿QUÉ? —Yo no estaba desesperado, sino furioso—. ¿Por qué han cerrado la pista? Llevamos años usándola cada invierno sin el más mínimo problema. ¿Qué pasa ahora?

—La justificación es bastante endeble. —Carlos tragó saliva—. Supuestamente, las máquinas pisanieves y los cañones de nieve son demasiado ruidosos y molestan a unas aves raras y a otros animales. Pero tenemos exactamente las mismas máquinas y los mismos cañones que el ayuntamiento en sus propias pistas. Alguien ha tenido que echarnos encima a un inspector que es más que quisquilloso.

¿Alguien?

¿Alguien?

Cerré el puño, furioso.

—¡Gideon! —bramé hacia la gran ventana panorámica.

¿Quién más podría haber sido? Gideon había abierto el nuevo complejo cerca de *Goleman Colorado*. Necesitaba huéspedes urgentemente, y podía conseguirlos de dos maneras: o bien ofrecía algo completamente nuevo que no hubiera en ningún otro sitio —y mucho menos en *Goleman Colorado*—, pero Gideon no tenía nada de eso. *Goleman Colorado* tenía sin duda la mejor zona de saunas, el spa más bonito, los masajistas más agradables y las habitaciones más bonitas con las mejores vistas. Así que solo quedaba el segundo camino: Gideon se aseguraba de que los huéspedes de los otros complejos estuvieran insatisfechos y encontraran un motivo de queja. Entonces, o bien interrumpirían inmediatamente su estancia y se cambiarían a su complejo, o, como muy tarde, elegirían otro complejo para sus próximas vacaciones de esquí. El de Gideon.

Sí, detrás de este asunto solo podía estar Gideon.

—¡Ese idiota se va a enterar! —grité tan fuerte como antes. A duras penas pude contenerme para no estrellar el puño contra el cristal blindado. Respirando con dificultad, me di la vuelta y golpeé la pared.

Dong.

Dong.

Dong.

Ahora me sentía mejor.

—¿Por qué me llama? —le espeté a Carlos.

—Yo… yo pensaba que querría saberlo —respondió Carlos, confundido.

—Claro que quiero saberlo. —Resoplé—. No me refiero a eso. ¿Por qué no llama Bobby? ÉL es el director. —Respiré hondo para calmarme. Tenía que explicarle bien todo el asunto a Carlos—. No me malinterprete, Carlos, está haciendo un trabajo excelente. Estoy muy satisfecho con usted y con su rendimiento. Sin embargo, en este momento no puedo evitar preguntarme ¡dónde está mi director!

—No lo sé —contestó Carlos.

—¿QUÉ? —No daba crédito a mis oídos—. ¿No sabe dónde está?

—No —confirmó Carlos—. Todavía no ha aparecido. Aunque desde su visita, la mayoría de las veces solo venía por la tarde una horita y luego se marchaba.

Miré el reloj. Aún no era demasiado tarde para volar a Colorado y tener una conversación aclaratoria con Bobby esa misma noche.

Eso era exactamente lo que iba a hacer.

—Voy al aeropuerto ahora mismo —anuncié—. Quiero encargarme de Bobby personalmente. Nos enfrentamos a un desafío y él se lo está pasando en grande. Eso no lo puedo tolerar. —Podía aprovechar la visita imprevista a Colorado para matar dos pájaros de un tiro—. Además, voy a hablar con el alcalde. Concierte una cita para mí, Carlos. —Aunque se lo había encargado a Bobby, seguro que no se había ocupado de ello, como de todo lo demás.

—Sí, señor —replicó Carlos.

Terminé la llamada y marqué inmediatamente otro número que conocía demasiado bien. Tenía que desahogar la rabia que sentía.

Apenas se identificó mi interlocutor, grité a pleno pulmón: —¿Pero qué te has creído, maldito idiota? ¿No eres capaz de hacer negocios como todo el mundo? ¿Tienes que recurrir a métodos de juego sucio y a desprestigiar a los demás? ¡Es muy propio de ti!

Una risita llegó desde la línea. —Ay, Landon. Tienes que estar realmente desesperado para llamar aquí y ponerte a gritar sin más. —Gideon volvió a reírse.

—¿Desesperado? ¡Estoy cabreado! ¡Furioso! ¡Echando humo! Has sido tú, ¿verdad? —Ni siquiera esperé la respuesta de Gideon—. ¡Me las pagarás! ¡Te crees que puedes hacer y deshacer a tu antojo! ¡Pero conmigo no! ¡Así no! ¡Deberías conocerme lo suficiente!

—No sé a qué te refieres. —Gideon sorbió por la nariz—. Yo no he cerrado la pista, Landon. Que le haya hecho notar a un inspector que en vuestra parte de la estación de esquí hay demasiado ruido… sí, eso bien puede ser. —Gideon sorbió por la nariz de nuevo—. Pero lo que ese hombre haga con la información y las decisiones que tome son exclusivamente asunto suyo. No puedes echármelo en cara. Además, eres libre de cumplir todas las normativas. Así no tendrás que temer tales decisiones.

Por un momento me quedé sin palabras. El idiota incluso admitía que se había chivado de mí. No solo eso, parecía estar orgulloso de ello. ¿Se podía ser más rastrero?

—¡Usamos exactamente las mismas máquinas que todos los demás! —No me iba a dar por vencido tan fácilmente.

—Pues entonces tendréis que limitarlas como es debido. —Gideon volvió a sorber por la nariz.

—Ya lo están. —Crují los dientes. Era la pura verdad—. ¿O acaso las has manipulado tú? —prácticamente escupí las palabras.

Gideon solo se rio por lo bajo.

—¡Ten cuidado de no caer en tu propia trampa! Ya verás lo que sacas de todo esto. ¡Quien ríe el último, ríe mejor! —amenacé a Gideon y colgué sin decir una palabra más. No iba a aguantar esa sarta de estupideces ni un segundo más. Cogí mi abrigo y mi bufanda y me preparé. Si iba al aeropuerto de inmediato, podría volar a Colorado, arreglarlo todo y volver hoy mismo. Claro, sería medianoche o más tarde, pero me daba igual.

Decidido, abrí la puerta de mi despacho.

—Landon. ¿Qué haces aquí? —Unas horas más tarde, Bobby me miró con sincera sorpresa. Su calva brillaba y todo en su cuerpo regordete irradiaba placidez. Cada vez se parecía menos al director enérgico y resolutivo que contraté en su día.

—Vengo a ver cómo van las cosas. Este es mi complejo. ¿Ya lo has olvidado? —Miré a Bobby con enfado. Su tarea habría sido evitar el desastre de la pista de esquí. Tenía que vigilar a Gideon. Y si algo salía mal, Bobby tenía que arreglarlo. ¡Para eso le pagaban, y más que bien!

—Claro que no he olvidado que eres nuestro jefe. Pero si acabas de estar aquí. Y todo va de maravilla. —Bobby dio impulso a su silla de escritorio y giró sobre sí mismo—. Eres bienvenido siempre que quieras, Landon. Pero ya tenemos el asunto bajo control.

—¿Bajo control? —Me quedé mirando a Bobby—. No lo dirás en serio, ¿verdad? ¡Nuestra pista está cerrada, los huéspedes se van y están insatisfechos! ¡Es una auténtica catástrofe!

Bobby hizo un gesto de desdén. —No es para tanto, ya se arreglará solo.

Apreté las mandíbulas. —¿ARREGLARSE SOLO? ¿Y qué HACES tú para que se arregle? ¡Ni siquiera te has dignado a informarme! ¡He tenido que enterarme de todo por Carlos!

—No es culpa mía que Carlos se asuste por una cosa así. —Bobby volvió a girar sobre sí mismo—. Todavía no tiene tanta experiencia. —Bobby se encogió de hombros—. Yo no te habría molestado por algo así, Landon. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer.

—¿Que no me habrías molestado? ¿Después de que en la última reunión habláramos de que Gideon estaba jugando sucio? ¡Sabías PERFECTAMENTE que QUIERO que se me informe! —Miré a mi director con incredulidad.

—Sigo decidiendo yo lo que pasa aquí. —Bobby se rascó la cabeza —. Voy a hablar muy seriamente con Carlos. Si vuelve a puentearme así, no podré seguir trabajando con él.

—¿TÚ decides lo que pasa aquí? —Parecía que Bobby no había entendido del todo la situación—. YO soy el jefe aquí, Bobby. YO decido. Y lo único que veo es que no te has ocupado de nada desde nuestra última reunión.

La calva de Bobby se puso roja. El hombre regordete se levantó de su silla con una rapidez asombrosa. —Si es así, Landon, entonces dimito. Con efecto inmediato. —Bobby hizo un gesto con el brazo hacia fuera—. Gideon busca un montón de personal cualificado para su complejo. Paga bien, mejor que tú. Y estoy seguro de que ÉL confía en sus empleados y no les dice cómo tienen que hacer su trabajo. ¡Estoy harto de tu *micromanagement*! —Bobby reunió unos cuantos documentos que había sobre el escritorio.

—¡ALTO! —Puse una mano sobre los documentos.

Bobby sonrió. —No puedes detenerme, Landon. Hago lo que quiero. Ya no tienes nada que decirme. Acabo de dimitir. ¿Lo has olvidado?

—No. —Le devolví la sonrisa a Bobby—. Acepto tu dimisión con mucho gusto. Así me ahorro la desagradable tarea de despedirte. Pero estos documentos —golpeé dos veces el escritorio— son de MI propiedad. Y por lo tanto, se quedan aquí.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —grité molesto.

—El señor alcalde está aquí, señor. Para una cita. Como usted solicitó. —Carlos se asomó con cautela al despacho.

—Excelente, Carlos. Hazlo pasar. Y llévate a Bobby fuera y vigila que no se lleve nada. Hoy es su último día. Y por la presente, quedas ascendido. Ya hablaremos de los detalles más tarde. —Me volví de nuevo hacia Bobby.

Mi antiguo director se había puesto aún más rojo que antes. —Me las pagarás, Landon —siseó—. Nadie me humilla así delante de mis empleados. —Bobby señaló a Carlos.

—Delante de tus exempleados —corregí—. Y admítelo: querías que pasara esto. Ya en mi última visita no te esforzaste demasiado. Probablemente ya estabas negociando en secreto con Gideon y echándole un vistazo a tu nuevo puesto de trabajo.

El profundo rubor de Bobby me confirmó que mi suposición no andaba muy desencaminada.

Asentí a Carlos. Carlos agarró a Bobby del brazo. —Venga, vámonos.

Bobby se soltó. —¡Ni se te ocurra tocarme! —Con una mirada cargada de odio en mi dirección, salió del despacho.

—Señor alcalde, por favor. —Carlos hizo un gesto apresurado con la mano, me lanzó una mirada de disculpa, dejó pasar al alcalde y cerró la puerta. Oí cómo sus pasos se alejaban rápidamente.

—Landon Goleman. —El alcalde se ajustó la corbata. Luego me miró —. Por una vez, lleva usted bien puesta la corbata.

¿Qué?

¿Lo decía en serio el maldito alcalde?

¿Empezaba la conversación con un comentario sobre mi CORBATA? ¿Se había vuelto todo el mundo loco?

Me llevé brevemente la mano al cuello y agradecí en silencio a Chelsey que se hubiera ocupado de colocarme la corbata esa mañana. Cómo me gustaría estar con ella ahora mismo y follármela a fondo una vez más. Sentí los pantalones un poco más apretados al pensarlo.

—Preferiría hablar de la pista de esquí —cambié de tema, mirando a los ojos cansados del alcalde.

Se encogió de hombros. —En cuanto pague la multa, se levantará el cierre. Veo la notificación aquí, sobre el escritorio. —El alcalde señaló los papeles que yo había impedido que Bobby se llevara en el último momento—. Así que encárguese de eso y todo estará en orden.

En mi interior, echaba humo de rabia.

Bobby, ese hijo de puta. Había querido llevarse la notificación. Era mucho más retorcido de lo que pensaba. Y en realidad, era Gideon quien debería haber pagado esa multa, pero si yo insistía en ello, la pista permanecería cerrada para siempre. Eché un vistazo a la notificación. La cantidad no era especialmente alta para un hombre de negocios como yo. Así que pagaría la multa para que mi negocio pudiera seguir adelante.

—De acuerdo —le declaré al alcalde—. Pero tengo otro asunto. Como sabe, quiero abrir una segunda pista exclusiva para mis huéspedes. Para ofrecerles una experiencia aún mejor y hacerles la estancia en nuestro hermoso municipio todavía más agradable. Para darles una razón para pasar unos días más aquí, lo que significa mayores ingresos para el municipio. —El alcalde no era muy avispado, así que hice todo lo posible para hacerle atractiva la pista adicional.

—Claro, claro. —El alcalde ladeó la cabeza, pensativo—. Pero yo lo veo de otra manera. El municipio no puede depender de un solo complejo. Tiene que entenderlo, señor Goleman.

—Por supuesto, por supuesto —me apresuré a darle la razón al alcalde—. En su lugar, probablemente lo vería igual. —No estaba de más dorarle un poco la píldora—. Pero eso no significa que mi pista no pueda ser aprobada.

El alcalde negó con la cabeza. —Otros complejos quieren ofrecer a sus huéspedes una experiencia igual de buena, y como jefe del municipio, naturalmente tengo que fomentarlo. —Asintió lentamente —. Y el valle no tiene un espacio infinito. Como sabe, grandes áreas están designadas como reservas naturales. Básicamente, solo hay un lugar que podría servir para una nueva pista.

Asentí. —Soy consciente de ello.

—Así que tengo que elegir. —El alcalde inclinó la cabeza—. Y en este caso, le voy a dar la concesión a su antiguo empleado, Gideon. Su complejo es una gran adquisición para nuestro pueblo y seguro que dará un nuevo impulso al turismo.

Miré al alcalde con incredulidad.

Una gran adquisición para el pueblo.

Dar un nuevo impulso al turismo.

¡Como si aquí no hubiera ya suficiente impulso!

—¿Qué le ha ofrecido para que lo prefiera a él? —Resoplé. Seguro que Gideon le había prometido algunas cosas medio ilegales y había movido todos los hilos para que el alcalde lo favoreciera. ¿Qué si no? No tenía nada que demostrar. Ningún éxito, nada. Solo unos cuantos planes a lo grande que quizá saldrían bien. O quizá no.

El alcalde se puso rojo. —No hablará en serio. Nuestra conversación ha terminado. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Hablaré de esto con el gobernador —le grité en tono de amenaza.

El alcalde se giró hacia mí. Se encogió de hombros. —Haga lo que considere oportuno. —Con estas palabras, salió de mi despacho.

Gideon.

Gideon.

Gideon por todas partes.

Capítulo 17

Chelsey

—Esta vez saldrá bien —me dijo Beryl, dándome un codazo amistoso en el costado.

—Ojalá —repliqué, castañeteando los dientes.

—A la tercera va la vencida. Seguro que saldrá bien. He llamado expresamente y he preguntado si hoy abrían y si no había ninguna excursión de empresa o algo así —Beryl se rio al decir estas palabras, pero por su voz noté que ella también tenía frío—. ¡Maldito frío! —masculló entonces.

—No pensé que fuera a hacer aún más frío —confesé mientras íbamos a paso rápido desde la estación de metro hacia el spa de día.

—Esto es Nueva York, cielo. No somos precisamente famosos por nuestros inviernos cálidos —dijo Beryl, tiritando, aunque pude oír el orgullo en su voz.

—De donde yo vengo, los inviernos tampoco son precisamente cálidos. Es una zona de esquí —repliqué—. Pero no sé… —Me encogí de hombros—. Allí siempre estoy en movimiento. Quizá eso marque la diferencia.

—Ahora primero nos meteremos en agua calentita y maravillosa y nos dejaremos mimar como es debido. Con un masajito y luego nos acurrucaremos en esos albornoces suaves y mullidos y nos tomaremos una copita de champán. O un buen ponche, que va perfecto con esta época del año. Después estaremos un poco piripis e iremos a casa a soñar con nuestra próxima visita al spa —Beryl pintaba nuestro día con los colores más vivos.

—Suena genial —observé la pequeña nube que se formaba delante de mi boca cuando mi aliento se condensaba en el aire frío—. En realidad, casi demasiado bonito para ser verdad.

—Hoy se hará realidad —Beryl volvió a darme un codazo amistoso—. Me alegro tanto de que por fin lo hayamos conseguido.

—Y yo —afirmé. En silencio, pensé que el aplazamiento de la visita al spa me había venido bastante bien. Ahora al menos tenía algo de liquidez, ya que Landon ya me había pagado mi primera semana como ama de llaves. De lo contrario, habría tenido que pedirle dinero a Beryl, y no quería hacerlo bajo ningún concepto. La amistad es la amistad y el dinero es el dinero.

—Ya hemos llegado —Beryl señaló la puerta del spa. Detrás de ella brillaba una cálida luz amarilla que llegaba hasta la calle e iluminaba el gris día de invierno—. ¿Ves? Está abierto —se alegró.

—Es verdad —ahora yo también reí. Poco a poco, la expectación llenó todo mi cuerpo. Un día solo con mi amiga. Tiempo para nosotras. ¿Cuánto hacía que no teníamos algo así? Y después de los

acontecimientos de los últimos días, me merecía con creces un poco de descanso y mimos.

Beryl abrió la puerta y pasamos del frío de la calle al calor del vestíbulo. Allí olía agradablemente a sales de baño y aceites aromáticos. Una mezcla de fragancias ligeramente florales y olores navideños como la canela y la vainilla.

Canela. Inevitablemente, tuve que pensar en Landon. Mi piel hormigueó ligeramente y el último resto de frío abandonó mi cuerpo.

Chelsey. Ahora no. Aquí no.

Pero mi cuerpo no me obedecía. El hormigueo se convirtió en un cosquilleo y descendió lentamente.

—Hola, llamé anoche y reservé dos paquetes de spa de día —Beryl no tenía ni idea de lo que pasaba dentro de mí. Por suerte. Se concentró totalmente en lo que teníamos por delante y sonrió a la empleada delgada y alta que estaba detrás del mostrador.

—Conmigo seguro que no —dijo la mujer delgada con sequedad, mirando por encima del mostrador—. Yo no trabajo aquí —entonces examiné a la mujer con más detalle. Piel con impurezas y zonas secas. Sin maquillaje, pero con ojeras claramente visibles y un pelo que, aunque teñido, mostraba unas raíces antiestéticas. No, aquella mujer no se parecía a lo que uno se imagina como empleada de un spa.

—Bueno, pues esperamos a que venga alguien —respondió Beryl alegremente. Mi amiga me miró brevemente y me guiñó un ojo. En nuestro lenguaje secreto, eso significaba: *No vamos a dejar que alguien así nos amargue el día.*

Asentí en señal de acuerdo.

—Ya no vendrá nadie más —la mujer enarcó las cejas—. Siento tener que arruinarles la alegría de hoy. Pero el spa está cerrado por el momento.

—¿Qué? —soltamos Beryl y yo a la vez—. No puede ser —añadí.

—Pues sí, sí que puede ser. Soy del departamento de sanidad de la ciudad de Nueva York. Acabamos de encontrar una gran cantidad de bacterias en el agua que no deberían estar aquí. Como es nuestro deber proteger a la población de algo así, el establecimiento permanecerá cerrado por ahora. Ya han mandado a los empleados a casa y ahora estamos haciendo nuestro trabajo aquí y tomando más muestras.

¡Bacterias! Y de las que no debían estar en el agua. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al imaginármelo. Y a Beryl, a mi lado, parecía ocurrirle lo mismo.

—¿Han pagado algún adelanto por su reserva? —quiso saber la mujer—. Si es así, llamo al gerente.

Beryl negó con la cabeza.

—Entonces, si me hacen el favor de abandonar el spa —la mujer señaló la puerta—. No tenemos tiempo para largas explicaciones. Dentro de unos días o semanas seguramente podrán leer en la prensa cómo ha acabado todo. Adiós.

Beryl y yo nos miramos. Luego, nos dimos la vuelta casi al mismo tiempo y salimos.

—¡Maldita sea! —refunfuñé y me estremecí al volver a estar fuera en el frío—. ¿Y ahora qué? —miré, perpleja, la pequeña nube en que se condensó mi aliento al pronunciar esas palabras.

—Por lo visto, no ha sido la mejor elección —dijo Beryl, abatida—. Y eso que tenía muy buenas críticas en internet. Pero la próxima vez elegiremos otro spa. Lo siento mucho, Chelsey —Beryl se encogió de hombros, compungida.

—Tú no tienes la culpa —la consolé, rodeándola con un brazo. Entonces tuve una idea—. La pista de hielo no está lejos de aquí. El Wollman Rink, en Central Park. ¿Qué te parece si alquilamos unos patines y damos unas vueltas? Y después nos tomamos un ponche. Seguro que hay un puesto que vende algo así. O una cafetería —le di unas palmaditas en los hombros para animarla—. No es un día de bienestar, pero lo importante es que hagamos algo juntas.

—Es verdad —Beryl se recompuso—. Pues vámonos.

Me alegré mucho de que nos pusiéramos en marcha, porque de estar parada me estaba entrando frío otra vez.

—¿Cómo te va todo? ¿Qué tal Landon? —quiso saber Beryl mientras nos acercábamos al Wollman Rink.

—Pues… —a pesar del frío, no pude evitar que un cálido rubor me subiera a las mejillas.

—Ajá —dijo Beryl, observándome atentamente de reojo—. ¿Y estás segura de que estás cuidando bien tu corazón?

—Por supuesto —repliqué, ligeramente molesta—. Que lo disfrute no significa que me vaya a enamorar de él —mis palabras sonaron muy

resueltas—. Y aunque así fuera, él seguro que no se enamoraría de mí. Para él solo soy un pequeño interludio —al decir estas palabras, me sentí extraña.

—¡Mira! —dije señalando hacia adelante—. El Wollman Rink —agradecí la distracción.

—Hay un poco de gente, pero no tanta —se alegró Beryl—. Ha sido una idea genial. Aquí nos lo vamos a pasar bien. Aunque no seamos tan buenas como ellas —Beryl señaló a un grupo de cinco mujeres que, a pesar del frío, daban vueltas con un escueto traje de patinaje artístico mientras practicaban saltos y piruetas.

—Guau —dije asombrada, contemplando los cuerpos perfectos de las mujeres. Paseé la mirada por los pocos espectadores que seguían el espectáculo desde el borde del Wollman Rink.

—Oh, mierda —primero me tapé la boca con la mano y luego la puse en el brazo de Beryl—. Párate. No podemos seguir.

—¿Qué? ¿Por qué? —Beryl me miró confundida—. ¿Es que ya no te apetece?

—Ahí está Geoffrey —siseé, señalando con la cabeza a uno de los hombres que estaban en el borde. Geoffrey aún no se había percatado de nuestra presencia. Estaba demasiado ocupado babeando por las patinadoras artísticas.

—¿Dónde? —Beryl recorrió a los espectadores con la mirada.

—Ahí, en el centro —siseé en voz baja. De alguna manera, temía que Geoffrey pudiera oírme y se fijara en mí, aunque eso era, por supuesto, completamente imposible—. Venga, vamos. Quiero irme

de aquí —tiré impacientemente de la manga de Beryl. Mi amiga me siguió y desaparecimos a paso rápido al doblar la siguiente esquina.

—Lo siento —suspire entonces y me apoyé un momento contra la pared de la casa más cercana—. Joder, qué frío hace —maldije, y me aparté de la pared de inmediato.

—No es culpa tuya —me consoló Beryl—. En tu lugar, yo tampoco querría encontrarme con Geoffrey —mi amiga negó con la cabeza—. Hoy, simplemente, no es nuestro día de suerte.

—Se me han quitado hasta las ganas de ponche —confesé. Al ver a Geoffrey, se me había formado un nudo en el estómago.

—Lo entiendo —asintió Beryl.

—Además, todavía tengo bastante que hacer —aunque el ático seguía pareciendo muy ordenado, ahora quería preparar por fin la habitación para las máquinas de fitness. Según Landon, la entrega no tardaría en llegar.

—¿Entonces nos vemos otro día? —Beryl me miró inquisitivamente —. Me encantaría invitarte a mi casa, pero entonces volveríamos a meternos en líos.

Hice un gesto con la mano. —Ya iremos al spa —luego abracé a mi amiga—. A pesar de todo, me ha alegrado verte.

Beryl me abrazó fuerte. —Hasta pronto.

Unas horas más tarde, contemplé satisfecha mi obra. Hoy realmente sentía que había hecho honor a mi trabajo. La sala de fitness relucía

como nunca. Ni siquiera Coral lo habría hecho mejor. Y eso que ella había ido a una escuela de economía doméstica.

—Ahora deberías echar un vistazo al baño —me dije en voz alta y fui hacia la parte de atrás.

Poco después, estaba de pie delante del jacuzzi, lleno hasta el borde. Agua suave y cálida que, con solo pulsar un botón, burbujearía y envolvería mi cuerpo. Contemplé la bañera con anhelo.

¿Y si simplemente me metiera?

¿Por qué no, Chelsey?

Miré a mi alrededor, vacilante. Landon no estaba en casa y probablemente no llegaría hasta dentro de unas horas. ¿Por qué no iba a divertirme un poco después de todo el trabajo y las fatigas de los últimos días? Además, Landon no me había prohibido usar el jacuzzi.

Y no tiene por qué enterarse, Chelsey. Además, ya conoces su cama, ¿por qué no también su jacuzzi?

Asentí con decisión y abrí la cremallera de mi falda. Luego me quité la blusa. Mi sujetador cayó al suelo y mis bragas lo siguieron. En menos de un minuto estaba desnuda. Doblé mi ropa y la coloqué en el taburete junto al jacuzzi. Y entonces me metí en el agua tibia.

Perfecto.

Tenía exactamente la temperatura perfecta.

Me deslicé hasta el banco integrado en la bañera. Luego extendí los brazos sobre el borde y apoyé la cabeza en el soporte diseñado para ello.

Perfecto.

Ni en el spa podría haber sido mejor.

Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo flotara hacia la superficie. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan ligera. Suspiré con deleite.

Un fuerte carraspeo me despertó.

Abrí los ojos y miré al techo.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí dentro?

Alguien volvió a carraspear.

Levanté la vista, sobresaltada.

Delante de mí estaba Landon.

Me miraba. Sus ojos eran tan oscuros que casi no podía distinguir el iris de la pupila. Se llevó un dedo índice a su nariz ligeramente torcida.

¡Oh, demonios!

Al ver a Landon, una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Mis pezones se pusieron duros y mi centro hormigueó ligeramente. Y no deseaba nada más que Landon se uniera a mí en el jacuzzi. Que ambos,

desnudos, uno al lado del otro… juntos… Los pensamientos en mi cabeza se volvieron completamente locos.

¿Se daría cuenta Landon?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Landon.

—Yo…, me estaba relajando un poco —dije con culpabilidad—. Lo siento si no te parece bien. Yo… —rápidamente me aparté de mi posición y me deslicé hacia el centro del jacuzzi.

¡Dios mío! Ahora encima había enfadado a Landon.

—Quédate donde estás —ordenó Landon con voz brusca.

Lo miré, confundida.

Dejó su chaqueta junto a mi ropa sobre el taburete. Luego se desabrochó la camisa. Se quitó lentamente los zapatos y los calcetines antes de desabrocharse el cinturón. Landon estaba excitado.

Menos de un minuto después, estaba desnudo a mi lado en el agua.

—Te crees que puedes ponerme así como si nada y salirte con la tuya —gruñó y me atrajo bruscamente a sus brazos. Cuando me besó, presionó su pelvis contra mí tan fuerte como era posible en el agua. Deslicé mi mano entre nuestros cuerpos, agarré el miembro de Landon y lo masajeé desde la base hasta el glande. Una y otra vez. Y otra. Nuestras lenguas bailaban una danza salvaje e impetuosa mientras Landon se ponía más y más duro bajo mi mano.

—Me vuelves loco —gruñó Landon y deslizó una mano desde mis caderas hacia arriba. Mientras yo lo masajeaba, él tomó mi pezón entre el pulgar y el índice y lo excitó.

Luego rodeó mi cuerpo y me dio la vuelta. —No aguanto más —gimió—. Agárrate ahí delante —Landon señaló el borde del jacuzzi. Obedecí. Y entonces Landon me penetró por detrás. Lento. Excitantemente lento. El agua ralentizaba todos nuestros movimientos y eso me excitaba aún más si cabe. Impaciente, intenté corresponder a Landon con mis caderas.

Y por fin su miembro estuvo dentro de mí, llenándome por completo.

—Sí —gemí en voz alta.

La mano de Landon se deslizó hacia delante y encontró mi perla. Mientras me follaba tan lentamente que creí desfallecer, acariciaba mi punto más sensible al mismo ritmo.

—Sí —gemí, disfrutando de la increíble combinación de excitación e ingravidez. ¡Qué sensación! ¡Este momento podría haber durado para siempre! En el agua, la fricción de los dedos y del miembro de Landon se sentía aún más intensa de lo normal. Separé más las piernas para darle a Landon un acceso aún mejor a mí.

Y en ese momento, el placer se acumuló en mi interior.

—¡SÍ! —llegué al orgasmo. Y en ese momento sentí como si estuviera volando—. Oh, Dios —gemí, aferrándome al borde del jacuzzi.

Landon volvió a hundir su miembro en mí. Luego retiró la mano de mi perla, me agarró las caderas y embistió de nuevo.

Duro.

Profundo.

Y entonces él también encontró su liberación en mí.

Capítulo 18

Landon

—Maldita sea —gruñí con impaciencia mientras el taxi avanzaba a tirones detrás de una máquina quitanieves.

El taxista se encogió de hombros con una sonrisa burlona. —Así son las cosas aquí en Colorado, señor. Aquí el invierno es invierno de verdad. No como donde usted, en Nueva York.

—No diría que nunca tenemos nieve. Sabemos de sobra lo que son el invierno y el frío —repliqué irritado—. Incluso conocemos las ventiscas. Sí, no tenemos montañas altas como aquí en Colorado, pero estamos muy familiarizados con todos los obstáculos que puede traer el invierno. Conocemos las grandes nevadas y los apagones.

—Bueno, entonces ya sabrá que todavía puede tardar un rato hasta que todo esto esté despejado. —El taxista sonrió de oreja a oreja mirando por el retrovisor—. Las quitanieves no pueden hacer magia. —Volvió a encogerse de hombros.

—Ya lo sé —gruñí, irritado—. Pero tengo una cita importante.

—¿Con el gobernador? —El taxista soltó una risita, como si hubiera dicho algo especialmente gracioso. Hacía apenas media hora que había bajado de mi jet privado, cruzado la terminal del aeropuerto a toda prisa y cogido el primer taxi, pidiéndole al conductor que me llevara a la residencia del gobernador. Últimamente parecía que me pasaba la vida yendo y viniendo entre Nueva York y Colorado.

—Exacto. Con el gobernador —gruñí, sintiendo una punzada de rabia por la risita descarada del taxista—. ¿O acaso tengo pinta de haber quedado con el jardinero?

El taxista tragó saliva. —Por supuesto que no —aseguró. No sonaba del todo sincero, pero por lo visto había decidido que era mejor darme la razón para no arriesgarse a perder la propina. Aunque, de todas formas, solo la conseguiría si llegábamos puntuales.

—¿No puede adelantar a la quitanieves? —pregunté, irritado—. El gobernador tiene una agenda muy apretada y, si no llego a mi hora, ya estará en la siguiente reunión.

—Mmm… —musitó el taxista—. Pues esperará un poco, ¿no? En algún momento volverá a tener tiempo.

Me quedé mirando la espalda del taxista, atónito. Era evidente que el hombre no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas con el gobernador. O cómo funcionaban en mi vida. Al fin y al cabo, yo tampoco tenía tiempo para quedarme de brazos cruzados en Colorado esperando a poder hablar con el gobernador. Justo después de nuestra reunión, volaría de vuelta a casa. Esta vez no podía permitirme una escapada para practicar mi querido heliesquí. Sentí una leve punzada de pesar.

Y una pizca de ilusión al pensar que ese mismo día volvería a entrar en el ático y vería a Chelsey. Y después…

—¡Mierda! —maldijo el taxista. El coche se tambaleó peligrosamente de un lado a otro y, por un momento, invadió el carril contrario.

—¿Pero qué hace? —le espeté furioso—. ¿Es que no ha conducido nunca con nieve? —pregunté, molesto—. ¿O no ha cambiado los neumáticos a tiempo?

—Aquí necesitaría cadenas en vez de neumáticos de invierno. —El taxista había recuperado el control del coche y volvía a avanzar a tirones tras la quitanieves.

Miré hacia fuera. —Por favor, la nieve no está TAN alta. Y mucho menos para alguien que está acostumbrado a conducir en invierno. ¿No es eso lo que acaba de afirmar? —Volví la vista, enfadado, al interior del coche y le dirigí una mirada al taxista por el retrovisor.

—Pues conduzca usted si tanto sabe —me retó el taxista, enojado.

—Nada me gustaría más —repliqué.

El taxista se limitó a gruñir y continuó avanzando lentamente detrás de la quitanieves. —Eso le gustaría a usted.

—¿Le ha entrado el canguelo? —contesté con sorna—. A MÍ, desde luego, no me asusta este desafío.

—No puedo darle la responsabilidad de mi taxi. —El conductor intentaba escabullirse.

Apreté los dientes. Menudo cuento tenía el tipo. Disimuladamente, eché un vistazo al caro reloj Breguet de mi muñeca. Si me ponía al volante ahora, aún podía llegar a tiempo a la cita con el gobernador. —Asumo toda la responsabilidad. Si pasa algo, le financio un taxi nuevo. Y las cadenas de nieve de paso.

El taxista se rio. —Eso podría decirlo cualquiera.

Me incliné hacia delante. —Soy Landon Goleman. El dueño de *Goleman Resorts*. Si no para ahora mismo y me deja conducir, me encargaré de que pierda su licencia de taxi. Le contaré personalmente al gobernador su incompetencia. Entonces no volverá a conseguir un trabajo en este estado. Ni siquiera en la recogida de basuras.

—No… no lo dirá en serio. —El taxista sonaba inseguro.

—Claro que lo digo en serio, amigo. Pero si quiere, puedo llamar a la oficina del gobernador. Allí le confirmarán encantados quién soy. —Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y desbloqueé la pantalla.

—Vale, vale. —El taxista frenó y se arrimó al arcén. Luego se desabrochó el cinturón de seguridad.

Respirando aliviado, abrí la puerta trasera, salté del coche y abrí de un tirón la del conductor. —Vamos, dese prisa —apremié.

—Vale, vale —repitió el taxista, saliendo con una lentitud exasperante. Se sentó en el asiento del copiloto.

Ocupé el puesto del conductor y arranqué. El coche patinó ligeramente cuando, poco después, adelanté a la quitanieves. Pero tenía el volante bien sujeto y me mantuve en mi carril. El taxista

refunfuñaba a mi lado en el asiento del copiloto. Sabiamente, mantuve la boca cerrada y me concentré en la carretera.

Diez minutos más tarde, me detuve frente a la residencia del gobernador. Satisfecho, miré el reloj. Había llegado puntual. Ni pronto ni tarde. Justo a la hora.

Saqué mi tarjeta de crédito para pagarle al taxista.

—No, déjelo. —El conductor cerró la puerta de un portazo. Era evidente que no se sentía del todo cómodo con la situación. Encogiéndome de hombros, di un paso atrás. Si no quería mi dinero, desde luego no se lo iba a meter por los ojos.

El taxi bajó por el amplio camino de entrada, tambaleándose ligeramente.

Me di la vuelta y subí las escaleras hacia la entrada.

—Tiene que entender que no puedo inmiscuirme en la política local. —El gobernador estaba sentado detrás de su gran escritorio de madera oscura. A su derecha y a su izquierda se erguían las banderas de los Estados Unidos y del estado de Colorado. Yo estaba sentado frente al escritorio en una silla medianamente cómoda, maldiciendo en silencio al gobernador por haberme hecho sentar allí.

Lo había disculpado diciendo que la zona de asientos estaba siendo restaurada. Efectivamente, en el otro extremo de la gran sala había una mesa redonda de la misma madera que el escritorio del gobernador, pero faltaban las sillas correspondientes.

Me aclaré la garganta. —No considero que esto sea una intromisión en la política local. A fin de cuentas, *Goleman Resorts* es una

empresa de importancia para todo el estado. —Miré fijamente al gobernador. Que no se creyera que iba a dejarme intimidar por estar sentado frente a su escritorio.

—Soy consciente de ello. —El gobernador me miró ligeramente irritado—. Conozco las cifras, señor Goleman. —El gobernador llevaba solo dos meses en el cargo y esta era, a la vez, mi visita inaugural. Con su predecesor me había llevado de maravilla, pero, por desgracia, había renunciado a presentarse a las últimas elecciones por motivos de edad.

—Si conoce las cifras, entonces no entiendo por qué duda. —Miré al gobernador, inquisitivo—. Necesito esa pista adicional para mis huéspedes. La pista exclusiva es un imán para el público. Si *Goleman Resorts* quiere seguir siendo competitivo y hacer negocios en Colorado, tengo que ampliar. Si no puedo ampliar aquí, tendré que buscar en otro sitio.

El gobernador frunció el ceño. —No me dejo chantajear.

Negué con la cabeza. —No es un chantaje. Simplemente he expuesto los hechos.

El gobernador seguía con el ceño fruncido. —Por lo que sé, ya tiene una pista exclusiva solo para sus huéspedes. No veo por qué necesita una segunda. Eso lo puede juzgar mucho mejor el alcalde de la localidad. No pienso meterme en su política y decirle lo que tiene que hacer.

Enfadado, me levanté. Llevaba casi media hora discutiendo con el gobernador y no habíamos avanzado ni un milímetro. —Así no vamos a ninguna parte.

El gobernador me miró, impasible. —Opino lo mismo. Tiene que entenderse con las autoridades locales, señor Goleman. Con su alcalde. Si no, ¿cómo va a hacer negocios? No tiene sentido.

A duras penas reprimí un bufido. ¿Pretendía el tipo darme lecciones?

—Además, no puedo anticiparme al proceso de selección normal. Por lo que estoy informado, hay otro interesado en la pista.

Gideon. El gobernador hablaba de Gideon. —Ese interesado no tiene planes sostenibles.

El gobernador se encogió de hombros. —Eso no puede saberlo a ciencia cierta, ¿verdad?

La conversación había terminado. Aunque quedaran uno o dos minutos en el reloj para convencer al gobernador, esto no tenía sentido.

—Ha sido un placer. —Me acerqué al escritorio y le tendí la mano al gobernador. Él la agarró y la estrechó con efusividad, pero no se levantó. Apreté la mandíbula y tuve que contenerme con esfuerzo para no mostrarle mi disgusto al gobernador.

Tranquilo, Landon. Puede que hayas perdido esta batalla, pero no la guerra. No te rindes, ni siquiera aunque Gideon consiga la pista. Hasta ahora ha hecho muchas cosas, pero no ha obtenido ni un céntimo de beneficio. Arrastra una enorme montaña de gastos.

Respiré hondo, erguí los hombros y salí de la oficina del gobernador. El viaje hasta aquí había sido inútil. Con pasos enérgicos, crucé el gran vestíbulo y salí a las escaleras de la Boettcher Mansion, la villa que servía de residencia al gobernador. Bajo el pórtico, que

descansaba sobre grandes columnas blancas, me detuve un instante y volví a respirar hondo. El aire frío me sentó bien.

—Bueno, ¿has tenido éxito? —Una voz socarrona a mi izquierda hizo que me girara de golpe.

Gideon.

Estaba apoyado en una de las columnas y ahora se apartaba de ella. Se acercó a mí lentamente. Cuando estuvo justo delante, me echó el aliento en la cara. Miré a mi antiguo socio sin inmutarme.

—¿Has intentado hacerle la pelota al gobernador? —provocó Gideon. Al parecer, él también tenía una cita con el gobernador. ¿Qué otra cosa iba a hacer aquí?

—Eso te lo dejo a ti. —Apreté los dientes. Que Gideon no se creyera que podía provocarme.

—¿Ha funcionado? —Gideon ignoró mi comentario—. ¿O te ha dado calabazas?

—Eso no es asunto tuyo —repliqué.

Gideon soltó una risita. —Vaya, te ha dado calabazas. Ay, Landon, eres tan fácil de calar. Incluso cuando no dices nada, lo dices todo.

Bufé. —No te creas que te vas a salir con la tuya tan fácilmente con todos tus jueguecitos.

—¿Jueguecitos? —Gideon enarcó las cejas.

Estaba seguro de que solo fingía sorpresa. —Sabes perfectamente de lo que hablo. —Bufé—. Como sigas así, te denunciaré por difamación.

—¿Difamación? —Gideon se rio—. Para eso no tienes pruebas.

—¿Y qué hay de ese panfleto repugnante que repartiste por todo MI complejo turístico? —Mi voz se elevó. Gideon estaba cometiendo una desfachatez tras otra y que no se creyera que se iba a salir con la suya.

—No está prohibido. —Gideon se encogió de hombros—. Cualquiera puede dejar folletos en tu complejo. Hay expositores enteros llenos. Si no te gusta lo que la gente pone, tienes que introducir mejores controles. —Gideon sonrió de oreja a oreja—. O asegurarte de que tu gerente lo haga.

—Mi gerente. TÚ le robaste a Bobby. Seguramente lleva meses trabajando para ti en secreto. Sabías perfectamente que no iba a controlar nada. —Agarré a Gideon por el cuello de la camisa—. Admítelo: él sabía lo de los folletos. Los repartisteis juntos para arrastrar mi nombre por el fango.

—Suéltame. —Gideon se resistió e intentó quitar mi mano del cuello de su abrigo.

Lo sujeté con firmeza. —No te vas de aquí hasta que tenga una respuesta en condiciones.

—De mí no vas a saber nada. —Gideon negó con la cabeza.

—¿Señor Goleman, señor Jackson? —Una voz a mi espalda me hizo girar. Automáticamente, solté el cuello de Gideon—. No quisiera

molestarles —dijo el agente—. Pero debo pedirles encarecidamente que despejen este lugar. No está permitido quedarse aquí mucho tiempo antes o después de una visita al gobernador. Razones de seguridad. Ya entienden. —El agente asintió con solemnidad. Luego miró a Gideon—. Es la hora de su visita, señor Jackson.

Bufé. Gideon con el gobernador. Ojalá no le fuera mejor que a mí. —Ya hablaremos tú y yo —le espeté a Gideon—. No te vas a librar de mí tan fácilmente. —Con estas palabras, me di la vuelta y bajé las escaleras hacia el camino de entrada.

Ahora tenía que volver a Nueva York cuanto antes. No faltaba mucho para el cumpleaños de mi abuela.

Capítulo 19

Chelsey

—Pues no ha quedado gran cosa —dijo el hombrecillo con sobrepeso mientras se ajustaba el casco amarillo en la cabeza al tiempo que caminaba conmigo por la cafetería calcinada—. Ha tenido usted bastante suerte.

—¿A qué se refiere? —pregunté, contemplando la devastación que tenía ante mis ojos. Mesas carbonizadas y negras, paredes oscuras, sillas medio quemadas y chamuscadas esparcidas por todas partes. Todavía flotaba en el aire un ligero olor a quemado. En esa situación, yo no hablaría de suerte. Como acababa de decir aquel hombre: no había quedado gran cosa.

—Bueno, al menos la estructura del edificio no está afectada —dijo el constructor dándole un golpecito experto a una de las paredes—. Los bomberos llegaron a tiempo.

—Sí, claro, también se puede ver así. —Paseé la mirada por la desoladora escena y me estremecí. El cristal roto de la ventana

estaba cubierto de cualquier manera con un cartón y, por los bordes, el viento gélido y cortante se colaba en el interior.

—Por lo tanto, la reforma no le saldrá tan cara como pensaba. —El constructor se dio la vuelta y me miró.

Traté en vano de recordar su nombre. ¿Cómo se llamaba? ¿Señor Henderson? —Son buenas noticias, la verdad —respondí. Pero no lograba alegrarme del todo. La visión de la cafetería calcinada era simplemente demasiado deprimente. Cuando había contactado con el señor Henderson hacía poco, todavía estaba llena de planes e ilusión. Pronto sería la fiesta de cumpleaños de la abuela de Landon. Después dispondría de más de doscientos mil dólares y podría hacer mis sueños realidad—. ¿Tiene ya una idea de a cuánto ascenderá más o menos el coste? —quise saber del señor Henderson.

—Calculo que con unos trescientos mil dólares le llegará. Quizá un poco más. Digamos trescientos cincuenta mil. Así estarán cubiertos todos los extras que tanto os gustan a vosotras, las mujeres. —El señor Henderson se rio con una risa áspera.

—¿Trescientos cincuenta mil dólares? —repetí con incredulidad—. Pero si acaba de decir que no saldría tan caro.

El señor Henderson soltó una carcajada estruendosa. —¿A qué llama usted caro? Tenemos que levantar el suelo y renovar la instalación eléctrica. Luego las paredes, el acondicionamiento interior, todo su mobiliario, la cocina, los baños… —El señor Henderson no paraba de enumerar.

—Vale, vale —lo interrumpí—. No digo que el precio no esté justificado, pero por «no tan caro» me había imaginado algo completamente distinto.

—Pues bien que os gastáis un dineral en zapatos —murmuró el constructor mientras sacaba la cinta métrica. Caminó de una esquina a otra para medir a fondo la cafetería.

Yo me quedé allí de pie, helada de frío.

Maldita sea.

Trescientos cincuenta mil dólares.

Landon me había ofrecido doscientos mil dólares, pero eso era apenas un poco más de la mitad de lo que el constructor había presupuestado. El banco nunca me daría otro crédito; al fin y al cabo, todavía tenía que pagar cien mil dólares del primero.

¿Qué se suponía que iba a hacer?

Dejándome caer, me senté en una de las sillas con un leve gemido. Debajo de mí se oyó un crujido amenazador. Me levanté de un salto, justo a tiempo antes de que la silla se desplomara.

El señor Henderson se volvió hacia mí. —Debería tener cuidado. El fuego puede dejar daños incluso en las cosas que parecen intactas. —Quiso rascarse la cabeza, pero chocó con el casco amarillo. Molesto, se examinó la mano—. Esa es también la razón por la que las obras de reforma son tan caras.

Yo me limité a asentir.

—¿Señorita Hamilton? —dijo una voz rasposa a mi espalda.

Me di la vuelta. —Señor Hatten. —Esa voz me había resultado familiar al instante. Pertenecía a mi casero. El señor Hatten era el propietario del edificio.

—¿Necesita mucho más tiempo? —se interesó el señor Hatten.

Me encogí de hombros y señalé al señor Henderson. —Eso no tiene que preguntármelo a mí.

—En cinco minutos habremos terminado —anunció el señor Henderson.

—Bien. —El señor Hatten pareció aliviado—. Tengo un interesado en la compra que quiere ver el edificio. Hoy uno, mañana otro y en los próximos días seguro que vendrán algunos más. El que haga la oferta más alta se quedará con el edificio.

—¿Quiere vender? —pregunté, mirando fijamente al señor Hatten. Eso era nuevo para mí. El señor Hatten no lo había mencionado ni una sola vez.

—Eso creo. La reforma después del incendio será inmensamente cara. No puedo reunir tanto dinero. —El señor Hatten levantó los brazos.

Asentí. Lo entendía perfectamente.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Voy a vender este maldito edificio. Entero. Así me libro del problema. Quizá después me compre una casita en algún lugar del Caribe. Se acabaron los malditos inviernos de Nueva York. —El señor Hatten sorbió por la nariz—. Que se encargue otro de la reforma y luego ya verá qué hace con este

edificio. Cuando esté todo nuevo, al menos podrá pedir un alquiler decente por él.

¿Un alquiler decente?

Cerré los ojos.

No, eso también no.

—Quizá quiera abrir él mismo una tienda aquí, quién sabe. Creo que viene a verlo una mujer a la que también le parecería ideal para una cafetería. —El señor Hatten soltó una risa estridente—. Como si no tuviéramos ya suficientes en Nueva York.

—Pero… esta es MI cafetería. —No pude decir nada más. Mis pensamientos eran una montaña rusa.

—La tiene alquilada. —El señor Hatten se encogió de hombros—. Si el nuevo propietario del edificio alega necesidad propia, se acabó. Puede que pase, como puede que no. —El señor Hatten volvió a encogerse de hombros y a sorber por la nariz—. Maldito invierno —maldijo entonces mientras buscaba un pañuelo en su abrigo. Parecía haber olvidado por completo lo que acababa de decirme.

—Yo ya he terminado —avisó el señor Henderson.

—Bien —asintió el señor Hatten, aliviado—. Entonces ya pueden venir los interesados.

Me habría encantado quedarme para ver a los posibles compradores. Pero el señor Hatten pasó a mi lado hacia la puerta de la cafetería, la abrió y, con un gesto, nos invitó al señor Henderson y a mí a salir. El viento frío barrió el interior de la cafetería.

—La llamaré cuando tenga noticias —prometió el señor Hatten, empujándome fuera antes de que pudiera protestar.

Me quedé en la acera, bajo el viento helado, mirando el chapapote de nieve gris-marrón en el borde de la carretera.

El señor Hatten quería vender el edificio y todavía no podía decirme si el nuevo propietario lo usaría para sí mismo o seguiría alquilándomelo. ¿Seguían teniendo sentido mis planes? ¿Qué debía hacer ahora?

Cerré los ojos brevemente. De repente, vi a Landon ante mí.

¿Qué haría él?

¿Debería pedirle consejo?

Pero, en realidad… todo este asunto no era de su incumbencia. Me pagaría doscientos mil dólares y luego nuestros caminos volverían a separarse.

Tragué saliva.

Me habría encantado pedirle consejo a Landon.

Pero ¿qué pensaría entonces de mí?

Dos horas después, abrí la lavadora.

—¡Oh, maldita sea! —se me escapó al coger una de las camisas de Landon. Tenía aproximadamente el tamaño de una camisa que llevaría un niño de cinco años.

¿Qué temperatura había puesto?

Comprobé el regulador de la lavadora.

Demasiado alta.

¿Pero qué clase de ama de llaves eres, Chelsey? Ni siquiera eres capaz de lavar las camisas sin estropearlas. Eso lo sabe hacer hasta un niño. Y Coral te explicó exactamente cómo se hacía. ¿Dónde demonios tenías la cabeza?

En Landon. Había estado pensando en Landon mientras Coral me enseñaba el ático y me explicaba mis tareas. Por eso había tenido que improvisar a menudo en las últimas semanas. Hasta ahora no se había notado mucho, pero ahora…

¿Cómo iba a poder ocultárselo a Landon?

Sostuve la camisa en alto y la examiné, desesperada.

—¿Qué ha pasado aquí? —La voz de Landon me sacó de mis pensamientos. Tan rápido como pude, intenté esconder la camisa. Sin más, la tiré de nuevo a la lavadora.

—Yo…, ah, nada —tartamudeé, sin poder evitar sonrojarme.

—¿Otro pequeño percance? —Landon me examinó con severidad.

—Yo… —Busqué palabras, impotente. ¿Cómo iba a explicárselo a Landon? Lo miré, insegura.

—No eres una ama de llaves muy buena, ¿verdad? ¿Habías lavado y planchado alguna vez antes de empezar aquí? —Landon enarcó las cejas. Sus ojos eran oscuros e insondables.

¿Qué estaba pensando?

¿Acaso quería deshacerse de mí?

Ante ese pensamiento, una mano fría me atenazó el corazón.

—Bueno. Te perdonaré una vez más. Al menos sabes hacer el nudo de una corbata. Y hasta ahora no me he muerto de hambre. —Landon se tocó la nariz torcida con el dedo índice. Luego dio un paso hacia mí y me susurró al oído—. Y tus otras cualidades tampoco son nada desdeñables. —Me mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja y succionó un poco. Luego cubrió mi cuello de besitos.

Mis rodillas se ablandaron. Tanteé hacia atrás y me apoyé en la lavadora.

—Landon… —murmuré.

—Sí. —Landon me sujetó la cabeza y me besó. Un aroma masculino con un toque de canela me envolvió. Landon me levantó ligeramente y me sentó en la lavadora—. Lástima que esta cosa no esté centrifugando —susurró, presionando de nuevo sus labios contra los míos. Ante esas palabras, un escalofrío de excitación me recorrió. Dios mío, ¿en qué estaría pensando Landon? Y sí, tenía razón: era una lástima que la lavadora no estuviera centrifugando.

Separé las piernas para que Landon pudiera acercarse. Luego rodeé sus hombros con mis brazos y abrí la boca. Nuestras lenguas se

encontraron y comenzaron una danza salvaje. Jadeando, me deslicé un poco más hacia delante sobre la lavadora para estar más cerca de Landon.

Landon deslizó su mano bajo mi jersey y la metió bajo mi sujetador. Enseguida encontró mi pezón y lo estimuló ligeramente. Gemí, echando la cabeza hacia atrás. —¿Qué… qué me estás haciendo?

—Pues lo que más me gusta hacer contigo —gruñó Landon y volvió a besarme. Deslicé mis manos entre nuestros cuerpos y desabroché los botones de la camisa de Landon. Uno tras otro. Dios, ¿por qué tardaba tanto? ¿Cuántos botones tenía una camisa?

Landon me quitó el jersey por la cabeza. Luego me bajó de la lavadora y me quitó la falda. Volvió a besarme. Segundos después, sentí cómo se abría el cierre de mi sujetador. Landon se inclinó hacia delante y lamió mi pezón con su lengua. Una vez. Dos veces. Acaricié su pecho musculoso y disfruté sintiendo la dureza masculina bajo mis dedos. Landon volvió a lamer mi pezón. Luego se apartó de mí. —Desnúdate —susurró. Me bajé las bragas. Landon se agachó y cerró la puerta de la lavadora junto a mi rodilla. Le oí girar el programador.

—¿Qué… qué haces? —quise saber.

¿Por qué preguntas eso, Chelsey? Sabes de sobra lo que hace Landon.

Al pensarlo, todo en mi entrepierna se contrajo y sentí la humedad entre mis piernas.

—¿Pues qué va a ser? Ponerte a tope. O mejor dicho, ponerte a centrifugar. Con el programa adecuado. —Landon se incorporó.

Luego volvió a levantarme sobre la lavadora. Colocó mi trasero en el borde—. Túmbate —susurró, empujando mi torso hacia atrás.

Debajo de mí, el tambor de la lavadora comenzó a girar.

Landon me acarició el vientre. Luego cogió mi pierna derecha y la apoyó en su hombro. Y después hizo lo mismo con mi pierna izquierda. Agarré los bordes de la lavadora con las manos y me sujeté. Landon volvió a acariciarme el vientre. Luego deslizó su mano hacia arriba y me amasó un pecho. De nuevo estimuló mi pezón. Luego lo cogió con el pulgar y el índice y tiró ligeramente de él hacia arriba.

Gemí. La mano de Landon se deslizó entre mis piernas y encontró mi perla sin esfuerzo. Debajo de mí, el tambor empezó a girar más rápido. La lavadora se balanceaba ligeramente y sentí las vibraciones por todo mi cuerpo.

—Oh —gemí—. Oh, sí. —Los dedos de Landon masajeaban mi perla. El placer se concentraba en mi centro.

—Sí —gemí de nuevo.

Y entonces Landon me agarró las caderas y penetró en mí.

La lavadora bajo mi espalda aceleró más. La polla de Landon me llenó por completo. Puse mi mano derecha sobre la suya mientras empezaba a follarme al ritmo de la lavadora. La polla de Landon se movía dentro de mí justo al ritmo adecuado. La lavadora empezó a centrifugar. El placer se acumuló en mi interior.

—Oh, sí, nena. —Landon pareció sentir que estaba a punto de correrme. Se apoyó con una mano en mi pecho y me folló cada vez

más salvajemente.

La lavadora centrifugaba.

—¡SÍIIIIIIII! —grité en ese momento. Me corrí. Me corrí tan fuerte como nunca antes. Sentí el orgasmo hasta en los dedos de los pies. Mi vagina se contrajo. Landon se clavó profundamente en mí.

Y entonces él también encontró su liberación dentro de mí.

Capítulo 20

Landon

—Usted me prometió hace ya tiempo que las cosas llegarían pronto. —Me levanté de un salto, irritado, y empecé a pasearme de un lado a otro por mi despacho—. Hasta ahora no ha pasado nada y tampoco he recibido una llamada suya para informarme de que hay otro retraso. Me está dejando completamente a ciegas. No es precisamente la mejor manera de tratar a los clientes. ¿O a USTED le gustaría que una empresa le tratara así? ¿Sobre todo si ha hecho un pedido grande? —Estaba de pie con el teléfono frente al ventanal de mi despacho, mirando hacia fuera. Hoy, grandes copos de nieve caían suavemente al suelo. El horizonte de Nueva York apenas se distinguía contra el cielo gris.

—Lo siento muchísimo —me aseguró Miguel—. Solo puedo decirle que, por supuesto, esto no se corresponde con nuestros estándares. Ha habido algunos problemas con las mancuernas chapadas en oro y…

—¿Y no podía ni avisarme ni entregar el resto del equipo antes? —le interrumpí a Miguel.

—Bueno, verá, por norma general, siempre lo agrupamos todo en una sola entrega. —Miguel sorbió por la nariz—. Pero tiene usted razón, por supuesto, deberíamos haberle informado.

—Deberíamos, tendría, por norma… Con eso no gano nada. Y mi entrenamiento no se va a poner al día solo. —Resoplé—. ¿Qué clase de principios son esos? ¿Y por qué no puede desviarse de ellos por una vez? ¿Acaso solo trabajan con usted antiguos funcionarios? —esperé, impaciente, la respuesta de Miguel.

—No, por supuesto que no. Tenemos empleados de muchos sectores y también los formamos nosotros mismos según nuestros estándares —zalamereó Miguel. Sonaba como si me estuviera leyendo el manual de relaciones públicas.

—Esos estándares no pueden ser muy altos si ni siquiera es capaz de informarme. Si a NINGÚN empleado de su empresa se le ocurre esa idea. —Afuera, la nieve caía, pero no tenía ningún efecto calmante en mí. Al contrario, cuando pensaba que sin entrenamiento no alcanzaría la forma física deseada para el resto de la temporada de heliesquí, me enfadaba de verdad—. *Exclusive Fitness Equipment* es un nombre realmente pomposo y prometedor. Pero hasta ahora no puedo recomendar su empresa con la conciencia tranquila.

—Lo siento mucho, señor, espero que cambie de opinión una vez haya recibido su pedido. —Miguel sonaba como si de verdad sintiera lo que me pasaba.

Resoplé. No iba a dejar que me engatusara con palabrería. Soy un hombre de negocios y sé lo que me corresponde. Ni siquiera mi abuela Vera se habría dejado despachar así por Miguel. —Una cosa es lo buenos que sean los aparatos. Sobre eso, con gusto daré mi opinión en cuanto pueda juzgarlo. Lo que, por supuesto, solo ocurrirá cuando tenga los aparatos y funcionen. —La ironía mordaz

en mi voz era inconfundible—. Otra cosa es su servicio al cliente. Y sobre eso ya puedo dar una valoración bastante buena. O, mejor dicho: una bastante reveladora. No será una BUENA valoración, como se puede imaginar.

—De verdad que lo siento —repitió Miguel.

—Entonces, ¿cuándo puedo contar con la entrega de los aparatos? —quise saber—. Si ya no puede entregar a tiempo ni avisarme, ¿puede al menos decirme ESO?

Miguel tecleó en su teclado. —Tres semanas, señor.

—¿Tres SEMANAS? —Debía de haber oído mal. O Miguel se había equivocado. ¿Seguro que quería decir tres días?

—Tres semanas —confirmó Miguel.

—¿Por qué demonios tarda tanto? ¿Lo hacen siempre así para que a los clientes les salga barriga mientras tanto y tengan que pedir más aparatos? ¿Forma parte de su táctica de ventas? Entonces he de decirle que no es mala idea. Pero no cuela. ¡No cuela en absoluto! ¡Conmigo no funciona!

—Lo siento, señor Goleman —aseguró Miguel—. Ha habido un problema realmente imprevisto. Sus aparatos, incluidas las mancuernas, se enviaron a un lugar completamente equivocado. Algo así no había ocurrido nunca en la historia de *Exclusive Fitness Equipment*. Pero, en cualquier caso, ha habido que reiniciar la producción.

—¿Y por qué no me ha dicho eso desde el principio? —quise saber.

—Lo acabo de ver al buscar el tiempo de entrega. —Miguel sonaba convincente. Pero a estas alturas ya no estaba seguro de si decía la verdad o me estaba metiendo una trola.

—Mándeme una confirmación por escrito de la nueva fecha. Un correo electrónico —exigí. Mejor le decía a este tipo directamente que quería un correo. Con lo corto de entendederas que era, sería capaz de mandarme una carta. Y probablemente la recibiría mucho después que los aparatos.

—Claro, señor Goleman. ¿Tiene alguna otra pregunta? ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Ni se le ocurra —repliqué y colgué.

Furioso, me quedé mirando hacia fuera. La nevada frente a mi ventana había amainado y el cielo parecía algo más claro. Un tiempo casi ideal para un vuelo a Colorado. «Quizá debería volar a Colorado a hacer heliesquí».

—Una idea excelente. ¿Me llevas contigo? —dijo una voz femenina a mi espalda.

Me di la vuelta bruscamente. —Libby. —Estaba decepcionado. Aunque la voz no sonaba ni dulce ni melodiosa, por un momento había esperado que fuera Chelsey la que estaba ante mí, queriendo sorprenderme en mi despacho.

Sexo en la oficina.

Sonreí ante la idea. Sobre el escritorio seguro que sería tan ardiente como ayer sobre la lavadora. Sentí cómo reaccionaba mi polla en los

pantalones. El recuerdo me excitaba. ¿Debería simplemente llamar a Chelsey y ordenarle que viniera aquí? Sería una buena idea.

O te la llevas a Colorado, Landon.

¿A Colorado? Fruncí el ceño. Tenía una cita allí con el alcalde. Aquella maldita pista seguía sin reabrir, aunque ya había pagado la multa hacía tiempo. Y tampoco se había tomado una decisión sobre si podía o no habilitar otra pista solo para mis huéspedes. Así que tenía que volver a Colorado. Chelsey podría acompañarme. Pero eso sería algo muy distinto a un polvo rápido en la oficina.

¿Y qué? También viene al cumpleaños de la abuela Vera. Incluso como tu prometida.

Reflexioné. ¿Chelsey en Colorado?

Luego me encogí de hombros. ¿Por qué no? Si quería enseñarle Colorado, lo haría. No tenía por qué significar nada.

¿O sí?

—¿Te has quedado mudo? —Libby interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué haces aquí? —miré enfadado a mi ex—. Ya estamos divorciados desde hace tiempo y sigues apareciendo por la oficina como si quisieras recordarme que tenemos una invitación esta noche y que debo llegar a casa puntual. Ya entonces no lo soportaba. —Me crucé de brazos y miré a Libby. Fugazmente, se me pasó por la cabeza que nunca se me había ocurrido la idea de tener sexo con Libby en mi despacho. Y eso que ella había aprovechado cualquier pretexto para molestarme aquí.

Chelsey despertaba en mí un deseo muy especial, y cuando pensaba en su dulce cara con los ojos marrones y el largo pelo rubio, me sentía completamente diferente que con Libby.

—Vamos, no seas tan injusto, Landon —se quejó Libby.

Molesto, puse los ojos en blanco. Injusto. Solo oír eso ya... Realmente empezaba a ser exactamente como antes.

—¿Tu prometida no está aquí? —Libby miró a su alrededor con curiosidad.

—No. No trabaja aquí. Y, a diferencia de ti, me deja en paz cuando tengo trabajo. —Miré fijamente a Libby—. ¿Estás segura de que no te has equivocado de puerta? Ya no estamos juntos. O, para ser más exactos: ya no nos une nada.

—Lo sé. —Libby parecía completamente impasible ante mis palabras. Le daba absolutamente igual si me molestaba o no. Pero así había sido siempre. A mi ex lo que más le importaba era ella misma. Y eso no iba a cambiar. La gente no cambia. Al menos no en ese sentido. Y, desde luego, Libby no iba a cambiar.

—Me prometiste en el divorcio que me echarías una mano si quería montar algo —dijo Libby, yendo al grano.

Has acertado, Landon: esto va sobre ella.

—¿Qué quieres? —gruñí—. ¿Abrir una residencia para gatos?

—¡Landon! Sabes perfectamente que soy alérgica y que no soporto el pelo de gato. —Libby me miró indignada.

—Se me había olvidado —mentí—. Ya hace un tiempo que no estamos juntos. Y Chelsey se lleva genial con los gatos. Estamos pensando incluso en coger uno.

—Tú nunca has soportado a los gatos. —Libby me miró indignada.

—No, eras TÚ la que nunca ha soportado a los gatos —repliqué—. Y ahora suéltalo ya: ¿qué quieres? ¡No tengo todo el día! Mi próxima reunión empieza en unos minutos. —Miré el reloj de forma ostentosa.

—Quiero abrir una cafetería —anunció Libby.

Sonreí. —De tomarme el pelo ya me encargo yo.

—¡Lo digo en serio! —Libby me miró descompuesta. Sus ojos brillaban y su labio inferior temblaba ligeramente.

Suspiré para mis adentros. Conocía esas señales demasiado bien. Así reaccionaba Libby siempre que yo decía o hacía algo que no le gustaba. —¿Una cafetería? Por favor, Libby, si no sabes ni hacer café. Siempre tenía que hacerlo la asistenta. Ahora no me vengas con que quieres ponerte detrás de una barra a servirle café a los clientes. O servirles algo en la mesa. Esa no eres tú. ¿De dónde has sacado esa idea otra vez?

—Eres un borde. —Los ojos de Libby seguían húmedos.

—Soy realista, Libby. La última vez querías comprar una escuela de yoga. Y eso que nunca habías ido a yoga. —Puse los ojos en blanco al pensar en ello. ¿Qué idea loca se le ocurriría la próxima vez?

—No quiero servir. Se me ocurrirá el menú, hablaré con los clientes, elegiré la decoración de las mesas y cosas así. Para todo lo demás, contrataré a una chica. —Libby asintió—. Seré una empresaria como tú.

Negué con la cabeza.

—No niegues con la cabeza —me ordenó Libby. Agitó unos papeles que sostenía en la mano—. Me topé por casualidad con una buena oportunidad. Se ha quemado una cafetería y el dueño quiere venderla. Si me ayudas, conseguiremos el edificio a precio de ganga, y mañana mismo. El dueño quiere irse y tiene prisa. Él mismo ha fijado la cita. Solo tienes que venir. Es una buena oportunidad, Landon. Puedes hacer lo que quieras con el resto de las plantas. Y yo me quedo con la cafetería. —Libby sonrió radiante.

—¿Quemado? —pregunté. La cafetería de Chelsey se había quemado. ¿No podía ser una coincidencia? ¿O sí? Nueva York era grande, pero ni siquiera aquí se quemaban tantas cafeterías.

—Sí. —Libby dejó los documentos sobre mi escritorio—. Míralo. —Se sentó a su lado en el escritorio y me guiñó un ojo. Supongo que pensaba que su parpadeo era seductor.

Impasible, cogí los papeles y di una vuelta frente al gran ventanal mientras estudiaba la oferta. *CC – Chelsey's Coffee.* El nombre me saltó a la vista de inmediato. Libby *quería comprar la cafetería de Chelsey*. No podía ayudarla con eso de ninguna manera. Chelsey estaba muy apegada a su cafetería y había puesto mucho corazón en ella. Además, no quería frustrar sus planes de futuro.

Podrías ofrecerle mejores planes de futuro, Landon. En el edificio que tienes justo al lado del Empire State Building, la planta baja va a

quedar libre porque el inquilino deja el local. Si le dejas ese espacio a Chelsey por el mismo alquiler que su cafetería anterior, entonces…

Entonces sería un trato bastante bueno. Justo al lado del Empire State Building. Chelsey apenas daría abasto con los clientes. Su cafetería tendría la oportunidad de hacerse famosa en todo Nueva York. No malgastaría su existencia en una callejuela desconocida.

Podía matar dos pájaros de un tiro: ofrecerle a Chelsey una mejor oportunidad para su futuro y apoyarla en el proceso. Y por fin me libraría de Libby. Sí, seguiría siendo mi inquilina. Pero para eso tenía a mis administradores. Ellos ya se encargarían de mantenerme a Libby a raya.

Todo esto me pasó por la cabeza mientras estudiaba los papeles. Todos los informes necesarios estaban ahí.

—¿Y bien? ¿Qué dices? —insistió Libby.

—De acuerdo. —Asentí hacia Libby—. Pasaré los papeles internamente para que alguien se ocupe. Lo haremos como has propuesto. Recibirás una confirmación por escrito. —En eso me mantuve firme. Al fin y al cabo, Libby y yo ya no estábamos juntos.

—SABÍA que dirías que sí. —Libby me sonrió radiante—. Landon, esto… —Mi ex saltó del escritorio—. Si puedo hacer ALGO por ti, si puedo agradecértelo de ALGUNA manera… —Libby se acarició los pechos planos. El gesto pretendía ser provocador.

Asco, me di la vuelta. —Claro que puedes agradecérmelo. Simplemente déjame en paz de ahora en adelante. —Pasé de largo a mi ex y abrí la puerta de la oficina—. Y si crees que en el futuro puedes aparecer por aquí como si nada solo porque se te ha fundido

una bombilla en la cafetería, estás muy equivocada. Muy equivocada. —Con un gesto, le indiqué a Libby que saliera de la oficina.

—Ay, Landon. Tú tampoco cambias nunca. —Libby asintió—. Haces las cosas más bonitas por mí y luego tienes que fingir que no te importa nada. Ya te conozco lo suficiente. —Antes de que pudiera protestar, Libby me besó en la mejilla y desapareció.

Me pasé una mano por la mejilla.

Luego volví a mi despacho.

Ahora necesitaba una distracción urgentemente.

Iba a volar a hacer heliesquí.

Con Chelsey.

¿Por qué no?

Quería aprovechar a fondo el tiempo con ella.

Capítulo 21

Landon

—¡Oh, Dios mío, esto es una pasada! —Chelsey estaba conmigo frente al *Goleman Colorado* y miraba las montañas del fondo. Majestuosos, los picos de las Montañas Rocosas se alzaban hacia el cielo radiante y azul. Ante nosotros se dibujaban escarpadas cumbres rocosas y laderas cubiertas de nieve. Era un día de invierno de postal.

—Sí, es realmente bonito —asentí—. Pero espera a que estemos arriba. Entonces verás dónde es DE VERDAD bonito.

—¿Arriba? —Chelsey me miró con miedo—. No quiero subir.

—Pero allí es donde es más bonito. Mucho mejor que aquí, donde todo está lleno de turistas. —Señalé a las parejas, familias y grupos de amigos vestidos con ropa de colores que abarrotaban la calle cargados con sus esquís para coger uno de los autobuses lanzadera. Junto al remonte, los autobuses volverían a escupir a los turistas. Todos harían una larga cola y subirían. Luego se repartirían por la pista y, tras el descenso, todo el espectáculo volvería a empezar. No estabas solo ni un momento. Constantemente veías a otros

esquiadores delante y oías los gritos de júbilo y el alboroto de niños y adultos.

Así era imposible conectar con la naturaleza.

Cuando subía en helicóptero, todo era muy distinto. Allí tenía la nieve para mí solo y estaba muy cerca de la naturaleza. Y eso era lo que quería compartir con Chelsey.

—Es que tengo vértigo. —La voz de Chelsey sonaba insegura—. Probablemente no me gustaría tanto y encima te aguaría la fiesta y… —Se interrumpió—. Mejor vete solo. O con uno de tus amigos.

La cogí por los hombros. —Vamos a intentarlo. Confío en ti, sé que puedes hacerlo. Pero ahora primero date un buen paseo y yo hablaré con el alcalde. —Entonces besé a Chelsey. Nuestras lenguas se encontraron. El beso se volvió más apasionado. Más profundo. Mi polla reaccionó y me habría encantado arrastrar a Chelsey adentro, a la suite que me esperaba en cada una de mis visitas.

Pero primero me esperaba el alcalde.

Rompí el beso a mi pesar. —Hasta luego. —Me giré rápidamente para no volver a caer en la tentación.

—He pagado la multa. —Unos minutos después, estaba en mi despacho y miraba al alcalde con aire amenazador. No le había ofrecido asiento, pues no quería que se sintiera demasiado cómodo aquí.

—¿Y bien? —El alcalde se encogió de hombros.

—¡El cierre de la pista todavía no se ha levantado! —Ahora sí que lamentaba no estar sentado. Me habría encantado golpear el escritorio con el puño para desahogarme—. Eso va totalmente en contra de nuestro acuerdo. En nuestra última conversación se acordó que el cierre se levantaría en cuanto yo pagara. Lo hice puntualmente. El dinero se transfirió hace días. Así que, ¿por qué sigue cerrada la pista?

—El empleado responsable de estos asuntos estaba enfermo. —El alcalde resopló y se subió los pantalones mal ajustados por encima de su abultada barriga.

—¿El empleado estaba enfermo? —repetí, enfatizando cada palabra —. ¿Y no puede sustituirlo otra persona y encargarse de esas cosas?

—Somos solo un municipio pequeño —replicó el alcalde, irritado—. Sí, en la temporada de invierno nos invaden hordas de turistas y todo parece mil veces más grande. Pero esa no es la verdad. Tenemos que apañárnoslas con pocos empleados y mantener el negocio en marcha. ¿Se supone que debo expedir yo mismo estos permisos?

—¿Por qué no? —Me esforcé por sonar lo más sereno posible—. En el tiempo que ha estado aquí discutiendo conmigo, ya podría haber expedido el permiso. Sería mucho más eficiente. —Enarqué una ceja.

El alcalde resopló. —No me hice alcalde para hacer el trabajo de un empleado administrativo de bajo rango.

—¿Y de qué va a vivir su municipio si no llegan mis ingresos por impuestos? —Fruncí el ceño.

El alcalde levantó las manos en un gesto apaciguador. —No se van a quedar todos los huéspedes fuera solo porque la pista esté cerrada unos días más. Al fin y al cabo, hay suficientes pistas en los alrededores. —Señaló hacia fuera con una mano—. Me parece que este año tenemos tantos turistas como siempre.

—Sí, DE MOMENTO —recalqué—. Pero si la reputación del *Goleman Colorado* se resiente, tarde o temprano los huéspedes dejarán de venir. Si las cifras bajan, tendré que despedir a gente. Y los ciudadanos sin trabajo nunca están muy contentos. En las próximas elecciones, también suelen votar por otro.

El alcalde palideció.

Asentí satisfecho y reprimí una sonrisa. Lo sabía. Al hombre no le habían impresionado ni la caída de los ingresos fiscales ni la ausencia de huéspedes. Pero cuando se trataba de su puesto, eso sí que surtía efecto.

Sin embargo, el alcalde no se dio por vencido tan fácilmente. —Tenemos un nuevo resort. Gideon…

—Ese no durará mucho —le corté—. Los resorts son como las setas. Brotan por aquí y por allá. Y de repente, vuelven a desaparecer. Para gestionar un resort con éxito, se necesita algo más que unos cuantos folletos que difaman a la competencia y unas diapositivas de colores en las que se presenta un plan de negocio. Se necesita trabajo duro y esfuerzo por los huéspedes, cada día.

El alcalde se rascó la cabeza. —Usted dice eso solo porque…

—Abra la maldita pista ahora —le interrumpí—. ¿O hay algún problema? ¿Tengo que presentarme personalmente como candidato

rival en las próximas elecciones para que me apoye ahora? ¿Quién ha pagado impuestos aquí en los últimos años? ¿Gideon? ¿O yo?

El alcalde suspiró.

—¿Qué le ha ofrecido por retrasar este asunto?

El alcalde se sonrojó. —¿Qué está insinuando? No me ha ofrecido nada. Y aunque lo hubiera hecho, no soy sobornable.

—Bien. —Asentí con satisfacción—. Entonces los detectives que he contratado no encontrarán nada. —Me estaba tirando un farol. Por supuesto, no había contratado a nadie. Pero estaba claro que el alcalde y Gideon estaban compinchados. Y Gideon le había ofrecido algo, seguro, aunque el alcalde lo negara ahora.

Entonces sacó su móvil del bolsillo. —Hago esto solo para que me deje en paz. No tengo ganas de seguir escuchando sus acusaciones infundadas. —Marcó un número—. John. La pista está abierta. —Escuchó—. Sí, la de Goleman. —Luego colgó y me miró—. ¿Satisfecho?

—Se lo agradezco mucho, señor alcalde. —Me acerqué al hombre regordete de los pantalones caídos y le estreché la mano efusivamente. Luego le di una palmada en el hombro—. Estoy seguro de que sus votantes también se lo agradecerán y de que se notará en las próximas elecciones.

El alcalde murmuró algo ininteligible.

No iba a sacar el tema del permiso para la pista adicional hoy. Un hombre de negocios inteligente encuentra el momento adecuado

para todo. Y el momento adecuado aún no había llegado. Primero me conformaría con esta victoria.

—Venga, sube ya. Tú puedes —animé a Chelsey media hora más tarde, cuando estábamos juntos frente al helicóptero azul con la inscripción de *Goleman Resorts*.

—No sé —dudó Chelsey—. ¿Y si me mareo ahí arriba? ¿O ahí dentro?

El piloto nos escuchó y se rio. —No tendrá tiempo para eso, señorita. Hay tanto que ver y admirar.

—Pero está muy alto. —Chelsey me miró desamparada.

—Si no te gusta, volvemos enseguida —prometí, cogiendo la mano de Chelsey—. Tú decides. Si seguimos volando, si damos la vuelta o lo que sea. —Le sonreí a Chelsey—. Pero te prometo que no pasará nada.

Chelsey vaciló. Luego se armó de valor. —Está bien. —Se subió al asiento trasero del helicóptero.

Miré al piloto. —Hoy no hay heliesquí. Vuelvo con ella. Si no, a lo mejor le da demasiado miedo. —Entonces también yo subí al helicóptero.

Landon, ¿qué haces? ¿Renuncias a tu heliesquí… por una mujer?

Respiré hondo. Con Libby todo había sido muy diferente. Con ella había querido pasar el menor tiempo posible. Se pasaba el día criticándome. ¿Qué hombre querría estar con una mujer así?

Pero ahora estaba Chelsey, cuyos ojos marrones brillaban entre asustados y emocionados, y que me miraba expectante.

Sobre nosotros, las palas del rotor del helicóptero se pusieron en movimiento. Revolucionaron el aire que nos rodeaba cada vez más rápido y, finalmente, despegamos.

—Estamos volando —susurró Chelsey.

—También lo hicimos en el vuelo hasta aquí —observé—. Así que no hay ninguna razón para tener miedo.

—En un helicóptero es diferente que en un avión… ahí no noto tanto la altura. Aquí sí. —Chelsey miraba fijamente hacia delante.

Le cogí la mano. —Pero eso no cambia nada. De hecho, aquí estás más cerca de la tierra. Mucho más bajo que en un avión.

—Sí… —Chelsey dudó—. No sé muy bien a qué se debe. Quizás porque las ventanas son más grandes aquí.

—Son más grandes para que puedas admirar el paisaje. Mira bien — la animé.

Debajo nuestro estaba el pueblo con sus casas y los resorts. Los remontes se veían claramente. Los esquiadores en las pistas parecían hormigas. Chelsey paseó la mirada por encima.

—Mira a la derecha —ordené entonces.

—Oh, Dios mío —susurró Chelsey cuando se dio cuenta del espectáculo que casi se pierde por el miedo. El sol se hundía

lentamente tras las montañas en ese momento. Entre dos picos se veía una bola de fuego incandescente que teñía el entorno de rojo anaranjado. La nieve brillaba y las rocas refulgían de repente con suavidad.

—Bonito, ¿eh? —Me recliné satisfecho.

—¿Bonito? —Chelsey me miró sin comprender—. Es lo más maravilloso que he visto en mi vida. Gracias por traerme aquí y enseñármelo. Es… es… —Sin palabras, Chelsey siguió mirando por la ventana mientras el sol descendía lentamente y desaparecía entre las montañas.

—Lamentablemente, tenemos que volver —nos comunicó nuestro piloto por los auriculares—. Por la noche solo tengo licencia para recoger a heliesquiadores. No para hacer vuelos panorámicos sin dejar o recoger a nadie.

—Qué pena —murmuró Chelsey.

—Lo repetiremos pronto —prometí.

Y en ese momento, la promesa me pareció exactamente lo correcto. Era lo que quería decir.

—Ha sido lo más maravilloso que he visto en mi vida —dijo Chelsey entusiasmada cuando entramos en mi suite media hora después—. No creía que algo así existiera de verdad.

—¿Nunca has visto un reportaje? —la vacilé—. ¿O una foto en una revista?

—Sí, claro. Pero esas se pueden retocar fácilmente. —Chelsey colgó su abrigo en una percha—. Pero esto… —Me miró y sus ojos marrones brillaban de entusiasmo—. Era mucho más bonito que en la tele. Era… era simplemente increíble. —Chelsey lanzó los brazos al aire. Hoy llevaba un ajustado vestido de lana rojo que realzaba especialmente su figura. Recorrí con la mirada, disfrutando, sus pechos firmes y su cintura estrecha hasta sus largas piernas. Luego volví a mirar el dulce rostro de Chelsey.

—Gracias. —Chelsey me miró seria.

Le cogí la mano, la atraje hacia mí y la besé en la boca. Chelsey me devolvió el beso. En realidad, al principio había querido besarla suavemente, pero al sentir sus labios bajo los míos, apreté mi boca contra la suya con pasión y le hice cosquillas en los labios con mi lengua. Chelsey abrió la boca. Bebió mi beso con avidez. Luego frotó su pelvis contra mis caderas.

Dios, esta mujer me volvía loco.

Una y otra vez, de cualquier manera.

Esto no terminaría nunca, ¿verdad?

Pronto era el cumpleaños de la abuela Vera y, en teoría, el acuerdo terminaría entonces… pero ya no podía imaginarlo.

Se había vuelto indispensable en mi vida. No importaba cuántas camisas lavara a la temperatura equivocada o cuántos agujeros quemara en mi ropa, sabía que la quería tal como era.

Simplemente lo sabía.

Chelsey empezó a juguetear con la cremallera de mi pantalón. Bajé las manos y la ayudé. Luego abrí la cremallera de su vestido rojo, que cayó lentamente al suelo.

Chelsey acarició mis bóxers.

Luego se arrodilló ante mí.

Me bajó los bóxers.

Lamió lentamente la punta de mi polla. Con picardía. Luego deslizó su lengua por el tronco hacia atrás. Gemí al sentir la humedad y la ligera presión. Oh, Dios, ¿cuándo fue la última vez que algo me había sentado tan bien?

Entonces Chelsey se metió mi polla en la boca. Su lengua recorrió el tronco de arriba abajo y acarició el punto sensible del frenillo. Sentí cómo me ponía aún más duro en la boca de Chelsey. Chelsey succionó suavemente mi polla y luego la dejó deslizarse más profundamente en su boca.

—Sí, nena —susurré, posando suavemente mi mano en la cabeza de Chelsey. Moví mis caderas lentamente hacia ella, de modo que mi polla se deslizó un poco más en la boca de Chelsey. Cerré los ojos con deleite. ¿Cuándo me había sentido tan cálidamente abrazado por última vez? La lengua de Chelsey jugó de nuevo con mi frenillo. Luego levantó su mano y amasó suavemente mis huevos.

Gemí. —Oh, Dios, ¿qué me estás haciendo?

Mi polla se puso aún más dura.

Quería a Chelsey ahora.

Le eché la cabeza hacia atrás y la levanté. —Ven. —Mi voz era ronca por la excitación. Me habría encantado tomar a Chelsey aquí mismo. Pero hoy quería admirar su cuerpo a fondo. Me quité la camisa y desabroché el sujetador de Chelsey. Chelsey dejó caer sus bragas al suelo.

La llevé al sofá, me dejé caer en él y subí a Chelsey sobre mis caderas. Mi polla se deslizó en ella sin esfuerzo. Chelsey no solo estaba húmeda. Estaba mojada. Le había excitado mamármela. Al darme cuenta, mi polla se puso aún más dura. La agarré por las caderas. Ella comenzó a moverse rítmicamente sobre mí. Sus pechos se balanceaban ante mis ojos. Una vista fantástica.

Levanté una mano y acaricié los pezones de Chelsey. Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás. Luego me cabalgó cada vez más rápido. Sus caderas se movían arriba y abajo. Adelante y atrás. Mi polla se ponía cada vez más dura.

Chelsey se inclinó muy hacia atrás.

—Oh, sí, nena. Sigue así —la animé.

Chelsey se inclinó aún más hacia atrás. Luego gimió fuertemente. Su vagina se contrajo alrededor de mi polla. Una vez. Dos veces. Tres veces.

—¡SÍIIII! —gimió, se inclinó de nuevo hacia delante y me miró directamente a los ojos. Su mirada estaba velada por el deseo.

Y en ese momento, yo también me corrí.

Capítulo 22

Chelsey

—No sé por qué mi abuela le da tanta importancia —refunfuñó Landon, frunciendo el ceño.

Me reí. —Solo dices eso porque no sabes cómo se hace.

—¿Y para qué iba a saberlo? Las corbatas son una reliquia arcaica de otra época. —Landon se pasó la corbata por el cuello y me miró, perplejo—. ¿Y ahora qué?

—Para ser una reliquia arcaica, las llevas puestas muy a menudo —le piqué a Landon.

—No me queda más remedio. Una reunión, el gobernador, mi abuela… —Landon se encogió de hombros.

—Ahora te enseño a anudarte la corbata —dije.

—Ya sé hacerlo solo. —Landon, de pie ante el espejo, pasó un extremo de la corbata sobre el otro. Luego hizo un lazo. Al ver el

resultado de sus esfuerzos, frunció el ceño, molesto—. ¿Por qué está tan torcido? —Tironeó de la corbata con rabia—. No puede ser tan difícil.

—Y no lo es. —Sonreí—. Pero, aunque sepas hacerlo tú solo, es bonito hacérselo a alguien. Mi madre siempre se lo hacía a mi padre y así aprendí yo. Más tarde, se lo hacía a mi hermano. Cuando se graduó en el instituto, le anudé la corbata. Y en las celebraciones familiares, también. —Me puse delante de Landon y le deshice la corbata, que estaba hecha un lío.

—Entonces seguro que puedes explicarme cómo se hace —gruñó Landon. Aún parecía molesto por no conseguir anudarse la corbata.

—Claro. No es tan difícil. Primero, tienes que pasar el extremo ancho por encima del estrecho y luego pasarlo por detrás. Después, haces lo mismo por delante, es decir, vuelves a poner el extremo ancho sobre el estrecho. A continuación, tienes que subirlo hasta el cuello y pasarlo por debajo del lazo que acabas de hacer. —Mientras hablaba, fui haciendo todos los movimientos. Luego apreté el nudo de la corbata de Landon y di un paso atrás.

Landon se miró en el espejo. —Ha quedado perfecto. Y, la verdad, no parece tan difícil.

—No es tan difícil —le aseguré—. Solo hay que practicarlo un par de veces.

Entonces volví a ponerme delante del espejo y me ajusté nerviosa mi vestido de cóctel negro. ¿Estaba bien colocado? ¿No sería el escote demasiado atrevido? ¿La elegante torera turquesa le pegaba de verdad o al final la combinación era demasiado colorida? La dependienta de *Saks Fifth Avenue,* uno de los grandes almacenes más elegantes de Nueva York, había asegurado que todo me

quedaba de maravilla. Pero no dejaba de ser una dependienta. Su trabajo era afirmar que estaba fantástica.

—Estás maravillosa —me aseguró Landon, posando su mano en mi culo. Mi piel se calentó. Como siempre que Landon me tocaba. ¿Cambiaría eso alguna vez?

Chelsey. No deberías pensar en eso ahora. Tienes que resultar creíble como su prometida ante su familia, ante su abuela. Como alguien que está por encima de las circunstancias. Tu futuro depende de ello. Si la familia piensa que Landon te conoció ayer, todo se descubrirá. Y entonces Landon jamás te pagará los doscientos mil dólares y te quedarás en la calle y sin nada.

Erguí los hombros.

—Vamos —dijo Landon en ese momento detrás de mí.

Media hora más tarde contemplé, asombrada, la fachada de la elegante casa unifamiliar a las afueras de Manhattan. La familia de Landon tenía que tener dinero. Mucho dinero. En esa parte de la ciudad no había sitio para grandes jardines, pero lo que la familia había hecho con el pequeño jardín delantero era asombroso. En verano, seguro que todo estaba verde y en flor. Ahora, en invierno, los arbustos y matorrales desnudos se escondían bajo un manto de nieve. Como por aquí no había mucho tráfico, la nieve aún estaba blanca e intacta.

En ese instante, se encendieron las luces. Los arbustos se iluminaron con cálidos tonos amarillos y blancos.

—Oh —dije.

—Mi abuela manda decorar los arbustos muy pronto todos los años —explicó Landon a mi lado—. Así, la primera nieve cae sobre ellos.

—Es precioso —susurré, y un ligero escalofrío me recorrió bajo el grueso abrigo. Entonces alcé la vista. Sobre la puerta había un pequeño balcón. La guirnalda de luces que habían colgado allí parecía una cortina de copos de nieve cayendo. ¿O quizá más bien gotas de lluvia? En cualquier caso, tenía un aspecto más elegante que nada que hubiera visto antes. A su lado, las decoraciones parpadeantes y ruidosas de otras ventanas y jardines parecían recargadas y de mal gusto.

—¿Y tus padres también viven aquí? —pregunté.

Landon se rio. —Para tanto no da la casa. Tienen una casa en Long Island y pasan allí la mayor parte del tiempo. Cuando están en Nueva York, usan un pequeño apartamento en Manhattan que compraron hace tiempo.

Asentí. Un pequeño apartamento en Manhattan. Probablemente era más grande que cualquier piso en el que yo hubiera vivido.

—¡Landon! —La puerta se abrió y una señora menuda con rizos de color gris plateado apareció en el umbral—. ¿Qué hacéis tanto rato ahí fuera? ¡Os he visto perfectamente por la ventana del salón! ¡La pobre chica se va a morir de frío! ¿Por qué no entráis? —La abuela de Landon miró a su nieto con severidad.

Luego sus ojos se posaron en mí y su mirada se suavizó. —Así que tú eres la prometida de Landon.

Tragué saliva. ¿Qué debía decir? La idea de mentirle a aquella amable anciana me hacía sentir fatal.

—Soy Chelsey —respondí finalmente.

—Entrad, niños —dijo la abuela, haciéndonos señas para que pasáramos—. A lo mejor a vosotros no os importa el frío, pero yo ya no soy una jovencita y no me gusta estar tanto tiempo aquí fuera.

Landon me puso una mano en la espalda y me guio hacia el interior. —Contigo es especialmente amable —me susurró al oído.

Al entrar por la puerta, la abuela de Landon me dio un beso en la mejilla. Le devolví el gesto. —Tienes que contármelo todo —anunció la abuela en cuanto cerró la puerta a mi espalda y me llevó hacia el salón—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Qué planes de futuro tenéis? ¿Y dónde os conocisteis? —Entonces, la abuela de Landon sonrió—. Por cierto, puedes llamarme abuela Vera.

—Es… es usted muy amable —tartamudeé, completamente abrumada por el recibimiento. Me había imaginado a la abuela de Landon de una manera totalmente distinta. Mucho más distante y estricta. Alguien que se ceñía a las normas y no toleraba ninguna desviación.

—¿Qué es lo que más te gusta de Landon? —quiso saber la abuela Vera.

—Eh… pues… —Por mi cabeza pasaron unos cuantos pensamientos que, definitivamente, NO quería compartir con la abuela Vera. Ni con nadie más.

En ese instante sonó el timbre. —Voy yo —anunció Landon—. Seguro que son mamá y papá.

—Me alegro tanto de que estés aquí. —La abuela Vera me examinó de pies a cabeza—. Vas muy elegante. Y también me gustas mucho más que Libby.

Respiré aliviada. Esa prueba ya la había superado.

—El repartidor de las flores. —Landon volvió al salón, seguido de un hombre que llevaba un ramo tan enorme que apenas se le veía la cara—. ¿Dónde tienes los jarrones? —le preguntó Landon a su abuela.

—Voy a por uno a la cocina —anunció la abuela Vera y desapareció.

—Te ayudo. —Landon la siguió.

En ese momento, el repartidor dejó el ramo sobre la mesa.

Me quedé helada.

—¡Vaya, vaya, a quién tenemos aquí! ¡Menuda sorpresa! —El hombre se me acercó y soltó una risita maliciosa—. Chelsey.

—Geoffrey —tartamudeé al cruzarme con la mirada de mi antiguo casero.

—Conque ahora te codeas con la flor y nata de la sociedad neoyorquina. Después de largarte sin más y dejarme tirado, ahora eres una invitada de los Goleman. —Geoffrey negó con la cabeza—. Vaya pájaro te has buscado. Todo el mundo en Nueva York conoce ese apellido. Todo el mundo sabe lo ricos que son. Y tú… tú ni siquiera pagas por los daños que me causaste, simplemente te esfumas.

Me quedé clavada en el sitio, mirando fijamente a Geoffrey. Me habría encantado cantarle las cuarenta, pero tenía un nudo en la garganta. ¿Qué dirían Landon y su abuela si encontraban a Geoffrey aquí? Entonces se descubriría todo. La abuela Vera se enteraría de que en realidad no era la prometida de Landon, sino que nos conocíamos desde hacía poco. Me echarían de la casa a patadas. Yo…

—¿Qué dirían los Goleman si supieran esto? —Geoffrey se acercó aún más a mí y me echó el aliento en la cara. Me estremecí—. ¿Seguirías siendo tan bienvenida aquí? —Geoffrey miró con atención el elegante salón. En la gran chimenea de ladrillo crepitaba un fuego acogedor. Pero en ese momento sentía frío. Más frío que nunca.

¿Cómo podía librarme de Geoffrey?

La abuela Vera no podía enterarse de nada bajo ningún concepto.

Me aclaré la garganta varias veces para deshacer el nudo que tenía. —Yo… pasaré a verle la semana que viene, Geoffrey —le prometí—. Entonces lo hablamos todo y seguro que encontramos una solución. —En ese momento, tampoco sabía cuál podría ser esa solución. Para mí, solo una cosa estaba clara: tenía que deshacerme de Geoffrey ya.

Geoffrey soltó una risa burlona. —No esperarás que me crea eso sin más, después de cómo te esfumaste sin decir ni pío la última vez. —Geoffrey me miró con desprecio—. «Pasaré a verle la semana que viene, Geoffrey» —me imitó.

—No estuvo bien por mi parte —admití. En ese momento, ni yo misma estaba segura de lo que estaba bien y lo que estaba mal. ¿Debería haberme quedado y explicárselo todo a Geoffrey? ¿Hablar con él de la indemnización por los daños?

—Solo porque ahora estés liada con Landon Goleman no puedes tratar a los demás como a una mierda —me siseó Geoffrey al oído. Una gotita de saliva me cayó en la mejilla.

—Por favor, Geoffrey, váyase ya. Le prometo que arreglaremos este asunto. —Mi voz había adoptado un tono suplicante. Odiaba sonar así, pero en ese instante no podía evitarlo.

—Eso quisieras tú. —Geoffrey bufó—. De ti ya me he fiado demasiadas veces. Pero ya me voy conociendo los trucos que tenéis las mujeres. No voy a volver a pasar por eso. —Geoffrey retrocedió un paso y se cruzó de brazos—. Si quieres, puedes intentar sacarme a rastras. —Se rio con malicia.

Cerré los ojos, desesperada.

¿Qué podía hacer?

¿Cómo iba a salir de esta?

¿Debería ir a la cocina y, con cualquier pretexto, hacer que Landon viniera para que echara a Geoffrey de la casa?

Eso no mejorará las cosas, Chelsey. La abuela Vera se enterará de todo y preguntará por qué hay tanto alboroto y quién es Geoffrey, y entonces todo se descubrirá y el cumpleaños acabará en un escándalo en lugar de en una celebración.

Eso no lo quería bajo ningún concepto.

No lo quería por mí.

No lo quería por Landon.

Y no lo quería por la abuela Vera, a quien ya había cogido cariño en los pocos minutos que habíamos hablado. Toda su presencia, su forma de ser atenta y su cálida bienvenida habían sido más de lo que esperaba. Con eso, se había ganado mi corazón en el acto.

No, no quería arruinarle el cumpleaños.

Pensé febrilmente.

Entonces abrí los ojos. Me quité del dedo el anillo que Landon me había dado. Un gran diamante rosa rodeado de varios diamantes más pequeños. Al fin y al cabo, tenía que resultar creíble como prometida de Landon. Y eso incluía llevar un anillo.

—Tome esto. Como fianza. —Le puse el anillo en la mano a Geoffrey —. Mañana vendré a recuperarlo.

Geoffrey cogió el anillo. Luego, riéndose, lo dejó de nuevo sobre la mesa. —Esta cosa es tan falsa como tu risa. No existen diamantes de este tamaño.

En ese instante sonó el móvil de Geoffrey. Con una mirada de advertencia hacia mí, contestó la llamada.

—Sí —gruñó al cabo de un rato—. Sí, voy enseguida. No, no se me ha olvidado.

Volvió a escuchar.

—No, no estoy descansando.

Contuve la respiración. ¿Sería el jefe de Geoffrey, enviándolo al siguiente cliente? Tenía toda la pinta.

Geoffrey terminó la llamada. Se guardó el móvil, escupió una vez en dirección al anillo y siseó: —Ni se te ocurra pensar que te vas a escapar de mí tan fácilmente. Ahora ya sé dónde encontrarte. En casa de los Goleman. —Luego se dio la vuelta y se marchó sin decir una palabra más.

Respiré aliviada.

La tensión se desvaneció.

Tendría que ocuparme de este asunto, pero no ahora y no hoy.

—Este jarrón debería valer. —En ese momento, Landon和 su abuela salieron de la cocina—. ¿Qué te parece, Chelsey? —La abuela Vera me miró—. Estoy segura de que tienes un gusto excelente, querida.

—Ahí vienen mamá y papá —anunció Landon. Señaló por la ventana —. Ese es su coche. Voy a abrirles.

—Seguro que les caes bien. —La abuela Vera me sonrió—. Eres exactamente la incorporación adecuada para nuestra familia.

Le devolví la sonrisa, deseando en ese momento más que nada que las palabras de la abuela Vera se hicieran realidad. Que yo fuera de verdad una incorporación para la familia. Y que realmente fuera la prometida de Landon. Que todo esto no fuera solo una farsa.

Había parecido tan real.

Los últimos días con Landon habían parecido tan reales.

Pero seguía sin tener ni idea de lo que él pensaba.

¿Estaba simplemente interpretando su papel?

¿O de verdad sentía algo por mí?

Capítulo 23

Chelsey

Landon se había ido a trabajar y yo, como todos los días, estaba sola en el ático. El día no se diferenciaba en nada de los anteriores y, sin embargo, todo parecía muy distinto. El cumpleaños de la abuela de Landon ya había pasado. Después de que Geoffrey por fin se marchara de la casa, todo había ido sobre ruedas. Los padres de Landon me habían acogido con tanto cariño como su abuela y yo me había sentido de verdad como si fuera un miembro de la familia. Por una tarde, me lo había creído. La comida había estado absolutamente deliciosa, preparada, por supuesto, por la cocinera que atendía a la abuela de Landon todos los días. En algún momento se celebraría una fiesta más grande con el resto de la familia, amigos y conocidos. En verano, cuando se pudiera celebrar al aire libre.

¿Debería estar yo también allí?

¿Como la prometida de Landon?

¿Nuestro juego continuaría tanto tiempo?

¿Acaso seguía siendo un juego?

Después de la fiesta, Landon y yo habíamos vuelto a casa juntos como si fuera lo más natural del mundo. Habíamos tenido sexo y esa mañana Landon se había levantado para ir a trabajar. Me había besado y había murmurado algo que sonó como «Hasta esta noche».

Y ahora estaba de pie junto a la ventana del ático, contemplando los copos de nieve danzantes, que caían cada vez más y más densos. El perfil de Nueva York apenas se distinguía ya. Para hoy se habían pronosticado fuertes nevadas y un viento intenso. Se temía incluso que una ventisca azotara la costa este, con masas de nieve inimaginables y mucho aire frío. Me estremecí. Durante una ventisca, lo mejor era guarecerse dentro y esperar a que pasara. Ojalá Landon llegara a casa a tiempo.

A casa.

Por segunda vez en pocos minutos, había sentido que el ático era mi hogar. Y es que lo era. No solo porque no tuviera otro lugar al que ir, no, era más que eso: era el lugar donde me sentía a gusto. El lugar donde… bueno, donde estaba en casa.

Y este sentimiento no se debía a los grandes ventanales panorámicos, los muebles elegantes y la bonita cocina. Era Landon quien me daba esa sensación. El hombre que me había prometido doscientos mil dólares si me hacía pasar por su prometida.

Todavía no había recibido el dinero.

¿Debería preguntarle a Landon esta noche? Necesitaba el dinero con urgencia para seguir construyendo mi futuro. Había que tomar

decisiones, y era imperativo hacerlo ya. ¿Qué pasaría con la cafetería? Hasta ahora, el nuevo propietario no se había puesto en contacto conmigo. Podía ser una buena señal. Quizá estaba demasiado ocupado y se alegraba de tener una inquilina de fiar. Pero también podía ser una mala señal. Quizá estuviera trabajando en sus propios planes y solo quisiera contactar conmigo cuando lo tuviera todo preparado.

Pero, de todas formas, no podía tomar ninguna decisión hasta que no hablara con Landon.

Me quedé mirando la nieve. ¿Me equivocaba o los copos ya eran más densos que antes?

Ain't No Mountain High Enough.

¿Qué era eso?

Ah, sí, claro, el timbre.

¿Se le había olvidado algo a Landon?

Nunca antes había sonado el timbre cuando estaba sola en el ático. Ni tampoco cuando Landon estaba aquí.

Encogiéndome de hombros, fui a la puerta y abrí.

—Hoooooola...

Me quedé mirando a la mujer con incredulidad. Pero si era… ¿era la ex de Landon? ¿La mujer que ya había venido hace unas two semanas? Por su culpa había empezado todo el lío entre Landon y

yo. Landon había dicho que estaba prometido conmigo y había despachado a su ex. Luego me había besado y habíamos acabado juntos en la cama.

¿Qué hacía su ex aquí?

Y, sobre todo, ¿qué hacía aquí con ESA facha?

Libby —¿recordaba bien su nombre?— se había abierto el abrigo y se exhibía en una provocativa lencería negra. Medias de charol con liguero. Un tanga que apenas cubría lo imprescindible. Y un sujetador también de charol, a juego con las medias, que mostraba más de lo que ocultaba.

En cualquier otra persona, el conjunto seguramente habría logrado el efecto deseado. Ardiente. Sexy. Excitante. Pero en Libby resultaba de mal gusto.

Pero, en fin… ¿qué hacía aquí con ESA facha?

—Oh, perdone. —Libby soltó una risa artificial. Olfateé. Su aliento olía a alcohol. Claramente. Lo noté incluso aunque no estábamos especialmente cerca. —No sabía que estaba usted aquí. Pensaba que Landon estaba solo.

—No está —dije bruscamente, con la intención de volver a cerrar la puerta. Landon había dejado claro que no quería saber nada más de Libby. Y yo, desde luego, quería saber aún menos.

—¿Y cuándo vuelve? —Libby se adelantó y metió un pie en la puerta para que no pudiera cerrarla—. Quería… quería darle las gracias y darle una pequeña sorpresa. —Libby soltó una risita. Se suponía que debía parecer tímida, pero en realidad resultaba simplemente vulgar.

—No quiere que le den sorpresas. Ya se lo dijo en su última visita. —Supuse que era hora de ser un poco más clara.

—Bueno, eso fue hace dos semanas. Entretanto, ha pasado el tiempo y han ocurrido cosas… —Libby levantó las manos. Al hacerlo, su abrigo se abrió un poco más, dejándome ver bien su figura y la provocativa lencería.

—Landon no quiere verla —repetí.

Libby soltó una risita. —Ay, cariño, qué ingenua eres. Solo porque te besara en mi última visita…

—Eso no es asunto suyo. —Sentí que el rubor me subía a las mejillas. Lo que había entre Landon y yo, en efecto, no era asunto de su ex.

—Y aunque se haya dado un festín contigo… eso le pasa de vez en cuando. —Libby me guiñó un ojo—. Ya era así durante nuestro matrimonio. Es así ahora. Y siempre lo será. Landon no es un hombre que se comprometa con una sola mujer. Es un hombre que aprecia la variedad. Y le gusta volver a lo que ya conoce. —Al decir esto, Libby se relamió los labios—. Él es así. —Se encogió de hombros.

—¿Qué… qué quiere decir? —balbuceé.

—Por Dios, cielo. También tenía aventuras constantemente durante nuestro matrimonio. —Libby se encogió de hombros—. Ahora estamos divorciados, pero eso no significa que ya no signifique nada para él. Todo lo contrario. Si no, no me habría comprado esa cafetería.

—¿Qu-qué? —Todo me daba vueltas en la cabeza. No conseguía seguir a Libby.

—Siempre quise ser mi propia jefa y hace unos días me topé por casualidad con un edificio en venta. *CC – Chelsey's Coffee*. El edificio se quemó y el dueño quería quitárselo de encima por poco dinero. Algo así. —Libby se cerró el abrigo—. Perdona, pero está empezando a hacer un poco de frío. Aunque este conjunto no es para ti. —Volvió a reír—. Bueno, el caso es que le señalé a Landon esta oportunidad y le pedí que comprara el edificio y me diera la cafetería a cambio del soplo. Y él aceptó encantado.

—¿*CC – Chelsey's Coffee*? —Al hacer la pregunta, no reconocí mi propia voz. Sonaba tan hueca y vacía como me sentía. ¿Landon había comprado MI cafetería para su ex? ¿MI cafetería? Tenía que ser un malentendido. Simplemente, no podía ser. Landon sabía perfectamente cómo se llamaba mi cafetería y lo que significaba para mí. Se lo había contado todo yo misma la noche antes de que me ofreciera doscientos mil dólares por hacerme pasar por su prometida. La noche en que acabamos juntos en la cama por primera vez.

Se me formó un nudo enorme en la garganta.

Tranquila, Chelsey. Todo esto es solo un malentendido. Seguro que ha sido de otra manera. Quizá no ha comprado la cafetería para Libby, sino para ti.

Eso era.

Tenía que ser eso.

—Exacto. *CC – Chelsey's Coffee* —confirmó Libby—. La ubicación no es ideal, claro, pero creo que puedo sacarle partido. Seguro que Landon me echa una manita más. —Hurgó en el bolsillo de su abrigo —. Soy la nueva propietaria. —Libby me puso una hoja de papel delante de las narices.

Le arranqué la página de la mano y leí.

Era verdad.

Ahí estaba.

Negro sobre blanco.

Libby era la nueva propietaria de mi cafetería. Se me nubló la vista y me apoyé contra la pared.

¿Cómo había podido equivocarme tanto con Landon?

¿Cómo había podido traicionarme de esa manera?

¿Era un hombre que compraba a las mujeres? A mí me prometía doscientos mil dólares por hacerme pasar por su prometida y a su exmujer le compraba una cafetería para que siguiera complaciéndole. ¿Qué clase de persona hacía algo así?

Pequeños puntos negros danzaban ante mis ojos. Apenas podía respirar y el labio inferior empezó a temblarme.

No llores, Chelsey. No llores. Bajo ningún concepto te pongas a llorar delante de esta mujer.

Tragué saliva con fuerza para contener las lágrimas que asomaban. Una vez. Dos. Tres. Por suerte, el rellano no estaba muy iluminado. Con un poco de suerte, Libby no se daría cuenta de que tenía los ojos húmedos.

—Landon siempre ha sido generoso —rio Libby entre dientes—. Cada vez que tenía una aventura, después se mostraba extremadamente espléndido. A veces me preguntaba cuándo se decidiría a liarse con otra mujer. Sobre todo cuando veía algo bonito en una tienda y lo quería a toda costa. —Volvió a soltar una risita—. Claro que no se puede ser demasiado remilgada si se quiere vivir con un hombre así.

No respondí.

—Aquella vez, cuando se lió con la empleada del hogar, fue cuando más generoso estuvo. Bueno, era lo apropiado. Al fin y al cabo, los dos tuvieron sexo en nuestra cama de matrimonio. —Libby volvió a negar con la cabeza—. Al final no pude perdonárselo, por muy bonito que fuera el anillo que me regaló. Por eso nos divorciamos.

—Yo… —De mi garganta salió un graznido. Simplemente, no conseguía articular una frase completa.

—Las empleadas del hogar siempre le han atraído. Si una mujer pasa mucho tiempo a su alrededor, simplemente no puede quitarle las manos de encima. —Libby se encogió de hombros. Me examinó de arriba abajo—. Espero que no le hayas dado demasiada importancia a lo vuestro, aunque te llame su prometida. —Volvió a reír—. Landon ha estado en la cama con mujeres mucho más guapas que tú. Pero a la que siempre ha vuelto, esa soy yo. Y cuando me compró la cafetería, entonces supe que de verdad le importo.

Miré fijamente a Libby.

—Y ahora quería darle las gracias de una vez. Espero que no te moleste. —Libby pasó a mi lado y entró en el ático.

—Usted… usted miente —grité en ese momento. Toda la desesperación que había contenido hasta entonces estalló.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Libby me miró con sorna—. Y esto, ¿ya se te ha olvidado? —Señaló la hoja de papel que sostenía en la mano.

Cuando volví a mirarla, la mano me temblaba. *CC – Chelsey's Coffee*. Comprada por Landon, para su exmujer.

Ahí lo tenía, negro sobre blanco.

¿Cómo podía seguir dudando?

—Tu tiempo aquí se ha acabado, querida. Deberías hacerte a la idea. Creo que la única empleada del hogar que Landon no se ha follado fue la que estuvo aquí antes que tú. Supongo que le pareció un poco demasiado punki y plana de pecho.

Coral.

Libby hablaba de Coral.

—Bueno, yo voy a ponerme cómoda en el dormitorio y a esperar a Landon allí. —Libby sonrió—. Si tú también quieres estar aquí, a MÍ no me importa. A Landon probablemente tampoco. Pero no queremos espectadores, y ya te aviso: puedo ser bastante ruidosa.

Es que Landon también es un amante magnífico. —Libby se relamió los labios con deleite.

El dolor en mi cuerpo se intensificó hasta volverse insoportable. No aguantaba ni un momento más aquí.

—Usted miente —grazné de nuevo, cogí mi abrigo del perchero y salí corriendo del ático.

Lejos. Tenía que irme lejos.

Pero al llegar frente al ascensor, cerré los ojos y respiré hondo. Al mismo tiempo que mi respiración, mis pensamientos también se calmaron.

¿Y si Libby mentía?

Pensé en la confirmación de compra. Negro sobre blanco.

Eso también puede estar falsificado, Chelsey.

Hablaría con Landon.

Ahora mismo.

Capítulo 24

Landon

Cavilando, me quedé mirando la densa nevada frente a mi ventana. El invierno había entrado por fin de lleno en Nueva York. Las quitanieves trabajaban a pleno rendimiento. Por suerte, el trayecto desde mi ático hasta el trabajo no era especialmente largo y discurría por algunas de las arterias principales de Manhattan, que ya estaban otra vez despejadas. No había tardado mucho más que de costumbre. Pero si seguía nevando así todo el día, las quitanieves no darían abasto y esta tarde las calles volverían a quedar cubiertas por una densa capa blanca.

Pero ya conseguiría llegar a casa.

Con Chelsey.

En algún momento de esa noche desde el cumpleaños de mi abuela, había tomado una decisión. Le pagaría a Chelsey los 200.000 dólares como habíamos acordado. Luego le ofrecería reabrir su cafetería en un local mejor. Junto al Empire State Building, tal y como me lo había imaginado. Aún no había encontrado el momento de hablar

con Chelsey de ello. Cada vez que estaba a su lado, la pasión me desbordaba.

Ni siquiera después de todas las noches juntos me saciaba de Chelsey.

Ya me había pasado varias veces por la cabeza que no sabía imaginar mi vida sin ella. Cada vez me parecía más acertado y mejor. Sobre todo, se sentía muy distinto a cuando conocí a Libby.

Nunca había vivido algo así.

¿Quizá debería irme ya a casa?

Volver sin más, sorprender a Chelsey y contárselo todo.

También eso se sentía… justo, exactamente, lo que tocaba.

Cogí el abrigo, me lo puse y abrí la puerta.

—¿Landon Goleman?—. Un hombre visiblemente alterado estaba ante mí.

—El mismo—, asentí—. ¿Qué pasa? ¿Es urgente?—. Estaba decidido a darle largas para otro momento. No tenía cita. De eso estaba seguro. Tenía la agenda libre esta mañana.

—Tengo que hablar con usted—. El hombre se hinchó.

Alcé las cejas. Quien se da importancia suele no tenerla. La gente verdaderamente relevante no necesitaba inflarse. A menudo eran incluso más bien discretos.

—Pida por favor una cita. Ahora tengo que salir por un asunto urgente—, le indiqué al hombre e hice ademán de cerrar la puerta tras de mí.

El hombre no se movió ni un milímetro.

—¿Pasa algo más?—pregunté, molesto. Maldita sea, debería dar gracias por conseguir siquiera una cita. No era precisamente lo normal. Se había plantado aquí sin más y ni siquiera se había presentado.

—Sí. Lo que tengo que decir no puede esperar—. El tipo frunció el ceño.

—Pero tendrá que esperar—. Miré al hombre con desagrado y me prometí no darle cita alguna. Con alguien que se comportaba así no quería tener nada que ver.

—¿Va usted a ver a su prometida? ¿Chelsey Hamilton?—. El tipo alzó una ceja.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo sabía siquiera de Chelsey? Pero no dejé entrever nada.—¿La conoce?—pregunté simplemente.

El hombre sonrió.—Se puede decir que sí. Claro que la conozco—. Se relamió con gusto.—La pequeña no está nada mal, ¿eh?

—¿Qué quiere?—Negué con la cabeza.

—Decirle la verdad sobre Chelsey—. El hombre asintió con intención.

—¿La verdad?—Negué con la cabeza.—Conozco lo bastante a Chelsey como para formarme mi propio juicio—. Examiné al hombre con dureza.—¿Quién es usted, para empezar?

—No siempre se conoce a las personas tan bien como uno cree—. El hombre sonrió con doble sentido.—Y puedo asegurarle que no conoce a su sweetheart tan bien como piensa.

—¿Quién es usted?—repetí.—Aquí puede aparecer cualquiera y soltar lo que le venga en gana. ¿Cómo ha subido siquiera hasta aquí?

El tipo resopló.—Debería hablar con su recepción. Si uno suelta suficientes afirmaciones, pasa—. Sonrió.—Y para responder a su pregunta, fui el casero de Chelsey. Geoffrey Genes.

—¿El tipo que la echó?—se me escapó.

—Ah, eso le ha contado…—El hombre asintió.—Ya me lo figuraba. La chiquilla es más lista que el hambre.

Crucé los brazos. Tras lo que Chelsey me había contado, era de esperar que su antiguo casero no la tuviera en buena consideración. ¿Por qué iba a creerle una sola palabra?

—Supongo que no le ha contado los destrozos que me hizo antes de largarse sin decir ni pío—. Geoffrey Genes alzó la mano.—Primero, los daños por agua—. Señaló su pulgar.—Dejó desbordar la bañera a propósito. Ignoró cualquier requerimiento para participar en la reparación—. Geoffrey Genes indicó su dedo índice.—Luego montaba fiestas salvajes y los invitados me dejaron las paredes hechas un asco y destrozaron el piso entero.

—Ya—, hice.—¿Y quién me garantiza que no está usted contando un montón de trolas?

Geoffrey prosiguió imperturbable:—Después de presentarle a Chelsey una factura, desapareció. Viéndolo con perspectiva, no podía esperar otra cosa. Decidí vender su ropa para cubrir al menos parte de los costes. Pero tuvo la desfachatez de volver y llevarse las cosas. Entonces llamé a Frank… mi abogado—. Geoffrey sacó un escrito del bolsillo.—Por desgracia, no tenía nueva dirección de Chelsey y fue imposible dar con ella porque, casualmente, el mismo día se incendió su cafetería. pura casualidad, claro—. El tono de Geoffrey dejaba claro que no creía en esa casualidad.

—¿Puedo ver el escrito?—Señalé la carta que Geoffrey tenía en la mano.

Me la tendió.—Por favor, por favor.

Eché un vistazo al escrito. Los datos coincidían con lo que Geoffrey acababa de contarme. El membrete era de un bufete pequeño de Nueva York que no conocía. Pero eso no significaba nada. Aquí abogados había a patadas y, a tenor de la sensación, todos montaban un despacho para hacerse ricos rápido. Unos años después, la mayoría estaban en quiebra. Pero que Geoffrey hubiera recurrido a un abogado al menos indicaba que algo había detrás. No encargaría a nadie y asumiría unos costes potencialmente altos si todo fuese inventado, ¿no?

Por primera vez, una duda se abrió paso en mí.

¿Quién era de verdad Chelsey?

En el fondo, apenas la conocía.

Ni siquiera sabía si de verdad era prima de Coral.

Todo había ido tan deprisa.

Llegué al final del escrito. Me quedé clavado en las últimas líneas.—¿Chelsey robó dinero?—pregunté. Geoffrey Genes no lo había mencionado aún.

Resopló.—Se ganó mi confianza. Ella…—Geoffrey se encogió de hombros.—En fin, me metió en su cama. Una caliente, se lo aseguro—. Geoffrey volvió a relamerse.—Yo me follaría a la pequeña otra vez, sin dudar. Le daría tan duro que se le iban a cruzar los ojos. La haría gemir de placer hasta que se quejaran los vecinos. Sus tetas están bastante buenas, ¿a que sí?

Agarré a Geoffrey Genes por el cuello de la chaqueta.—Deje de hablar así—. Lo levanté un poco y lo zarandeé.—Le he preguntado por el dinero. No me interesan los detalles de su vida íntima.

—Vale, vale—. Geoffrey asintió.—Pensé que querría saberlo. Al fin y al cabo, se está tirando ahora a la pequeña, ¿no? ¿O qué otra cosa hacía usted en el cumpleaños de su abuela?

—¿Cómo sabe eso?—le sisé, y volví a sacudirlo.

—Suélteme de una vez, hombre—, se quejó.

—¿Cómo?—Zarandeé al tipo.

—Trabajo de repartidor de flores. Le llevé flores a su abuela y fue Chelsey quien abrió la puerta. ¿Contento?—. Geoffrey Genes sorbió por la nariz.

Lo solté.—¿Y qué hay del robo?—. Una parte de mí seguía sin querer creer a Geoffrey. No podía ser cierto lo que estaba contando. Pero, por otra parte… todo empezaba a sonar verosímil.

—Confié en ella. Y se llevó los 10.000 dólares que tenía escondidos bajo la cama. Eran todos mis ahorros—. Geoffrey Genes alzó las manos al cielo, acusador.—Se lo conté durante… bueno, durante un rato que pasamos juntos, y luego me traicionó.

—¿Y qué quiere ahora aquí?—pregunté con brusquedad. Quería quitarme de encima a Geoffrey Genes cuanto antes.

Tenía que pensar.

Si me estaba diciendo la verdad, entonces… entonces había caído en manos de la mayor estafadora que había conocido.

—Quiero advertirle—. Geoffrey Genes me miró con ojos de cordero. —Si no me equivoco, su familia tiene una fortuna nada desdeñable. Para alguien como Chelsey Hamilton eso es un caramelo. Debería tener cuidado—. Geoffrey Genes asintió con energía.

Las ideas se me agolpaban en la cabeza.

¿Y si tenía razón?

Entonces había dejado entrar en mi vida a una miserable estafadora. Había dado mi confianza a alguien peor que Libby.

Una rabia caliente me prendió dentro.

Esa mujer se iba a enterar.

Se iba a enterar.

La echaría del ático con todas sus cosas. Llegaría a desear haberse quedado con Geoffrey Genes.

Tranquilo, Landon. Puede que él mienta.

Pero ¿cómo podía averiguar quién mentía y quién decía la verdad? Chelsey negaría seguro todas las acusaciones. Por supuesto. O bien las acusaciones eran infundadas o Chelsey era una estafadora consumada que no iba a delatarse. En ambos casos, Chelsey negaría lo que Geoffrey afirmaba: una vez con razón y otra sin ella.

—Y la cafetería también se incendió—. La voz de Geoffrey Genes me sacó de mis cavilaciones.—Estoy bastante seguro de que ahí tampoco todo fue limpio. Probablemente fraude al seguro.

—Si no tenía ni seguro—, respondí automáticamente.

Geoffrey Genes soltó una risita nasal.—No debería creerse todo lo que cuenta. Seguro que tenía dos pólizas y cobra de ambas. Y encima le pide a usted ayuda.

Di un paso atrás.

—Así que tengo razón—. Geoffrey Genes enseñó los dientes.

—Eso no le incumbe—. Difícilmente se podía llamar ayuda a los 200.000 dólares. Al fin y al cabo, se los había ofrecido a Chelsey a cambio de sus… sus servicios como prometida.

¿Y lo de la cafetería junto al Empire State Building que pensaba facilitarle?

De eso no te ha pedido nada, Landon.

Pero, por otro lado, Chelsey me había hablado tantas veces de cafeterías estupendas que le gustaría tener… ¿me había manipulado y había metido la idea en mi cabeza sin que me diera cuenta?

¿A quién había presentado yo a mi familia?

—Quise contactar con el dueño de la cafetería, pero por lo visto vendió el edificio y se fue de Nueva York—. Geoffrey Genes negó con pesar.

De pronto pensé en la pequeña caja fuerte detrás del cuadro de mi despacho. Chelsey la conocía seguro. Seguro. Al fin y al cabo, limpiaba mi piso. Y me había visto sacar de allí, el día del cumpleaños de Oma Vera, las joyas que debía llevar Chelsey.

Conocía la combinación.

¿La habría vaciado ya?

Yo miraba dentro rara vez.

¿Quizá se lo había llevado todo y solo esperaba cobrar los 200.000 dólares? ¿O quizá ya se había esfumado? Las joyas valían bastante más que 200.000 dólares.

Me iría a casa para comprobar la caja fuerte. Entonces tendría todas las respuestas que necesitaba. Sabría quién era Chelsey y qué

tramaba.

Por suerte, aún no le había transferido los 200.000 dólares.

Y por suerte no le había entregado mi corazón a Chelsey.

—Si me disculpa—. Miré a Geoffrey Genes sin expresión.—Tengo que ocuparme de un asunto urgente.

—¿Va a poner firme a la pequeña?—. Geoffrey Genes soltó su risa de cabra.—Puedo acompañarle si quiere.

—Hay cosas más importantes en mi vida—, mentí.

Entonces aparté a Geoffrey Genes y salí disparado.

Capítulo 25

Chelsey

Las puertas del ascensor se abrieron.

¡Por fin! Solo quería marcharme y volver a aclarar mis ideas.

Sorbí por la nariz, levanté la vista e iba a entrar en el ascensor.

Entonces, alguien salió de la cabina.

Landon.

—¿Qué...? —balbuceé.

—¡Ahí estás! —siseó Landon, agarrándome por la muñeca—. ¿Querías largarte, eh?

—Yo quería... —empecé a decir.

—Conmigo no. —Landon salió del ascensor. Estábamos entre la puerta de su ático y el rellano de la escalera. El ático era el único piso de esa planta. Nadie pasaría por allí.

Landon me miró fijamente con unos ojos tan oscuros que el negro de la pupila no se distinguía del negro del iris. Pero esta vez su mirada no era anhelante ni ardiente. Si no hubiera sabido la verdad, habría jurado leer en ella rabia y decepción. Pero no podía ser. Él era quien me había traicionado.

—Me has mentido. —La voz de Landon era tan fría que me dio un escalofrío. De repente, el rellano bien caldeado me pareció más frío que el exterior. Me estremecí. Y, de pronto, me invadió la rabia.

Había creído en Landon, había creído que era alguien especial para él, me había sentido como si me estuviera extendiendo la alfombra roja y casi como si me llevara en volandas. Había sentido cómo la atracción que había notado entre nosotros desde el principio se había transformado en algo más íntimo.

Había creído sentirlo.

Todo había sido mentira.

¿Y ahora resultaba que la mentirosa era yo?

—¡El mentiroso aquí eres TÚ! —le espeté a Landon en la cara con todas mis fuerzas—. Me has traicionado como nadie lo había hecho nunca. ¡Has destrozado mi vida y has destruido mi futuro!

—¿Yo? ¿Destrozado tu vida? —Landon se rio con desdén. Sonaba aún más frío que antes. Me estremecí—. Qué fácil es hablar. Eres tú la que se presentó en mi puerta sin un céntimo y sin un techo bajo

el que cobijarse, y contenta de tener un trabajo. —Landon levantó la voz—. ¿Que yo he destrozado tu vida? ¡De eso ya te has encargado tú solita! ¡Cada uno es responsable de sus propios actos!

Me quedé mirando al hombre que creía que significaba algo para mí y para quien creía que yo significaba algo.

¿De verdad estaba pasando esto?

—¡Te acuestas con cualquier hombre que conoces para desplumarlo! —Mientras yo todavía estaba pensando en lo que sucedía y en cómo reconducir la conversación, Landon volvió a atacarme.

—¿Cómo? —Esta vez no daba crédito a lo que oía.

—Te acuestas con hombres y luego quieres sus fortunas. —Landon me miró con frialdad—. Antiguamente a eso se le llamaba ser una cazafortunas. Por eso habrías acabado en la cárcel. Hoy en día todo es diferente. Seguramente nadie te ha denunciado por pura vergüenza. —Resopló—. Menos mal que he llegado antes de que pudieras largarte.

Miré fijamente a Landon. —¿QUE YO quiero tu fortuna? ¿CÓMO puedes decir algo así? TÚ me ofreciste doscientos mil dólares por hacerme pasar por tu prometida en el cumpleaños de tu abuela. Lo hice. Hice de prometida. Pero hasta ahora no he visto ni un céntimo de ese dinero. ¿Creíste que podías despacharme con un viajecito barato a Colorado? —Mi voz fue subiendo hasta alcanzar un crescendo.

—¡Claro! Estaba claro que ahora mencionarías el dinero. Es lo único que te importaba. Solo eso. —Una vena en la sien de Landon empezó a palpitar.

—¿Qué está pasando aquí? —La puerta del ático se abrió desde dentro. Ante nosotros apareció Libby—. Oh, Landon —dijo radiante al ver a su exmarido—. Qué bien que hayas vuelto tan pronto. No te esperaba todavía.

Tragué saliva. Por nada del mundo quería que Libby viera lo mucho que me estaba afectando todo aquello.

Landon miró a Libby sin expresión.

—Pero no hay problema —canturreó Libby—. Estoy lista y más que dispuesta a mostrarte mi gratitud. Ha sido un detalle tan bonito por tu parte que compraras la cafetería para mí.

Landon se limitó a asentir.

—Era lo que habíamos acordado.

En ese instante, sentí como si alguien me clavara un cuchillo por la espalda y me lo hundiera directamente en el corazón. Hasta ese momento, una pequeña, una diminuta parte de mí había seguido creyendo que quizás Libby me había mentido. El documento podría ser falso. Pero ahora Landon lo confirmaba todo con un asentimiento. Con un maldito asentimiento y una frase corta. Para él, no merecía más. No era importante. YO no era importante para él. Había comprado mi cafetería y la había regalado sin pensar en mí ni un solo momento. ¡Me había traicionado a traición!

—¿Acordado? —Ahora ya no podía contener mis sentimientos. Y a estas alturas ya me daba igual—. TÚ me acusas de pensar solo en el dinero y luego le compras MI cafetería a tu ex para que… —Mi voz se apagó. Me faltaban las palabras para expresar lo que estaba viviendo. Era peor que cualquier cosa que hubiera imaginado jamás.

Señalé a Libby con una mano. La lencería bajo su albornoz era claramente visible. Estaba claro cómo iba a demostrarle su gratitud.

—Échala —exigí, señalando a Libby. Solo quería que se fuera. Entonces todo se arreglaría. Entonces Landon y yo hablaríamos y él volvería a mirarme como siempre. Con calidez y deseo, como si fuera la única mujer del mundo.

—Yo decido quién está aquí y quién no. —Con una sola frase, Landon hizo añicos mis sueños.

Qué tonta eres, Chelsey. Tan tonta. Te acaba de mostrar su verdadera cara. ¿Por qué insistes?

—Cielo, ya te he dicho que no servía de nada. —Libby me guiñó un ojo por encima del hombro de Landon.

Landon me agarró bruscamente del brazo.

—Entra. Ya veremos quién engaña y traiciona aquí.

—¡Ay! —grité con fuerza.

Landon aflojó un poco el agarre.

—No te hagas la víctima. Y ahora, entra.

Mitad forzada, mitad voluntariamente, seguí a Landon al interior del ático. Si se trataba de averiguar quién era el estafador aquí, adelante. Después de todo, YO no tenía nada que reprocharme, así que bien podía entrar.

Landon me arrastró por el pasillo. Al final, nos detuvimos en su despacho.

—Quédate aquí. Y ni se te ocurra moverte de ahí —me ordenó.

Observé cómo descolgaba con cuidado de la pared el pequeño cuadro de un paisaje africano, que ocultaba una caja fuerte. Ya me había fijado en la caja fuerte mientras limpiaba, porque ese cuadro no colgaba tan pegado a la pared como los otros con vistas de Europa, Asia y Australia.

Y cuando visitamos a la abuela de Landon, había visto cómo Landon abría la caja fuerte.

El recuerdo de ese día afloró en mí.

Cerré los ojos y dejé que los recuerdos vinieran.

—Tienes que llevar joyas de la familia. Es lo que corresponde como mi prometida —dijo Landon y me guiñó un ojo—. Luego cogió varias joyas de la caja fuerte. Me dio un par de pendientes. De plata con diamantes y algunas piedras rosas y azules.

—Pruébatelos —me pidió.

Obedecí.

Landon me pasó un collar a juego.

Me lo puse alrededor del cuello.

Landon volvió a meter la mano en la caja fuerte y se acercó a mí.

—Estás maravillosa —me susurró al oído y lamió brevemente mi cuello. Me flaquearon las rodillas. Landon me mordisqueó la piel—. Si no tuviéramos que irnos ahora mismo, te diría que te quitaras todo menos las joyas y que… —Landon no terminó la frase. Sentí cómo su respiración se volvía más pesada.

—Pero así… —Landon me cogió la mano. Luego me miró a los ojos —. Gracias por haber aceptado. —Con estas palabras, deslizó el anillo de compromiso en mi dedo.

Mi corazón dio un vuelco.

Prometida.

Parecía tan real.

Volví a abrir los ojos.

Había parecido tan real.

¿De verdad había sido hacía tan poco tiempo?

¿Había sucedido siquiera de verdad?

La escena de ahora no podía ser más diferente.

La puerta de la caja fuerte se abrió.

Intenté echar un vistazo a las hermosas joyas.

Pero en la caja fuerte no había nada.

Estaba vacía.

—¡Estafadora! —Landon se dio la vuelta. Estaba fuera de sí de rabia y señaló la caja fuerte vacía.

Me quedé mirándolo estupefacta.

¿Acaso creía que yo había cogido las joyas?

—¡Ladrona! ¡Sal de mi casa inmediatamente! —La voz de Landon era cada vez más fuerte.

Sentí que me hacía muy pequeña. —Yo… yo no he sido. —Lo miré en busca de ayuda. Mi mirada se desvió hacia Libby. Pero ella solo arqueó las cejas y negó con la cabeza.

—Me imagino lo terrible que debe de ser esto para ti —canturreó y se acercó a Landon. Le puso una mano en el brazo y se acurrucó contra él. Al hacerlo, su albornoz se abrió un poco más.

Tragué saliva.

Esto solo era una pesadilla, ¿verdad? Una pesadilla interminable.

—Has guardado las joyas de tu familia como un tesoro. Significan todo para ti. —Libby miró con pesar la caja fuerte vacía. Luego se corrigió—. Significaban todo para ti. —Libby sonaba triste—. Y ahora alguien simplemente te las arrebata. Discutí contigo por todo cuando nos separamos. No estuvo bien por mi parte. Pero por estas joyas, por ellas nunca habría negociado contigo, por mucho que mi corazón las deseara después de todo el tiempo que pasé contigo. Pero sabía que para ti significaban más que para mí. Para ti son un símbolo.

Representan a tu familia. El lugar de donde vienes y el lugar al que perteneces.

Landon no reaccionó ante Libby. Permaneció inmóvil, sus ojos iban y venían entre mí y la caja fuerte vacía.

—Yo no he sido. No he cogido nada —repetí. Mis brazos empezaron a temblar y mis rodillas flaquearon.

—¡Sigues mintiendo! ¡Pero ya no te sirve de nada! —rugió Landon—. ¡Vacía tus bolsillos!

Empecé a temblar más fuerte.

Landon se acercó a mí.

—Vamos. —Metió una mano en los bolsillos de mi abrigo. Estaban vacíos. Debajo del abrigo llevaba una falda ajustada sin bolsillos y un jersey de lana ceñido.

—¿Dónde están las malditas joyas? —bramó Landon.

—Quizá ya se ha deshecho de ellas. No he podido venir tan temprano esta mañana; si no, quizá me habría dado cuenta de algo —intervino Libby.

—Puedes darte por satisfecha si no te denuncio. —Los ojos de Landon estaban aún más negros que antes. La vena de su sien palpitaba. Nunca lo había visto tan furioso.

—Pues denúnciame —grité—. Así al menos saldrá a la luz la verdad. ¡Es decir, que no he cogido nada! —Rompí a llorar.

—Ya has puesto las cosas a buen recaudo. Probablemente uno de tus elegantes amigos esté examinando las piedras con una lupa ahora mismo. —Landon resopló y se calmó un poco—. ¿Estás satisfecha ahora? ¿Te alegras de haber desplumado a otro hombre? Las mujeres como tú consiguen el subidón definitivo con eso.

Negué con la cabeza, llorando.

Luego tragué saliva. Una vez. Dos veces. Sorbí por la nariz y me esforcé por contener las lágrimas.

—Lárgate. Simplemente, lárgate. Fuera de mi vista. ¡No quiero volver a verte nunca más! —La rabia había desaparecido de repente de la voz de Landon.

Solo sonaba frío.

Más frío que nunca.

Pero no por mucho tiempo.

—¡Desaparece de una vez! —rugió.

Me había quedado paralizada, pero ahora empecé a moverme.

Salí corriendo.

Lejos de aquí.

Lejos del lugar donde no me querían.

Capítulo 26

Chelsey

Esperé, conteniendo la respiración, a que se abrieran las puertas del ascensor. Agucé el oído. Detrás de la puerta del ático reinaba el silencio. Nada se movía. Nadie vino detrás de mí para buscarme.

Seguramente Landon ya estaría besando a Libby y arrancándole el conjunto de lencería. Una arcada me subió por la garganta. Vi la imagen ante mis ojos y tragué saliva.

Pling.

Antes, Landon había salido del ascensor y una parte de mí deseaba que volviera a ocurrir. Quizá pudiéramos empezar de cero y olvidar aquella funesta escena. Quizá todo saldría bien.

¿O quizá me lo estaba imaginando todo? ¿Quizá no había pasado de verdad?

Son tonterías, Chelsey. Tonterías y nada más. Landon te ha mostrado su verdadera cara. Eso es lo que ha pasado. Nada está

bien y esto no se va a arreglar. Nunca se arreglará.

La cabina estaba vacía. Entré y pulsé el botón de la planta baja.

Las puertas se cerraron y me apoyé en la pared. Nunca en mi vida me había sentido tan débil. Era como si toda la fuerza hubiera abandonado mi cuerpo. Lo que más me apetecía era tumbarme en el suelo y llorar. Solo llorar.

Ahora puedes llorar, Chelsey. Ya no te ve. Ya no pueden reírse de ti. De lo tonta que has sido al dejar que te tomaran el pelo. De tener delante a una perdedora que creyó que Landon sentía algo de verdad por ti.

Pero las lágrimas que tanto me había costado reprimir antes no querían salir ahora. Solté un breve sollozo. Luego sorbí por la nariz. Pero mis ojos seguían secos. La humillación y el dolor ardían en mi cuerpo, pero no lograban salir al exterior.

Pling.

Las puertas del ascensor se abrieron.

Poco después, el gélido aire invernal me golpeó como un muro. Los copos de nieve se arremolinaban ante mí en la acera. En todo el invierno no había nevado tanto como hoy. Los coches avanzaban lentamente por la calle.

Me azotó una ráfaga de viento helado. Me estremecí de frío y me ceñí más el abrigo. ¿Adónde iba a ir?

Lejos, Chelsey, simplemente lejos. No puedes quedarte aquí.

Giré a la izquierda y bajé por la calle. Estaba cansada. Simplemente, muy cansada. Sentía las extremidades pesadas y lo que más me habría gustado era esconderme en algún sitio.

¿Pero dónde?

Ya no tenía un hogar. No tenía mi propio piso. En casa de Landon ya no había sitio para mí. Nunca lo había habido. Solo me había imaginado que sí.

Otra ráfaga de viento me golpeó y casi me dejó sin aliento. Agaché la cabeza y me subí el cuello del abrigo. Mi bufanda estaba en el ático, junto con mi gorro y mis guantes. Y todas las demás cosas que me pertenecían.

Estaba en la calle y no tenía nada.

Literalmente nada, aparte de la ropa que llevaba puesta.

Me subí el cuello del abrigo un poco más. Tenía los dedos tan entumecidos por el frío glacial que apenas los sentía. Me los llevé a la boca y soplé sobre ellos. Noté un poco de calor en la piel, pero no duró mucho. Metí el puño en el bolsillo del abrigo y seguí caminando.

Me estaba congelando. El abrigo no era lo bastante cálido. En un día como hoy, con temperaturas muy por debajo de cero, nadie pasaba mucho tiempo a la intemperie. Levanté la cabeza con cuidado y parpadeé ante la nieve que caía. Aparte de mí, no se veía a ningún peatón. Los coches pasaban a mi lado a paso de tortuga. Sus conductores iban cómodamente en el calor.

Me sacudí y volví a agachar la cabeza.

Tienes que entrar en calor urgentemente, Chelsey.

¿Pero adónde podía ir?

No tenía nada. Ni un piso. Ni una cafetería.

Y, para colmo, un corazón roto.

En ese momento sentí el peso en el pecho.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —Una voz maliciosa me sacó de mis pensamientos.

Levanté la cabeza. Delante de mí estaba mi antiguo casero, Geoffrey, junto con su amigo Frank.

—La pequeña Chelsey. —Geoffrey soltó una risita—. ¿Qué haces aquí fuera con este tiempo? ¿No estás dentro, en la camita caliente con tu maromo rico? —Geoffrey le dio un codazo a su amigo, que se rio obedientemente.

—No tienes buena cara. —Geoffrey meneó la cabeza—. ¿Es que tu maromo te ha dejado? ¿Se ha cansado de ti?

De repente, el nudo de mi garganta se deshizo. Se me humedecieron los ojos y parpadeé.

—Ay, qué mona. ¿Tienes mal de amores? —se burló Geoffrey. Frank volvió a reírse.

Agaché la cabeza y quise seguir mi camino.

Geoffrey me agarró del brazo. —Solo espero que te haya dado suficiente dinero para saldar tus deudas conmigo.

—Suéltame. —Quise gritar, pero la voz me salió ahogada y las palabras apenas brotaron de mi boca.

—«Suéltame, suéltame» —me imitó Geoffrey. Me apretó el brazo con más fuerza—. Si no puedes pagar tus deudas, quizá deberías saldarlas trabajando. —Lo pensó un momento. Luego soltó una risita —. Sí, esa sería una idea excelente. Ahora que ya no le calientas la cama al pijo rico… A Frank y a mí no nos vendría mal un poco de distracción. —Geoffrey soltó una carcajada estridente.

Sentí como si una mano fría me atenazara el corazón.

Geoffrey me acercó más a él.

—Suéltame. —Mi voz apenas sonó más alta que antes.

Geoffrey se rio de nuevo. Dio un paso hacia delante. Y otro. Yo me resistí. En ese instante, Geoffrey pisó una placa de hielo y resbaló hacia delante. Su agarre se aflojó.

Me solté y eché a correr.

Corrí, corrí y corrí.

Me ardían los pulmones mientras inhalaba cada vez más profundamente el aire helado. Finalmente, me detuve y me sujeté el costado. Miré a mi alrededor, desesperada. Ni rastro de Geoffrey y su amigo.

Avancé lentamente un paso más. Había un pequeño entrante en la hilera de edificios. No tenía tejadillo, pero al menos me ofrecía protección de las miradas. Si Geoffrey me buscaba, no me vería aquí. Estaba a salvo.

Me apoyé en la pared.

Y en ese momento, todas las emociones estallaron. Las lágrimas brotaron de mis ojos y corrieron por mis mejillas. Una tras otra. También apoyé la cabeza hacia atrás, contra la pared, y sollocé. El cuerpo me temblaba y se contraía. Busqué desesperadamente apoyo en la pared lisa con una mano. Pero dondequiera que tocaba, resbalaba.

Resbalaba.

Como en la vida.

Como siempre.

Lloré como nunca antes había llorado. El yeso áspero y frío me rozó la mejilla, pero no me importó. Me apoyé aún más en la pared, porque era lo único que podía darme apoyo y consuelo. Una pared fría era todo lo que tenía. Se me caían los mocos. Aparté la cabeza de la pared, metí la mano en el bolsillo del abrigo y encontré un pañuelo de papel viejo. Me soné como pude.

Luego respiré hondo. El frío se deslizó de nuevo en mis pulmones y procuré tomar respiraciones más superficiales.

No llores, Chelsey. Ese idiota no merece la pena.

No la merecía y, sin embargo, justo en ese momento me sobrevino un nuevo sollozo violento. Otra oleada de espasmos recorrió mi cuerpo y tuve que apretarme contra la pared para no desplomarme en el suelo, de tan blandas que tenía las rodillas. Me llevé la mano a la cara para secarme las lágrimas. Había lágrimas. Y una fina capa de hielo alrededor de mis pestañas. La quité con una mano y parpadeé. El frío me había calado hasta los huesos. Tenía que entrar en calor urgentemente si no quería, además, pillar un resfriado. ¿Pero adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer? Volví a apoyar la cabeza contra la pared.

Sin piso.

Sin trabajo.

Con el corazón roto.

Y sin dinero.

Estaba acabada.

Temblé. Me congelaba.

Me separé de la pared con esfuerzo y seguí caminando, arrastrando los pies. Miré calle abajo. No había rastro de Geoffrey. Probablemente habría abandonado la búsqueda. En realidad no creía en sus amenazas. No quería dinero. Solo quería atormentarme y eso era lo que acababa de hacer una vez más.

Seguía nevando y mi abrigo ya estaba cubierto por una fina capa blanca. Aceleré el paso. En ese instante, mi pie izquierdo resbaló hacia delante. Perdí el equilibrio y mis manos buscaron a tientas la pared.

No había nada.

Solo había vacío.

Agité los brazos, pero mi cuerpo ya había perdido demasiado el equilibrio. Debía de haber pisado otra placa de hielo. Ese pensamiento me cruzó la mente mientras mi cuerpo caía. Y caía. Y caía.

Todo aquello no duró ni un segundo, pero a mí me pareció una eternidad. Una eternidad en la que me preparé para un duro impacto.

Y entonces me encontré tirada en la acera.

Debajo de mí había una dura capa de hielo, nieve y sal. Las pequeñas bolitas se me clavaban en la mejilla. Me dolía tanto el cuerpo entero que ni siquiera podía decir dónde se localizaba exactamente el dolor. Estaba en todas partes. Simplemente en todas partes. Estaba fuera y dentro, y muy especialmente en mi corazón.

Solté un sollozo. Las lágrimas rodaron desde el rabillo de mis ojos directamente a la acera.

Ya había estado a punto de caerme una vez. Landon me había sujetado. Ahí había empezado todo. Había creído encontrar apoyo y seguridad en sus brazos. Pero todo había sido un espejismo.

En lugar de apoyo y seguridad, había habido traición y un corazón roto.

Estaba acabada.

Completamente acabada.

Lo que más me habría gustado era retroceder en el tiempo y decirle a Coral que le pidiera a otra persona que la sustituyera durante sus vacaciones. Entonces no estaría aquí tirada. Entonces quizá tendría algunos problemas, pero no estaría con las manos vacías.

Y, sobre todo, no con el corazón roto.

¿Cómo había podido ser tan tonta como para entregarle mi corazón? ¿Para creer que podíamos llegar a ser algo más? ¿Que yo significaba algo más que una simple distracción durante unos días o semanas? E incluso… tragué saliva.

E incluso creer en secreto que un día serías DE VERDAD presentada a su abuela como su prometida. Que serías de verdad acogida en su familia. Has soñado tu propia realidad y has cerrado los ojos a lo que era de verdad. Landon te regaló unas cuantas horas agradables, pero nunca, ni en un solo momento, dio a entender que le importaras de verdad. Beryl tenía razón. No deberías haberle entregado tu corazón. Deberías haberte cuidado más. Pero creíste saber más que nadie. No escuchaste su consejo.

Una nueva oleada de dolor recorrió mi cuerpo.

El corazón roto dolía.

Pero la constatación de que la culpa era mía dolía aún más.

Temblé.

Estaba en el suelo y había tocado fondo. Mi situación era peor que cualquier cosa que hubiera imaginado jamás.

Temblé aún más.

Tienes que levantarte, Chelsey. Tienes que entrar en calor.

Me incorporé con esfuerzo. Ahora el cuerpo me dolía todavía más. Sentía las extremidades pesadas y los sitios donde había chocado contra la acera me dolían especialmente.

Sigue caminando.

Siempre adelante.

Pon un pie delante del otro.

Tenía que pedirle ayuda a Beryl.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Era una sintecho, una sin nada.

Mi vida estaba en ruinas.

Capítulo 27

Chelsey

Tres semanas después

—Te he preparado un café. —Mi madre me miró con cariño y, cuando entré en la cocina, vertió el líquido humeante de la jarra de la cafetera en una taza de colores.

—Gracias, es un detalle por tu parte —sonreí débilmente.

Llevaba casi tres semanas viviendo de nuevo con mis padres. Le había pedido algo de dinero prestado a Beryl y había cogido el autobús para volver al campo. Me había criado muy cerca de la famosa estación de esquí de Lake Placid. No era Colorado, no eran las Montañas Rocosas. Sin embargo, el pueblo vivía de los turistas, así que no había sido especialmente difícil encontrar trabajo de inmediato. Trabajaba en una pequeña cafetería. Por la mañana, los clientes se llevaban un bagel y un cruasán antes de ir a las pistas. Y por la tarde, cuando volvían agotados de tantas bajadas, querían un café y un trozo de tarta, una magdalena o un *cupcake*.

La cafetería no se diferenciaba en nada de mi cafetería de Nueva York, así que podría haber estado en mi salsa. Pero cada día me sentía cansada y abatida. Por las mañanas me costaba salir de la cama. En el trabajo, casi siempre conseguía esbozar una sonrisa y, por supuesto, siempre cumplía con mis tareas, pero después volvía a sentirme tan destrozada como tres semanas atrás, cuando estaba tirada en la calle helada de Nueva York.

No le había dicho a ninguno de mis amigos de la infancia que estaba de vuelta en casa, porque no quería ver a nadie. Para ellos sería Chelsey, la que no había triunfado en Nueva York. La fracasada que volvía a dormir en su habitación de niña en casa de sus padres. La de los grandes sueños y la lengua muy larga que ahora se encontraba con las manos vacías.

Porque eso es lo que era.

No tenía nada.

Mis padres me habían prestado algo de dinero para que pudiera comprarme ropa y pagar el siguiente plazo del préstamo que había pedido para mi cafetería en Nueva York.

Ahora trabajaba en la cafetería de otro, como una camarera cualquiera, igual que en la época del instituto, solo que entonces había sido un trabajo secundario para mí, mientras que ahora era mi trabajo principal. Entonces lo había hecho para labrarme un futuro. Ahora no tenía futuro. ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde iba a ir? Mis padres me habían acogido con cariño y me habían dado a entender que allí siempre habría un sitio para mí. Pero ¿de verdad esta podía ser mi vida?

—¿Café, Chelsey? —Mi madre me devolvió al presente—. Estás muy pálida. ¿Estás bien?

Le sonreí débilmente. Mis padres estaban muy preocupados por mí. No quería preocuparlos más. —Estoy bien —mentí.

Mi madre me tendió la taza. La cogí.

Y, de repente, una oleada de náuseas me invadió, casi derribándome. El estómago se me contrajo y todo su contenido pareció querer salir disparado hacia arriba. Pero si todavía no había comido nada hoy. Aún era temprano.

Dejé la taza de un golpe sobre la mesa y corrí al baño. Segundos después, estaba inclinada sobre el inodoro, con arcadas. Tenía el estómago vacío, así que, tras varias arcadas, vomité bilis pura. Agotada, me dejé caer al suelo frente al retrete y me sequé el sudor de la frente. Tenía calor.

¿Qué demonios era eso?

¿Había pillado un virus?

¿O es que ayer me había sentado mal algo?

—Chelsey. —Mi madre llamó a la puerta—. ¿Estás bien? ¿Quieres que vayamos al médico?

Negué con la cabeza.

—¿Chelsey? —Mi madre no podía ver mi gesto a través de la puerta cerrada.

—Estoy bien —grité hacia fuera con voz ronca. Todavía tenía sabor a bilis en la boca.

—También puedo pedirle al doctor Miller que venga a hacer una visita a domicilio. —Mi madre seguía insistiendo.

—No hace falta. —Me levanté. Se me nubló la vista por un momento y a duras penas conseguí agarrarme al lavabo—. Solo eran náuseas. Probablemente comí demasiado ayer. O mi estómago simplemente no se ha acostumbrado a la vida en el campo. No hay por qué llamar al médico tan rápido. —Abrí el grifo, me lavé bien las manos y me eché agua fría en la cara. Luego me enjuagué la boca y puse un poco de pasta de dientes en el cepillo.

—Quizá deberías quedarte en casa hoy —sugirió mi madre—. Apenas te has tomado un día de descanso desde que volviste. A lo mejor tu cuerpo solo quiere descansar.

Descansar.

Qué maravilla sonaba eso.

Simplemente meterme en la cama y no hacer nada.

Dejar que mi madre me mimara todo el día.

Pero si no iba a trabajar, no me pagaban. No tenía un contrato fijo en la cafetería. Como todas las camareras, trabajaba por horas. Sin trabajo no había sueldo, y tampoco propinas. Y sin sueldo... tendría que pedirle aún más dinero a mis padres.

No quería hacer eso bajo ningún concepto.

—Ya me siento mejor —grité hacia fuera, esforzándome por sonar lo más alegre posible—. Pienso ir a trabajar. Seguramente hasta me venga bien y me distraiga.

—Como quieras —respondió mi madre.

Escuché y esperé a que sus pasos se alejaran.

Entonces vomité de nuevo.

***

—¡Chelsey! —El fuerte grito de Miriam resonó por toda la cafetería.

Estaba cobrando a los clientes de la mesa 5 e intentaba ignorar las leves náuseas que sentía en la boca del estómago. Seguro que la sensación se pasaría enseguida. Aunque llevaba esperando eso al menos una hora. Me giré bruscamente. —¿Sí?

—¿Qué pasa con las magdalenas? —Miriam estaba de pie detrás del mostrador, desesperada, y señalaba la esquina vacía donde normalmente se apilaban las magdalenas con pepitas de chocolate y las de arándanos. Los clientes se lo habían comido todo, hasta la última miga.

La mañana en la cafetería había ido bastante bien. Todavía tenía un poco de náuseas, pero de alguna manera había conseguido aguantar el día. En la pausa para comer había dado un largo paseo y había respirado el aire fresco. Por precaución, no había comido nada. No me fiaba de mi estómago. Y tenía que trabajar.

Hoy.

Mañana.

Todos los días siguientes.

Quizá me tomara unos días libres después de la temporada, pero ahora mismo eso estaba fuera de discusión. Tenía que mantenerme sana. Simplemente tenía que hacerlo. Quizá en otras partes de Estados Unidos hubiera gente que pudiera permitirse el lujo de estar enferma. Gente que incluso en esos casos recibiera un sueldo y que, posiblemente, hasta tuviera un seguro médico que les pagara la visita al médico.

Yo no tenía nada de eso.

—¿Chelsey? —Miriam me miró, interrogante. Los clientes de la mesa 5 se levantaron y se despidieron amablemente de mí. De repente, todo se volvió borroso y solo percibía el mundo como a través de un velo. Pequeños puntos danzaban en mi campo de visión.

Quizá debería haber comido algo en la pausa de hoy. Al menos un bocado. Ahora tenía el estómago vacío y eso me estaba pasando factura.

La cafetería empezó a girar a mi alrededor. Me aferré a una silla. De nuevo se me contrajo el estómago y una oleada de náuseas me subió por la garganta.

No. Por favor, otra vez no. Aquí no.

Tragué saliva.

—¿Chelsey? —Miriam apareció de repente a mi lado y me cogió la mano—. Venga, vamos atrás. Estás pálida como un fantasma. —Miriam me guio a través de la cafetería. Mi pie se enganchó en una silla y tropecé. Casi me caigo, pero Miriam me agarró con fuerza del brazo y volvió a levantarme.

—No estás bien —masculló.

—Ya se me pasará —murmuré—. No he comido nada en todo el día y... eso no me ha debido sentar bien.

—Que no has comido nada. —Más que verlo, sentí que Miriam negaba con la cabeza a mi lado.

—¡AY! —grité un instante después. Me había chocado contra el mostrador. Sentía la cadera como si acabara de recibir un fuerte golpe. Me froté el hueso de la pelvis. Los moratones que me había hecho en la caída de Nueva York acababan de curarse. Al menos el golpe me había devuelto por completo al presente. Los puntos ante mis ojos habían desaparecido y podía ver con relativa claridad de nuevo.

Miriam me llevó a la cocina. —Siéntate —ordenó.

—No hace falta, Miriam, ya estoy bien, de verdad —protesté.

Miriam enarcó una ceja.

—De verdad —aseguré.

En ese momento, el olor a tarta quemada me llegó a la nariz.

—¡Joder! —El grito de Miriam resonó en la cocina. Ella también lo había olido. Mi compañera se precipitó hacia el horno y lo abrió de un tirón. Una nube de humo le salió al encuentro. Miriam tosió—. Maldita sea, Chelsey, ¿quieres quemar la cafetería o qué?

—Lo siento —murmuré. ¿Cuándo había metido las magdalenas en el horno? Debía de haber pasado al menos tres cuartos de hora. ¿O incluso más? Con mi lucha contra las náuseas, las había olvidado por completo.

Miriam sacó una bandeja con varias magdalenas carbonizadas.

Clonc.

La bandeja aterrizó en la encimera de acero inoxidable junto al horno.

—Me parece que a los clientes los vamos a mandar a casa con el estómago vacío. —Miriam estaba enfadada. Con razón—. Se nos escapa un buen negocio. Solo espero que mañana vuelvan y nos crean cuando les digamos que tendremos algo más que ofrecer que pasteles quemados. —Miriam negó con la cabeza—. Solo porque tú no comas, no significa que los demás quieran hacer lo mismo. —Mi compañera me miró fijamente—. ¿Estás a dieta? ¿O por qué no comes?

Negué con la cabeza sin decir nada.

—Tienes que comer algo, Chelsey. Si no, no aguantarás el turno. —Ahora la voz de Miriam volvía a sonar preocupada—. Te necesitamos —añadió.

—Claro. —De repente estaba tan agotada que me habría hecho un ovillo en el suelo.

—Te preparo un sándwich y te saco un café. —Miriam se movía de un lado a otro, atareada—. Así te sentirás mejor enseguida y podrás hacer unas magdalenas nuevas.

La cafetera zumbó. No me había molestado en todo el día. Pero ahora, al percibir el olor a café recién hecho, sentí de repente las mismas náuseas que esa mañana en la cocina de mis padres. Las náuseas, que había sentido de forma latente durante todo el día, me subieron como una oleada.

Me levanté.

Y entonces eché a correr.

La puerta del baño del personal golpeó contra la pared cuando la abrí bruscamente. Apenas conseguí llegar al inodoro. Luego me incliné sobre la taza y tuve arcadas.

¿Cómo era posible?

Hacía una eternidad que no comía nada.

No PODÍA tener náuseas.

De nuevo vomité bilis pura.

Poco después, estaba de pie frente al lavabo, observando mi rostro en el espejo. Estaba blanca como la cal y parecía un fantasma.

—¿Chelsey? —preguntó Miriam desde fuera.

Abrí la puerta. —Todo en orden. —Intenté que no se notara mi agotamiento y desesperación. De alguna manera, tenía que seguir trabajando—. Últimamente el café no me sienta bien. Pensaba que solo era por la mañana, pero por lo visto también pasa por la tarde.

—Ah. —Miriam asintió—. Antes he pensado que a lo mejor te iba a venir la regla y por eso estabas tan mareada. A mí me pasa a menudo. La verdad es que lo paso bastante mal.

Me quedé mirando a mi compañera.

¿La regla?

Tomaba la píldora. Normalmente me venía puntualmente en la semana de descanso.

Pero con el ajetreo de las últimas semanas, no le había prestado atención. ¿Cuándo había tenido la regla por última vez?

No podía recordarlo.

Me puse a pensar febrilmente.

Mi periodo debería haber llegado la semana pasada.

—Aunque lo del café no lo conocía —continuó Miriam alegremente parloteando—. Eso solo les pasa a las embarazadas.

Embarazada.

La palabra me golpeó como un mazo.

¿Embarazada?

¿Podía estar embarazada?

No podía ser.

¿O sí?

Capítulo 28

Landon

—¿Cómo que nadie va a poder construir una nueva pista? —le espeté indignado al teléfono.

—Exactamente lo que he dicho. —El alcalde sorbió por la nariz. Era evidente que estaba resfriado.

—Hace tres semanas todavía se decía que la pista se la adjudicarían a Gideon, porque va a inaugurar un nuevo complejo turístico y eso traerá nuevos ingresos al pueblo. —Tomé aire—. Después discutimos durante tres semanas intentando convencerle de que mi proyecto era el mejor. Anteayer me aseguró su aprobación. ¿Y hoy, de repente, resulta que ya no va a haber pista? —Di un puñetazo furioso sobre la mesa. Aunque el alcalde no podía verme, seguro que oyó el golpe.

—Sí, todo ha salido de una forma un tanto desafortunada… —admitió el alcalde.

—¿Desafortunada? —Aquella formulación tan vaga, sin disculpas ni explicaciones, no hizo más que sacarme de quicio—. He invertido una suma nada desdeñable en los planos. Hemos discutido durante horas cómo cumplir de la mejor manera todos los requisitos del ayuntamiento y he estado en persona varias veces para reunirme con usted. ¡Sí, he estado más a menudo en Colorado que en Nueva York! ¿Me está tomando el pelo? —Mi voz había ido subiendo de volumen con las últimas palabras. Me levanté de un salto y empecé a pasear de un lado a otro por mi despacho con el teléfono en la oreja.

De un lado a otro.

—El pleno del ayuntamiento decidió anoche que no habrá ninguna nueva pista de esquí. —El alcalde carraspeó.

—Y…

Achís.

El alcalde estornudó en el teléfono.

Asco. Aparté un poco el móvil de la oreja. El estornudo había sonado tan cerca que casi creí sentir unas gotas de saliva en la piel.

—Estoy resfriado. —La voz del alcalde sonaba congestionada. Carraspeó de nuevo.

—¿Por qué lo ha decidido el pleno? ¿Por qué se ha llegado a debatir siquiera? ¡Si ya estaba decidido que se construiría otra pista! ¿Cómo se puede revocar una decisión propia? —Acribillé al alcalde con una cascada de preguntas. No iba a aceptar esa decisión así como así.

No.

No iba a aceptar esta decisión.

¡No iba a permitir que me hicieran esto!

¡A mí no!

—Las decisiones se pueden revocar, por supuesto. Para eso solo se necesita una mayoría simple —me aleccionó el alcalde.

Enarqué una ceja. —Ah, sí, claro que las decisiones se pueden revocar. Se me olvidaba. Esto es política. Aquí nadie se acuerda hoy de las sandeces que dijo ayer. —Mi voz destilaba ironía.

—Tengo que oponerme firmemente a eso. —El alcalde sonaba dolido —. A veces salen a la luz cosas nuevas, se obtienen nuevos conocimientos y se establecen otras prioridades. Y entonces hay que decidir de otra manera.

Resoplé con desdén. Las palabras del alcalde eran irreprochables. Pero en política, las decisiones no solían tomarse basándose en nuevos conocimientos. Cada uno hacía lo que quería y solo pensaba en sí mismo. El bienestar de la población, del que todos hablaban con tanta magnanimidad, solía estar en último lugar. A los políticos les importaba el dinero y el poder.

Había intentado convencer al alcalde por todos los medios. Pero no lo había sobornado. Eso iba en contra de mis principios.

—¿Y cuáles son esos nuevos conocimientos? —Me esforcé por mantenerme lo más tranquilo posible. Apretando los dientes, me acerqué al gran ventanal panorámico y contemplé el horizonte de

Nueva York. El cielo estaba gris y sombrío, y la capa de nieve sobre los tejados de los rascacielos seguramente seguiría creciendo.

—Queremos ser un municipio donde la protección del medio ambiente sea lo primero. En lugar de apostar por los turistas de esquí, queremos centrarnos en la sostenibilidad, porque creemos que tiene más futuro. —El alcalde sonaba bastante convencido.

—¿Y el turismo de esquí no es sostenible? —Miré por la ventana, atónito—. Lo hemos hablado todo. Cómo integrar la pista en la naturaleza de la forma más fluida posible, dónde hay que talar árboles y dónde plantar otros en su lugar, cómo nos ocuparíamos de la basura y demás. ¡*Goleman Resorts* es la empresa que más hace por la protección del medio ambiente en su municipio! —Negué con la cabeza—. ¿Y ahora quiere impedir que sigamos creciendo? ¿No creerá en serio que su plan va a funcionar? —Hacía mucho que no me topaba con tanta ingenuidad—. ¡Va a arruinar el pueblo!

—Dice eso solo porque la decisión va en contra de sus intereses. —El alcalde sorbió por la nariz.

—¡Y en contra de los intereses del pueblo! Quiero invertir ahí, lo he dejado más que claro. ¡Si eso no funciona, el dinero se irá a otra parte! —Mi voz volvió a subir de tono—. Pero seguro que ha tenido eso en cuenta al tomar su magnífica decisión. Lo ha tenido todo en cuenta. —La ironía en mi voz era inconfundible.

—No lo decía en ese sentido… Quizá podamos hablar de nuevo y ver qué posibilidades hay aquí para su empresa… —El alcalde intentó calmarme.

—¡Ya hemos hablado bastante! ¡Hemos hablado durante semanas! Y luego revoca la decisión sin consultarme antes. ¡Y ahora encima cree que quiero hablar con usted! —Estaba atónito ante tanta

desfachatez—. De repente se le ha encogido el culo, ¿eh? ¡Porque podría perder ingresos! Pero seguro que lo ha tenido en cuenta al tomar su maravillosa decisión.

—Bueno… —Mis palabras claramente incomodaron al alcalde.

—Sabe qué: no tengo más tiempo para discutir o hablar con usted. Tengo otras cosas que hacer. Hay una estación de esquí en venta en Lake Placid. Seguro que allí se alegran de tener un inversor. Y uno que, además, cumple con las normativas medioambientales. Porque eso es algo que siempre he hecho, a diferencia de muchos otros.

Con estas palabras, di por terminada la conversación.

Realmente no tenía ganas de seguir discutiendo con ese idiota.

En las últimas semanas, todos a mi alrededor parecían cada vez más irritables y sensibles, y no se podía mantener una conversación razonable con nadie.

—Le has dado una buena tunda. —Una voz a mi espalda.

Me di la vuelta bruscamente. —Clancy. —Observé a mi mejor amigo, sorprendido—. No te esperaba por aquí.

Clancy sonrió. —Sí, ya me imagino. Pero tenía un asunto cerca y he pensado en visitar al bueno de Landon. Has estado bastante metido en tu cueva estas últimas semanas.

—He tenido mucho trabajo. Acabas de oírlo. —Asentí secamente y sentí una punzada de mala conciencia.

Clancy me examinó. —Algo no va bien contigo. La última vez que te enterraste así en el trabajo fue porque querías huir de Libby. ¿Estás huyendo de alguien ahora?

—No —respondí bruscamente y me acerqué a mi escritorio—. Simplemente tengo mucho trabajo.

—O sea que sí. —Clancy no se rendía fácilmente. Se acercó también al escritorio y me miró directamente a los ojos—. ¿Cómo se llama?

La imagen de Chelsey apareció ante mis ojos. La había reprimido con éxito durante las últimas semanas. Cuando no quería pensar en Chelsey, simplemente trabajaba. En mi empresa siempre había algo que hacer, y si mis empleados ya encontraban instrucciones en sus correos por la mañana, pues mucho mejor.

—No hay nadie —gruñí. Luego admití—: Tuve una pequeña aventura con… con mi empleada del hogar. Pero se acabó. —Ni yo mismo sabía por qué lo había dicho. Se había acabado, así que ¿por qué iba a seguir hablando de ello? ¿De qué serviría?

—Ajá —dijo Clancy en un tono que de repente me recordó un poco a Libby—. ¿Y cuánto duró?

—No sé. Un par de semanas. —Irritado, hojeé unos documentos que había sobre el escritorio—. ¿Por qué es importante? —Levanté la vista—. ¿Y por qué has venido? ¿Para interrogarme?

Clancy levantó las manos en un gesto apaciguador. —En realidad, pensaba que podríamos hacer una pequeña excursión de heliesquí. Seguro que te vendría bien. Para distraerte y ayudar.

—Tengo mucho trabajo. —Señalé la pila de papeles en mi escritorio.

—¿Por qué se acabó la aventura? —quiso saber Clancy.

—No me relaciono con mentirosas que roban joyas de mi caja fuerte. —Resoplé. El simple recuerdo bastó para que la vena de mi sien empezara a latir.

—Oh. —Clancy pareció compasivo.

Le resté importancia con un gesto. —Eso ya está olvidado. Hay muchas otras mujeres. Y las tías, tarde o temprano, me vuelven loco de todos modos. —Me reí, pero incluso a mis oídos no sonó del todo genuino.

Clancy enarcó las cejas. —¿La denunciaste?

—No —admití. Había pensado en denunciar a Chelsey, incluso la había amenazado con ello. Pero al final, no fui capaz. El porqué, ni yo mismo podía decirlo con exactitud.

—Landon. —Una voz chillona en la puerta atrajo mi atención.

—Libby. —Suspiré para mis adentros. Desde el bochornoso numerito de hacía tres semanas, no había vuelto a saber nada de mi ex. Había intentado seducirme con lencería de mal gusto. La había echado y le había aconsejado que la próxima vez comprara en otra tienda y, ya de paso, sedujera a otro hombre. Estábamos divorciados y era mejor así.

—Te debo una explicación —chilló Libby ahora.

—Seguro que no. Lo habíamos hablado todo. Tú te quedas en tu apartamento y yo en el mío. Y no has respondido a mi carta sobre la

cafetería. Pero no me debes ninguna explicación por eso. —Me encogí de hombros—. Simplemente supuse que ya no te interesaba.

—Ya NO lo necesito. —Libby me sonrió radiante—. Sé que esto va a ser difícil para ti, Landon. Pero he conocido a alguien que es muy generoso y muy atractivo. Me lleva en volandas y me compra todo lo que quiero.

Un alivio se apoderó de mí. Si Libby tenía a otro al que sacarle de quicio, con suerte no volvería a aparecer por aquí. Entonces, hoy la vería por última vez.

—No quiero hacerte daño, por eso al principio no quería decírtelo —canturreó Libby—. Pero al final no he podido guardármelo.

Clancy me miró con las cejas enarcadas. Me encogí de hombros. Así era Libby. Ya no iba a cambiar.

—Y quería devolverte tus cosas —anunció Libby.

—¿Mis cosas? —¿Qué cosas mías podía tener todavía Libby? Hacía mucho que se había mudado del ático y yo no echaba nada en falta.

Libby abrió su gran bolso de hombro, sacó una bolsa de plástico y la colocó delante de mí sobre el escritorio.

—Puedes quedarte tu basura —dije con sorna—. No la quiero.

Clancy cogió la bolsa y vació su contenido sobre mi escritorio.

Las joyas.

El collar.

Los pendientes.

El anillo.

Todo lo que Chelsey había llevado en el cumpleaños de la abuela Vera.

Todo lo que había robado.

—¿De dónde has sacado estas joyas? —Me quedé mirando a Libby. ¿Se había encontrado con Chelsey y le había quitado las joyas?

—Las había cogido prestadas porque quería empeñarlas. Necesitaba un poco de dinero para una cosa y otra y ya me había dado cuenta de lo molesto que estabas porque te había preguntado por la cafetería. —Libby puso un pucherito que le quedaba sumamente poco atractivo—. Así que tuve que recurrir a otros medios.

—¿QUÉ? —Mi grito resonó por todo el despacho.

Libby se tapó los oídos. —No grites tanto, Landon. Ya te he devuelto las cosas, porque, como te he dicho, mi nuevo novio me compra encantado todo lo que quiero. Ya no las necesito. —Libby señaló las joyas.

Vi todo rojo.

—¿Has permitido sin más que yo acusara a Chelsey de robo y la echara de casa? ¿Para que no se notara que me habías robado tú?

—Lo que más me apetecía era agarrar a Libby y zarandearla. Me aferré al borde del escritorio con ambas manos.

—Vamos, no te alteres tanto, Landon. —Libby no parecía entenderme—. Esa mujer no era para ti de todos modos.

—Eso no lo decides TÚ —bramé, poniéndome en pie de un salto—. FUERA de aquí ahora mismo. Y ni se te ocurra volver a poner un pie aquí.

Clancy agarró a Libby apresuradamente del brazo y la empujó hacia la puerta.

Luego cerró la puerta tras ella.

Me quedé mirando las joyas.

Ante mí vi a Chelsey, llevando las joyas y hablando con mi abuela. Chelsey, sonriendo alegremente. Vi el rostro de Chelsey con sus cálidos ojos marrones y sus labios carnosos, sus pechos llenos y sus largas piernas. Creí percibir su olor y oír sus gemidos.

No había robado nada.

La había acusado injustamente.

Capítulo 29

Chelsey

Con los dedos temblorosos, giré la llave de contacto, intentando arrancar el coche de mi madre. Pero el frío y la conmoción me estaban afectando tanto que no conseguí girarla del todo. Me agarré la muñeca derecha con la mano izquierda y giré con todas mis fuerzas.

Por fin, el motor arrancó.

Me temblaba el pie al acelerar y salir de la plaza de aparcamiento de detrás de la cafetería. Le había pedido a Miriam que me excusara por el resto del día. Le dije que no me encontraba tan bien como pensaba. Ni siquiera era mentira. Las náuseas se habían instalado en mi cuerpo y contribuían a mis temblores.

«Seguro que no es verdad. Seguro que no es verdad. Seguro que no es verdad». Murmuraba esas palabras para mí como un mantra. A modo de conjuro, eché un vistazo rápido al cielo. Algunos copos de nieve danzaban hacia mí y se posaban en el parabrisas. Por la mañana no había nevado todavía, pero estábamos en invierno: podía nevar en cualquier momento. Accioné el limpiaparabrisas. Las

dos escobillas se movieron por el cristal con un fuerte chirrido. Me encogí. Había que cambiarlas urgentemente. Las escobillas volvieron a chirriar.

Céntrate en lo importante ahora, Chelsey.

No podía estar embarazada.

NO PODÍA estar embarazada.

¿Qué demonios iba a hacer entonces? Vivía en mi antigua habitación de niña en casa de mis padres, tenía un montón de deudas y era camarera en una cafetería.

No podía estar embarazada.

Tragué a toda prisa el nudo que tenía en la garganta. Luego me detuve delante de la farmacia, salí y corrí adentro lo más rápido que pude. Si tenía que hacerlo, al menos que fuera cuanto antes. Era mejor saberlo lo antes posible en vez de esperar muerta de miedo.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó una empleada resuelta con un ligero bigotillo, mirándome por encima del mostrador.

—Quisiera una prueba de embarazo, por favor. —Las palabras salieron de mi boca con vacilación. Más que decirlas, las exhalé.

—¿Cómo? —ladró la empleada por encima del mostrador. No era antipática, simplemente parecía no tener sensibilidad para los tonos bajos.

Tragué saliva. —Quisiera una prueba de embarazo, por favor —repetí con más claridad.

—Se han agotado. —La empleada del bigotillo no parecía ser mujer de muchas palabras.

—¿Cómo? —Ahora era yo la que no podía creer lo que oía.

—Ya no nos quedan. Volverán la semana que viene —me dijo la mujer asintiendo—. ¿Desea algo más?

—Nn... no. No —balbuceé y salí huyendo de la farmacia a toda prisa. Un minuto después, estaba de nuevo en el coche de mamá, intentando girar la llave de contacto. Esta vez lo conseguí a la primera.

—Agotados —refunfuñé. No podía ser. ¿Cómo podían estar agotadas las pruebas de embarazo? ¿Tanta gente necesitaba una?

No pienses en eso, Chelsey. Mejor piensa en dónde puedes conseguir una prueba ahora.

Porque una cosa estaba clara: no quería esperar hasta la semana que viene. No soportaría la insoportable incertidumbre durante varios días. Aceleré y conduje hacia la ciudad. Allí también había una farmacia y seguro que me venderían una prueba de embarazo. La nevada era mucho más intensa que hacía unos minutos. Volví a accionar el limpiaparabrisas. De nuevo, me sobresalté con el chirrido.

¿Y si la maldita prueba daba positivo?

Sí, siempre había querido tener un hijo. Pero no así… Había soñado con el hombre adecuado para ello. Con una familia. Con MI familia.

En cambio, unos minutos más tarde, me encontraba sola frente a la entrada de la farmacia, respirando hondo.

—Chelsey, querida. No esperaba verte por aquí. —Una señora mayor con el pelo teñido de lila salió de la farmacia.

—Señora Burns. Qué alegría —saludé a la vecina de mis padres. La señora Burns era, de hecho, encantadora. Pero en ese momento deseé que estuviera en casa, en su cocina, horneando un pastel de pacanas.

—Hace taaaanto tiempo que no nos vemos —cotorreó la señora Burns—. ¿Tú también tienes que ir a la farmacia? Acabo de estar allí, porque en la que está cerca de la cafetería se les había agotado mi medicamento. Entro contigo si quieres, así charlamos un poco más.

El pánico se apoderó de mí. ¿La señora Burns quería entrar conmigo en la farmacia? ¿Y verme comprar una prueba de embarazo? Para eso, mejor anunciaba a todo el vecindario que esperaba un hijo. Probablemente la señora Burns le preguntaría a mi madre quién era mi novio y por qué no sabía nada.

—Ejem… —hice, mirando a mi alrededor desesperada—. ¿Es que nadie iba a venir a ayudarme?

—Aunque… —La señora Burns miró al cielo—. Está nevando muy fuerte, mejor me voy a casa. Pásate esta noche a tomar una taza de café.

Café.

Tenía que ser café.

Solo con oír esa palabra se me revolvía el estómago.

—Claro —prometí. Habría prometido cualquier cosa con tal de que la señora Burns se fuera.

—Me alegro. —La anciana me sonrió. Me sentí un poco culpable por desear que desapareciera lo antes posible.

Ahora tienes que pensar en ti, Chelsey.

La señora Burns me saludó con la mano y desapareció en dirección a su coche.

Entré en la farmacia.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —me sonrió una dependienta rellenita de unos cincuenta años.

—Necesito una prueba de embarazo, por favor —susurré. Seguía sin poder hablar más alto que antes.

La empleada se dio la vuelta, cogió algo del estante que tenía detrás y dejó una prueba sobre el bajo mostrador que nos separaba. —¿Necesita algo más? No tiene usted muy buena cara. —Me miró con preocupación.

Negué con la cabeza y bajé la vista. Miré la prueba que tenía delante. Una caja azul y rosa. La prueba adecuada, sin importar si el bebé era un niño o una niña. Lo que más me apetecía era salir corriendo de allí. Si no me hacía la prueba, entonces no estaba

embarazada. Quizás todo esto era solo una pesadilla de la que despertaría pronto y mamá me saludaría con café recién hecho y…

Café.

Las náuseas volvieron a subirme por la garganta.

—El baño de clientes está ahí delante. —La empleada parecía saber cómo me encontraba.

Dejé de golpe un billete de veinte dólares en el mostrador, cogí la prueba de embarazo y desaparecí en el baño de clientes.

Cuando cerré la puerta con pestillo detrás de mí, apoyé la cabeza en los azulejos de la pared derecha, junto al lavabo. El baño apenas tenía calefacción y hacía un frío que pelaba. Tiritaba, pero el frío también tenía su lado bueno: mis náuseas se habían esfumado de repente. Ya que estaba aquí, podía hacerme la prueba de una vez. Estudié la caja. Mis dedos temblaban tanto como antes, cuando había metido la llave en el contacto. Solo que esta vez, el frío no era el único culpable.

Leí las instrucciones de la caja. Bueno, todo parecía bastante sencillo. Rasgué el envoltorio, me senté en el inodoro y oriné en el palito de la prueba.

Ahora tenía que esperar tres minutos.

Tres minutos terriblemente largos.

Saqué el móvil del bolso y vi cómo pasaba el tiempo. Un segundo. Y otro. Y otro más.

No había pasado ni un minuto.

¿Cuánto más iba a tardar?

Entonces sonó el móvil.

Beryl.

—Hola, Beryl. —Antes de poder pensar en lo que hacía, había aceptado la llamada.

—Chelsey. ¿Te molesto? Hace tanto que no hablamos que he pensado que tenía que saber cómo estabas. ¿Qué haces ahora mismo? —Beryl sonaba como siempre. Vivaz. Cariñosa.

—Estoy sentada en el baño esperando a que pasen tres minutos —solté de sopetón.

—¿Cómo? —Beryl estaba visiblemente confundida.

Sollocé. —Me he hecho una prueba de embarazo. Yo… —No pude seguir hablando.

—Oh, Chelsey —suspiró Beryl con compasión—. Lo que te faltaba.

—Tengo náuseas constantemente y tampoco me ha venido la regla —expliqué—. Yo… estas últimas semanas todo ha sido un caos.

—Pero si tomas la píldora. —Beryl intentaba encontrarle sentido a lo que le contaba.

—Normalmente sí. Pero cuando tuve que irme de casa de Geoffrey de forma tan precipitada, me olvidé la píldora. La dejé un par de días y no cogí las tiras hasta que fui a por mis cosas. Para entonces, Landon y yo ya habíamos… —No terminé la frase.

—¿Y no le diste importancia? —Beryl sonaba incrédula.

Me encogí de hombros. —No. Una no se queda embarazada tan rápido. O sea, muchas mujeres esperan un hijo durante años y yo… yo tengo sexo una vez y…

—¿De verdad que solo una vez? —Beryl rio un poco, pero enseguida se puso seria—. Perdona, Chelsey, no quería burlarme de ti.

—No puedo estar embarazada de ÉL. —En las últimas semanas había evitado cuidadosamente cualquier pensamiento sobre Landon. Sencillamente dolía demasiado. Ya no sabía quién era. ¿Era el hombre que me había mirado con tanta pasión? ¿Con quien me había sentido protegida y que había hecho arder mi cuerpo? ¿O era el hombre que me había echado de su ático?

Esa era mi última imagen de él y, por lo tanto, ese debía de ser él. Pero incluso ahora, mi cuerpo sentía un ligero hormigueo al pensar en los ojos oscuros de Landon y su nariz ligeramente torcida.

Traidor. Mi cuerpo era un viejo traidor.

—¿Entonces estás embarazada? —preguntó Beryl.

—¿Qué? —Estaba pensando en otra cosa.

—Los tres minutos ya deben de haber pasado. ¿No quieres mirar la prueba? —quiso saber Beryl.

La prueba.

Cogí el palito que estaba sobre el lavabo. En la ventana se veían claramente dos gruesas líneas rosas. Cerré los ojos por un momento y luego los volví a abrir. Las dos líneas seguían allí.

—Positivo —dije en voz baja—. Estoy embarazada.

—Oh, Chelsey. —La voz de Beryl era igual de baja—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Solté una risa amarga. —¿Quién sabe? No tengo muchas opciones, ¿verdad? Estoy embarazada de un gilipollas que me echó de su piso porque supuestamente le había robado algo. Justo después se acostó con su ex. Y el dinero que me había prometido tampoco me lo pagó. Me usó como un objeto y al final me desechó. Me ha arruinado. —Tragué saliva. Tenía los ojos húmedos—. No tengo ni idea de qué hacer. No tengo dinero, ni piso y un montón de deudas. Y ahora, encima, estoy embarazada.

—Ven aquí —dijo Beryl con decisión.

—¿Adónde? —No tenía ni idea de a qué se refería mi amiga.

—Pues a Nueva York. Ven aquí. Díselo. Habla con él. —Beryl no pronunció el nombre de Landon, pero estaba claro a quién se refería.

Ante la idea de tener que volver a ver a Landon, un escalofrío me recorrió la piel. Sentí un ligero hormigueo.

Mi cuerpo era un viejo traidor.

—No quiero volver a hablar con él. Nunca más. No quiero volver a verlo nunca —dije con más determinación de la que realmente sentía.

—Lo entiendo —asintió Beryl—. Pero también es su hijo. No importa lo gilipollas que sea, es el padre.

Reí con amargura. —Por eso no voy a jugar a la familia feliz con él ni a convertirme de repente en su esposa obediente. Aparte de que él no me quiere.

—No hablo de eso. Quiero decir que puede pagar por su hijo. —Beryl sonaba ahora un poco indignada—. Ese tío está forrado y tú estás sin blanca. Puede perfectamente hacerse cargo de su hijo. Al menos así tendrás una preocupación menos.

—No lo sé —dudé.

—No tienes que decidirlo ahora mismo. Puedes pensártelo con calma. Por ahora, sal de ese baño —ordenó Beryl.

Reí un poco. Beryl era simplemente única. Incluso en la situación más complicada, me hacía reír. Metí la prueba en el bolso y salí del baño con el móvil pegado a la oreja.

—Su cambio, señorita. —La empleada salió apresuradamente de detrás del mostrador y me alcanzó justo antes de la puerta. Me puso unas monedas en la mano. Las metí en el bolso sin mirar.

Entonces me encontré fuera, en la acera.

—Tengo que colgar ya. Hablamos esta noche si quieres —se despidió Beryl.

—Gracias —dije en voz baja. Luego metí también el móvil en el bolso.

¿Y ahora qué?

¿Qué se suponía que debía hacer?

Estaba de pie en la nieve, en la acera, y pensaba en Landon.

Una parte de mí quería que estuviera aquí ahora.

Que apareciera de repente detrás de mí.

Y que todo volviera a estar bien.

En ese momento, alguien me tocó el hombro.

Capítulo 30

Landon

Seguía con la mirada fija en las joyas que había sobre mi escritorio. Allí estaban el collar de diamantes que había brillado en el cuello de Chelsey; a su lado, el anillo a juego que había hecho las veces de anillo de compromiso, y los dos pendientes que habían colgado de forma tan seductora de los lóbulos de sus orejas. Aquel día, Chelsey estaba más guapa que nunca, y no solo por las joyas. Irradiaba una luz interior como no había visto jamás en ninguna otra mujer.

—Parece que, después de todo, no era una ladrona, ¿verdad? —Clancy se apoyó en la puerta desde dentro, se cruzó de brazos y me miró.

Esquivé su mirada y volví a clavar los ojos en las joyas. —No, parece que no lo era —dije en voz baja.

—¿Y ahora qué? —insistió Clancy.

Todavía veía a Chelsey delante de mí, sonriéndome, su mirada de desesperación cuando no había puesto bien la lavadora o se había

olvidado la plancha encima de una de mis camisas. La veía trajinar en la cocina y sentía sus dedos en mi cuello cuando me anudaba la corbata. Sentía su cuerpo contra el mío y veía la pasión en sus ojos.

La excitación me invadió al recordarlo. Noté los pantalones más apretados.

Había perdido lo mejor que me había pasado en la vida. Y era culpa mía, solo mía.

—Significa mucho para ti, ¿verdad? —insistió Clancy.

Entonces levanté la cabeza. —Joder, puede que seas mi mejor amigo, pero te estás comportando peor que cualquier terapeuta.

Clancy sonrió. La rabia y la impaciencia de mi voz no parecieron molestarle. —Eso es lo que hacen los mejores amigos a veces.

Volví a mirar las joyas. Clancy tenía razón. Chelsey significaba mucho para mí. Por eso me había cabreado tanto su pregunta.

Seguía sin decir nada, pero Clancy pareció sentir mi respuesta. —Ya era hora. Creía que nunca ibas a entrar en razón.

—¿A qué te refieres con «entrar en razón»? —levanté la vista. ¿Acaso Clancy quería cabrearme con cada pregunta que me hacía hoy?

Clancy suspiró. —A ver, Landon, está muy bien tomarse un tiempo para uno mismo después de una ruptura. Y también está muy bien divertirse. Y no pasa nada si la otra persona de verdad no te importa. Pasa muy a menudo. Pero si esa persona te importa mucho y aun así la dejas marchar solo porque prefieres aferrarte a unas

reglas estúpidas que te has impuesto… eso es bastante irracional, ¿no crees?

Resoplé. Luego admití a regañadientes: —Tienes razón.

—No creí que volvería a oír esas palabras. —Clancy sonrió—. Pero, aunque me dejes tirado en la pista con regularidad, no eres el más rápido en todo. —Volvió a sonreír. Luego me miró, inquisitivo—: ¿Y qué vas a hacer ahora?

Sí, ¿qué iba a hacer ahora?

—No sé ni dónde está —confesé.

—Así que quieres buscarla. —Clancy seguía poniéndome el espejo delante sin piedad.

¿Quería buscar a Chelsey?

Sí, claro que quería.

Antes de creer que me había robado y traicionado, me había imaginado cómo sería simplemente prorrogar nuestro acuerdo. Chelsey seguiría viviendo en el ático, nos veríamos por las noches y daríamos rienda suelta a nuestra pasión juntos. Esa misma idea volvió a mi mente. Eso era lo que quería.

—Claro que quiero buscarla —repliqué, ligeramente irritado.

—Pues vámonos. —Clancy se dio la vuelta e hizo ademán de abrir la puerta.

—¿Y adónde? No tengo ni idea de dónde podría estar. —Mi voz sonó aún más irritada. ¿Por qué Clancy se imaginaba que todo era tan fácil?

Clancy volvió a cerrar la puerta. —Pues lo averiguaremos.

Resoplé. —Ja, ja. ¿Y cómo? Podría estar en cualquier parte. Podría estar de vacaciones. —Me interrumpí—. No, eso es poco probable. No tiene dinero. Seguramente está en casa de una amiga.

—Pues la buscamos allí. O llámala. —Clancy me miró, expectante.

Dudé un momento. En la zona del corazón sentí algo que no había sentido nunca. Entonces saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Chelsey.

El número que ha marcado no existe.

El número que ha marcado no existe.

Colgué antes de tener que oír el mensaje por tercera vez. —Debe de haber cambiado de número. —Miré el móvil, perplejo—. ¿Y ahora qué? No tengo ni idea de quiénes son sus amigas ni cómo se llaman. Ni dónde viven. —Me encogí de hombros.

—Sus padres sabrán dónde está —dijo Clancy, imperturbable.

Me reí. —Ah, sí. Seguro que tienes razón. Probablemente sus padres saben dónde está. Solo queda el pequeño problema de que no tengo ni idea de dónde viven sus padres ni cómo se llaman. Así que de poco me sirve que sus padres lo sepan. No puedo preguntarles.

Clancy negó con la cabeza. —De verdad que estás un poco ciego, Landon. Todo este asunto debe de haberte afectado más de lo que admites.

—¿Ciego? —Miré fijamente a Clancy.

—Su prima era tu ama de llaves. Seguro que sabe dónde viven los padres de Chelsey. Si es que no sabe dónde está la propia Chelsey. —Clancy enarcó las cejas—. ¿Qué tal si le preguntas a Coral? Seguro que tiene el número de su tío y su tía.

Desbloqueé a toda prisa la pantalla del móvil. Sin mi amigo, ahora mismo estaría perdido. Nunca me había pasado algo así. ¿Qué demonios me pasaba?

Chelsey se ha ido, Landon. Y no sabes si volverás a verla. E incluso si la vuelves a ver, no sabes qué pasará.

Ese sentimiento me inquietaba más que nunca.

Pero tenía que intentarlo. No había otra opción.

Marqué el número de Coral.

—¡Landon! —respondió Coral con la lengua pastosa. ¿La había despertado? Pero no me importaba. Esto era más importante que el sueño de Coral. Le quedaban varias semanas en el Caribe y podía salir de fiesta y dormir todo lo que quisiera cualquier día. Excepto hoy. Ahora necesitaba su respuesta.

—Coral. Escuche, ¿tiene el número de teléfono y la dirección de los padres de Chelsey? Los necesito urgentemente. —No tenía ganas de perder el tiempo con cháchara innecesaria.

—¿Qué? —Coral no parecía mucho más despierta que antes—. Me… me pesa mucho la cabeza…

—Necesito el número de los padres de Chelsey —repetí con impaciencia. En ese momento no podía andar con contemplaciones sobre cómo se encontraba Coral.

—¿De los padres de Chelsey? —La mente de Coral parecía empezar a funcionar—. ¿Y eso por qué? ¿Ha pasado algo? —¿Ahora Coral parecía preocupada—. ¿Chelsey no está bien?

—No. Está todo bien. Se lo explicaré más tarde. —No tenía tiempo para discutir con Coral. Quería ir a ver a Chelsey, eso era todo.

—Puedo enviarle el número. Pero ¿qué quiere arreglar con mi tío y mi tía? También puedo preguntarles yo por usted. —Coral ya se había despertado.

—No, tengo que hacerlo yo mismo. Es una sorpresa para Chelsey, porque me ha ayudado mucho —mentí. ¿O era una mentira? Quizá solo a medias.

—Oh. Qué bien suena eso. —Coral rio por lo bajo—. Espero que también tenga una sorpresa para mí cuando vuelva. Al fin y al cabo, yo también le he ayudado mucho.

—Claro. —En ese momento le habría prometido a Coral cualquier cosa. Lo importante era que soltara el maldito número de una vez—. ¿Me envía el número y la dirección? Ahora mismo. Es urgente.

—Está bien. Debe de ser algo estupendo lo que Chelsey ha hecho por usted —refunfuñó Coral.

—Lo es. —No quise decir más—. Bueno, entonces espero su mensaje.

—Sí. —Ahora Coral parecía ligeramente irritada.

—Que disfrute de sus vacaciones —intenté apaciguar a mi ama de llaves.

—Gracias. Y no se olvide de mi sorpresa. —Coral terminó la conversación.

Un segundo después, mi móvil emitió un pitido. Coral me había enviado el número y la dirección como había prometido.

Respiré hondo y marqué el número.

—Hamilton. —Contestó una voz de mujer. Debía de ser la madre de Chelsey.

—Hola, soy Landon Goleman, de Nueva York. Busco a Chelsey. —Quería abordar el asunto con cautela. Quizá Chelsey les había hablado de mí a sus padres y la madre me despacharía.

Entonces no ha sido buena idea decir tu nombre, Landon. Deberías haberte hecho pasar por otra persona. Un cazatalentos con una oferta de trabajo. Un conocido. Cualquiera.

—¿De Nueva York? ¿De dónde ha sacado nuestro número? —se extrañó la señora Hamilton. En su voz se percibía una ligera desconfianza.

—Me lo ha dado Coral —respondí, diciendo la verdad, y añadí—: Nos conocemos todos. —Ni siquiera era mentira.

—Ah, ya veo. —La señora Hamilton rio, aliviada—. Sabe, hoy en día se reciben tantas llamadas de chalados que quieren venderte algo o sacarte dinero, que una tiene que preguntar.

—Lo entiendo —le aseguré.

—Chelsey acaba de irse a trabajar. Volverá a casa más tarde, así que quizá podría volver a intentarlo entonces. —La señora Hamilton era ahora mucho más accesible.

—De acuerdo, muchas gracias —aseguré apresuradamente y le deseé a la señora Hamilton un buen día antes de colgar.

—Está en casa de sus padres. —Miré a Clancy—. ¿Vienes conmigo?

—¿Aquí en Nueva York? —quiso saber Clancy.

—No. Cerca de Lake Placid. —Comprobé de nuevo la dirección que me había enviado Coral—. El vuelo durará algo más de una hora. Si salimos ahora, estaremos allí en dos horas como mucho.

Clancy asintió. —¿No quieres llamarla?

Negué con la cabeza. —No. Quiero mirarla a los ojos. Y quiero que ella me vea. Una llamada telefónica se termina rápido, basta con colgar. Pero cuando os veis… —No terminé la frase.

Clancy sabía igualmente a qué me refería. —Pues vámonos, colega.

En ese instante, llamaron a la puerta del despacho. Gruñí. —Como sea Libby, me vuelvo loco del todo.

—Yo me encargo. —Clancy abrió la puerta.

Ante él había un tipo musculoso y atlético que nos sonreía de oreja a oreja. —Hola, soy George, de *Exclusive Fitness Equipment*. Estoy encantado de entregarle hoy personalmente el equipo que ha pedido. —George le puso una caja en las manos a Clancy. Debía de estarnos confundiendo—. Aquí tiene sus mancuernas. Si ahora me indica dónde puedo montar las máquinas, todo estará listo para usar en un máximo de dos horas. Si su tiempo lo permite, me quedaré encantado a darle unas instrucciones y una primera clase particular. Una pequeña compensación por el retraso en su entrega. —George sonrió aún más.

—¿Qué? —Miré fijamente al hombre.

—Bueno, no supongo que las máquinas se tengan que montar aquí, ¿verdad? —George hizo un gesto con la mano que abarcaba toda la estancia—. Esto parece un despacho. No una sala de entrenamiento. Recomendamos montar las máquinas en una habitación separada. Así que si quiere mostrarme dónde puedo ponerme a trabajar… Las máquinas están abajo, en el camión. —George siguió sonriendo. La sonrisa parecía grapada a su cara.

—¿Qué? —Negué con la cabeza—. Las máquinas no deben instalarse aquí en absoluto. Esta es la dirección de facturación. No la de entrega. —¿Tan duros de mollera eran en *Exclusive Fitness Equipment*? Primero las máquinas tardaban una eternidad en llegar y ¡ahora estaban aquí!

Y justo hoy. ¡Justo ahora! Tenía que irme urgentemente, no tenía tiempo para ocuparme de estas cosas.

—Lo siento mucho. —George negó con la cabeza, apesadumbrado, pero enseguida recuperó su sonrisa—. Si la dirección de entrega es aquí en Nueva York, dígamela y vamos para allá ahora mismo.

—No tengo tiempo para eso —le espeté a George—. ¿Se presenta aquí sin avisar, con semanas de retraso, y luego quiere hacerlo todo de inmediato? ¿Qué clase de servicio de atención al cliente es ese?

Mientras tanto, Clancy había abierto la caja y había sacado una mancuerna bañada en oro. La sostuvo en la mano con admiración, observando cómo la luz se reflejaba en ella. Recordé lo que había sentido cuando pedí las mancuernas. Lo mucho que las había deseado.

¿Y ahora?

Aquellas cosas me daban igual. Quería ir al aeropuerto y volar a Lake Placid. Quería ir a ver a Chelsey. Y no iba a dejar que nadie me detuviera. Y mucho menos George.

—Llévese estas cosas y pida una cita —le ordené a George—. Como hace cualquier empresa normal. Joder, ni siquiera *Exclusive Fitness Equipment* es tan exclusivo y maravilloso como para que TENGA que adaptarme yo a usted en lugar de usted a mí. —Resoplé. El servicio de atención al cliente de *Exclusive Fitness Equipment* había empeorado cada vez más en las últimas semanas. ¿Cómo podía sobrevivir una empresa así?

En fin.

Realmente me daba igual.

Cogí mis llaves y pasé rozando a George. —Vámonos, Clancy.

Delante de mí había unas mancuernas bañadas en oro.

Pero yo solo podía pensar en la cara de Chelsey.

Capítulo 31

Chelsey

Sentí el roce de un dedo en mi hombro. Ligero, pero firme. Así era exactamente como Landon siempre me había tocado.

El corazón me dio un vuelco.

¿Y si Landon estaba detrás de mí?

Me imaginé que me daba la vuelta y me encontraba con los ojos más oscuros que había visto en mi vida. Ante mí estaría el rostro con esa nariz ligeramente torcida que hacía a Landon tan único. Sus fuertes brazos me rodearían y me apretarían contra su cuerpo atlético, igual que en nuestro primer encuentro.

Y entonces todo estaría bien.

Un aroma masculino me llegó a la nariz. Penetrante, con una nota de canela.

El corazón me dio un vuelco.

Era el aroma de Landon.

¿Y si de verdad estaba detrás de mí?

Date la vuelta, Chelsey. Mírale. Y sé fuerte.

Con el corazón desbocado, me di la vuelta. Me encontré con un par de ojos oscuros. Me flaquearon las rodillas. Se me revolvió el estómago, pero no eran las náuseas de antes. Era una sensación diferente.

Y entonces lo vi: no era Landon. Sí, el hombre tenía los ojos oscuros y era atractivo. El nacimiento del pelo recordaba al de Landon. Pero eso era todo. El hombre era un desconocido cualquiera, sin ningún carisma. Tenía la nariz completamente recta y probablemente me había cruzado con cientos de hombres como él. Los latidos de mi corazón volvieron a la normalidad.

—Disculpe, ¿dónde puedo encontrar el supermercado más cercano? —preguntó el hombre, mirándome interrogante.

Su voz también sonaba muy diferente a la de Landon. El hombre que tenía delante poseía una voz desagradable y rasposa que me provocaba escalofríos. La de Landon, en cambio, era profunda y plena. Cuando él hablaba, yo siempre me sentía más a gusto en su presencia.

—¿Señorita? —El hombre me miró—. ¿Es usted de por aquí? ¿Puede ayudarme?

—¿Qué? —volví en mí, saliendo de mi ensimismamiento. ¿Qué me había preguntado el hombre que no era Landon? Ah, sí, quería ir a un supermercado—. Todo recto, a la izquierda y luego enseguida a

la derecha. Verá el supermercado en la siguiente esquina —le expliqué. El hombre me dio las gracias y se marchó.

Me quedé mirándolo hasta que lo perdí de vista.

No era Landon.

Y yo no había deseado nada con más fuerza que fuera Landon.

Eso me inquietó.

¿Por qué lo deseaba?

Landon era una persona poco fiable en la que no podía confiar. Me había dejado plantada sin miramientos a la primera de cambio y me había sustituido por otra. Para ser exactos, por su ex. No podía contar con él y, por lo tanto, tampoco podía confiar en él. Quien trataba así a las mujeres, sencillamente, no era apto para ser padre.

Y ahora necesitaba un padre. Un padre para el niño que llevaba en mi vientre. Sí, Landon era el padre del niño. Era el progenitor, el padre biológico. Pero ¿sería apto para criar a un niño? Solo pensaba en su propio placer. Se daba más importancia a sí mismo y no le interesaba en lo más mínimo lo que los demás necesitaran, pensaran o sintieran. Yo me había creído lo contrario. Me lo había hecho creer por un momento para conseguir lo que quería. Pero eso era todo.

En ese instante, una imagen apareció ante mis ojos. Sostenía a un bebé en brazos, envuelto en una manta blanca, que dormía plácidamente. Detrás de nosotros estaba Landon, rodeándome con un brazo. Con el otro, le acariciaba la barriguita al bebé, que gorjeaba alegremente en sueños. Entonces Landon me depositó un beso en la sien.

Chelsey, ¿se puede ser más idiota? Son fantasías. Algo así puede que exista en Hollywood. Sí, en las películas pasa que los hombres recapacitan y de repente cambian su comportamiento. Un playboy se convierte de pronto en un padre de familia atento y cariñoso. Pero no en la vida real. Deberías atenerte a lo que ha dicho Beryl. Cuando hables con Landon, debes dejar todos los sentimientos a un lado. Es el pasado. Ahora solo se trata de dinero. Necesitas dinero, porque el niño se merece solo lo mejor. No debería faltarle de nada.

Traté de seguir haciéndome entrar en razón.

Pero mi cuerpo seguía echando por tierra mis planes. Sentía un hormigueo en la piel y un ligero ardor en mi centro. El encuentro con el hombre y los pensamientos sobre Landon me habían revolucionado por completo.

¿Querría que Landon volviera si viniera a pedirme perdón?

Sí.

Claro que querrías, Chelsey. Habrías hablado con él si hubiera estado delante de ti hace un momento. Incluso lo has DESEADO.

Pero no había estado delante de mí, y aunque lo hubiera estado, nunca me habría pedido perdón. Mis pensamientos sobraban por completo. Era pura ilusión.

Seguía de pie en la acera, mirando al hombre que ya había doblado la esquina. Probablemente ya estaría en el supermercado y puede que hasta hubiera terminado su compra.

Me estremecí. La nevada se había intensificado y mi abrigo y mi bufanda estaban cubiertos por una capa blanca.

¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie?

Tienes que irte a casa, Chelsey. Es urgente. De verdad. Necesitas entrar en calor.

Iría a casa de mis padres y me tomaría un té. Quizá me daría un baño. Y luego lo meditaría todo con calma. Si después de eso seguía queriendo ir a ver a Landon, lo haría.

Pero tenía claro lo que dirían mis padres, Beryl y todas las personas que me importaban. Me dirían que tenía que hablar con Landon.

Y en el fondo de mi corazón sabía que tenían razón. Tenía que hacerlo, aunque no hubiera ninguna posibilidad de reconciliación.

La idea de una reconciliación, el desearla, eso tenía que prohibírmelo.

Volví a temblar de frío.

Con pesadez, me puse en marcha. Las piernas se me movían lentamente, como si tuviera que abrirme paso a través de altas montañas de nieve. Y eso que solo caminaba sobre una capa de apenas un centímetro de espesor.

Llegué a mi plaza de aparcamiento.

Estaba vacía.

Miré atónita el lugar donde había aparcado el coche de mamá. Ya no estaba. ¿Me había equivocado de sitio? Miré a mi alrededor,

buscando. Pero no había ni rastro de un todoterreno rojo. El coche de mamá no estaba.

¿Lo habría aparcado en la calle y se me había olvidado con todo el lío?

Tonterías, Chelsey. Además, en ese caso, habrías visto el coche al venir para acá.

Observé la plaza de aparcamiento. Estaba claro que hasta hacía poco había habido un coche allí. La capa de nieve en la plaza era algo más fina que la de los alrededores.

Pero ahora la plaza estaba vacía.

Una mujer se bajó de un utilitario verde y pasó a mi lado.

Me aclaré la garganta. —Disculpe, quizá la pregunta le suene tonta, pero… ¿ha visto por casualidad un todoterreno rojo?

La mujer asintió. —Hace tres minutos ha salido uno del aparcamiento. Justo estaba liada con el móvil porque mi sobrina me ha vuelto a escribir. Tiene un problema con un hombre, ¿sabe usted?

Asentí débilmente.

La mujer, parlanchina, continuó: —Cuando he levantado la vista porque estaba pensando en la mejor manera de decirle que mandara al tío a la porra, he visto cómo un todoterreno rojo salía del aparcamiento. Los limpiaparabrisas chirriaban tan fuerte que he dado un respingo.

Tenía que ser el coche de mamá. —Ese… ese era mi coche —balbuceé.

—¿De verdad? —La mujer me examinó con interés. Probablemente ya estaba pensando en cómo contarle a su sobrina que acababa de ser testigo del robo de un coche.

Reaccioné. —Voy a preguntar en la farmacia, a ver si saben algo.

—¿Qué va a hacer allí, criatura? —La mujer me miró con solicitud.

Quería alejarme de ella. Y quería entrar en calor.

—Muchas gracias por su información. —Me di la vuelta y me fui.

—Por desgracia, ha pasado más veces. —La amable empleada de la farmacia me miró con compasión y suspiró—. Aquí viene al menos una persona cada dos semanas a la que le han robado el coche de este aparcamiento. Pertenece al ayuntamiento y ya hemos pedido muchas veces que lo vallen y lo vigilen. Pero como el aparcamiento no cuesta nada, el ayuntamiento tampoco está dispuesto a gastar dinero en él.

Asentí débilmente.

—Bueno, eso probablemente no le interese en lo más mínimo ahora. —La empleada asintió comprensiva—. ¿Sabe qué? Ahora mismo le preparo un té y llamo a la policía para que pueda poner una denuncia.

La empleada desapareció en la trastienda y oí cómo se ponía en marcha un hervidor de agua. Me apoyé en la pared, justo al lado de la estantería de la que la mujer había cogido mi test de embarazo

antes. Estaba cansada. Simplemente, estaba agotada. ¿Es que ya nada en mi vida salía como debía?

—Sí, han vuelto a robar otro coche —oí en ese momento la voz de la empleada.

Una breve pausa.

—Sí, la señora todavía está aquí. Claro que puede hablar con ella. —La empleada regresó a la zona de ventas. En la mano sostenía el terminal de un teléfono fijo—. La policía quiere hablar con usted —susurró.

Cogí el teléfono. —¿Hola?

—Buenos días, señorita. Hemos sabido que le ha desaparecido el coche. Lo sentimos de veras. —El policía sonaba apenado, pero no parecía especialmente conmovido. Seguramente había que ser así para poder hacer ese trabajo—. Por desgracia, ahora mismo todos nuestros efectivos están ocupados. Ha habido un accidente en la sierra y se nos necesita allí. Pueden pasar varias horas hasta que alguien pueda ir a verla.

No supe qué decir. ¿Varias horas? ¿Se suponía que tenía que aguantar varias horas en la farmacia esperando a que viniera un agente para levantar atestado? No podía hacer eso.

—Por lo tanto, le propongo tramitar su caso por teléfono. De todos modos, ya no podemos hacer nada en el lugar de los hechos, porque el coche ya no está. —El agente tecleó en un ordenador.

—Sí, de acuerdo. —En ese momento me pregunté por qué la policía se desplazaba por el robo de un coche. Como dijo el agente: ya no

había nada que ver.

—Dígame su nombre, por favor, el nombre del titular del vehículo, si no es usted, y la matrícula del vehículo —me pidió el policía.

Le di toda la información y también describí el coche de mamá con todo detalle. Luego le conté al agente lo que había dentro del coche y que yo solo había estado en la farmacia y que el coche había desaparecido en ese tiempo. Por suerte, el policía no preguntó qué había ido a hacer a la farmacia.

—Ahora le voy a dar un número de caso. Es una especie de número de expediente —me explicó el policía—. Con él puede contactar con su seguro y denunciar el robo. Allí le explicarán todo lo demás. Normalmente, la búsqueda policial tiene que durar un cierto tiempo antes de que reciba una indemnización. Pero eso lo saben mejor ellos. Varía de un seguro a otro. En cualquier caso, no tendrá que pagar el taxi a casa. ¿Tiene alguna pregunta más?

Negué con la cabeza.

—Pues que tenga un buen día. —El agente terminó la conversación sin esperar mi respuesta.

Le devolví el teléfono a la empleada.

—¿Quiere que le llame un taxi? —preguntó ella con empatía.

—Gracias —respondí, y negué con la cabeza.

Taxi.

No podía permitirme algo así.

No teníamos seguro. Con el coche de mamá no merecía la pena. Ese cacharro viejo no valía prácticamente nada y un seguro costaba un dineral. No compensaba.

Por lo tanto, nadie me pagaría un taxi a casa.

Tendría que ir andando.

Me despedí de la amable empleada de la farmacia, le aseguré que una conocida vivía a la vuelta de la esquina y que de momento podía quedarme con ella, y luego salí.

Ya no nevaba. En algunos sitios, el sol se asomaba por el cielo y la nieve relucía un poco.

Sería una larga caminata hasta casa.

Tenía mucho tiempo para pensar en Landon.

Capítulo 32

Landon

—¿No puedes conducir más rápido? —dije irritado, con la vista fija en la carretera nevada que teníamos delante. Donde normalmente había asfalto, ahora había una gruesa capa de nieve.

—¿Más rápido? —Clancy levantó un momento una mano del volante y señaló la carretera—. Ya ves por dónde estamos conduciendo. ¿Quieres que nos salgamos de la carretera y acabemos en la cuneta? Eso tampoco te acerca a tu objetivo.

Gruñí con impaciencia. Clancy tenía razón, por supuesto, pero eso no significaba que me gustara. —¿Por qué no han limpiado todavía esta carretera? Estamos en una maldita estación de esquí. Debería haber suficientes quitanieves disponibles. —Tamborileé con los dedos contra la puerta.

Clancy se encogió de hombros. —A lo mejor los conductores están en la cama con gripe o los vehículos tienen una avería. Quién sabe. —Me lanzó una breve mirada antes de volver a concentrarse en la carretera—. Llegaremos a tiempo, no te preocupes.

Volví a gruñir. —Y encima en el aeropuerto solo nos han dado este maldito cacharro. Un Toyota. No me lo puedo creer. —Negué con la cabeza, incrédulo—. Creo que en mi vida me he montado en un Toyota.

—Las empresas de alquiler de coches no suelen tener Bugattis en *stock*. Y menos en aeropuertos pequeños como este. Podemos darnos por satisfechos de haber conseguido un coche, en plena temporada. —Clancy mantuvo la vista en la carretera.

—Un Mercedes o un BMW habría sido lo mínimo —seguí refunfuñando—. Me siento aquí dentro como una sardina en lata. Apretujado.

Clancy asintió. —A mí me pasa lo mismo. Este no es un coche para hombres. Ya va siendo hora de que lleguemos.

—Eso es lo que llevo diciendo todo el rato. Y si no tuviéramos que ir por ahí en esta lata, ya habríamos llegado hace mucho. —Volví a tamborilear contra la puerta.

—Cada vez estás más impaciente e irritable. Por eso va siendo hora de que lleguemos. Parece que solo un reencuentro con Chelsey puede calmarte. —Clancy redujo una marcha al tomar una curva.

—Cuando me decido a hacer algo, me gusta terminarlo. Soy un empresario. Un hombre de acción. —Miré por la ventana, irritado. Para entonces, casi había dejado de nevar. Solo unos cuantos copos aislados caían flotando. En el cielo aparecían los primeros claros azules, y en algunos lugares los rayos de sol hacían brillar la nieve. El paisaje era precioso, pero no tenía ojos para nada de eso. Veía a Chelsey ante mí y el brillo de sus ojos.

¿Y si no quería hablar conmigo?

Tenía que hablar conmigo.

Simplemente, tenía que hacerlo.

Apreté los puños y los presioné sobre mis rodillas.

Clancy volvió a tomar otra curva. Ante nosotros se extendía una hondonada en la que se asentaba una localidad de tamaño mediano.

—Tiene que ser eso —dijo Clancy, señalando con la cabeza la localidad—. Sus padres deben de vivir aquí.

Eché un vistazo al navegador. —Falta un kilómetro.

—Ya ves —dijo Clancy con satisfacción—. Pronto verás a Chelsey y podrás soltar todo lo que quieres decirle.

Gruñí. Había preparado mis palabras cuidadosamente durante todo el vuelo. Había dado vueltas y vueltas, había pensado en cómo reaccionaría Chelsey y qué haría yo entonces… Pero ahora, cuando casi podía ver la casa de sus padres y Chelsey estaba prácticamente a mi alcance, mi mente se había quedado en blanco.

No quería que Chelsey me rechazara. Eso se había vuelto cada vez más claro durante el viaje. Cuando la eché del ático, porque sin pensarlo mucho me había creído lo que alguien me había contado, había cometido el mayor error de mi vida.

Había expulsado la felicidad de mi vida.

En 300 metros, gire a la derecha. El destino se encontrará a la izquierda.

La voz del navegador me sacó de mis pensamientos. Mis manos se humedecieron ligeramente. A lo largo de la calle había las típicas casas unifamiliares americanas. Era una zona residencial como la que se podía encontrar en cualquier ciudad mediana de Estados Unidos. El césped y los arbustos de los jardines delanteros estaban cubiertos de blanco, al igual que los tejados y los porches de las casas. Esa mañana no se veía a nadie en la calle. Probablemente todos los residentes estaban en el colegio o en el trabajo.

—A ver si hay alguien en casa. —Clancy parecía estar pensando lo mismo. Aparcó con cuidado el pequeño Toyota al borde de la carretera—. Es esa de ahí. —Señaló la casa justo a nuestro lado. La observé a través del parabrisas. No se diferenciaba en nada de sus vecinas. Una calle llena de uniformidad, como es típico en Estados Unidos. Y, sin embargo, la casa de los padres de Chelsey destacaba para mí. Era el hogar de Chelsey. Eso la hacía especial.

—¿No vas a llamar? —Clancy me dio un codazo—. Primero no puedes esperar a que lleguemos y ahora te quedas ahí sentado mirando la casa como si dentro te esperara quién sabe qué.

—Sí. —Ya estaba irritado de nuevo—. Claro que voy a llamar. —Antes de que Clancy pudiera hacer otro comentario, abrí la puerta y salté del pequeño Toyota. Por fin escapaba de aquel encierro.

Respiré hondo, caminé a paso rápido por el sendero nevado a través del jardín delantero y llamé al timbre.

Abrió una mujer atractiva de mediana edad. Parecía una versión mayor de Chelsey. ERA una versión mayor de Chelsey.

—¿Sí? —Hasta su voz sonaba como la de Chelsey. Así sonaría y se vería Chelsey en unos años. Así sería la mujer que tendría a mi lado en el futuro.

Si es que todavía te quiere, Landon.

Decepcionado, cambié el peso de un pie a otro.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —En la mirada de la señora Hamilton se deslizó la desconfianza.

—Hemos venido de Nueva York para visitar a Chelsey —dijo Clancy detrás de mí. Agradecido, me giré y le miré. Él me guiñó un ojo.

Me volví de nuevo hacia la señora Hamilton y añadí: —La he llamado antes. Me llamo Landon Goleman. ¿Ha llegado ya Chelsey a casa?

La señora Hamilton me miró y frunció el ceño. —¿Llama desde Nueva York hace apenas dos horas y ya está aquí? Nadie puede ser tan rápido.

—Con un jet privado no hay problema. —En realidad, no quería mencionar mi jet, pero la señora Hamilton no me dejaba otra opción. Si no respondía a sus preguntas, seguro que no me dejaría ver a Chelsey. Ni siquiera mencionarla. Posiblemente llamaría a Chelsey y le diría que dos tipos raros estaban merodeando por allí y que tuviera cuidado. Y eso era realmente lo último que quería.

Al pensar que tal vez no volvería a ver a Chelsey y que todo el viaje habría sido en vano, un extraño vacío se apoderó de la zona de mi corazón.

Eso simplemente no podía ocurrir.

—Chelsey todavía está en el trabajo. —La señora Hamilton frunció los labios.

—Y probablemente no debamos molestarla allí, ¿verdad? —Clancy sonaba comprensivo—. Pero quizá podría decirnos dónde trabaja Chelsey. Así podríamos tomar un café juntos después de su trabajo y ver si le apetece cenar con nosotros o si prefiere estar tranquila. —Clancy me dio un pequeño empujón en la espalda, que la señora Hamilton no pudo ver.

—Exacto. No queremos asaltar a Chelsey —reafirmé. Sin embargo, a mis oídos no soné tan creíble como Clancy.

—Mmm —musitó la señora Hamilton. Luego se encogió de hombros —. Si han venido desde tan lejos, tendrá que haber una buena razón. —La señora Hamilton me escrutó con más atención. No dijo nada, pero en su mirada había algo que no pude interpretar con exactitud. ¿No se dice siempre que las madres lo saben y lo sienten todo? Parecía que ese era precisamente el caso.

—Chelsey trabaja en la cafetería cerca de la estación de esquí —continuó la señora Hamilton. Nos dio el nombre de la cafetería y una descripción detallada del camino, pero ya no podía concentrarme. Las palabras de la señora Hamilton pasaban de largo. De repente, solo veía a Chelsey ante mí.

—¡Muchas gracias! —Al decir estas palabras, Clancy me dio otro empujón y me arrastró con él.

—Gracias —le grité a la señora Hamilton por encima del hombro.

—La cafetería no está lejos de aquí —murmuró Clancy, arrancando el motor nada más sentarnos de nuevo en el Toyota. Introdujo la

dirección en el navegador mientras conducía—. Supongo que podrás esperar un poco más.

—Claro —respondí distraídamente, mirando por la ventana. Casa unifamiliar tras casa unifamiliar pasaba ante mis ojos. Salimos de la localidad y condujimos de vuelta en dirección a Lake Placid. Entonces, Clancy giró a la derecha.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —Me moví inquieto en mi asiento.

—Tranquilo, colega. La encontraremos. —Clancy sonaba un poco divertido cuando dijo—: ¿Puede ser que cuanto más nos acercamos a ella, más inquieto te pones?

—Claro que no. —Rechacé indignado esa insinuación—. Es solo por este coche que estoy tan nervioso. Cualquiera que estuviera tan encajonado lo estaría.

Clancy asintió.

Suspiré. —Está bien, colega. Tienes razón. Y gracias por ayudarme antes. —Pasamos junto a las primeras casas.

—Mira, ahí están limpiando la carretera. —Clancy frenó. Delante de nosotros había una cola de al menos veinte vehículos y, al frente, un quitanieves que hacía su trabajo tranquilamente.

Gemí. —¿Tenía que ser justo ahora?

Clancy sonrió. —Antes te quejabas porque no estaba limpia, ahora te quejas porque la están limpiando.

—No te rías de mí. —Miré enfadado por la ventana. A estas alturas ya ni siquiera avanzábamos a paso de tortuga. Estábamos parados.

Y de repente la vi.

Caminaba junto a la fila de coches, en la dirección de la que acabábamos de venir.

Chelsey.

Sin duda, era ella. Solo una mujer en el mundo caminaba así.

De repente sentí los pantalones más apretados y mi corazón se saltó un latido.

Entonces respiré hondo y abrí la puerta. Sin darle una explicación a Clancy, salté del Toyota y corrí tras Chelsey. Cuando la alcancé, le toqué el hombro.

Se dio la vuelta bruscamente. Me miró con incredulidad. Sus ojos marrones recorrieron mi cara y mis hombros, y luego se detuvieron de nuevo en mi rostro.

—¿Landon? —Chelsey negó con la cabeza y murmuró algo como: —Y pensar que hace un rato he pensado… —No terminó la frase y retrocedió un poco.

No podía culparla. Y, sin embargo, lo que más me hubiera gustado era estrecharla entre mis brazos. —Chelsey. —La miré—. He venido a buscarte.

Chelsey volvió a observarme. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando en ese momento, pero no tenía ni idea. Al menos, Chelsey no retrocedió más. Hablé deprisa, antes de que pudiera dejarme plantado en medio de la calle.

—Quiero pedirte perdón. Lo siento mucho. Me he comportado de forma imposible. He sido un idiota. —Avergonzado, bajé la vista hacia la nieve entre mis zapatos. Unos pocos copos todavía caían suavemente del cielo.

Cuando volví a levantar la vista, un copo se posó justo en la bonita nariz de Chelsey. Me moría de ganas de quitárselo con el dedo. O de quitárselo con un beso. Pero me contuve. Acababa de reencontrarme con ella.

Chelsey tomó nota de mis palabras. Asintió.

—Creíste que te había robado. —Chelsey me miró inexpresiva.

—Sí. Había un tipo que decía ser tu antiguo casero. Apareció en mi oficina y me contó que le habías robado y estafado, que tú… —Me interrumpí. No quería repetir las acusaciones de Geoffrey. No podía hacerle eso a Chelsey.

Chelsey solo se rio. —Conociéndolo, seguro que también afirmó que lo había seducido para llevarlo a mi cama. —Resopló—. Ya le habría gustado.

Sentí que me quitaba un peso de encima, pero me esforcé por que no se me notara.

—¿Y le creíste así sin más? ¿Sin preguntarme qué pasaba? ¿Tan poca confianza tenías en mí? —Chelsey me miró dolida.

—Yo… quería preguntarte. Pero cuando llegué al ático, no podía pensar en nada más que en ti y en ese tipo. Y entonces… —Miré brevemente al suelo—. Nunca debí haberte acusado de esa manera. Significas mucho para mí.

Chelsey asintió. —¿Y tu ex? —quiso saber entonces.

—¿Libby? —Me encogí de hombros—. Está claro que le falta un tornillo. Desde que rompimos, no para de perseguirme y quiere que vuelva con ella. Esto fue solo un intento más. Me estaba dando tanto la lata que hace unas semanas acepté comprarle tu antigua cafetería.

Los ojos de Chelsey se abrieron de par en par y retrocedió otro paso. —Tú… entonces es verdad…

Levanté una mano. —Mi plan era darte una sorpresa. Quería darte una cafetería en un edificio junto al Empire State Building. El edificio es mío y necesito urgentemente un buen inquilino. Así que le compré la antigua cafetería a Libby y no te dije nada.

Chelsey se mordió el labio inferior, mordisqueándolo ligeramente. Dios mío, ¿tenía idea de lo sexi que se veía haciendo eso?

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —preguntó.

—Bueno, en realidad, el día que… —No seguí hablando.

Chelsey asintió.

—Libby ha admitido que cogió prestadas las joyas —dije con ironía —. Pero ahora ya están de vuelta en la caja fuerte. Y, por suerte, tampoco necesita la cafetería. Por fin me la he quitado de encima.

Chelsey volvió a asentir.

—Te he echado de menos todo este tiempo —admití—. Aquel día estaba terriblemente enfadado. Pero luego, simplemente te eché de menos. Me distraje con el trabajo e intenté todo para olvidarte. Y funcionó. Hasta que Libby me tiró las joyas sobre la mesa. Entonces, de repente, todo volvió.

Chelsey volvió a mordisquearse el labio inferior.

—Por favor, vuelve a Nueva York conmigo y dame otra oportunidad —dije entonces—. He sido un completo capullo y no me lo merezco. Pero yo… yo… ya no puedo imaginarme una vida sin ti.

Me quedé mirando fijamente a Chelsey. ¿Qué diría? Los segundos se alargaron hasta convertirse en una eternidad y Chelsey seguía delante de mí, en silencio.

Simplemente guardaba silencio.

Mi corazón se encogió.

Se acabó, Landon.

—Estoy embarazada —soltó Chelsey de repente—. Vas a ser padre.

—¿Qué? —Me quedé mirando a Chelsey. ¿Había oído bien?

—Vamos a tener un hijo. —Chelsey se puso una mano en el vientre y me miró. En su mirada se mezclaban la duda, la fuerza y… ¿anhelo?

—Yo… —En ese momento, mil cosas daban vueltas en mi cabeza. ¿Iba a ser padre? ¿Chelsey estaba embarazada?

Eso… por un lado, iba demasiado rápido.

Y, por otro lado, se sentía perfectamente bien.

Más que bien.

Simplemente maravilloso.

—Eso es maravilloso. —Me di la vuelta y grité calle abajo—: ¡Voy a ser padre! ¡PADRE! —Luego me volví hacia Chelsey. En ese instante, un copo de nieve aterrizó en su nariz. La estreché entre mis brazos y le quité el copo con un beso.

—No quiero volver a soltarte nunca —susurré.

Chelsey me rodeó con sus brazos y se apretó contra mí.

Y entonces la besé en los labios.

Capítulo 33

Chelsey y Landon

Catorce meses después

Chelsey

—Nuestro primer día sin bebé. —Beryl alzó su copa de champán y brindó conmigo.

—Sí —repliqué con un poco de nostalgia, levantando la copa de champán sin alcohol. Todavía le daba el pecho a mi pequeña Mimi—. Es genial estar aquí contigo, pero echo de menos a Mimi.

—Solo son un par de horas —me consoló Beryl—. Y ya casi estamos de vuelta a casa. Solo vamos a relajarnos un poco más aquí. —Satisfecha, se recostó en su tumbona. A nuestro alrededor había grandes plantas verdes que se alzaban muy por encima de nosotras. De unos altavoces casi invisibles empotrados en el techo, manaba una música relajante.

Beryl y yo habíamos pasado el día en el spa de día más elegante de Manhattan. Mi amiga me había regalado un vale hacía un tiempo, afirmando que necesitaba urgentemente desconectar de mi vida de madre, o de lo contrario me iba a agriar en casa.

¡Pero si eso no era cierto en absoluto! Desde el nacimiento de mi hija Mimi, mi vida era más bonita y variada de lo que jamás había imaginado. Mimi había enriquecido mi vida de una forma única, junto con Landon.

Después de reencontrarnos, Landon se quedó conmigo una semana más en casa de mis padres. Luego volví con él a Nueva York y me mudé a su ático. Al principio me preocupaba lo que diría Coral cuando volviera. ¿Mi prima como mi ama de llaves? ¡No podía ni imaginármelo! Pero resultó que Coral no hacía más que enviar una postal tras otra desde el Caribe. No tenía ninguna intención de volver a Nueva York.

En cualquier caso, Landon había insistido hoy en que fuera al spa con Beryl. —Ya nos cuidas bastante a menudo. Hoy te has ganado un día libre —me había susurrado al oído y me había besado.

Con el corazón encogido, le había dejado a Mimi.

—Landon es un padre fantástico —dijo Beryl entusiasmada—. La forma en que cuida de Mimi es realmente conmovedora.

—Sí. —Asentí. Landon se tomaba libre todos los miércoles por la tarde y pasaba tiempo con Mimi. La llevaba de paseo y le enseñaba los animales o las plantas de Central Park. La mayoría de las veces los acompañaba, pero Landon me había señalado amablemente que Mimi y él también podían arreglárselas solos unas horas.

Beryl se miró satisfecha las uñas de los pies recién pintadas. —No se está nada mal aquí.

Me reí. —Más te vale que pienses eso. —Ahora también me recosté en mi tumbona y contemplé el panorama de Nueva York que se extendía ante nosotras. El spa de día se encontraba en una de las plantas superiores de un rascacielos, cuyas plantas restantes pertenecían a algunas empresas y a un hotel.

—Hace un año no querías venir aquí porque tenías vértigo —me recordó Beryl.

—Es verdad —me reí. Luego me encogí de hombros—. Bueno, se me ha pasado. No creo que se pueda vivir en un ático y tener vértigo al mismo tiempo. O te mudas o se te pasa el vértigo. —Volví a reír—. Estoy muy contenta de haberme librado de ese miedo. Así por fin he podido subir al Empire State Building y no solo ver fotos o escuchar las historias de los demás.

—Tu vida ha cambiado bastante. —Beryl estiró los brazos—. Dios, qué bien me ha sentado este masaje. Puro lujo. Gracias a tu generoso marido. —Sacudió la cabeza—. Por cierto, ¿has vuelto a saber algo de ese asqueroso de Geoffrey? —quiso saber entonces.

Hice un gesto de desdén. —Intentó sacarme dinero unas cuantas veces más. Pero los abogados de Landon le fastidiaron los planes. Creo que Geoffrey ya ni siquiera vive en Nueva York. Parece que hasta lo echaron del piso porque había constantes problemas con las tuberías de agua o cosas por el estilo. Al menos eso me dijo el vecino de abajo cuando me lo encontré por casualidad en la calle.

Beryl soltó una risita. —No quiero alegrarme del mal ajeno, pero si alguien se lo merece, es sin duda Geoffrey. Tal y como se portó… —

Sacudió la cabeza—. Después de todo lo que me has contado, la verdad es que habría hecho buena pareja con la ex de Landon.

Ahora me reí yo. —Beryl, ¡eres una celestina de mucho cuidado!

Beryl sonrió. —¿A que tengo razón? —Volvió a levantar su copa de champán y brindó conmigo.

Choqué mi copa con la suya. Ambas dimos un sorbo. —La verdad es que no —admití entonces—. Pero Geoffrey no tiene suficiente dinero para ella. Libby tiene otras aspiraciones. —También sonreí.

—¿La habéis vuelto a ver? —quiso saber Beryl.

—Nos la encontramos hace unos meses en Central Park cuando estábamos de paseo. Cuando nos vio a Landon y a mí y se dio cuenta de que estaba embarazada, tiró del brazo a su acompañante y se desviaron rápidamente.

—Oh, oh —dijo Beryl.

Me encogí de hombros. —No es importante. —Contemplé el último resto de champán sin alcohol en mi copa—. Brindemos una vez más. Y luego tenemos que irnos a casa de verdad. —Había logrado desconectar, pero ahora echaba de menos a Mimi más de lo que quería admitir.

—Por la amistad. —Beryl levantó su copa.

—Por la amistad —repliqué—. Creo que sin ti no estaría aquí hoy. Ni con Landon. —Miré agradecida a los ojos a mi mejor amiga.

—No exageres. —Beryl hizo un gesto de modestia y se bebió la copa de un trago. Yo hice lo mismo.

***

Landon

—¿Todo preparado? —Clancy me miró con expectación. Empujó suavemente la cuna en la que yacía mi hija Mimi.

—Sí, eso creo. —Nervioso, me examiné en el espejo—. ¿Qué tal estoy?

—Genial, colega. Solo deberías volver a intentarlo con el nudo de la corbata. No está del todo recto. —Clancy me observó desde atrás y al mismo tiempo me miró de frente en el espejo.

—Maldita sea. —Hoy estaba nervioso y por eso no conseguía hacer bien el nudo de la corbata. Normalmente, 19 de cada 20 días conseguía atarme la corbata sin problemas. O incluso más a menudo. Hasta mi abuela siempre estaba satisfecha cuando íbamos a visitarla o venía ella a vernos. Lo cual ocurría muy a menudo, porque a mi abuela se le caía la baba con Mimi y adoraba a su bisnieta por encima de todo. Y Mimi también adoraba a su bisabuela Vera.

Deshice el nudo de la corbata. Entonces recordé la primera vez que Chelsey me ató la corbata. Y de repente fue facilísimo: pasé el extremo ancho por encima del estrecho y lo pasé por detrás de la corbata. Luego repetí el movimiento por delante de la corbata y tiré del extremo ancho a través del lazo que se había formado.

—¿Mejor así? —le pregunté a Clancy.

—Perfecto, colega. —Mi mejor amigo me enseñó el pulgar hacia arriba.

Mimi emitió un breve gruñido. Me incliné sobre la cuna. Mi hija todavía dormía plácidamente. Le acaricié la mejilla. Mimi balbuceó en sueños. La amaba más de lo que jamás había creído poder amar a alguien. Mi hija había puesto mi vida patas arriba, en el mejor de los sentidos. Junto con Chelsey.

—Hacer de niñera hoy ha sido totalmente relajado. Como siempre, en realidad. —Clancy me sonrió.

—La verdad es que Mimi es muy fácil de cuidar —asentí.

—Tú de padre, eso tampoco me lo habría imaginado hace un año. —Clancy me sonrió—. Pero pareces muy feliz.

—Más que nunca —admití—. No sé qué haría sin Chelsey y Mimi.

En ese momento, mi hija soltó un grito. Me incliné de nuevo sobre la cuna. Mimi me miró parpadeando. La cogí en brazos, la apoyé en mi hombro y la mecí suavemente. Mimi volvió a gritar.

—Ya está, ya está —murmuré y empecé a salir lentamente del dormitorio—. Por alguna razón, donde más a gusto se siente es en el gimnasio —le expliqué a Clancy.

Él se rio. —Bueno, después de que por fin montaran las máquinas, es normal que se sienta a gusto ahí.

Caminé con cuidado por el pasillo para no estropear mi sorpresa para Chelsey. ¿Saldría todo bien cuando volviera a casa?

—No he entrenado mucho aquí —admití, mientras daba una vuelta por el gimnasio con Mimi al hombro. Mi hija se calmó al instante y solo emitió un suave balbuceo—. Primero lo de Gideon, luego Mimi… —Me encogí de hombros, lo que Mimi respondió con un gruñido.

—La vida, colega. Pero todo eso son cosas buenas, cada una a su manera. —Clancy me siguió lentamente.

—Que Gideon se arruinara fue toda una satisfacción. Uno no puede simplemente dimitir y pensar que puede montar algo mejor y superar a su antiguo jefe. —Sonreí con satisfacción—. Cuando se presentó en mi puerta y suplicó literalmente que comprara su ruinoso complejo turístico para no tener que pasarse el resto de su vida pagando deudas… eso fue una gozada para mí. —Mi sonrisa se ensanchó—. El complejo ahora es mío. Y el alcalde come de mi mano. Incluso ha aprobado una pista adicional solo para mis huéspedes, al darse cuenta de que he aumentado mi compromiso en la ciudad natal de Chelsey. Al parecer, no quiere perder a sus turistas.

—¿Y qué hace Gideon ahora? —Clancy y yo seguíamos caminando a paso lento por el gimnasio.

Me encogí de hombros de nuevo. Mimi volvió a quejarse. La tranquilicé con una suave palmadita. —Creo que trabaja en Canadá. Por lo visto, no ha encontrado trabajo aquí en Estados Unidos. Incluso me preguntó si no podría volver a trabajar para mí. —Me reí al recordarlo—. Fue un placer decirle que no.

—Me lo imagino, colega. —Clancy me dio una palmada en el hombro.

En ese instante, oí la llave en la cerradura.

—Ya llegan.

Salí apresuradamente del gimnasio.

Clancy me siguió.

***

Chelsey

—¿Qué es esto? —me pregunté al entrar en el ático. El pasillo estaba cubierto de pétalos de rosas rojas y blancas. Entre ellos ardían pequeñas candelitas.

—Ohhh —dijo Beryl. Luego susurró—: Simplemente sigue las luces. Ya verás.

Le lancé una mirada de sospecha a mi mejor amiga. —¿Sabes tú algo que yo no sepa?

En lugar de responderme, Beryl me dio un ligero empujoncito en la espalda.

La miré de nuevo.

—Vamos —me animó Beryl.

El corazón me latía en la garganta mientras seguía los pétalos de rosa y las candelitas. Me llevaron a lo largo del pasillo hasta el salón.

Lo primero que vi fue un gran corazón de pétalos de rosas rojas. Alrededor del corazón parpadeaban candelitas.

Contuve la respiración. Entonces, a mi izquierda, alguien carraspeó.

Landon. Con Mimi en brazos.

El corazón me dio un vuelco.

Con la mano que le quedaba libre, Landon me cogió del brazo y me condujo hasta el interior del corazón. Allí me miró. Sus ojos parecían hoy aún más oscuros que nunca. Se llevó mi mano a los labios, la besó y dijo: —Chelsey, has cambiado mi vida a mejor. No sé qué sería de mí sin ti y sin Mimi. Me habéis salvado en el último segundo. Yo… —Landon respiró hondo—. Por favor, cásate conmigo. Sé mi mujer.

La emoción y la felicidad me hicieron un nudo en la garganta. Carraspeé. —Sí —susurré finalmente, cuando pude volver a articular palabra. Landon me besó la mano de nuevo. Me acurruqué contra él y le rodeé la cintura con el brazo. Landon me dio un beso en la coronilla. Mimi emitió un suave balbuceo.

Un carraspeo me sobresaltó. Clancy se acercó con un cojín. Sobre él había una pequeña caja. Junto a Clancy, una radiante Beryl.

—Sé que ya llevaste este anillo una vez y entonces… entonces las cosas no salieron precisamente bien. —Landon parecía un poco culpable—. Pero significaría mucho para mí que llevaras el anillo de la familia. Como anillo de compromiso. —En el cojín vi el anillo que había llevado para el ochenta y cinco cumpleaños de la abuela de Landon.

—Las cosas han salido de la mejor manera. Os tengo a ti y a Mimi. Y mi hogar. —Parpadeé un poco para contener las lágrimas que asomaban a mis ojos.

Landon le entregó a Mimi a Beryl. Luego me puso el anillo en el dedo.

—Te quiero —susurró.

—Yo también te quiero —repliqué.

FIN